

JESÚS ÁVILA GRANADOS

La confesión

El médico templario



NOVELA



His

Lectulandia

La confesión es un libro que, en forma de novela histórica, nos muestra los aspectos más contradictorios de la Edad Media. Cuando el mundo occidental se derrumbaba con la caída del Temple, un personaje de ficción, nacido en tierras catalanas, se convierte en protagonista de una historia sobrecogedora: desde su lecho de muerte inicia la narración de su azarosa vida, en forma de confesión a un amigo musulmán de Granada, siguiendo un orden cronológico de los acontecimientos. A medida que va explicando su relato, se van sucediendo uno tras otro los momentos más desgarradores a través de una serie de vivencias. Y es cuando el lector toma conciencia de la fuerza de los sentimientos, de la dureza de las traiciones, de la crudeza de los miedos y desamparos y de la precariedad de la vida humana, cuando nuestro protagonista, médico de profesión, tiene que luchar con su ciencia para salvar a numerosas personas de enfermedades o heridas en combate, poniendo en riesgo, en muchos casos, su propia seguridad. Este personaje, que narra su historia en primera persona, es, además, caballero templario, y su ingreso y desarrollo en la Orden del Temple es explicado con todo lujo de detalles, desde su iniciación como postulante hasta la confirmación como caballero, en la encomienda de la Ciudad Condal. Por ello, gracias a su condición de médico y de caballero templario, conoce a innumerables personajes coetáneos a él, que formaron parte de un mundo convulso, donde la fuerza de los valores contrasta con las debilidades de la miseria humana. Pero, por encima de todo, late la fuerza de la lealtad, el respeto y el afecto entre las personas, y se superan las barreras de las culturas, las religiones y los pensamientos filosóficos de la época. En La confesión, el lector tiene que estar preparado para culminar una serie de difíciles pruebas, a las que se verá sometido en el libro, para alcanzar un final sorprendente.

Lectulandia

Jesús Ávila Granados

La confesión. El médico templario

ePub r1.0

Titivillus 14.09.18

Título original: *La confesión. El médico templario*

Jesús Ávila Granados, 2016

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Lola, mi esposa, a quien debo gran parte
de mi pasión por la historia.*

«Yo estatal allí, y lo he visto».

RAMON MUNTANER

«La caridad es la belleza del alma».



«Si buscas prosperidad, quita tu mirada de los bienes de este mundo».



«Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave».

INTRODUCCIÓN

Antes de iniciar la descripción de la presente obra, quiero manifestar que la idea de recrear un personaje templario surgió en uno de los numerosos viajes que he hecho a mi querida Granada, concretamente visitando las ancestrales salinas de interior de La Malahá, población de la zona oriental de la Vega granadina, al descubrir una sepultura grabada en su losa superior con la cruz del Temple [véase lámina I], y también al ver algunas cruces de ocho beatitudes grabadas en puertas y fachadas de viviendas del pueblo de Albuñuelas. Esta singular tumba yace olvidada, entre bloques de sal recién salida de las albercas, y que nadie ha reclamado; por ello, mediante la creación de un personaje singular, irreal, yo he querido darle vida a la persona que en este enterramiento se despidió del mundo de los vivos y que, por diferentes azares de la vida, después de infinidad de aventuras, entre finales del siglo XIII y comienzos del XIV, se trasladó a la capital del antiguo Reino de Granada. La historia de este caballero templario es un cúmulo de experiencias vividas que va recordando, en el umbral de su muerte. Comienza a describir su periplo narrando en voz alta, a un amigo musulmán, cuanto ha vivido, y su cercanía con personajes y testimonios que han pasado a los anales de la historia del mundo medieval. Espero que el lector disfrute a través de las páginas de este libro, mientras se sumerge en unos hechos que le sobrecogerán el ánimo, a través de unos personajes que cabalgan entre la realidad y la ficción, pero que no dejarán a nadie indiferente.

Resulta paradójico, además, que ambas poblaciones. —La Malahá y Albuñuelas— actualmente formen parte de una comarca granadina conocida como «El Temple»...; no existen las casualidades.



En el otoño de 1320, un año después de la clamorosa victoria nazarí en Sierra Elvira sobre los ejércitos castellanoleonese, en la Vega granadina, la capital del último reino islámico de Occidente, se vivía uno de sus momentos históricos más dulces; muestras de felicidad plena contagiaban el ambiente de calles y plazas; arriba, en la Alhambra, para celebrarlo, frente a las torres de la Alcazaba se estaban terminando los trabajos de construcción de las puertas de *Alhamrá* y de Justicia; sobre esta última, además de la leyenda de la mano y de la llave, el ataúd del infante don Pedro,

caído muerto en esa batalla, recordaba a los granadinos su victoria sobre los cristianos.

Al otro lado del profundo cauce del río Darro, en el arrabal del Albayzín, en un modesto *carmen*, un anciano, a sus 69 años, agonizaba, mientras contemplaba desde su lecho la atractiva silueta de la fortaleza roja, sobre un manto verde y con la Sierra Nevada como mágico telón de fondo.

Este hombre, con los ojos llenos de lágrimas, consciente de su inminente final, decide hacer un balance de su agitada existencia cuando recibe la visita de su buen amigo, el general nazarí Ozmán ben Abi-l-Ulá, el gran artífice de esa memorable batalla, ignorada prácticamente en las crónicas cristianas, que la citan someramente como «El Desastre de la Vega». Ambos comienzan una animada conversación, consciente el anciano de la proximidad a su final, ante la curiosa mirada de algunos servidores, quienes, con dolor y tristeza en sus rostros y a una distancia adecuada, guardan el mayor respeto. Ozmán saluda a su amigo, echado en la cama, y tras desprenderse del peso de la coraza, la espada, la daga y los brazaletes, se sienta en un diván próximo al lecho del anciano, quien manda encender unas velas perfumadas de jazmín y ordena que traigan una bandeja de frutas, dátiles, dulces y una copa de licor de arándanos.

I

En el Reino de Aragón



CAPÍTULO 1

La infancia

Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando.

RABINDRANATH TAGORE



— **Q**uiero darte las gracias por encontrarte aquí, en mis últimos momentos en este mundo, amigo Ozmán, en vez de participar como principal protagonista de todos los festejos por la memorable victoria obtenida en la Vega.

—Una victoria que se ha logrado gracias, en gran parte, a ti, estimado amigo *romi*, por tus valiosos consejos en la plaza de *Bib-barrambra* sobre cómo debíamos de plantear la batalla. Además, toda Granada estará en deuda contigo por las numerosas y valiosas intervenciones médicas que has llevado a cabo en el Hospital del Maristán —exclamó el más célebre de los militares granadinos.

—Yo también he aprendido mucho en contacto con los ilustres médicos de Granada, y mi Dios ha querido que, en esta lejana tierra del sur, tan lejos de mis orígenes, encuentre descanso mi cuerpo, y espero que también mi alma. Y me gustaría, estimado amigo musulmán, ser enterrado en La Malahá, junto a las salinas y las aguas termales del *hamman*, de cuyas bondades he disfrutado en tantas ocasiones.

—Así se hará, amigo Esteve, recibiréis una ceremonia cristiana, y procuraré grabar en vuestra lápida de mármol la cruz del Temple. Hace muchos años que nos conocemos, pero, curiosamente, apenas sé nada de ti.

—Os quedo muy agradecido. Es cierto, amigo Ozmán, pocas veces hemos hablado de mis raíces y de mi vida, y creo que este sería el momento de hacerlo, antes de rendir cuentas a mi Dios.

Tras una ligera pausa e incorporándose un poco en la cama, apoyado sobre una almohada, el anciano, después de tomar un sorbo de agua de un vaso de cristal que tenía en la mesa, comenzó su narración.

—Aunque aquí, en estas tierras andalusíes del reino de Granada me conozcan como «El médico templario», o simplemente *romi*, mi verdadero nombre es Esteve de Montpalau. Nací en Argelaguer, pequeña población de la Garrotxa, al sur del

Pirineo, en tierras catalanas, en el año de nuestro Señor Jesucristo de 1250. Hace pocos días tuve la dicha de cumplir sesenta y nueve años, una edad muy elevada, por lo que debo sentirme dichoso de que el Altísimo haya permitido que la alcanzase.

—Háblame de tu familia —se interesó Ozmán.

—Mi padre, el barón Roger de Montpalau fue el propietario de vastas extensiones de tierras de pastos y cultivos e innumerables propiedades que le proporcionaron abundantes beneficios, por lo que era un noble influyente en la corte del conde de Barcelona, el rey de Aragón Jaime I. Yo fui el benjamín de la familia, el menor de ocho hermanos. A los pocos días de nacer, fui bautizado en la capilla de Santa Magdalena, recibiendo el agua bendita que, según me dijeron, trajeron expresamente del río Jordán. Recuerdo vagamente mi infancia en el castillo de mi padre, donde pasé cortas estancias en las épocas estivales. La vida en la casa familiar era un poco rígida, especialmente por la severidad de mi progenitor, quien nos levantaba muy temprano y a cada uno, según la edad, nos adjudicaba una labor. Mi hermano mayor, Armengol, que sería el heredero, tenía mayores responsabilidades; otros se ocupaban de las cuadras, y de la doma de los caballos, o bien, las mujeres, de las tareas del castillo; yo, al ser el pequeño, también era el más mimado, y me podía permitir más tiempo de juego que los demás, practicando con el arco, u ojeando algunos libros de la biblioteca familiar; reconozco que los de medicina ya me llamaban la atención, y ese mundo fascinante que era la anatomía, y cómo el cuerpo humano se ofrecía sin secretos a mis ojos. Mi madre, Alamanda, fue una mujer virtuosa, tierna y ferviente religiosa, que influyó de manera decisiva en que yo, el más pequeño, como mandaba la tradición, ingresara de muy joven en el monasterio benedictino de Ripoll para emprender la vida clerical.

—¿Ibas a ser monje? —preguntó el general granadino.

—Bueno, fue un ingreso eventual, en calidad de lego. Pero mi vocación era otra. Y recuerdo con diáfana claridad el momento en que, cuando cumplí los catorce años, comuniqué a mis progenitores mi intención de dejar los hábitos y la vida monacal.

—Fue, entonces, un acto valiente, para tu edad —exclamó Ozmán.

—Les dije, en voz muy baja, que no me atraía la vida monacal, tratando de evitar la furibunda mirada de mi padre e ignorando el fingido desmayo de mi madre. «¿Qué quieres hacer, entonces?», me preguntó mi padre, echando chispas por los ojos. «No lo sé, padre. Cualquier cosa, menos ser clérigo», contesté en un susurro, bajando la mirada con humildad y también porque estaba aterrado. Mi padre, furibundo, me amenazó: «¡No sé qué vamos a hacer contigo! ¡A mozo de cuadra te voy a meter; es lo que mereces!». Con la cabeza baja le contesté: «Lo que vos digáis, padre».

»Lo cierto es que, además de la medicina, me atraía la caballería. Siempre me quedaba embelesado con la doma, o con cualquier competición de armas.

—Los deseos de la juventud son puertas que se abren para el mañana... —dijo Ozmán.

—En efecto, no creo en las casualidades, amigo. Un día, trabajando en las cuadras

como mozo, tal como ordenó mi padre, el capataz fue coceado por un nervioso alazán que le produjo una profunda brecha en el muslo, por la que asomaba un hueso astillado. El hombre se quejaba con agónicos gritos de dolor y por la herida manaba sangre profusamente, como si de un surtidor se tratara. Tomé una rápida decisión y, sin pensarlo un instante, puse la mano sobre aquel chorro de sangre, presionando fuertemente. Y eso fue lo que le salvó la vida, según me dijo después mi padre, muy orgulloso de mi gesta.

—Todo un acto de valor, por tu parte —comentó el nazari.

—Aquella noche no pude conciliar el sueño; todavía notaba la calidez de la herida y el contacto de aquella sangre caliente y pegajosa en mis manos. Sin embargo, en ningún momento sentí repulsión; al contrario, por vez primera experimenté la dulce sensación de haber salvado una vida. En ese momento tuve la revelación. A la mañana siguiente, cuando me hallé frente a mi progenitor, le dije con decisión y rotundidad: «Padre, quiero ser médico».

»Mis padres se miraron, como hechizados, y una sonrisa se dibujó en los labios de ambos, y vi cómo un par de lágrimas humedecían sus rostros. Yo permanecía hierático, seguro de aquella decisión. Tras meditarlo un momento, mi padre dijo: “Bien, sea pues. Irás a estudiar a *Vicus Ausonae*”. Y días después me encaminaba hacia esa populosa ciudad a estudiar medicina, en su célebre hospital, centro médico especializado en pestilentes y leprosos, por lo que mis primeros contactos con la medicina fueron precisamente las pruebas más duras para cualquier persona que deseara conocer los secretos de esta ciencia. Pero también me sirvieron para superar cualquier temor que pudiera albergar en mi interior a lo largo de mi vida.

CAPÍTULO 2

En la capital del condado de Osona

La plaza de Vic es tan hermosa que parece italiana.

JOSEP PLA



— **V***icus Ausonae*, antigua capital del condado de Osona, era una ciudad de larga tradición ganadera y campesina; en su plaza mayor, conocida como la del *Mercat del Ram*, o simplemente Mercadal, centro urbano de la villa, se concentraba el palpitar de sus gentes todos los días, especialmente los martes y sábados, así como durante las multitudinarias ferias anuales, que se celebraban en abril y en diciembre. Su estratégica situación, en el corazón de la geografía catalana, hacía de esta población un punto de encuentro de personas llegadas de todos los lugares; de ahí la necesidad de disponer de una dotación médica importante, para atender a toda clase de enfermos. Me llamó la atención que las gentes se refirieran cariñosamente a su ciudad con el diminutivo nombre de *Vic*, y yo me acostumbré de inmediato a llamarla así.

—¿Qué más te sorprendió de esa ciudad? —se interesó Ozmán.

—Sin duda, su riqueza monumental. Para una persona como yo, que procedía de un medio rural, y sin haber salido mucho del territorio de mi familia, acostumbrado a un mismo entorno natural, formado por personas conocidas, árboles, campos, animales pastando, masías..., encontrarme de pronto en una ciudad con tantos y monumentales edificios, como por ejemplo el templo romano, que recordaba la importancia que debió de haber alcanzado Vic en tiempos antiguos, fue una experiencia inolvidable. La ciudad estaba dividida entre el señorío de los condes de Montcada, cuyo castillo se alzaba en el sector nordeste, frente al portal de Santa Eulalia, y el obispado, cuya sede era el Palau Episcopal, y se encontraba al sur de la catedral, entre el portal de Queralt y el de Teixidor. Ambos poderes regían la vida de todos los ciudadanos; en medio estaba la judería, una comunidad muy activa, comercialmente hablando. Recorrí todos sus rincones urbanos, a través del laberinto de calles estrechas y tortuosas, donde se respiraba una miseria extrema, y abundaban los escándalos nocturnos en las zonas de los burdeles, donde el maltrato a mujeres

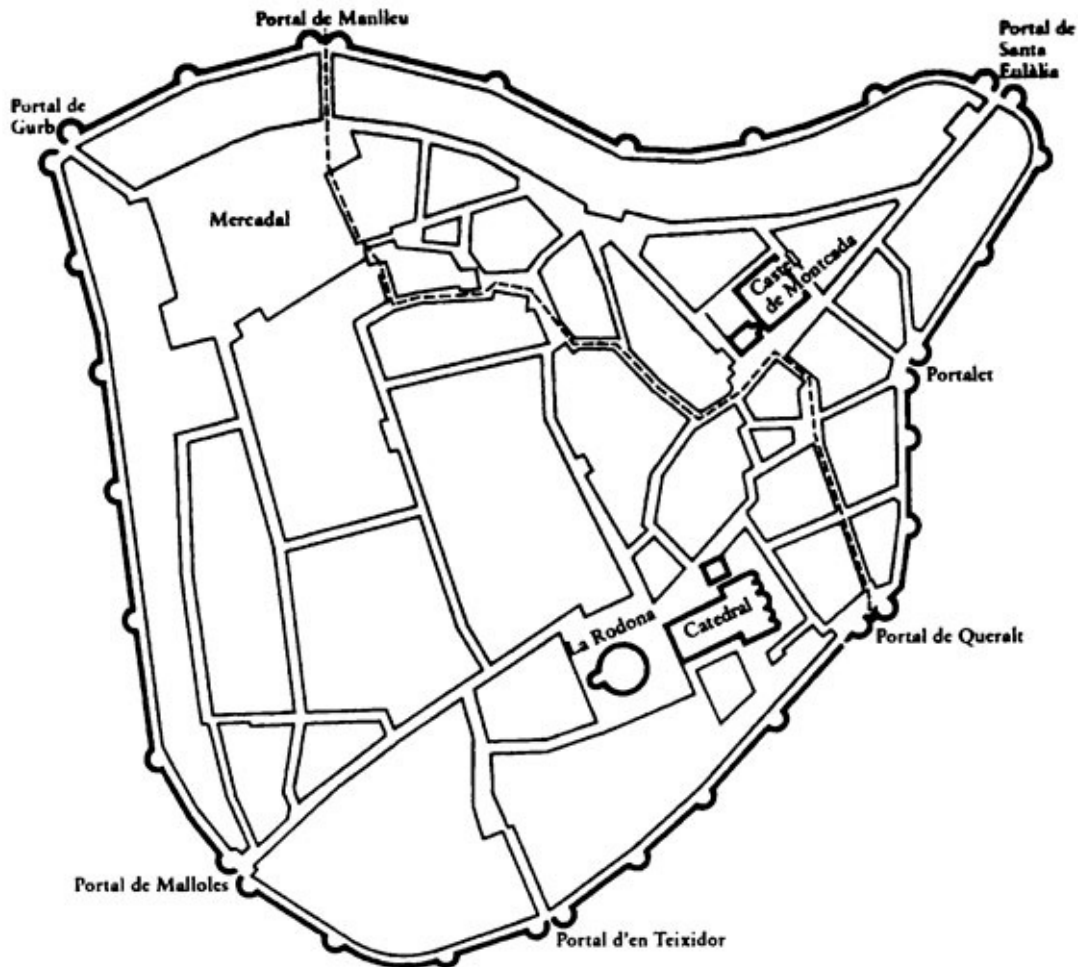
obligadas por la pobreza a ejercer la prostitución era habitual; mi curiosidad también me llevó a cruzar las siete puertas de entrada al recinto amurallado, y me perdí deambulando por sus arrabales interiores, admirando la catedral, cuyo elevado campanario, y su coqueta e íntima cripta, se remontaban a la consagración de aquella iglesia por el abad Oliba, quien fue, al mismo tiempo, obispo de la ciudad. Frente a la fachada de poniente, se hallaba la iglesia de Santa María, conocida como «la Rotonda», por su curiosa forma circular. Vic tenía entonces unas setecientas familias.

—¿Ambos poderes se repartían el control de la ciudad? —preguntó Ozmán.

—En realidad Vic estaba dividida en dos áreas urbanas, cuya demarcación las gentes conocían muy bien. Al norte se hallaba la partida soberana de los Montcada, conocida como *jussana*, que representaba el poder de la nobleza, y el resto, que era la mayor parte de la ciudad, era jurisdicción del episcopado y de la realeza.

—Veo que os agradó esa ciudad.

—Sí, y mucho, amigo Ozmán, porque supuso una gran experiencia, en todos los sentidos, como verás a continuación. También me llamó la atención el gran aprecio que la gente sentía hacia los templarios, cuyos caballeros garantizaban el equilibrio en la ciudad, vigilando que los precios en el mercado no fueran desorbitados; además, según me dijeron, uno de los maestros provinciales del Temple en Cataluña y Provenza, Guillem de Montrodón, que fue mentor del monarca Jaime I, en el castillo de Monzón, era hijo de Vic.



La ciudad de Vic a finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV; la línea punteada definía el trazado de la separación de ambas jurisdicciones, que se prolongaba enlazando los portales de Queralt y de Manlleu.

—He ordenado a unos servidores que os traigan un vaso de leche templada con unos dulces, pues creo que necesitas reponer fuerzas, amigo cristiano.

—Gracias, amigo Ozmán, me vendrá bien, porque además tengo algo de apetito y mi garganta se estaba quedando seca.

—Sigue tu relato, por favor; estoy asombrado por tu gran retentiva.

—No es una casualidad que en esa ciudad hubiera nada menos que tres centros hospitalarios y asistenciales: el hospital de Sant Jaume, destinado a atender a los leprosos; el hospital de sacerdotes enfermos, administrado por el abad del monasterio de Santa María de l'Estany, y el de Sant Bartomeu, destinado a la atención de los peregrinos. Recuerdo que el hielo, que era tan necesario en los hospitales, para la conservación de los medicamentos y calmar hinchazones y muchos males de la piel, llegaba cada mañana a Vic en carros, a través del Portal de Malloles, desde Moià, Castellterçol y Collsuspina, en bloques cuidadosamente colocados en cajas de madera y separados por ramas y hojas de árboles de ribera.

—¿Y en qué hospital estuviste? —preguntó Ozmán.

CAPÍTULO 3

Mi vida en una leprosería

A partir del siglo X y al calor del crecimiento de los burgos, las escuelas médicas abandonaron paulatinamente las abadías y comenzaron a edificarse bajo la protección de las catedrales.

FRANCISCO JOSÉ GÓMEZ FERNÁNDEZ,
La medicina en la Edad Media



— **M**i padre me llevó directamente al primero, es decir, al de los leprosos, porque, según él, así aprendería más sobre las enfermedades más terribles. Y no se equivocó. Con el tiempo le di la razón, y cada día se lo agradezco más.

—La lepra no es una de las enfermedades más abundantes en Granada, como sabes, amigo cristiano —comentó el general nazarí.

—Sí; pero en Cataluña y en el resto del Reino de Aragón, así como en gran parte del mundo mediterráneo, constituye una terrible plaga. Pero déjame que siga explicando aquella odisea, que fue tan importante para mi formación como médico, y también como persona.

»El centro hospitalario de Sant Jaume, fundado a comienzos del siglo XII, era un hospital llamado de planta única, porque tenía como elemento arquitectónico esencial una sala abierta o única planta principal, similar al de una iglesia basilical, con varias naves a modo de capillas radiales que generaban un amplio espacio indiviso. En su interior, las camas de los enfermos, colocadas de forma que podían verse en tu totalidad, sin barreras, permitían llevar a cabo todas las actividades cotidianas (vivir, comer, dormir y, sobre todo, rezar). En los altares se honraba a santos muy concretos: san Lázaro (los leprosos); san Roque o san Sebastián (los apestados); santa Lucía (los enfermos de la vista); san Blas (los aquejados de algún mal de la garganta); san Lorenzo (los que sufrían por quemaduras en la piel)...; y, en la misa de difuntos, rezos a san José, el abogado de la buena muerte.

—¿Qué diferencias hay entre la peste y la lepra? —preguntó Ozmán.

—Sin duda, querido amigo, son las dos epidemias más letales para la humanidad que haya conocido el mundo que nos ha tocado vivir: la lepra y la peste. Ambas han

dado lugar a la construcción de instalaciones hospitalarias capaces de combatir esas contagiosas patologías. Sin embargo, ambas enfermedades son muy diferentes. Mientras que la primera, con elevada incidencia entre la población, ya hace tiempo que está castigando a todo el mundo occidental, la segunda, la peste, es un mal que apareció más recientemente, pero que, si no se ponen medios, se convertirá en una epidemia de colosales y dramáticas consecuencias. También sus formas de contagio son distintas: mientras que la lepra precisa contactos muy íntimos y repetidos durante un largo período de tiempo para que se produzca la infección, la peste presenta una epidemiología que la hace especialmente agresiva. La lepra es una enfermedad crónica, de evolución muy insidiosa, que solo a largo plazo repercute en la duración de vida del individuo; la peste, por el contrario, tiene una aparición rápida, afecta masivamente a la población y su mortalidad es muy elevada. Estas son, por lo tanto, las razones esenciales que determinan las diferencias de los centros asistenciales dedicados a una y otra enfermedad. La fundación de leproserías en Cataluña y en otros lugares del Reino de Aragón se inició con el período de aparición de esta enfermedad, a mediados del siglo XI.

—¿Y cómo era la vida de aquellos desdichados?

—Pues nada agradable, como puedes suponer. Para un leproso, el reconocimiento de ese mal suponía un aislamiento físico inmediato del enfermo, en lugares de acogida a las afueras de las poblaciones, por eso el hospital de Vic se hallaba a extramuros de la ciudad. Al ser separado de la comunidad, el leproso recibía una misa de difuntos y sus familiares le acompañaban en algo similar a una procesión, que tenía como destino, casi lúgubre, la leprosería, puesto que al enfermo se le consideraba un muerto en vida; perdía todos sus derechos civiles y sus bienes pasaban al hospital que le recibía; la capilla principal de las leproserías estaba dedicada a san Lázaro, de ahí que también se llamaran «lazaretos». En torno a ese centro hospitalario se agrupaban las cabañas, construidas con barro y madera, donde se alojaban los leprosos, evitando con ello el contagio entre los asilados; un pequeño huerto cultivado por los mismos enfermos les proporcionaba parte de su alimentación, y el camposanto, que era conocido popularmente como la *sagrera*, advertía en toda su crudeza de que la segregación de los acogidos era total y se prolongaba más allá de la muerte. El lazareto se construía en las inmediaciones de las vías de comunicación más transitadas, para despertar la caridad a un mayor número de viandantes; el leproso hacía sonar unas campanillas para advertir de su presencia a los transeúntes, y debía vestirse de forma distinta a las personas sanas, una vez que el médico le había diagnosticado la enfermedad, con lo cual le expresaba la muerte civil que condenaba al paciente a un riguroso aislamiento del resto de la sociedad. Todo esto sucedía en aquella ciudad, y, como puedes imaginarte, contemplar de cerca aquellas tragedias humanas me producía un gran dolor.

—Es terrible la enfermedad, pero también las consecuencias de la misma — exclamó Ozmán un tanto malhumorado.

—Sí, amigo nazará, la lepra o, mejor dicho, la confirmación por parte de los médicos de que el enfermo está afectado por este mal, era causa inmediata de marginación, y no tanto por el temor al contagio, sino por la absurda creencia de que se trataba de un castigo divino porque el leproso sentía rencor hacia los santos. También existía la creencia de que los niños leprosos habían sido concebidos en el instinto pecador de la lujuria, y no durante el cumplimiento del mandato divino de la procreación. Igualmente, los hijos de los leprosos eran marginados del resto de la sociedad, obligados a vivir aparte y a ejercer Jos oficios más bajos: sepultureros, limpiadores de cloacas y pozos, etc.

—¿Y cómo sabías distinguir este mal?

—Me basaba en los síntomas físicos que ofrecían los enfermos para efectuar un diagnóstico. Una prueba bastante clara era la pérdida de las cejas; también cuando advertía los ojos saltones, hinchazón en la nariz, cara amoratada, aparición de nódulos junto a las orejas, piel de la frente tensa y brillante, la voz ronca, etcétera.

—Y de la peste, ¿se sabe cuál es la causa de esta terrible enfermedad? —preguntó Ozmán.

—En primer lugar, no debes confundir la peste blanca con la peste negra. La primera afecta principalmente a los pulmones, y presenta los siguientes síntomas: extremado enflaquecimiento, enrojecimiento de la piel provocado por la constante fiebre y tos con expectoración sangrienta. Mientras que la peste negra es una enfermedad provocada por la pulga de la rata negra, traída desde el lejano Oriente por los navegantes genoveses, y que se está extendiendo por toda Europa infestando a todas las personas, sin distinción de clase social, religión o profesión. Esta enfermedad se presenta principalmente de forma bubónica, con la aparición de pústulas en las ingles, las axilas y el cuello; los afectados no tardan en abandonar este mundo más de una semana; la más grave causa hemorragias cutáneas con placas de color negro azulado, que da nombre a esta terrible enfermedad, y los afectados fallecen en tres días. Otros síntomas que se presentan en todas las formas de esta cruel enfermedad son fiebre alta, náuseas, fatiga extrema, sed, ahogos, tos y esputos sangrientos.

—¿Se conocen las causas reales de este mal? —preguntó Ozmán.

—En un principio, se atribuyó a los judíos la causa esencial de esta enfermedad, diciendo que los miembros de las juderías habían envenenado el agua potable de las fuentes, y también el aire; pero estas absurdas causas no tardaron en ser rechazadas por las autoridades para evitar que se persiguiera, linchara y masacrara a los judíos. También se decía que este mal era la consecuencia de una conjunción adversa de los astros, o bien un castigo divino por los pecados de los hombres; esta fue la principal exposición que los sacerdotes lanzaban desde los púlpitos, como amenaza al *carpe diem*.

—En realidad, en el Reino de Granada he de manifestar que no se ha llegado a una epidemia tan grande como en Aragón, Castilla y otros reinos hispanos —expuso

el general nazari.

—Tienes razón, amigo Ozmán, y es porque en Granada hay más tradición higiénica en las personas, y eso ayuda mucho a evitar contagios. Por otro lado, la peste negra está erradicándose, aunque lentamente, con la llegada de la rata gris, que va exterminando a la rata negra, portadora de la pulga causante de esta mortífera enfermedad.

—¿En aquel lugar estuviste todo el tiempo aprendiendo medicina? —se interesó Ozmán.

—No. Aquella prueba duró un par de años. Luego, para conocer otros males, decidí pedir el traslado al hospital de Sant Bartomeu, dedicado a la atención de los peregrinos. Una lápida recordaba que aquel hospital fue fundado por Arnaldo de Cloquer, influyente familia de Vic que donó gran parte de su fortuna para la creación de ese centro asistencial, dedicado a atender a los peregrinos. En aquel hospital la actividad era mucho más calmada, puesto que mi labor estaba dirigida a poner a los caminantes en condiciones de continuar el viaje, o bien, en casos extremos, el camino de regreso a sus lugares de origen.

—¿Y qué males solían afectar a aquellas personas?

—Eran muy numerosos. Desde asaltos de bandidos, a reyertas entre los mismos peregrinos, que daban lugar a lesiones en muchas ocasiones traumáticas; además, especialmente los pies sufrían las consecuencias de las largas caminatas. El agotamiento físico era el mal más generalizado de quienes llegaban al hospital. También hubo quien había sido víctima del ataque de fieras y alimañas. Numerosos peregrinos llegaban afectados por males producidos a consecuencia de relaciones carnales en burdeles que visitaban en los pueblos por donde transitaban, o en la misma calle; el *morbo gaélico* y otras enfermedades venéreas eran una verdadera pesadilla.

—Y ahora, entre nosotros, ¿qué es la enfermedad? —preguntó Ozmán.

—La enfermedad se produce en el organismo humano cuando se rompe el equilibrio entre los humores.

—¿Los humores?

—Desde los tiempos antiguos, la medicina se fundamenta en la teoría griega de los cuatro humores, basada en la creencia de que en el cuerpo están presentes los mismos cuatro elementos que existen en la Madre Naturaleza, cada uno de los cuales tiene sus propias cualidades y está relacionado con un órgano del cuerpo. Esta teoría sirve al mismo tiempo para definir las características físicas, mentales y sociales del paciente. Un exceso de humores clasificaba a las personas en sanguíneas, flemáticas, coléricas o melancólicas, al tiempo que la naturaleza fría y húmeda de las mujeres confirmaba su timidez y su menstruación.

Los cuatro humores y su correspondencia entre los elementos naturales, sus

cualidades y los órganos del cuerpo humano:

HUMORES	ELEMENTOS	CUALIDADES	ÓRGANOS
Sangre	Aire	Caliente y húmedo	Corazón
Flema	Agua	Frío y húmedo	Cerebro
Bilis amarilla	Fuego	Caliente y seco	Hígado
Bilis negra	Tierra	Frío y seco	Bazo

CAPÍTULO 4

El morbo gaélico

Las enfermedades desesperadas requieren remedios desesperados.

GUY FAWKES



—¿**Q**ué es el *morbo gaélico*? —se interesó Ozmán.
—Es una enfermedad del grupo de las vergonzosas, que también se conoce como avariosis, búa o buba, que se convirtió en una verdadera pesadilla, al no poder establecerse ningún diagnóstico previo; por eso, los médicos la llamamos la gran imitadora, porque en su fase primaria sus síntomas podían dar lugar a graves confusiones con otros males, lo que generaba que la persona afectada no le diera importancia y, por ello, no acudía al médico hasta que el mal estaba bien visible.

—¿Y por qué se caracteriza esta enfermedad?

—Las pústulas de esta enfermedad cubrían frecuentemente gran parte del cuerpo de la persona afectada, desde la cabeza a las rodillas, haciendo que se desprendiera la carne de la cara de los enfermos y provocando la muerte en pocos meses.

—¿Y se ha podido determinar la causa de la aparición de este mal?

—No. Pero yo creo que gran parte de culpa la tiene el rápido crecimiento de las ciudades, y la falta de higiene, especialmente en los lugares más pobres de los arrabales de los grandes burgos. Se trata de una enfermedad de transmisión sexual; un mal producido por una bacteria; una forma de infección que afecta la piel, los huesos y las articulaciones. En comunidades que viven en pobres condiciones higiénicas, el *morbo gaélico* puede transmitirse también por contacto no sexual.

—Es terrible —exclamó el general nazarí—. Nosotros aquí, en Granada, no conocemos ese terrible mal.

—Desde luego. En la fase precoz de la enfermedad, el sujeto contagiado resulta altamente contagioso, y en las relaciones entre hombre y mujer es más fácil que se contagie el hombre, siendo la edad más común entre los 20 y 25 años. El período de incubación es de entre 10 días y 6 semanas. El contagio es muy común en varones sodomitas, al practicar el sexo anal. Por otro lado, la mayoría de las mujeres que

padecían el *morbo gaélico* no sabían que estaban afectadas, porque casi siempre el chancro aparece en el interior del cuello uterino, y cuando la bacteria entra en el organismo se expande rápidamente por él y, lentamente, va invadiendo todos los órganos y tejidos. En el varón, los chancros suelen localizarse en el pene y en el interior de los testículos, aunque también suelen aparecer en el recto, dentro de la boca o en los genitales externos; mientras que en la mujer, las áreas más afectadas son el cuello uterino y los labios genitales mayores o menores. El chancro desaparece al mes o mes y medio, pero no porque el enfermo se esté curando, sino porque la segunda etapa está por empezar.

—Entonces, amigo cristiano, ¿qué solución tendría ese mal, el no fornicar? —preguntó con sorna Ozmán.

—¡No! Desde la antigüedad, médicos como Galeno recomiendan hacer el coito, cuyas virtudes también enaltecía Plinio, quien afirmaba *multa genera morborum*, en especial el efectuado por primera vez. Las eyaculaciones seminales generaban un alivio inmediato de dolencias producidas por la flema, la melancolía y los humores fríos. Hipócrates estableció que el coito era una pequeña epilepsia, durante la cual el organismo expulsaba, junto con el semen, elementos que causaban precisamente esta dolencia y el principio perturbador. Lo que es fundamental es mantener la higiene necesaria.

—Y si no es mucho preguntar, amigo cristiano, ¿cómo llevaste a cabo la curación de aquellos desdichados, que se hallaban en el umbral de la muerte, afectados por esa pesadilla, una de las enfermedades más terribles?

—Pues esencialmente aplicando en los enfermos una cura a base de tisanas con hojas y troncos de saponaria y bardana.

—Tengo entendido que estas plantas abundan en las Alpujarras —comentó Ozmán.

—Sí, y también en todos los territorios del Reino de Aragón, y del resto de Europa. Pero ahora, Ozmán, me gustaría descansar, pues me encuentro algo fatigado. Más tarde seguiré mi narración.

—Descansa, amigo cristiano. Yo aprovecharé para dar unas órdenes a mis soldados, que aguardan en la puerta. Volveré cuando te hayas recuperado —y Ozmán salió de la estancia, a la que regresó al cabo de dos horas dispuesto a seguir escuchando la confesión de Esteve.

—Ozmán, voy a seguir por donde nos habíamos quedado. La saponaria es una planta silvestre que florece de mayo a junio, con la cual yo preparaba una cocción cuya dosis establecía en 25 gramos de esta planta por litro de agua durante diez minutos, y luego hacía que el enfermo bebiera esta infusión durante cuarenta días consecutivos. La bardana, que florece en los meses estivales en el norte de España, era la segunda planta utilizada para combatir el *morbo gaélico*. La raíz de la bardana tiene propiedades sudoríficas, diuréticas y depurativas; la dosis era el cocimiento de 60 gramos de raíces por litro de agua; igualmente, las hojas administradas en forma

de cataplasma dan excelentes resultados contra los tumores blancos, las obstrucciones de las articulaciones y la tiña; por ello, la bardana es también conocida como «hierba de los tiñosos», que siempre he aplicado con el mayor de los éxitos contra las enfermedades de la piel.

—¿Y qué trato recibían esos enfermos en el hospital?

—No muy distinto al del resto. Recuerdo que bien temprano mandaba abrir las ventanas para ventilar la sala y despertarlos. Después del desayuno, hacía que los que podían salir al exterior fuesen trasladados al patio, para que respiraran el aire fresco y tomaran el sol saludable de la mañana; muchos de estos enfermos, a consecuencia del terrible mal, padecían de melancolía, para lo cual el mejor tratamiento era conversar con ellos, hacerles sentir que estaban vivos y que eso era lo más importante, que tenían que luchar para vencer al demonio de la enfermedad; el trino de los pájaros, el rumor del agua de la fuente, el griterío exterior de los niños corriendo por las calles, o la visita de algún familiar, eran los mejores medicamentos, sin duda, para combatir la enfermedad. He tenido en mis manos el aliento de personas que pedían la muerte a gritos porque no podían soportar más el dolor, pero la dicha de haber logrado curar a muchas de ellas, y a veces no con medicamentos, sino con el afecto de unas palabras, ha sido verdaderamente maravilloso. Esos momentos de felicidad y agradecimiento que me transmitían mis enfermos era, sin duda, lo mejor que me voy a llevar de este mundo.

—Tus palabras te hacen todavía más grande, amigo cristiano.

CAPÍTULO 5

La masía de Tavèrnoles

De las masías primitivas se desconocen sus formas. Se trata de casas de los siglos XI, XII y XIII. Para reconstruirlas, se ha acudido a las características propias de las casas del siglo XIV, en las cuales la ventana románica se conserva más esbelta, son más estrechas las columnas, con más abertura de aire, a la luz y al ataque exterior, pero manteniendo los elementos análogos a los romanos.

JOAQUIM DE CAMPS I ARBOIX,
La masía catalana



— **U**na tarde, yendo por los pasillos del hospital, no pude evitar oír las palabras de unas personas que hablaban en voz alta: «Mañana es el encuentro con el macho cabrío en el bosque». Otra contestó: «Sí, yo quisiera ir, como otros años, pero tiemblo al pensar en lo que representa ese espectáculo sangriento». Y oí que una tercera persona decía: «Yo no sé si iré, aún recuerdo la experiencia del año pasado».

»Me acerqué a aquellas personas y, tras pedirles perdón por mi atrevimiento, les dije que no había podido evitar escucharles, y les pregunté que a qué se referían. Uno de los que allí se encontraban me contestó que estaban hablando del encuentro en el bosque del rey de las sombras y del infierno, Satán, con sus sirvas. No entendí de qué me hablaban e insistí en que me explicaran de qué se trataba. Una de aquellas personas, Bertomeu Gros, que era el enfermero, se quedó mirándome y, con un gesto de gran extrañeza reflejado en su rostro me preguntó que si no conocía el bosque de Savassona. Al contestarle que no, Bertomeu me explicó que en la festividad de san Juan Bautista, que se celebraría al día siguiente, era cuando se producía la aparición de la Bestia rodeada de sus sirvientas. Yo le pregunté que si el bosque de Savassona estaba muy lejos y me contestó que se encontraba a un par de horas a caballo. Precisamente, añadió, al día siguiente iría a su pueblo, Tavèrnoles, a ver a su familia, y el lugar del que hablamos estaba muy cerca. Dijo que si lo deseaba podía acompañarle. Como mis funciones me permitían ausentarme, decidí que iría con él. Al día siguiente, tras asegurarme de que todos los pacientes estuvieran bien atendidos, dejándolos a cargo de un par de enfermeros, le dije a Bertomeu que lo

acompañaría. Bertomeu manifestó que sería un honor para él y, de paso, me explicaría más cosas acerca de lo que nos esperaba, que era algo sorprendente. Le pregunté por la hora de salida y me dijo que si me parecía bien partiríamos a la hora tercia. Le dije que me parecía muy acertado y quedamos a esa hora en la puerta del hospital. Reconozco que me costó conciliar el sueño aquella noche, pues no podía dejar de pensar en las palabras que había oído en aquel pasillo. Pero mi curiosidad era muy fuerte, y estaba deseando conocer la naturaleza de aquellas frases.

»Ya hacía bastante rato que el sol iluminaba el firmamento cuando Bertomeu y yo partimos de Vic en dirección al curso medio del río Ter. El enfermero me preguntó si conocía la zona del norte de la ciudad de Vic, y le dije que era la primera vez que la recorría. Me contó que en aquellas tierras había nacido y se había criado con su familia. Dejamos a nuestra espalda Folgueroles, y no tardamos en llegar a Tavèrnoles. Le dije a Bertomeu que lo veía muy dichoso, y me explicó que se debía a que hacía mucho tiempo que no veía a sus padres, que eran muy mayores. También me comentó que su padre padecía un mal en los pies que le producía terribles dolores. Como siempre, llevaba conmigo el instrumental, y le dije que lo examinaría. Bertomeu se mostró muy agradecido.

»Después de atravesar algunos valles, siguiendo siempre hacia el norte, entre unas colinas alfombradas de espesa vegetación, apareció el pueblo de Tavèrnoles. Las campanas de la iglesia doblaban a laudes, y nos dirigimos directamente a la casa de mi compañero, que era una masía situada cerca del camino real. Era una casa de planta horizontal, establecida en tres naves, con balcón corrido de madera en el nivel superior, orientado al sur; en la zona más alta se abrían unas ventanas para airear los alimentos conservados en esa estancia; las caballerizas y el corral se hallaban en un ala de la planta baja de aquella enorme masía. Núria, la madre de Bertomeu, salió a recibirnos acompañada de dos grandes perros labradores que no paraban de lamerle las manos a mi compañero. Este hizo las presentaciones, y Núria, con el mayor respeto y sin levantar la mirada, me dijo que estaba encantada de recibirme y ofrecerme su humilde casa. Yo le di las gracias y le pregunté cómo se encontraba su esposo. Me informó que Ermengol llevaba varias semanas en cama, con dolores muy fuertes en los pies. Le pedí permiso para entrar a verlo y me llevaron a la alcoba principal de la vivienda, donde se hallaba el enfermo. En aquel momento, Núria, corrió las cortinas y abrió un poco los postigos de madera de las ventanas, para que el sol iluminara la estancia. El padre de Bertomeu, sobresaltado, preguntó qué sucedía y quién era yo. Núria lo tranquilizó diciéndole que era un doctor del hospital de Vic, compañero de su hijo Bertomeu, y que quería verlo. Cuando examiné sus piernas vi que tenía grandes hematomas y le pregunté si había tenido alguna caída o había sufrido un golpe. Él recordó que hacía unos diez días, cuando estaba cortando las ramas de unos árboles, resbaló y se cayó dando vueltas hasta el lecho de un riachuelo, golpeándose los pies fuertemente, y desde entonces no podía moverse de la cama. Le dije que debería ser trasladado al hospital porque podía tratarse de una rotura de un

hueso del pie o de una dislocación de los nervios. Ante la perspectiva de un traslado al hospital, Ermengol dijo en un tono suplicante que si no podría curarle allí, en su casa. Tras su insistencia, decidí realizar las curas necesarias allí mismo y le pedí a Bertomeu que me trajera el maletín que estaba en la grupa de mi caballo. A Núria le pedí por favor que preparase agua caliente en un recipiente grande, que tuviera a punto lienzos de tela y que hiciera una infusión de tila para calmar a su esposo. La mujer salió corriendo hacia la cocina. Yo abrí las ventanas de par en par para que no faltara luz natural, que era mucho mejor que la de los cirios, y fui hablando con voz suave al enfermo, para tranquilizarlo. No cabía la menor duda de que Ermengol, de carácter un poco gruñón, se encontraba más seguro en su casa, con los suyos, que en una estancia llena de enfermos y olores de hospital. Le di a beber agua, que tomó con ansiedad. Una hora más tarde ya estaba todo preparado, y Ermengol se encontraba más relajado, después de haberse bebido toda la infusión. Pero era necesario llevarle a un estado de plena relajación, que conseguí aplicándole un sedante. Le dije con voz muy calmada que iba a abrir la zona dañada, que no se preocupase por la sangre. Pero él ya no me oyó, estaba adormilado.

»Después de unas horas, ya había terminado mi intervención, y los pies de Ermengol se hallaban vendados. Le recomendé a su esposa que siguiera en cama unos días, y le dije que yo me acercaría a hacerle las curas siguientes. Me invitaron a comer. Y después, Bertomeu me susurró que debíamos irnos ya al bosque, antes de que comenzara a caer la noche. Mientras nos despedíamos cortésmente, Núria nos advirtió que fuéramos con mucho cuidado, que en aquel bosque ocurrían cosas muy extrañas. Le recordó a su hijo aquella niña que desapareció en ese maldito lugar hacía unos años; y añadió que no nos acercáramos a ningún gato negro. Luego me preguntó que cuánto me debía, y le dije que no me debía nada, y volvería dentro de unos días. Mientras tanto le recomendé que su esposo no andara, que comiera alimentos suaves y reposara, y que lo calmara con infusiones, que no estaban nunca de más. Me dio las gracias, me dijo que seguiría mis consejos y me ofreció su casa. Tras despedirse, se dirigió a unos campesinos y les mandó que acumularan los excrementos de los animales, con la ayuda de unas horquillas de madera, en la explanada de la era, próxima a la fachada de la masía. Le pregunté a Bertomeu por qué lo hacían y me contestó que en el solsticio de verano solían hacer un fuego con estiércol del diablo, quemando asafétida, para ahuyentar a los demonios, evitando que entraran en la casa. Lo que no sabía exactamente era el simbolismo del gato negro, y me preguntó que si yo sabía algo sobre aquello. Le expliqué que el gato negro estaba vinculado, según la tradición popular, con el diablo, y que se identificaba con las fuerzas del Mal porque algunas de las características del gato coincidían con las cualidades de Lucifer: era peludo, tenía uñas y era símbolo de lujuria, debido a los chillidos que lanzaba en época de celo; el color negro era también una característica que lo asemejaba al Mal; además, el gato era nocturno, veía de noche y era áspero al tacto. El gato era maligno y siempre estaba vigilante. Le conté que el papa Gregorio IX, en su bula *Vox in*

Rama, dijo que en el aquelarre el demonio se aparece en forma de hombre cuyo cuerpo, de cintura para arriba, es brillante y luminoso como el sol, y de cintura para abajo áspero y veloso como el de un gato. Y añadí que, además, tenía otras cosas que contarle sobre aquella cuestión. Yo conocía bien aquella bula, y también a su autor; le expliqué que fue aquel pontífice, en otra bula suya, *Excommunicamus*, quien estableció el tribunal de la Inquisición, haciendo depender directamente de él aquella poderosa fuerza religiosa, nombrando a los dominicos como inquisidores y estableciendo que los herejes fueran entregados al brazo secular para su castigo. Las mismas profecías de san Malaquías se refieren a este pontífice como *Avis ostiensis*, como una especie de ave de rapiña. Además, en mi casa de Argelaguer siempre hubo gatos, y nos ha dado igual el color de su pelo.

»Salimos cabalgando en dirección al río Ter; Savassona no estaba lejos de allí. A poco más de una milla de distancia hacia el norte llegamos a la entrada del robledal. Le pregunté a Bertomeu si no sería peligroso estar allí y me dijo que no, que las brujas y brujos de aquellos territorios contaban con el apoyo de los señores de Montcada, de Vic, y estos con el del mismísimo monarca Jaime I. Por lo tanto, los esbirros de la Inquisición no acostumbraban a ir por aquellas tierras a molestar, aunque, añadió, no podíamos fiarnos del Santo Oficio, porque tenían delatores por todas partes. Yo ya había podido comprobar cuánto apreciaban las gentes a los señores de Montcada, lo que hacía que esos nobles estuvieran sometidos a una severa vigilancia por parte de la Inquisición. Aunque, según me contó Bertomeu, ello no impedía que esos señores castigasen con la mayor severidad a quienes los traicionaban. Me explicó que en la ciudad de Vic encerraban en sus terribles mazmorras a los servidores infieles, bien por envidias y demás miserias humanas, o por el hecho de haber denunciado ciertas cuestiones a los esbirros, vigoleros y explotadores del Santo Oficio. Yo sabía que era cierto, pues me habían contado que desde hacía algunas semanas se hallaba recluido en las mazmorras del Castell de los Montcada un delator sorprendido en el momento de transmitir información a un miembro de la Iglesia, recibiendo seguidamente una bolsa de monedas, tal como hizo Judas. Bertomeu me dijo que esa denuncia traicionera provocó que se levantara un proceso contra varias mujeres de Cantonigrós, aprovechando la ausencia del señor de Montcada, que se hallaba esos días en la Ciudad Condal.

CAPÍTULO 6

Los ritos de Satán

Cualquiera que haya leído cuentos populares conoce el carácter maléfico de los bosques. Evidentemente, en la cultura tradicional el bosque era un lugar oscuro, lóbrego y, por lo tanto, satánico.

XOSÉ RAMÓN MARIÑO FERRO,
Satán, sus siervas las brujas y la religión del Mal



— **O**íamos en la lejanía el repique de campanas de la ermita de San Feliuet de Savassona, tocando la hora a vísperas, cuando entramos en aquel extraño paraje. Bertomeu susurró que habíamos llegado a buena hora. Advertí que había algunas personas moviéndose entre la abrupta vegetación. Le comenté en voz baja a Bertomeu que no estábamos solos allí, y en el mismo tono me contestó que no, y que pronto acudiría más gente, a medida que avanzaran las sombras de la noche. Me sugirió que nos colocáramos en un lugar desde el que poder ver bien sin ser vistos. Estábamos bajo unas ramas, en la espesura del robledal, desde donde, a pesar de la atmósfera neblinosa, fría y lúgubre, podíamos ver las grisáceas siluetas de otras personas, que no cesaban de llegar, y que iban colocándose en diferentes lugares de aquel bosque encantado. Según me dijo Bertomeu, estábamos frente a la Piedra de los Sacrificios, el mejor lugar para contemplar lo que íbamos a presenciar. Nos pusimos tras unos arbustos para quedar más ocultos. Bertomeu me contó que en esa piedra que teníamos delante se llevaron a cabo sacrificios a las divinidades paganas en tiempos muy remotos. Me pareció ver que en su parte más alta se conservaban las canalizaciones por donde corría la sangre de los animales sacrificados a las divinidades, seguramente para pedir que lloviera en los campos, o para ahuyentar las enfermedades, o para obtener la victoria sobre los enemigos. Lo que iba a suceder allí, un ceremonial surgido de las fuerzas del Mal, suponía para mí un gran descubrimiento, y por nada del mundo quería perderme el más mínimo detalle. Bertomeu me instó a guardar silencio mientras me señalaba a un grupo de mujeres ataviadas con vestidos oscuros, con la cabeza cubierta con gorro puntiagudo, portando escobas y entonando extraños y desgarradores cánticos que retumbaban en los espacios más profundos de aquel extraño y maléfico escenario. El grupo se

concentró en el llano delante de la Piedra de los Sacrificios. Una extraña atmósfera reinaba entonces en aquel lugar, que nos llevó a pensar que estábamos en las mismísimas puertas del infierno. Bertomeu susurró que eran los cánticos de las brujas, que eran las mujeres que iban a protagonizar lo que habíamos ido a ver. De pronto, una de ellas, la más veterana del aquel grupo, de apariencia robusta, enigmática y recia, procedió a organizar una especie de ritual, tras encender una hoguera, invocando a los elementos, para limpiar de impurezas la zona, repitiendo las mismas palabras a los cuatro vientos. Los demás, había también algún hombre, llevaron a cabo las instrucciones que recibían de la anciana. La atmósfera se llenó de un espeso manto de humo amarillento, fruto de la combustión de unos polvos que echaban al fuego. Oímos toser a algunas personas que se hallaban ocultas entre el follaje; nosotros nos tapamos la boca, para no ser advertidos. De pronto se produjo algo sorprendente. De aquel aterrador grupo, cuyos rostros estaban iluminados por las llamas del fuego, salió una hermosa joven que, al tiempo que danzaba, emitía un cántico con una dulce voz: «¡Lucifer, ten piedad de nosotras! ¡Escucha nuestras plegarias! ¡Belcebú, Beal, Leviatán, príncipe de las fuerzas de las sombras, apareced! ¡Mi señor Lucifer! ¡Ante ti, poderoso señor, renuncio a Dios! ¡Ante ti renuncio al Cristo crucificado!». Aquella mujer no cesaba de invocar a los poderes del averno, para que le ayudasen a traer a aquel infernal escenario al dios del Mal, el señor de las Tinieblas. Tras unos instantes, en los cuales parecía que iba a estallar todo el bosque por los agudos gritos y el resplandor del fuego, cuyas llamas ponían en peligro la integridad de las ramas más próximas, un silencio estremecedor se apoderó de aquel escalofriante escenario, solo roto por el crepitar de las maderas al arder. Después, aquella mujer prosiguió: «Hermanas, no tardará en llegar *lo Vermell*, nuestro padre, amo y señor, y entonces se iniciará el *sabbat* en esta corta noche del solsticio de estío, y con las llamas del fuego haremos que se reduzca aún más la brevedad de esta oscuridad».

»A medida que las llamas iban adquiriendo fuerza y altura, y gracias a otras hogueras que se estaban prendiendo en aquel sobrecogedor escenario, podíamos distinguir mejor no solo los rostros, sino también decrepitos y horripilantes personajes que componían ese cortejo de seres surgidos del averno. En medio de todo el caos de luces y sombras, de ensordecedores bramidos y de bailes sin sentido, apareció un ser grotesco, un hombre portando sobre sus hombros un cabrón sujeto por el cuello con una soga, y, con gran autoridad y seguridad en sus movimientos, se abrió paso en medio del mayor desconcierto, bajó al animal y lo ató en una estaca que ya estaba preparada, clavada en el suelo, cerca del altar de piedra, próximo al fuego principal. Al instante, todos los allí presentes formaron una hilera. Uno por uno se fueron aproximando al cuerpo del atemorizado macho cabrío para besarle el trasero. Yo no podía dar crédito a cuanto mis ojos estaban presenciando. Aquellos seres, más bestias que el mismo animal, iniciaron luego unas desenfrenadas danzas, mientras gritaban y reían desaforadamente; no cabía la menor duda de que estaban poseídos

por el mismo Satanás; también advertí que bebían un extraño brebaje contenido en el interior de unas calabazas ahuecadas, que se iban pasando de mano en mano.

—Parece una escena infernal; no había oído antes un relato tan escalofriante — exclamó Ozmán, mirándome fijamente.

—Sí, amigo, pero lo peor vino después.

—Estoy ansioso por saberlo. Admiro la retentiva que tienes, amigo cristiano. Sigue, sigue relatando —me animó Ozmán.

—La mujer que dominaba la escena, no la joven, sino la que inició todo este baile maldito, arrojó al fuego varias brazadas de unas hierbas secas, semejantes al cáñamo, y otras que tenían vainas de color anaranjado, generando al momento un espeso y asfixiante humo que me nubló la vista y que, al respirarlo, transmitía un olor dulzón, como a caña quemada, que, al extenderse en el ambiente de aquel infernal enclave, nos llevó a otra dimensión a través de los sentidos; aquellas mujeres entraron en trance mientras bailaban, y comenzaron a dar alaridos de desesperación, tras perder cualquier vinculación con este mundo. Algunas gritaban *eboe lo baque*, así como otras horribles blasfemias e invocaciones que confirmaban su vinculación con el soberano del Mal.

—Descansa un poco, amigo romí; estás haciendo un esfuerzo muy grande, rememorando esa historia tan desgarradora —aconsejó Ozmán.

—No te preocupes, Ozmán, quiero acabar de contarte este episodio. Uno de los hombres que sujetaban al macho cabrío silenció de inmediato a todos los allí presentes dando un grito aterrador, agudo, que hizo temblar todo el bosque. Al instante, las mujeres abandonaron las danzas y sellaron sus resquebrajados labios, dirigiendo sus afilados ojos hacia él. Aquel hombre elevó en el aire una daga de sinuosa hoja de doble filo, y mirando al animal, con un terrible golpe lo degolló de un solo tajo. Los grandes chorros de sangre que brotaban del cuello del macho cabrío, cubrieron el suelo. No tardó en desatarse el desenfreno, la locura; las mujeres comenzaron a desprenderse a tirones de sus míseros vestidos, sin dejar de lanzar toda clase de gritos y alaridos; las más jóvenes llegaron a quedarse completamente desnudas; algunas se recostaban bajo el cuerpo del carnero, bebiendo la sangre que seguía goteando o recibéndola sobre sus cuerpos desnudos, mientras otras se revolcaban en el suelo, en cueros, en aquel charco rojizo. Las mujeres de mayor edad solo se desnudaron la parte superior del cuerpo, dejando al descubierto sus grandes y flácidos pechos, que no cesaban de tocarse con las manos manchadas de la sangre del animal, y algunas frotaban sus cuerpos unas con otras. Bertomeu se fijó en que había unas mujeres que tenían tatuada una figura en su hombro izquierdo, y me preguntó si yo sabía qué era. Vi que era un sapo. Según había leído en una ocasión, en un libro de medicina tradicional, el sapo también formaba parte del mundo de la magia y de la brujería. Cuando aparecía grabado en el hombro izquierdo de una mujer, era la manifestación del demonio, lo cual queda subrayado por los dos cuernos minúsculos que tenía sobre la frente aquel pequeño anfibio. Me habían dicho que

todas las brujas tenían en sus cuevas un sapo, al que prodigaban toda clase de cuidados. Me contaron que algunas incluso llegaban a bautizarlos, que los vestían de terciopelo negro, les ponían campanillas en las patas y los hacían bailar; según estas mujeres, esposas de Satán, en las cabezas de los sapos había un talismán precioso con el cual se obtenía la dicha sobre la tierra.

—El Corán prohíbe y condena estas creencias —exclamó Ozmán.

—Lo sé, amigo nazarí, pero en el cristianismo anidan estos ritos, que son el contrapunto de los valores de los Evangelios.

—Pero sigue contándome este apasionante relato, amigo Esteve.

—Todas las mujeres que formaban parte de aquella infernal danza comenzaron a hacer diferentes manifestaciones de actos impuros, contoneando sus curvilíneos cuerpos, en una orgía y bacanal desenfrenada, donde el lésbico femenino superaba cualquier imaginación del hombre, mostrando sus sexos sin pudor alguno. En medio de aquella impura escenificación, surgió una encantadora joven, una hermosa criatura, de cuerpo armonioso y bellísimo rostro, con una larga melena pelirroja que le llegaba a las nalgas; sus pechos, firmes y perfectos, desafiaban aquel desenfreno, poniendo una nota de sensual belleza en aquella atmósfera satánica. Esta joven se movía con la elegancia de una bailarina griega. Con sus grandes ojos, aquella diabólica criatura sometía a todo el entorno del bosque a una provocación; parecía consciente de que estaba siendo admirada por muchas personas, y gozaba del sexo sin ningún recato. Fue entonces cuando me fijé en que algunos hombres que, como nosotros, estaban ensimismados recreándose en el espectáculo, se estaban masturbando frenéticamente, alimentando con su semen la continuidad de aquella satánica orgía, atrapados por los actos lésbicos de aquella joven; también Bertomeu había caído en las garras de aquella impura y diabólica atracción. Comprobé que en mí también se estaba despertando una inusitada excitación y un deseo carnal irrefrenable, y para superar aquella poderosa tentación decidí ausentarme de aquel bosque maldito, despidiéndome de Bertomeu; pero él me siguió, en medio de la más absoluta oscuridad, y dejando atrás la atracción sexual, en su vertiente más impura y diabólica, de una muchacha capaz de llevar al hombre a los límites de la perdición.

—¿Y qué hicisteis después? —preguntó Ozmán.

—Logramos llegar hasta donde habíamos dejado atados los caballos y regresamos a galope a Vic, a donde llegamos cuando el cielo mostraba la violada luz que precede al alba. En mi cabeza no se olvidaría nunca lo cerca que estuve de caer en el deseo desbocado y primitivo que había provocado en mí el cuerpo desnudo y juvenil de aquella hermosa joven.

Amargo desengaño

«De entre las fuentes del placer, surge algo amargo que nos hiere entre las mismas flores».

TITO LUCRECIO CARO



— **U**na mañana, cuando estaba preparando las vendas para las curas, después de haberse hecho los cambios de sábanas, un enfermero entró sofocado a la sala gritando que había aparecido un hombre herido muy grave a orillas del río Mèder. Yo me ofrecí para ir a socorrerle y cogí el maletín con el instrumental más urgente. Al llegar me informaron de que un comerciante de la ciudad, al cruzar el puente, frente al Portal d'en Teixidor, lo había visto entre los matorrales tendido en la orilla. El lugar estaba abarrotado de personas curiosas, preguntándose sobre qué podría haber sucedido. Yo me abrí paso entre ellas diciendo que se apartaran, que era médico. Se trataba de un hombre joven, que mostraba signos de haber sufrido una agresión; un golpe en la cabeza le había dejado sin conocimiento, y además estaba herido, cubierto de sangre. Le hice una cura de urgencia en la herida que tenía en el hombro, y después lo llevamos al hospital.

»Más tarde, ya en la cama, tras haber permanecido un largo tiempo inconsciente, aquel hombre comenzó a dar señales de vida. Cuando abrió los ojos preguntó, muy preocupado, mirando extrañado cuanto veía a su alrededor, que dónde se encontraba. Le expliqué lo que le había sucedido y que se hallaba en el hospital. Me dijo que le dolía mucho la cabeza y que no podía mover el brazo derecho. Lo tranquilicé diciéndole que era natural, que el golpe en la cabeza debió de ser fuerte, y que no podía mover el brazo derecho porque se lo había vendado, para curar una profunda herida que tenía en el hombro. Le pregunté que si recordaba algo y, haciendo un esfuerzo por acordarse de lo ocurrido, me contestó que recordaba vagamente que estaba atravesando el puente para entrar en la ciudad cuando, de pronto, unos malhechores lo asaltaron para robarle; y que cuando se resistió, uno de ellos le puso un cuchillo en el pecho y él se giró de inmediato para evitarlo, pero se lo clavó en el hombro derecho; después, una vez le robó la bolsa, el otro le dio un golpe en la

cabeza con el mango del cuchillo, y posiblemente se precipitó al río. Afortunadamente, los matorrales de la orilla le sirvieron de colchón; pero estaba muy débil y le aconsejé que descansara. Él me tomó las manos y, muy emocionado, me dio las gracias y me dijo que me debía la vida. Le contesté que era mi obligación como médico. Cuando le pregunté que si era de Vic me contestó que era de Rupit, que se llamaba Joan Manya, y que su padre era el señor de esa villa. Me dijo que había llegado aquella mañana a Vic, por encargo de su padre, para abonar al notario de la ciudad unas partidas que había pendientes a consecuencia de las compras de unos terrenos que su padre había hecho, hacía unos meses, en Sant Joan de Fàbregues. Pero, por lo que veía, no le habían dejado ni un florín de oro, ni tan siquiera un real de plata.

»Lo consolé diciéndole que lo más importante era que estaba vivo. Hice que le sirvieran un caldo caliente y le dije que mandaría un mensajero para que informara a sus padres de que tan pronto como se recuperara volvería a su casa. Tras darme las gracias nuevamente, me dijo que le gustaría que conociera a su familia y me ofreció pasar unos días en Rupit con ellos, para poder agradecérmelo. Yo no conocía ese pueblo, del cual me habían hablado muy bien, y acepté su invitación para acompañarlo cuando estuviera plenamente recuperado. Se puso muy contento y me dijo que mi visita sería un honor para él, y que además conocería su pueblo y también a su familia. Muy contento con mi decisión, Joan me empezó a contar cómo era su pueblo. Me explicó que el río Sallent abría un profundo cauce entre las rocas, creando un acantilado fluvial en cuyas paredes de mediodía de la montaña se asentaban las viviendas, a la sombra del castillo, donde vivía. Su padre, dijo, era barón y recibió la villa de Rupit de la familia Cardona, a cambio de otras tierras cerca de Manresa. La iglesia del pueblo estaba dedicada a san Miguel Arcángel, a cuyo santo se encomendaba siempre que tenía algún problema, pues, me confesó, era creyente.

»Una semana más tarde, cuando consideré que Joan estaba recuperado y la herida bien cerrada, salimos hacia Rupit, por el sendero que llevaba a Olot, dejando a nuestra derecha Santa María de Coreó. Y a la altura de Cantonigrós, Joan me señaló un lugar sorprendente: la cima de Cabrera, una montaña de paredes lisas y blanquecinas que parecía una roca surgida milagrosamente de la tierra. Sugerí que descansáramos un rato en aquel lugar, desde el que se divisaba un paisaje de montañas romas, de tierra grisácea, de bosques silenciosos, de masías aisladas y de gente de bien, que me cautivó. Estábamos atravesando la llanura del Collsacabra, y en el camino nos cruzábamos con grupos de mercaderes que abastecían de alimentos a Olot y a Vic, las dos grandes poblaciones enlazadas por aquel transitado sendero. Al cabo de un rato, Joan exclamó lleno de júbilo que estábamos cerca. Le dije que no veía ninguna población, y riéndose me dijo que no veríamos Rupit hasta no estar en el mismo pueblo, ya que se hallaba oculto entre montañas. Y en efecto, como un milagro, después de haber salvado una colina, Rupit se nos mostró como un lugar lleno de encantos; parecía un paraíso en la tierra. Y en lo alto, sobre los tejados

árabes, se veía la silueta de una fortaleza que desafiaba el vértigo colgada sobre la roca viva. Mostrando una gran emoción, Joan dijo que allí, arriba, tenía mi casa. Le di las gracias y le dije que tenía grandes deseos de conocer a su familia. Él supuso que el mensajero ya les habría informado de nuestra llegada y que nos estarían esperando ansiosos, preocupados por su estado. Al llegar al pueblo, todas las personas, asomadas a las ventanas y balcones, o en el umbral de sus casas, nos saludaron cortésmente. La familia de Joan y numerosos vecinos nos esperaban en la plaza, a poca distancia de la iglesia. Joan se fundió en un fuerte abrazo con sus padres y con su hermana, después me saludaron efusivamente, y seguidamente entramos en el templo, porque el párroco ofreció una misa de agradecimiento por la feliz noticia de la recuperación de Joan. Luego, los padres de este saludaron a los demás vecinos, y juntos subimos al castillo, por la calle del Fossar, dejando a nuestra derecha la iglesia y la sagrera. La fortaleza seguía la línea de la montaña, y, desde la plaza de los Caballeros, era difícil distinguir la roca de los muros, porque estaban realizados de la misma naturaleza. Una vez en la entrada del recinto. Roger, el barón, dirigiéndose a mí, me manifestó que estaba en mi casa, y toda su familia me estaba profundamente agradecida por haber salvado la vida de su hijo. Le di las gracias y añadí que era un placer conocerles. Le dije al barón que su hijo me había hablado mucho de ellos, y que no tenía nada que agradecerme, porque solo había cumplido con mi deber como médico. Elisenda, su esposa, me ofreció quedarme con ellos el tiempo que deseara, pero aduje que no podía ausentarme demasiado tiempo del hospital, porque eran muchas las personas que me esperan, y algunas en estado bastante grave. Tras este ofrecimiento, me presentó a su hija, Eleonor. Era una joven muy hermosa, de cabello rubio y largo que le caía en forma de cascada por la espalda, ojos azules y dientes como perlas, cintura estrecha y cuerpo esbelto. No pude disimular mi arrobamiento ante su belleza. Ella manifestó que estaba encantada de conocerme, y en mis oídos quedó grabada para siempre la música de su voz. Tartamudeando como un niño, le dije que yo también estaba encantado de conocerla a ella. Nuestras miradas se cruzaron y yo perdí el control del tiempo y el espacio. Sus padres y su hermano lo percibieron al instante, y creyeron que entre nosotros había surgido un amor sincero y fuerte.

—¿Te casaste con aquella hermosa joven? —preguntó en tono jocoso Ozmán.

—¡Ay, amigo Ozmán, déjame contarte lo que sucedió, porque no te lo vas a creer! En Rupit permanecí una semana, y he de decirte que en todo momento estuve al lado de Eleonor, hablándole de los proyectos tenía para compartir con ella en el futuro; le hablaba también de mi actividad como médico y cirujano, y, por supuesto, de cuánto me atraía. Ella no cesaba de hacerme preguntas, y parecía mostrar el mayor interés por cuanto iba diciéndole. Por las mañanas, paseábamos por las empinadas calles del pueblo, y, cuando salíamos de la muralla, para evitar caer en un asalto de bandidos, nos acompañaban un par de soldados del barón; fuimos a visitar la iglesia de Sant Joan de Fàbregues, desde donde pude contemplar una de las mejores panorámicas

que había visto hasta entonces, con el pueblo de Sant Romà de Sau y Savassona en la lejanía; muy cerca de allí, la espectacular cascada del Sallent. Y por las tardes, nos sentábamos en los *festejadors* (los bancos de piedra de los extremos de los ventanales del salón del castillo), contemplando los mágicos atardeceres de Rupit, y confesándonos nuestro amor. Todo era perfecto, yo flotaba en una nube. Y en Vic, mientras llevaba a cabo mi tarea en el hospital, pensar en Eleonor hacía que lo viese todo mucho más hermoso; los enfermos también lo notaban; algunos compañeros incluso me lo dijeron. Yo procuraba ir a Rupit siempre que encontraba una jornada de descanso en el hospital. Hasta que un día se me cayó el cielo encima.

—¿Por qué, amigo cristiano? —preguntó Ozmán.

—Fui, como otras tantas veces, a Rupit, y al llegar al castillo Joan me saludó fríamente. Le pedí que avisara a su hermana de mi llegada, y al ver su cara de angustia, le pregunté qué sucedía. Él me contestó que su hermana no estaba, que había tenido que salir a visitar a unos familiares en Hostalets de Bas. Le dije que volvería otro día y decidí regresar a Vic, donde tenía enfermos que me necesitaban. Joan había cambiado mucho, ya no era el amable joven que conocí. Presentí que algo ocultaba. Y así fue.

—Cuéntame, Esteve, me tienes en vilo —dijo entonces Ozmán.

—Mientras descendía la calle del Fossar no paraba de darle vueltas a la cabeza, y advertí algo. Frente a la puerta de entrada de la sagrera, bajo la cruz de hierro, había un grupo de personas murmurando mientras me miraban de soslayo. Yo me acerqué a saludarles cortésmente, y se callaron todos de golpe; sin embargo, una mujer, mirándome con aprecio, me dijo que no me merecía lo que me estaba haciendo aquella desvergonzada. Muy enfadado, le pedí explicaciones. Me dijo que Eleonor era una joven muy libertina, que sus padres tendrían que haberle dado unos buenos azotes cuando era pequeña, pero que ahora ya era tarde. Yo no quería creerme lo que me decía, y ella, con cierta sorna, añadió: «Id a la masía del Avene de Tavertet, en el sendero que lleva a Tavertet, y os enteraréis». El comentario de aquella mujer fue recibido con una sonora carcajada de las demás personas que le acompañaban. Yo conocía el lugar porque había ido allí con Eleonor en una ocasión. Salí cabalgando hacia la zona; lo primero que vi al llegar a aquella masía señorial fue el caballo de Eleonor, junto a otro, pastando en el prado. Me dirigí sin titubear hacia la casa, y llamé con la aldaba a la puerta; al no responderme nadie, la empujé y vi que estaba sin cerrojo, abierta. Entré de inmediato, y ya en el umbral oí unas sonoras carcajadas que llegaban desde las caballerizas. Me acerqué y descubrí a Eleonor retozando sobre la paja, fornicando con un individuo al que no había visto antes. No quise hacer el menor comentario. Salí de allí sumido en una profunda decepción. No olvidé nunca esa escena, pero también me sirvió para tener más fuerza de ánimo.

—¿Y tú qué hiciste, amigo Esteve? —preguntó Ozmán.

CAPÍTULO 8

Un burdel singular

Comamos, bebamos y gocemos; tras la muerte no habrá ningún placer.

MARCO TULLIO CICERÓN



— **E**n Vic permanecí el tiempo suficiente para terminar mis estudios y olvidar la amarga experiencia que había tenido con Eleonor, mientras avanzaba en el mundo de la medicina, gracias a las prácticas que, a diario, iba llevando a cabo con enfermos de diversa índole; experiencia de gran valor que me sirvió para superar muchas pruebas que tuve que ir resolviendo a lo largo de mi vida, ante toda clase de males. Mis estancias en los hospitales de Vic, primero en el de Sant Jaume, atendiendo a los leprosos, y después en el de Sant Bartomeu, con los peregrinos, fue lo más gratificante que me había sucedido hasta entonces, nunca tendré palabras para agradecer a mis profesores todo lo que les debo por enseñarme las claves de la naturaleza del ser humano, y también, por supuesto, a mis pacientes, por su benevolencia y bondad.

—En Granada también tenemos muy buenos médicos, y madrasas o centros de formación coránica —comentó Ozmán.

—Lo sé muy bien, amigo Ozmán, precisamente el libro que más consultaba era la *Practica Chirugiae*, escrito por el médico italiano Ruggero Frugardi, en 1180, obra que me enseñó muchos de los secretos de la cirugía, la cual estaba basada en los conocimientos árabes sobre el tema. Por otra parte, yo pertenecía a otro mundo, el cristiano, y no podía venir a Granada, como puedes comprender, aunque después los tiempos cambiaron, o más bien, yo provoqué el cambio con la voluntaria decisión de venir a esta tierra del sur. Pero déjame proseguir, porque no quiero dejarme nada por narrar.

»Un día Martí Pons, mi enfermero, me dijo que iba a recorrer la zona de los burdeles, y me ofreció que fuese con él.

—¿Y qué hiciste?

—Después de pensármelo unos instantes, le respondí que iría con él a deambular un rato por aquel arrabal, el único que me faltaba por visitar de la ciudad de Vic.

Martí me dijo que no me arrepentiría, y que además me ayudaría a olvidarme de la amargura interior que arrastraba desde el desengaño sufrido con Eleonor. Aquellas palabras volvieron a recordarme a la hija del barón; su armoniosa silueta, su piel de terciopelo, su larga cabellera, sus hermosos ojos azules. Pero también el amargo desamor, que me oprimía el corazón. Esa noche, cuando terminamos de hacer las curas, Martí y yo habíamos quedado en el patio trasero. Me recomendó que me vistiese con ropa discreta, nada que llamara la atención, pues donde íbamos teníamos que pasar desapercibidos; y, sobre todo, ropa de abrigo, porque esa noche haría frío. Le dije que llevaría capa consistorial.

»Las campanas de la capilla del hospital estaban repicando para la oración de la noche. Después de haber dado la cena a los enfermos, yo estaba dispuesto para vivir una aventura con mi enfermero y amigo. Antes de salir, Martí me dijo que, viéndome sin el mandil de enfermería, se sentía con ánimo de plantearme una duda que le rondaba por la cabeza hacía tiempo. Me dijo que no entendía por qué un gran médico como yo, que podía estar al cuidado de las grandes familias de la ciudad, como médico de cabecera, cobrando grandes cantidades de florines, estaba en el centro médico de Sant Bartomeu, donde solo entraban peregrinos con escasos recursos. Le expliqué que así lo había decidido ya que las grandes familias lo tenían todo, pero los peregrinos que, en su mayoría eran gente humilde, que, además, por fe estaban haciendo un enorme sacrificio, recorriendo centenares de millas para llegar a Compostela y pedirle al apóstol por un familiar enfermo, o para cumplir una promesa, solo tenían lo justo para sobrevivir. ¡Qué menos podíamos hacer por ellos! Se produjo un largo silencio, y ya en camino, volvió a hablar Martí para decirme que me veía un poco nervioso, y mientras remontábamos a paso distendido las calles y plazas de aquel arrabal, me preguntó con sorna si era la primera vez.

—¿Era la primera vez? —preguntó también Ozmán, riéndose.

—Pues, sí, y cuando se lo confesé a Martí me dijo que no me preocupara, que siempre había una primera vez, y que me iba a presentar a las mujeres más hermosas de Vic, porque la primera vez debía ser inolvidable. Después de un rato atravesando las calles de la ciudad, a la luz de las antorchas y el maullido de algún gato nocturno, llegamos a la calle donde reinaba la alegría y corría el vino y los licores. Martí, con asombrosa seguridad, eligió un local para quedarnos. Imaginé que no era la primera vez que lo visitaba. Se lo dije y me contestó que tampoco sería la última, pues esas mujeres le habían hecho muy feliz y había olvidado en sus brazos momentos muy duros que podrían haberle llevado al otro mundo. Entonces comprendí cuánta razón tenían aquellas palabras. Luego le pedí en voz baja que actuara con discreción; le dije que quería guardar mi identidad, pues no sería correcto que se supiera que yo era el médico del hospital de Sant Bartomeu, y que esperaba que lo comprendiera. A partir de entonces me llamó Guillem y me propuso que me hiciera pasar por tratante de ganado de paso por Vic. Guiñándome un ojo añadió que a él no tendría que llamarlo por otro nombre, pues era muy conocido en aquel sitio. Yo solté una carcajada, que

me sirvió para recuperar la confianza.

»Atravesamos una cortina de tiras de tela de vivos colores, que había a la entrada del local, y accedimos directamente al recibidor de aquella casa. Había allí una mujer de mediana edad, de pelo negro, con dos trenzas que le caían sobre unos pechos insinuantes, cuyos pezones se intuían tras la tela escarlata de su fina blusa, y cuyos ojos eran capaces de levantar el ánimo a cualquier hombre, por muy decaído que estuviera. Era la encargada de aquel burdel. Martí la saludó llamándola por su nombre, Clara, y ella contestó a su saludo diciendo que estaba encantada de volver a verle. Tal y como habíamos quedado, me presentó como un buen amigo suyo de paso por Vic y le pidió que me atendiera bien, como yo me merecía. La mujer respondió al instante que, como ya sabía Martí, disponía de las mujeres más hermosas y de la mayor confianza de toda la ciudad. Mi amigo la instó a que nos las mostrara para que pudiéramos elegir. Clara hizo sonar una campanilla dorada que tenía sobre el mostrador. Al instante, de detrás de una cortinilla salieron tres mujeres de gran belleza. Sabían moverse muy bien, andaban con elegancia y, al mismo tiempo, con una insinuante provocación, a cual más hermosa.

—¿Y por cuál te decidiste? —se interesó Ozmán.

—Reconozco que no me resultó nada fácil. Estuve unos minutos recreándome en sus sensuales cuerpos. Y luego, sin querer ofender a las demás, elegí a la primera, una rubia de largas piernas, labios que pedían ser besados y un cuello muy bien proporcionado con su lindo rostro. El resto de su cuerpo estaba a la altura de las circunstancias. Su nombre era Laia, o al menos eso fue lo que me dijo. Pero daba igual. Yo quería intentar olvidarme de mi frustración, y también desahogarme, como hombre, con una aventura que era de lo más natural a mi edad. Martí eligió a Rosanda y se la llevó hacia el interior. Laia me cogió la mano con ternura, y me invitó a seguirla. Atravesamos un pasillo, flanqueado de paredes forradas de madera iluminadas con velas dentro de recipientes de cristal de colores flavos. Al llegar a la alcoba, abrió una cortinilla y entramos. La atmósfera transmitía aromas a canela, romero y espliego; la ropa del camastro estaba limpia. Me senté en una silla de enea que estaba junto a una mesita de noche y advertí que a los pies del lecho había una bañera ovalada de madera, forrada por dentro con una sábana de lino blanco. Me dijo que iba a darme un baño reparador y, muy nervioso, le dije que ya me había bañado por la mañana. Ella insistió diciéndome que lo hacía para que me sintiera más relajado. Le dije que estaba sudando. Con una voz suave y melodiosa me dijo que ya se había dado cuenta, mientras iba llenando la bañera con cubos de agua caliente. Después procedió a desnudarme, comenzando por la camisa, desabrochando los botones, y cuando siguió desnudándome de la cintura para abajo, las gotas de sudor me caían al suelo. Sin darme cuenta, estaba dentro de aquel recipiente, con el agua hasta la mitad del pecho, y Laia extrajo de uno de los cajones de la mesita de noche una pastilla de jabón, de agradable aroma, y comenzó a frotarme con ella por todo el cuerpo. Al cabo de un rato, me secó con un fino lienzo de algodón que me cubría

todo el cuerpo. Y seguidamente se dirigió a un estante de la pared del que, con movimientos muy femeninos, tomó unos recipientes de cristal. Laia me indicó que era una crema para la piel. Yo la olí y comprobé de inmediato que contenía aceite y cera. Por lo tanto, no se equivocaba. Momentos después, ella comenzó a desprenderse de la fina bata de raso, la única ropa que llevaba encima. Creí que iba a perder la cabeza al contemplar aquel dechado de hermosura, viendo sus muslos, sus pechos, su cintura recibir los reflejos de las luces insinuantes de unas velas, que hacían todavía más bella a aquella joven. Yo me había quedado atónito. Me preguntó que si era mi primera vez, mientras acariciaba mis labios con las yemas de sus sensuales dedos.

—¿Y tú qué le dijiste? —se interesó Ozmán.

—No tenía fuerzas físicas para pronunciar ni una palabra.

—Jajajajaja —se carcajeó el general nazarí.

—Me dijo que no me preocupara, que se había dado cuenta de que era primerizo, y que haría lo posible para que nunca olvidara ese momento. Luego procedió a retirar el lienzo de lino que me cubría. Aquellos momentos me parecieron una eternidad; ella sabía muy bien lo que hacía, tomándose su tiempo, sin prisas, pero sin dejar de pasar sus labios por mis hombros, brazos, cuello y espalda. Yo estaba a su merced. Luego, cuando alcanzamos la desnudez plena, al contacto con su fina piel, noté que mi miembro se espabilaba, y entonces la joven sonrió y se acercó aún más a mí. Cuando aquel ángel se me puso encima, creí encontrarme en el paraíso. Ella, viendo que estaba a punto de alcanzar el éxtasis, al instante abandonó su posición, se sentó en cuclillas sobre la cama y procedió a verter sobre mi pecho perfume de esencia de espliego, cuyas frescas gotas resbalaban precipitadamente entre mi ensortijado vello. Luego, Laia, como gran experta en su trabajo, comenzó de nuevo a provocar mis más salvajes instintos, sentándose sobre mis piernas, frente a mí, mientras acariciaba mi rostro con gran dulzura; mis manos ya habían perdido la timidez e iban descubriendo todos los rincones de su cuerpo; su piel fina y aterciopelada contrastaba con la rugosidad de las yemas de mis dedos. Me encendí al notar en mis labios la dureza de sus pezones.

—Amigo Esteve, me estoy excitando. Esta noche, una de mis favoritas, pagaré todo cuanto me estás contando, te lo aseguro. Cambiemos de historia.

—Sí, amigo musulmán, el final ya te lo puedes imaginar. Terminé sin fuerzas, y abrazado a Laia como un cachorro de perro labrador se acurruca junto al cuerpo de su madre. Cuando salí de la estancia, Martí, que llevaba tiempo esperando, me dijo con sorna que pensaba que no iba a salir nunca. Le susurré que iba a pagar y que ya le contaría después. Le pregunté a Clara cuánto le debía y me dijo que ya había pagado mi amigo. Le dije a Martí que me habría gustado pagar a mí, a lo que él, en voz alta para que se enteraran todos, dijo: «En otra ocasión, amigo Guillem, si te parece bien, cuando regreses a Vic para nuevos tratos con el ganado, me invitarás tú».

CAPÍTULO 9

La posada del Halcón

Donde acaba el lenguaje empieza la música.

ERNST THEODOR AMADEUS HOFFMANN



— **T**ras despedirnos de las jóvenes, salimos a la calle, y nos dirigimos al hospital. Nos tropezamos con varios grupos de borrachos y mendigos, procurando por mi parte que no nos descubriesen; por ello, no dudé en ponerme la capa consistorial encima del sobreveste; la capucha me cubría muy bien la cabeza y me protegía los oídos del aire gélido de la noche. Vic era una ciudad muy fría en aquel otoño, y el viento azotaba con fuerza los postigos de las ventanas y hacía tambalear las ramas de los árboles. Me apetecía tomar algo caliente y le propuse a Martí que entráramos en un mesón, y que yo invitaría. Mi amigo aceptó, y tras deambular por varias calles estrechas, cerca de la plaza del Mercadal, entramos en la posada del Halcón, un lugar que él conocía y, según me dijo, de plena confianza. Yo había pasado por su puerta en alguna ocasión, pero nunca había entrado.

»El interior estaba abarrotado de comerciantes, buhoneros y artistas de paso; algunos de ellos se ganaban la comida que consumían divirtiendo a la clientela. En la barra nos ofrecieron una mesa junto a la chimenea, que acababa de quedar vacía, lo cual agradecemos, porque los dientes aún nos castañeteaban por el frío exterior. Martí pidió al sirviente un plato de carne y una jarra de buen vino. Yo, un caldo de pollo bien caliente, pan con queso de cabra y de postre requesón con miel y una copa de ratafía. En la mesa de al lado se encontraban dos hombres manteniendo una interesante conversación, que, por la intensidad de la voz, podía oírse perfectamente. Uno estaba diciendo que la culpa de todo la tenía el prior, mientras el otro mantenía que el culpable era el párroco, y que por eso había recibido el castigo que se merecía. El primero concluyó que la barragana había sido la víctima de las circunstancias. Martí y yo, que habíamos oído aquellas palabras sin querer, nos miramos, y decidimos participar en aquella extraña conversación. Habló primero Martí y, disculpándose por el atrevimiento, les dijo que nos había llamado la atención lo que estaban discutiendo, y les preguntó a bocajarro a qué prior se referían. Los dos

contertulios se miraron algo extrañados, pero el de mayor edad no tardó en saciar nuestra curiosidad. Nos explicó que él era Nicolau Rosell, pintor de cámara, retratista, y trabajaba por encargo de la familia Cardona, y su compañero era Gérard Raurell, trovador, y estaban de paso en la ciudad. Luego se quedó en silencio esperando a que nos presentáramos también nosotros. Mi compañero les dijo quiénes éramos y dónde trabajábamos. El trovador dijo que lo tendría en cuenta si algún día necesitaban de nuestros servicios. Tras estas presentaciones pasaron a contarnos el asunto que nos tenía tan intrigados. Dijeron que estaban muy enojados por un hecho sucedido recientemente en Sant Joan d'Oló, y que había producido la muerte del párroco de la iglesia, fulminado por un rayo en el esconjuradero, mientras exorcizaba a los elementos, para alejar una tormenta. Martí y yo nos quedamos unos instantes sin saber qué decir. Luego, mi compañero volvió a preguntar que a qué prior se referían, y el pintor aclaró que se trataba del prior del monasterio de Santa María de l'Estany, señor de los territorios donde se encontraba la pequeña población de Sant Joan d'Oló, y en donde el párroco, además, era el administrador de impuestos. Yo me interesé por la maldición de la que habían hablado y esta vez fue el trovador el que nos puso al tanto de la historia. Nos contó que el prior había establecido que los impuestos que se recaudaran se dividiesen en tres partes: una para el monasterio, otra para las gentes del pueblo y el resto para guardar como reserva. Pero el párroco decidió hacer cuatro partes, quedándose una para él. Con ello, la población se vio asfixiada cuando se produjo una gran escasez de alimentos, debido a las epidemias y sequías en los campos; pero el cura mantenía su parte, ajeno a las necesidades de las gentes, y gozando con su barragana, hasta que llegó el momento del castigo divino. “¡Qué historia más escalofriante!”, exclamó Martí. Muy interesado pregunté cómo se produjo ese castigo y esta vez fue Nicolau quien prosiguió. Contó que un día de fuerte lluvia, con un cielo negro como el azabache e iluminado por rayos y relámpagos, todo el pueblo se presentó en la rectoría para pedirle al párroco que rezara por la seguridad de la población. Al asomarse a la ventana y ver aquella multitud, el cura pensó que venían a lincharle; sabía muy bien que se había ganado el desprecio de todos, porque, además de quedarse con parte de los pocos recursos del pueblo, había echado a la calle sin piedad alguna a la barragana, y con ella, al hijo que tenían ambos, que vagaban por las calles del pueblo en busca de alimento y techo. Después, el párroco, al levantar la cabeza, comprendió que el motivo de aquella repentina visita a altas horas de la noche se debía a la amenaza de los elementos, con la constante luminaria eléctrica de los relámpagos. Al instante, bajó rápidamente por las escaleras, mientras se iba abrochando la sotana, antes de abrir el portal. Gérard, el trovador, tomó el relevo del relato y prosiguió contando que, a pesar de todo, el párroco seguía con sus dudas, porque se temía lo peor. Pero tras abrir la puerta vio que la gente venía en son de paz, preocupada por el temporal. Seguidamente, sin mediar palabra, tomó los Evangelios, y atravesando el patio se dirigió hacia el esconjuradero, bajo un terrible aguacero y una enorme granizada. Yo

pregunté, interesadísimo, qué pasó después, y esta vez fue Nicolau el encargado de seguir la narración explicando que, a los pocos minutos de haber abierto el misal y haberlo colocado sobre el atril de piedra, un rayo cayó abriéndose paso entre las negras y espesas nubes y, con una luz fulgurante y fría, iluminó el cielo como si fuese pleno día; aquella bola de fuego se introdujo en la estancia del frío esconjuradero, abierto a los cuatro vientos, atravesando el pecho del párroco, que quedó carbonizado al instante.

»Permanecemos unos instantes en silencio, pensando en aquel dramático percance. Luego, dirigiéndose a mí, Nicolau Rosell me preguntó qué opinaba sobre el tema de la barraganía. Como conocía muy bien aquel asunto, le expliqué que la Iglesia cobraba un impuesto que permitía la práctica de la barraganía a los curas, llamado impuesto de la fornicación anual, por el cual se eximía al sacerdote del pecado de la lujuria que estaba cometiendo. Se lo conté en voz muy baja para no escandalizar al resto de las personas que llenaban aquel comedor. El trovador, con mucha sorna, y haciendo el gesto de trotar su dedo índice con el pulgar, concluyó que el negocio favorecía a las arcas del Vaticano, y que había llegado a sus oídos que el papa cobraba ese impuesto a todos los curas, vivieran o no en pecado. Yo expuse mi opinión sobre que el problema estaba en su propia base. Expliqué que, según mi parecer, los curas deberían casarse y tener su propia familia, para no tener que mantener una barragana; mujer que siempre sería mirada con desprecio, aunque para mí era merecedora de todos los respetos. Y no debería ser echada como un perro a la calle, cuando el párroco se cansase de ella, y menos aún, si había hijos de ambos por medio. Asintieron los tres con cierto asombro, al oír lo que acaba de decir, y luego, al unísono, confirmaron que estaban de acuerdo con mis palabras. Martí me dijo, mirándome con admiración, que además de un gran médico yo era una persona de sólidos principios. Abrumado, quise cambiar de conversación y le pregunté a Gérard por su vida. Me contó que no era nada fácil. Vivía con el laúd auestas, recitando versos y estrofas por pueblos y castillos; en muchos lugares le aplaudían, y le daban unas monedas, que arrojaban a su sombrero; pero en otros, le habían tirado piedras, y había tenido que salir corriendo, porque sus canciones habían molestado a los señores de la zona. Pero tenía la satisfacción de vivir de lo que le gustaba, que era componer una música basada en los designios de la sinrazón humana, aunque por ello fuera perseguido y su vida corriera en ocasiones un gran peligro. Contó también que en ocasiones había tenido que salir a media noche de algunas alcobas, tras descolgar una cortina por los ventanales de un castillo o palacio, al ser descubierto por los maridos de hermosas mujeres, que volvían de las cruzadas. Le conté que había tenido noticias de que trovadores como él habían sido asesinados por los señores de un territorio. Le comenté que tuve el placer de conocer en persona a un trovador, Guillem de Berguedà, que donó sus tierras, para que en ellas se construyera la encomienda templaria de Puig-reig, y me dijo que él también tuvo el placer de conocerlo en persona, pues recitaron juntos en la villa de Bagá, invitados por los barones de Pinos,

unos señores abiertos al diálogo y a la cultura, por encima de los credos religiosos o filosóficos de los pueblos. Recordó que en esa población, donde había numerosos colectivos de cátaros, la iglesia estaba decorada con ángeles músicos en su fachada, y en la plaza mayor se escenificó la leyenda del rapto de las cien doncellas. Martí manifestó que la labor de los trovadores era muy importante, porque con sus canciones de condena denunciaban las injusticias, y eso era muy peligroso.

»Estábamos muy a gusto los cuatro al lado de la chimenea, y para que no decayera la conversación, le pregunté al trovador dónde le habían aplaudido más. Contestó que, sin duda, en Solsona, donde las gentes estaban muy abiertas a cualquier manifestación cultural. Nos contó que bajo sus casas había numerosas galerías subterráneas que se comunicaban entre sí, utilizadas como pasillos ocultos de escape al exterior de las murallas, o bien, en tiempos de paz, para almacenar alimentos, o elaborar buenos vinos. También nos contó que los recitales se daban en la plaza de Sant Joan y que en esas veladas participaba todo el pueblo, y que en la catedral se rendía culto a una virgen de color oscuro, que la llaman la Virgen del Claustro, porque apareció escondida en el interior del pozo del claustro, y se decía que llegó a esa población procedente de Occitania, traída por una familia cátara que huía de la Inquisición. Martí, mirando a Gérard con admiración, le dijo que envidiaba su pasión por lo que hacía. El trovador le contestó que, a pesar de los problemas en los que se había visto envuelto a lo largo de su vida, se sentía muy feliz, tal vez porque no temía el riesgo. Cuando Martí le preguntó dónde podía encontrarlo, Gérard le indicó que se había instalado hacía pocos meses en Tavertet, un pueblo pequeño a una jornada a caballo de Vic, donde había comprado una casita pequeña y quería formar una familia con una joven de la zona, y que se iban a casar pronto, si su amada quería. Al oír el nombre de Tavertet, no pude evitar recordar la amarga experiencia con Eleonor, y me pareció que el corazón me iba a saltar por los aires. Pero dejé de respirar unos instantes y me repuse, tenía que superar aquel duro desengaño. Disimulando mi emoción, comenté que había pasado por esa población en varias ocasiones de camino de Rupit. Queriendo cambiar de conversación pregunté a Nicolau por su vida, y él nos contó que los señores de Cardona eran muy poderosos, y que en ocasiones le encargaban que retratase a los miembros de la familia. Nos dijo que en el palacio, junto a la iglesia, tenía una habitación siempre reservada, con un estudio para pintar, y que, por lo tanto, su vida era mucho más placentera que la de Gérard, pues gozaba de la tranquilidad que le ofrecía su elevada posición, como pintor de cámara. Añadió que incluso solía viajar en compañía de un caballero que ponía a su servicio el conde de Cardona; pero que en esa ocasión había preferido hacerlo con su amigo el trovador.

»Después de unas horas de animada conversación, en las que tuve tiempo de explicar la labor que desarrollaba a diario en el hospital, nos despedimos de aquellos agradables señores, que tuve el placer de conocer en la posada del Halcón, con un fuerte apretón de manos. Ellos se quedaron a dormir en aquel mesón, para salir

temprano de viaje a la mañana siguiente. Nosotros regresamos al hospital con los primeros rayos del sol, cuando la campana de la espadaña repicaba la hora prima; reconozco que nunca había trasnochado tanto antes, pero fue una experiencia inolvidable, en todos los sentidos.

CAPÍTULO 10

La incluida

Dios, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado?

Libro de los Salmos; Biblia Vulgata,
Antiguo Testamento; XXI, 2



— **E**n Vic permanecí un par de años más. Aquel período de formación fue esencial para mi preparación como médico, y, humanamente, resultó ser un aprendizaje sobre la vida de valor incalculable. Después de aquella experiencia con Martí, no volvería a frecuentar aquel arrabal ni esos lugares. Me concentré en mis estudios y en la constante lucha por salvar vidas humanas, adquiriendo más conocimiento sobre toda clase de males, procurando calmar el dolor, que era la premisa fundamental de Hipócrates, mi gran maestro.

—¿Cuándo abandonaste Vic, amigo cristiano? —se interesó Ozmán.

—Fue en el año 1273, recién cumplidos los veintitrés años, cuando obtuve la titulación de facultativo en medicina, astronomía, filosofía y matemáticas.

—Ya decía yo que eras un genio, maestro de muchas ciencias y, sobre todo, una gran persona —lo alabó el general nazará, mirándole con el mayor aprecio.

—Gracias, Ozmán; después de recibir los documentos correspondientes de dichas pruebas y estudios, deseaba regresar a mi pueblo con los míos. En Argelaguer me esperaba una celebración organizada por mi familia, después de tanto tiempo de ausencia, que duró varios días, y en la que participó toda la población. Pero yo siempre he sido un pájaro sin nido, me ha gustado la libertad y el aprendizaje de la vida misma; por ello, he querido viajar, para descubrir nuevos horizontes y conocer nuevas personas, y aprender de sus conocimientos y experiencias.

—En eso tenemos mucho en común, amigo cristiano. ¿Y dónde fuiste después?

—A Barcelona.

—Me lo imaginaba.

—En la Ciudad Condal, el principal puerto del Mediterráneo hispano y una de las poblaciones más influyentes del mundo occidental, ejercí un tiempo en el hospital de la Santa Creu.

—He oído hablar de ese centro hospitalario barcelonés —comentó Ozmán.

—Os voy a relatar algo que me ocurrió una noche y que no olvidaré en la vida.

—¿Qué sucedió, Esteve? —preguntó con el mayor interés Ozmán.

—Una noche salí a pasear por las calles del arrabal de la Ribera con un compañero del hospital. De pronto advertimos una sombra que se movía con agilidad felina en la oscuridad. Sin mediar palabra seguimos a aquella aparición, a pesar del riesgo que estábamos corriendo. Tras cruzar una plazoleta, se dirigió hacia un convento de monjas de clausura, y allí, en el frío portal, dejó abandonado un bulto que portaba consigo; cuando desapareció del lugar, nos aproximamos rápidamente para conocer de qué se trataba; cuál no sería nuestra sorpresa cuando, a medida que nos íbamos acercando, oíamos con más nitidez el llanto de una criatura, que se hallaba en el suelo, envuelta en una manta rota y harapienta. Vimos que se trataba de un recién nacido. Sin saber qué hacer, le dije a mi compañero, Jaume Castany, que se quedara cuidando del pequeño y salí tras aquel misterioso personaje, que se movía con mucha seguridad por aquellas laberínticas calles. Al cabo de un buen rato de persecución, vi cómo entraba en una humilde casa, oscura como la noche sin luna; después, permanecí oculto a pocos pasos de distancia y oí lo que hablaban dos personas en el umbral: «Susana, ¿has dejado al niño donde te he dicho?», preguntó la voz ronca de un hombre. «Sí, Felip, y me ha dado mucha pena tener que desprenderme de nuestro pequeño», respondió la voz de una mujer, entre amargos sollozos. El hombre, intentando consolar a la angustiada madre, le dijo, apesadumbrado, que no habían tenido más remedio que hacerlo, y que las monjas no tardarían en encontrar una familia que lo acogiera, como si fuera suyo, porque ellos no podían alimentarlo; añadió que bastantes sacrificios estaban haciendo ellos cada día para sacar adelante a sus otros cinco hijos. «¡Mi pequeño! ¡Mi pequeño!», repetía aquella desconsolada mujer, sin dejar de llorar.

—¿Y qué sucedió luego? —se interesó Ozmán.

—Después, casi sin respiración, a paso ligero para llegar lo antes posible, regresé al lugar donde se había quedado Jaume. Juntos convinimos en llevarnos al niño al hospital, para atenderlo, antes de proceder a entregarlo al convento. Aunque yo sabía de dónde procedía, guardé el secreto a mi compañero, dadas las miserias que deduje al conocer a aquella desgraciada familia, pues bastantes penurias debían estar pasando para tener que abandonar a un hijo. Pero algo sucedió a los pocos días.

—Decidme, Esteve, qué pasó, me tenéis en vilo —dijo impaciente mi amigo nazarí.

—Una mañana, una potentada familia de la Ciudad Condal se presentó en el hospital porque su único hijo había enfermado gravemente a causa de la peste, y no se pudo hacer nada por salvar su vida. Los padres estaban destrozados, y yo les oí hablar en los pasillos del hospital. La mujer lloraba amargamente por haber perdido a su único hijo, y además se lamentaba de ser mayor para volver a engendrar. Su esposo trataba de consolarla con besos y caricias, pero ella estaba desolada y con el

rostro cubierto de lágrimas. Entonces yo me acerqué y, pidiéndoles perdón por mi atrevimiento, les dije que no había podido evitar oír sus palabras y que entendía su tristeza, pues la pérdida de un hijo era lo más doloroso para unos padres. Les comenté que creía tener una solución que paliaría en parte su terrible mal, y me preguntaron al unísono qué solución era esa. Les conté que hacía pocos días nos había llegado un niño al hospital, de pelo rubio como el oro, ojos azules y que se encontraba muy sano, sin mal alguno, y que no sabíamos quiénes eran sus padres —yo, por supuesto, lo sabía, pero quería conseguir para ese niño unos padres y un futuro mejor que el que su familia le habría podido ofrecer—, y que por lo tanto necesitaba una familia que lo criara y lo sacara adelante. La mujer miró suplicante a su marido, este me dijo que les gustaría ver a ese pequeño.

—¿Se lo quedaron? —preguntó impaciente Ozmán.

—¡Claro! Al instante se enamoraron del niño lo acogieron como si fuera suyo. Luego, como agradecimiento, donaron al hospital una bolsa de florines, y yo cogí algunas de aquellas monedas para entregárselas a los padres del niño abandonado, que estaban pasándolo tan mal; además, ellos eran jóvenes, y podrían tener más hijos. Aquella misma tarde me presenté en la casa de los padres del niño, para comunicarles que dejaran de padecer porque su hijo había sido acogido por una buena familia de la ciudad, que se quedaran tranquilos, pues tendría una buena vida; yo les garanticé que guardaría el secreto.

—¿Y cómo reaccionaron los padres del niño? —preguntó Ozmán.

—El conocer el buen destino de su hijo fue recibido por ellos con lágrimas de alegría, pero, al mismo tiempo, el dolor seguía latente por el abandono. Las monedas les ayudarían a superar las miserias que pesaban sobre sus espaldas. Pude comprobar que los otros cinco hijos se hallaban desnutridos, descalzos y con ropas viejas y rotas.

CAPÍTULO 11

Ingreso en la Orden

Es así como se le debe hacer hermano y recibirle en el Temple.

Regla del Temple



— **L**os templarios nos sometemos a un ritual y hacemos un juramento que debe respetarse a costa de la propia vida. Hacemos un pacto de silencio sobre nuestras actividades, que buscan amar y servir a toda la humanidad. Decididos a luchar contra el materialismo, la injusticia y la tiranía en el mundo, señalamos que esa lucha se debe empezar en la casa, pueblo, ciudad, estado o país en el que estén. Los caballeros templarios debemos equiparnos, formarnos y controlarnos a nosotros mismos para la batalla y conseguir los objetivos de la Orden para el bien de la humanidad. Nuestro lema es *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da Gloriam*.

—¿Y cuándo tuvo lugar vuestro ingreso en la Orden del Temple? —se interesó Ozmán.

—Fue por aquel entonces, estando en la Ciudad Condal, precisamente. Un día, por casualidad, entré en contacto con los caballeros templarios, que tenían un convento cerca de la catedral. Ellos fueron los que impulsaron mis deseos de ordenarme caballero templario y adoptar la condición de monje, para dedicarme por entero al servicio de la sociedad, y paliar, de esa forma, algunas de las tres grandes pesadillas que atenazaban a las gentes de mi entorno: el hambre, la guerra y la mortandad. Aquellos remotos recuerdos de mis padres, que mantenía frescos en la memoria, sin duda, volvieron a surtir efecto y también en homenaje a ellos decidí dar aquel trascendental paso en mi vida. Pero esa decisión no se produjo de la noche a la mañana, porque tuve que pasar y superar una serie de pruebas.

—Me gustaría que me contaras algunas de ellas, si logras recordarlas, y si sientes deseos en decírmelas —comentó el general nazarí.

—Amigo Ozmán, ya a mi edad, en las puertas de rendir cuentas al Altísimo, y con la pesadumbre de saber que, de forma oficial, el Temple ya no existe, porque fue sentenciada por la Iglesia y sus miembros perseguidos sin piedad en todos los reinos

cristianos de Occidente, pienso que puedo hacerlo; espero poder acordarme de aquella feliz experiencia, y narrártela de principio a fin.

—Estoy atento, amigo cristiano, pero respira hondo y bebe un poco de agua.

—En aquel momento, como norma general, yo fui nombrado postulante, es decir, aspirante a ser iniciado a caballero del Temple, y, como perteneciente a la nobleza, al ser hijo de barón, ya tenía un paso adelantado, por mis conocimientos en el uso de las armas y la cabalgadura. Me nombraron a un hermano templario, al que debía llamar preceptor, o padrino, y este fue frey Roberto.

—¿Cualquier hombre podía entrar en la Orden? —se interesó Ozmán.

—No, todo estaba dentro de unas formalidades particulares. El capítulo LVIII de la regla preveía que, cuando algún caballero, queriendo huir o renunciar del mundo, deseara entrar en la milicia del Temple, no debía ser admitido de inmediato, sino que, siguiendo el consejo de san Pablo, era preciso probar antes si el espíritu era de Dios, que era un compromiso religioso de por vida (votos religiosos). Si el postulante era recomendado, el padrino daba fe de su comportamiento intachable. En mi caso, y para seguir todo ese proceso, debí pasar el período de prueba razonable, para iniciar la preparación; período que se prolongó dieciocho meses. En primer lugar, tuve que renunciar al mundo y a mi querida profesión como médico, me iniciaron en otro modo de vida, mientras me hablaban de las costumbres de la Orden y su disciplina. Sobre la jerarquía me explicaron que, en caso de caer capturados por el enemigo, no pagarían nada por mí en un posible rescate, pues nada nos pertenecía, siguiendo las consignas: no dar cuartel, no pedir cuartel, en batalla; solo me llamarían por mi nombre, es decir, frey, o hermano Esteve, desapareciendo el apellido, por muy ilustre que fuera el linaje. También estaba prohibida la caza, debía respetar a todos los seres vivos elementales, no jugar con los dados o al ajedrez, etc., por lo que había que renunciar a tales diversiones; además, debía entregar la décima parte de mi sueldo para socorrer a los pobres y enfermos. Pero ninguna de estas formalidades fueron pesadas para mí, porque muchas de ellas, ya desde pequeño, formaban parte de mi vida.

—¿Y en cuanto a la prueba de purificación?, he oído algo sobre ella, pero quiero que tú me la expliques —se interesó Ozmán.

—La prueba de purificación se llevaba a cabo seguidamente y duraba tres meses; a lo largo de ese tiempo, debía desarrollar trabajos domésticos (ayudar en la cocina, en la limpieza, alimentar y cuidar a los caballos y a los mulos, acudir a los hospitales para ayudar a cuidar a los enfermos y en la recuperación de estos, etc.); todas estas labores, como puedes imaginarte, tampoco eran pesadas para mí; además, la última ya era inherente a mi actividad profesional, realizándola con todas mis fuerzas, al igual que las anteriores, que ya de pequeño puse en práctica en mi casa de Argelaguer. Me enseñaron a vivir en compañía, compartiendo mesa y mantel con los criados de la encomienda, y valoré las virtudes sociales de estar al servicio de un fin superior, en constante crecimiento interior de mi persona.

—¿Y aceptaste aquel sacrificio con agrado, amigo?

—Recuerdo que lo más difícil fue aceptar que, al ingresar en la Orden y hacer juramento, renunciaba a mi vida anterior para convertirme de inmediato en monje-caballero.

—Comprendo lo difícil que debió ser dar ese paso.

—No, amigo Ozmán. Una vez examinado, y aceptando en cierta manera la petición, me leían la Regla, y era entonces cuando el maestro y los demás hermanos determinaban si debían recibirme o no en la Orden; mientras deliberaban sobre mi postulación, el consejo analizaba detalladamente los informes recibidos acerca de mi persona.

—¿Y ya eras caballero templario?

—No; si pasaba la prueba de purificación, yo, como postulante, era admitido, pero debía superar la prueba espiritual, y se señaló una fecha para su solemne realización.

—¿Y en qué consistía la prueba espiritual?

—Era el compromiso más importante de todo postulante a alcanzar el grado de caballero del Temple. Para esa prueba se reunía todo el consejo del Capítulo; me dijeron que en otras encomiendas templarias participaban solo doce hermanos (el gran maestro provincial y once hermanos, entre ellos, el capellán de la Orden). La ceremonia solía celebrarse durante la noche, en una iglesia o capilla de la Orden.

—¿Y en qué santuario lo hiciste tú, amigo cristiano? —preguntó Ozmán.

—La recuerdo como si la estuviera viendo en este momento. Era la capilla del Palacio Menor, conocida como la iglesia de Santa María de Palau. Estaba alumbrada por la tenue luz de una vela, y en un atril, bajo el arco triunfal, se sostenía la Biblia abierta en el Evangelio de San Juan; allí, en aquel sobrecogedor ambiente se reunieron los doce caballeros formando un círculo sagrado en torno a mi persona. [Véase lámina II.].

—¿Y luego qué pasó?

—Como postulante vestía una túnica blanca, sin capa ni espada, me cubrieron la cabeza parcialmente con un velo del mismo color y fui obligado a aguardar en el interior de la contigua capilla, llamada del Evangelio, por mi condición de candidato a iniciado; tenía que permanecer allí toda la noche, en pie, con los ojos abiertos y en la más absoluta oscuridad; delante de mí había un altar de piedra consagrada.

—Sin tener ninguna referencia visual, en la más absoluta oscuridad, debió ser difícil aguantar de pie, amigo cristiano —exclamó el nazarí.

—En efecto, amigo Ozmán, pero sobre todo era fundamental no padecer de claustrofobia. A lo largo de todo ese tiempo, el maestro me envió a dos caballeros, que formaban parte de aquel consejo, llamados «caballeros de buen juicio», elegidos entre los miembros más ancianos de la Orden.

—¿Y qué misión tenían estos dos hombres? —se interesó Ozmán.

—La responsabilidad de saber los motivos reales de mi decisión; debían averiguar

si, por mi parte, aquel paso era simplemente consecuencia de un antojo o capricho, lo cual yo lamentaría para siempre. Dicho de otra forma, me concedían un último tiempo para reflexionar, puesto que mi decisión final era irrevocable. Mientras no hubiese comparecido ante el Capítulo y realizado mis promesas, quedaba libre para renunciar y partir. Aquella entrevista, en la inmensa oscuridad de la cámara sagrada era, por lo tanto, mucho más que una mera formalidad.

—¿Y cuántas veces te visitaron en aquella oscuridad?

—Fue en tres ocasiones. En un momento dado, sin previo aviso, vinieron los dos caballeros de más edad, que me preguntaron cuál era mi nombre, qué intenciones me habían llevado hasta aquel lugar y si conocía el sometimiento a las pruebas de la milicia del Temple, basadas en duros trabajos, en combates, en los cuales podía perder la vida, al tiempo que estaba obligado a mantener una existencia en la cual no podía gozar de ninguno de los placeres del mundo exterior.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—Pues debió ser convincente, amigo Ozmán, porque aquellos dos examinadores abandonaron la oscuridad de la celda, para volver a los pocos minutos con los otros diez caballeros que formaban el Capítulo, y, estando todos allí encerrados, una voz rompió el silencio absoluto de aquella estancia: «Señor, hemos hablado con este prohombre y le hemos mostrado los rigores de la casa como hemos podido y sabido hacerlo, no duda en responder que desea ser siervo y esclavo de la casa y que todas las cosas por las que le hemos preguntado las ha dejado o se ha librado de ellas, no habiendo nada en él que le impida poder y deber ser hermano si esto complace a Dios, a vos y a nuestros hermanos».

—Me parece un ceremonial muy interesante, amigo cristiano —apuntilló Ozmán.

—Instantes después me hicieron entrar en la capilla, iluminada con velas, y me presenté humildemente ante el consejo; me levantaron el velo (*veritas vos liberavit*), que era como caerse la venda de los ojos; todo un acto simbólico que significaba pasar de la oscuridad absoluta (de la sala de vela de armas) hacia la luz de la capilla. Me arrodillé para jurar sobre el Evangelio de San Juan (el único que establecía la regla del Temple), y manteniéndome arrodillado en medio del respetable Capítulo, y a los pies del maestro provincial, a quien pedí por tres veces «el pan y el agua y la sociedad de la Orden», con las siguientes palabras: «Señor, me presento ante Dios, ante vos y ante los Hermanos y os ruego en el nombre del Altísimo y de Nuestra Señora, la Virgen María, que me admitáis en vuestra compañía y a los beneficios de la Orden para ser desde ahora en adelante su siervo y esclavo».

»Acto seguido, se produjeron las primeras aclaraciones, respondiendo con breves palabras aprobatorias a las dudas que, en último momento, encontraron aquellos examinadores, quienes no tardaron en pronunciar esta frase: «Hermano, nunca has de ingresar en la Orden con el deseo de conseguir riquezas ni honores, tampoco porque creáis que vais a situaros en un plano más alto o podréis encontraros rodeado de comodidades. Tened en cuenta que se os exigirán tres cosas: la primera es que dejéis

atrás los pecados del mundo; la segunda, que os pongáis al servicio de Nuestro Señor, y la tercera que seáis el más pobre de los mortales y estéis siempre sometido a una penitencia por la salvación de vuestra alma. Nada más que por este motivo, debéis solicitar vuestro ingreso”. Y acto seguido me hicieron las siguientes preguntas: “¿Estáis dispuesto durante todos los días de vuestra vida, desde hoy en adelante, a convertirnos en servidor y esclavo de la Orden? ¿Os halláis dispuesto a renunciar a vuestra voluntad para siempre, obedeciendo todo lo que vuestro comandante disponga en todo momento?”. A lo que respondí: “Sí Señor; si Dios lo quiere”. Luego me acompañaron al exterior de la iglesia, en donde debía aguardar. En el interior, el maestre provincial se adelantaba, colocando las dos manos sobre los Evangelios y con voz firme se dirigía al Capítulo con estas palabras: “En el caso que alguno de vosotros conociera una o varias causas por las que este hombre no mereciera ser un hermano nuestro, que no dude en declararlo en este mismo instante, porque será mejor escucharlo ahora que cuando el postulante vuelva a encontrarse ante nuestra presencia. ¿Deseáis que le hagamos regresar en el nombre de Dios?”. “Que ingrese en el nombre de Dios”, respondieron todos, al unísono.

»Seguidamente me hicieron volver al interior del templo, donde me reuní de nuevo ante el Capítulo, haciendo pública renuncia a mi vida anterior, y aceptando convertirme en un esclavo de la Orden del Temple. Acto seguido, el maestre provincial me hizo varias preguntas, relacionadas con mi condición de militar, mi estado social, mi edad, si tenía deudas o me movían otros intereses. Todas mis respuestas fueron aceptadas, y luego me obligaron a hacer los votos de la siguiente forma: “Hermano, oíd con atención lo que vamos a preguntaros. ¿Prometéis a Dios y a Nuestra Señora que desde hoy mismo y hasta el final de vuestros días cumpliréis las órdenes del gran maestre del Temple y del maestre provincial y también de los comandantes que sean vuestros superiores? ¿Prometéis a Dios y a la Señora Santa María que siempre, de una forma absoluta y sin ninguna concesión, mantendréis permanentemente vuestra castidad? ¿Que viviréis sin que nada os pertenezca? ¿Que os encontraréis en condiciones de seguir y respetar las buenas maneras y costumbres de nuestra casa? ¿Que estáis dispuesto a ayudar a la conquista, de acuerdo a la fuerza y el poder que Dios os haya dado, de la Tierra Santa de Jerusalén? ¿Que nunca abandonaréis nuestra Orden por una causa fuerte o débil, ni por un motivo peor o mejor?”. No dudé en responder. “Sí, señor; si Dios lo quiere”.

»Una vez pronunciadas aquellas palabras, debía considerarme admitido en la Orden del Temple. Me recordaron que solo tendría derecho a pan y agua, a un pobre ropaje, a una cama muy sencilla, a vivir casi en la miseria y a realizar los más duros trabajos. El maestre manifestó con un tono imperativo: “Caballero, vais a contraer grandes obligaciones; tendréis que sufrir muchos y dilatados trabajos, y habréis de exponeros a peligros inminentes. Será preciso velar cuando quisierais dormir; soportar la fatiga cuando desearíais descansar; sufrir la sed y el hambre en ocasiones que ansiaríais comer y beber; pasar a un país cuando os placiera quedar en otro”.

—Esto confirma, amigo cristiano, los grandes valores que el Temple ha transmitido. Incluso hasta aquí, hasta Granada, han llegado ecos de una severa preparación, y, por tu ejemplar comportamiento, doy fe de que en verdad habéis seguido con el mayor rigor los postulados de la Orden, que, aunque cristiana, siempre hemos admirado los nazaríes. Pero, cuéntame, ¿qué sucedió después? —volvió a interesarse Ozmán.

—Después me hicieron otra serie de preguntas como si era caballero, si estaba sano de cuerpo, o si estaba casado. Me preguntaron también si había pertenecido ya a otra Orden y si tenía deudas que no podía satisfacer por mí mismo o por medio de mis amigos. Tras responder a todas estas preguntas, pronuncié los tres votos: de pobreza, de obediencia y de castidad, y el maestre me respondió que ya tenía abiertas las tres puertas de acceso: acción, devoción y conocimiento. Inmediatamente me puse en pie, y el maestre provincial tomó una capa templaria, completamente blanca bordada en su parte superior izquierda con la cruz paté en color rojo sangre, y aproximándose a mí, me la colocó sobre los hombros y anudó los cordones en torno a mi cuello.

—Una gran emoción veo en tus ojos todavía, amigo cristiano —exclamó el general nazarí.

—Sí, amigo Ozmán, lo recuerdo como si fuese hoy. Después, el capellán pronunció la oración del Espíritu Santo, y todos y cada uno de los hermanos allí reunidos rezaron en voz alta.

—¿Así que ya, desde aquel instante, eras caballero templario? —preguntó Ozmán.

—Sí. Pero antes quedaba otra prueba, que era la del silencio. Se llevaba a cabo después de haber sido investido con la capa y recibida la espada y una cruz de ocho beatitudes. Seguidamente, el maestre provincial y el capellán me dieron un beso en la boca, como forma de transmisión del aliento creador, en los labios cerrados, como símbolo del secreto, recordándome luego que había jurado ser Caballero del Temple; después recibí una bofetada del maestre, al tiempo que me decía: «Y esto es para que no lo olvides», en relación con mantener el secreto de la Orden. Instantes después, el capellán entonó el salmo *Ecce quant bonum et quam jucundum habitare fratres...* (He aquí cuán bueno es, cuán agradable habitar todos juntos como hermanos...), el himno de recepción de las Órdenes Religiosas. Con el salmo 133 concluyó la recepción, y todos los caballeros allí presentes, que habían asistido a la ceremonia, me dieron un fuerte abrazo, o acolade, y el ósculo como muestra de fraternidad, y tras estas ceremonias yo ya quedé investido y recibido como caballero templario.

—Tómate un descanso, amigo romí; resulta sorprendente el esfuerzo que estás realizando, y tu admirable retentiva.

—No, amigo Ozmán, déjame que recuerde lo que sucedió a continuación.

»De esta manera, tras los saludos con los demás caballeros, se dio por concluida la ceremonia de ingreso. Dejaba de ser postulante para convertirme en caballero de la

Orden del Temple, con los mismos y todos los derechos y obligaciones que los allí presentes. Luego, cuando los doce caballeros abandonaron aquella capilla, me tendí en el suelo, con los brazos en forma de cruz latina, frente al altar, y boca abajo, recordando nuestra constante vinculación con la madre tierra, porque al morir, los templarios teníamos que ser enterrados sin caja mortuoria, directamente en el suelo y con el rostro mirando a la tierra. En esa posición me mantuve hasta que otro caballero vino a buscarme.

—¿Cambió mucho tu vida después, amigo cristiano? —preguntó Ozmán.

—Como era norma en la regla del Temple, debía de atenerme a un corto período de aprendizaje y de adaptación a una nueva vida; entre los preceptos recuerdo que debía adquirir pericia en la práctica de la espada, aprendí tácticas militares de estrategia, supervivencia, que fui perfeccionando y superando a diario; en ningún momento estaba solo, siempre me hallaba con mi preceptor, ahora convertido en tutor: frey Roberto. Pero, en mi caso, estuve menos tiempo participando en aquellas prácticas, por mi condición de médico, puesto que mi labor iba a estar orientada hacia el cuidado y sanación de los enfermos.

CAPÍTULO 12

La dualidad

Los hermanos que son enviados a diversos países del mundo siempre deberían tratar de observar los mandamientos de la Regla según su capacidad y vivir sin reproche en todo lo que concierne a la carne y el vino.

Capítulo 37 de la Regla primitiva
del Código Templario



— **U**na vez finalizada aquella prueba, por la que alcancé el reconocimiento de la Orden como caballero del Temple, comprendí algunos conceptos, como la dualidad, principio que rige el mundo desde los tiempos de Zaratustra, y que están presentes en nuestra vida cotidiana, pero también en la ceremonia que tuve que superar. Por ejemplo, el paso de la celda contigua de la iglesia a la capilla al lado del Evangelio, o lo que es lo mismo, el tránsito de la absoluta oscuridad a la luz; este principio también estaba presente en el reconocimiento del sentido del secretismo interior, representado por el beso, y la posterior bofetada, para no olvidarlo; así como el permanecer estirado sobre el suelo del templo, con los brazos abiertos y mirando a tierra, a la espera de ser rescatado por el caballero, mi tutor.

—¿Qué recuerdas de aquella encomienda?

—La encomienda templaria de Barcelona formaba parte de las instalaciones del *Palau Retal Mirtos* caracterizado por su amplia sala, dos naves en el sótano, una de planta circular, donde tenía su sede el maestre de la Ciudad Condal, y elevadas y cilíndricas columnas.

—Barcelona debe ser una gran ciudad —exclamó Ozmán.

—Para mí es la ciudad más hermosa de la tierra, tiene mar, montaña, río, un gran puerto con atarazanas y una poderosa muralla con torres arropada en su tramo más inferior, en la ladera de una montaña sagrada, habitada por judíos.

—Advierto que eres muy observador, amigo cristiano —apuntilló el nazarí.

—Sí, amigo Ozmán, la curiosidad es algo que siempre he cultivado. En aquel período de mi vida, durante mi aprendizaje como templario, no cesaba de avanzar en los diferentes ámbitos del saber; entre las enseñanzas que iba aprendiendo, quiero

citar las siete virtudes que todo caballero templario debe conocer, respetar y practicar: la primera es la Fe, porque sin ella el caballero no puede saber ni entender las cosas visibles; la segunda, la Esperanza, porque en ella está el poder de Dios, no en la fuerza, ni en las armas; la tercera, la Caridad, que es el amor, y el caballero que carezca de ella será cruel y no tendrá piedad ni misericordia, y no podrá soportar la carga que debe llevar un corazón noble; la cuarta, la Justicia, porque sin ella un caballero es injurioso y ofendedor, por lo que se destruye a sí mismo; la quinta, la Prudencia. El caballero imprudente caerá en los daños corporales y espirituales y no tendrá razón, ni entendimiento, ni voluntad para mantener el honor de la caballería; sin la sexta, la Fortaleza, el caballero caerá en la Soberbia, la Ira, la Codicia, la Gula, la Envidia y la Lujuria, que engendrarán flaquezas en su corazón y le harán indigno de ser amado; la fuerza corporal no es nada sin Humildad, ni Caridad y la Ira entumece el entendimiento, perturba el espíritu y echa de sí la iluminación; y la séptima es la Templanza, sin la cual no tendrá medida en comer, beber, hablar, vestir, y si falta esa virtud no se honra a la Caballería.

»Después de realizar algunas operaciones quirúrgicas en el hospital de la encomienda templaria de la Ciudad Condal, a la semana siguiente, desde el embarcadero de Caldes d'Estrac, entre Mataró y Arenys de Mar, iniciaba mi viaje en barco como caballero de la Orden del Temple rumbo a Tierra Santa, ¡a Jerusalén! Recuerdo que las bodegas estaban cargadas de frutas, hortalizas, mantas, vendas y escudos, lanzas, flechas, espadas y cotas de malla.

—Lamento decirte que no he estado nunca en Jerusalén, y como buen musulmán no quiero irme de este mundo sin hacer mi peregrinaje a La Meca. Sí estuve de pequeño en Qairawan, al este de los desiertos africanos de Tunicia, y aproveché para comprar unas alfombras de hermosos dibujos y estampados de algodón que en esa ciudad realizaban las mujeres —explicó el general granadino.

CAPÍTULO 13

Tierra Santa

No vemos ni podemos imaginarnos cómo habríamos subsistido un instante en esos países sin la ayuda y la asistencia de los templarios.

Luis VII^[1]



— **L**a travesía duró veinticinco jornadas de navegación; recuerdo que hicimos escala en el puerto de Ciudadela, en Menorca, y seguimos hasta Palermo, Sicilia y Creta, antes de alcanzar la costa de Tierra Santa. Era la primera vez que me embarcaba, y, aunque reconozco que fue apasionante, también supuso una amarga experiencia, porque me mareé y vomité varias veces. Una vez ya en tierra, Acre se convirtió en la ciudad soñada, en ella contemplé un mundo muy distinto. Me sorprendieron sus mercados, con su riqueza de colores y olores, y sus calles cubiertas, donde se podía encontrar de todo; el griterío de los vendedores retumbaba en las galerías comerciales, iluminadas por la luz que se colaba por las claraboyas superiores; nunca había percibido mi olfato una variedad tan grande de fragancias; a diario, con la primera oración del muecín desde los minaretes, llegaban al zoco carros cargados de telas de infinita belleza y calidad, de toda clase de frutas, dulces elaborados con miel, almendras, dátiles, avellanas y cabello de ángel. Era un mundo fascinante.

—¿Y cuánto tiempo estuviste en Palestina, cristiano? —preguntó Ozmán.



Convento templario de la Ciudad Condal; arriba a la derecha, en pequeño, la sala de los Caballeros, donde se llevaban a cabo las ceremonias de iniciación y nombramiento de los nuevos caballeros.

—El tiempo suficiente, amigo nazarí, para comprender que las guerras son una gran equivocación, porque todos somos hijos de un Dios. Tú lo llamas *Allah*, yo Jesucristo. Y todos debemos sentirnos orgullosos de nuestra condición humana, por encima de los credos religiosos o pensamientos filosóficos.

—Así debería ser, hermano cristiano. Pero, lamentablemente, hay muchos intereses que impiden que nos acerquemos como personas si no profesamos la misma religión. Pero dejemos este tema y sigue contándome tus experiencias en aquella lejana tierra, en donde, en nombre de la fe en Cristo, tantos hombres han dado su vida por la defensa de unos sagrados valores culturales y religiosos —pidió Ozmán.

—Desde Acre, tuve oportunidad de acercarme en una ocasión, en compañía de un auxiliar del hospital, al lago de Tiberíades, y en Cafarnaúm admiré la tumba de Maimónides, uno de los médicos más grandes que haya dado el mundo; algunos de sus principios los he seguido a rajatabla en mis intervenciones quirúrgicas.

—Yo estuve en la judería, el arrabal de la ciudad de Córdoba en donde nació —recordó Ozmán, con agrado.

—Pero, por mi condición de médico, pocos momentos tuve para disfrutar de aquel paraíso que era Palestina, en todos los sentidos. No había momentos de descanso, porque las heridas de la guerra formaban parte del ambiente cotidiano de los pueblos y ciudades de una geografía abrazada por un sol implacable; además, fuera de Acre, la falta de agua potable era incluso peor que la escasez de medicamentos. El calor, aunque seco, era agobiante.

—Conozco muy bien esa sensación, y el dolor desgarrador de ver a un semejante irse de este mundo, sin que puedas hacer nada para evitarlo —confirmó

apesadumbrado Ozmán.

—Puedo asegurar que siempre he tratado de curar heridas y sanar enfermedades; a pesar de mi condición de caballero, jamás he empuñado una espada, ni he matado a ningún ser humano, ni animal; cumpliendo como buen templario no solo las normas dictadas por los estatutos de la Orden, sino también por los dictámenes de mi corazón, he respetado cualquier forma de vida, incluso desde su dimensión más elemental. Mi estancia en Tierra Santa, en estrecho contacto con la realidad de las cruzadas, atendiendo a cualquier herido, por encima de su condición social, o religión, supuso la mayor experiencia que una persona podía vivir en este mundo.

—Esas palabras te hacen todavía más grande, amigo Esteve —manifestó el general nazarí, mientras sus ojos se recreaban examinando los volúmenes y pergaminos que se alineaban en las estanterías de aquella estancia.

—A pesar del tiempo transcurrido, no logro borrar de mi mente el desastre de San Juan de Arce, aquel 28 de abril de 1291. Un total de doscientos veinte mil musulmanes (160 000 hombres de a pie y 60 000 seljúcidas), al mando de Ruk Ad-Din Toqsu, bajo la atenta mirada del sultán Khalil al-Ashraf sitiaron la ciudad de Acre, defendida por solo 14 000 hombres de a pie y 800 caballeros. Aunque la fortaleza templaria se encontraba al sur de la ciudadela, la mayor parte del contingente templario y hospitalario estaba atrincherado en Montmusard, al norte del recinto amurallado de Acre; todos ellos, al mando del gran maestro del Temple Guillaume de Beaujeu. Codo con codo, de Beaujeu y el maestro hospitalario Jean de Villiers, intentaron hacer frente a un enemigo que, por superioridad numérica, y las terribles catapultas que habían situado frente a la zona oriental y más vulnerable del recinto amurallado de Acre, no tardó en reducir el último bastión de la cristiandad en Tierra Santa. Pero si terribles eran las cargas de piedras lanzadas por las gigantescas catapultas de madera, aún intimidaba más el ensordecedor ruido de tambores y trompetas de los mamelucos, que todavía retumba en mis oídos.

—Esa táctica militar de ataque a una fortaleza no solemos utilizarla nosotros —apuntilló el general nazarí.

—Es cierto. He tenido la oportunidad de comprobarlo personalmente en los años que llevo aquí en Granada. Pero prosigo mi relato.

»La Torre Maldita estaba defendida tenazmente por Pierre de Sevry, el mariscal templario. De Beaujeu, con trescientos valerosos guerreros, como punta de lanza, aniquiló a más de diez mil mamelucos; pero no pudo evitar caer mortalmente herido, en el mismo patio de armas de la ciudadela, por una flecha de ballesta que le atravesó la axila produciéndole una herida desgarradora. Yo no pude hacer nada para evitar la terrible hemorragia, bajo la lluvia incesante de flechas que atravesaba los cascos y escudos. Guillaume de Beaujeu murió poco después; el mismo final tuvieron el maestro de San Juan de Jerusalén y sus caballeros hospitalarios que, atrincherados en los escasos baluartes que se mantenían, intentando protegerse con sus escudos, sucumbieron bajo las grandes bolas de fuego y piedras lanzadas por las catapultas

musulmanas y las flechas que nublaban el sol.

»De Sevry apenas pudo resistir la posición; sin embargo sus caballeros, gracias a una hábil estratagema, logramos evacuar a un buen número de las 10 000 personas acogidas; lamentablemente, muchas de ellas murieron poco después, al intentar abordar los escasos barcos amarrados en el puerto, que, por excesivo peso, se hundieron en el fondo de la bahía. Thibaud Gaudin fue elegido en las mismas almenas de Acre nuevo gran maestro de la Orden del Temple. Mientras tanto, Otón de Grandson, comandante de las tropas inglesas, Mateo de Clermont, mariscal hospitalario, Jean de Grailly, comandante de las fuerzas francas, y Conrado Feuchtwangen, maestro de los caballeros teutónicos, luchaban cuerpo a cuerpo junto a sus hombres en la defensa de Acre, como representantes de toda la Cristiandad; a pesar de ello, a medida que iban derrumbándose los bastiones y contrafuertes de las murallas, los musulmanes entraban en los barrios de la ciudad saqueando y causando el pánico entre sus habitantes. Aún hoy recuerdo el nauseabundo y penetrante olor a sangre y los aterradores gemidos de los moribundos. ¡Fue una auténtica carnicería! Yo doy gracias al Altísimo por haber logrado sobrevivir a aquella terrible pesadilla.

—Como bien sabes, Esteve, esa táctica basada en el pillaje en poblaciones civiles está severamente castigada en Granada —dijo con gesto asqueado Ozmán.

—La noche del 25 de mayo, el nuevo gran maestro templario, Thibaud Gaudin, considerando que ya era inútil mantener el sitio de Acre, logró alcanzar una de las pocas embarcaciones amarradas en el puerto, y al frente de una pequeña fuerza de caballeros y unos cuantos civiles, al amparo de la más absoluta oscuridad, portando en sus bodegas el tesoro templario, puso rumbo a Sidón, donde lograron hacerse fuertes en el Castillo del Mar. Los médicos y asistentes, los heridos, los religiosos y los civiles, nos embarcamos como pudimos en las naos templarias rumbo a la isla de Chipre. Durante la travesía, seguí curando a los enfermos colocados sobre la cubierta y achicando el agua que penetraba por todos los lados, debido el excesivo peso de la embarcación. Al contemplar la costa que íbamos dejando atrás, iluminada por llamaradas que presagiaban una noche de sangre y fuego, tuve la certeza de que allí se ponía punto y final a más de dos siglos de presencia cristiana en Tierra Santa, y se vislumbraba el ocaso de las cruzadas. Jerusalén era ya una lejana quimera, en manos de los musulmanes. Los cadáveres de los tallecidos eran arrojados por la borda, para dejar espacio libre a los demás enfermos y para evitar el contagio por epidemias.

—¿Y qué sucedió en Chipre? —preguntó Ozmán, visiblemente interesado.

—Llegamos a Chipre después de una agónica travesía, en la que el olor a sangre y la amenaza de enfermedades contagiosas se respiraba en el ambiente. El barco atracó en una cala de la zona de Dasouti, y luego fuimos a Limassol, al sur de la isla. En los pantalanos de madera del puerto descubrimos un amasijo de cadáveres y enfermos que había que separar rápidamente, y eso fue lo primero que hicimos. Luego cavamos unas fosas entre la arena de la playa y las rocas de los acantilados para dar cristiana sepultura a los fallecidos. Durante varias semanas se fue improvisando un hospital de

campana, donde poder atender a los numerosísimos heridos; algunos, sin ninguna posibilidad de salvación, fueron abandonados a su suerte. Desde las almenas del castillo de Kolossi, los caballeros templarios disponíamos de un control sobre el horizonte, ante la posible llegada de barcos mamelucos.

—Veo que los recuerdos que tienes de Chipre no pueden ser más terribles —se compadeció Ozmán.

—En efecto, amigo musulmán. Sin embargo, quiero recordar algo agradable en medio de todo aquel caos de muerte y desesperación. Una noche, cuando me retiré a descansar, después de una larguísima jornada de duro trabajo, siendo consciente de la precariedad de la vida humana y de la enorme responsabilidad que suponía en aquellos momentos ser médico y cirujano, un sargento me ofreció una copa. Me dijo que se trataba de un néctar de ámbar, una variedad de las producciones vinícolas de la isla, y que me sentaría muy bien. Aquel licor tenía el dulzor adecuado para no ser excesivo y el aroma justo para llevarte al paraíso de los sentidos. Le pregunté que cómo se llamaba esa maravilla y me dijo que era *commandaria*, el licor que elaboraban en su destilería de la encomienda, realizado a base de las uvas mavro y xinisteri para conseguir el equilibrio necesario. Añadió que, desde hacía tiempo, lo estaban exportando a otros lugares del Mediterráneo. No olvidaré jamás aquella fragancia. Dormí como un lirón aquella noche. La verdad es que me hacía mucha falta reponer fuerzas.

CAPÍTULO 14

El secreto

La culpa de la revelación de un secreto la tiene quien lo ha confiado.

JUAN DE LA BRUYÈRE



— **E**stando en la sala de enfermería del hospital, mientras atendía a un herido por flecha en la espalda no pude evitar fijarme en un joven soldado que, a un par de camas de distancia, estaba agonizando sobre un jergón, y cuya profunda mirada, a pesar de transmitir el umbral de la muerte, me atravesó. Tan pronto como terminé el vendaje que estaba haciendo, decidí aproximarme a su cama. Respiraba con dificultad y al tacto su frente ardía de fiebre. Levanté la ensangrentada sábana y comprobé con desolación y rabia contenida que sus intestinos estaban fuera del cuerpo formando un amasijo sanguinolento. No tenía la más mínima esperanza de vida. Suplicando, entre estertores, me pidió que le ayudara. A pesar de que hablaba con una enorme dificultad y en un tono apenas perceptible, comprendí que se trataba de una lengua romance muy familiar para mí. Hablaba en catalán. Intenté que bebiera y le dije que debía confiar en Dios. Con un hilo de voz me dijo que se llamaba Bernat Rocabertí y quería que sus padres tuvieran noticias de él. Le pregunté que de dónde era y, con una amplia sonrisa en la cara, me dijo que de Maçanet, un pueblo cerca de Tapis y Cabrenys, en el Empordá catalán. El corazón me dio un vuelco. Ese joven desahuciado era más que un compatriota mío, era de mi misma tierra. Formaba parte de mi mundo íntimo, de mi infancia. Le dije que yo era de Argelaguer, y le pedí que me contara cómo era su pueblo. Con los ojos cerrados, dijo que era muy bonito, el más bello del mundo. Me contó que estaba rodeado de torres y murallas, y tenía numerosas fuentes de agua cristalina; siguió contando que el pueblo se alzaba sobre un espléndido valle atravesado por el río Arnera, que era el paraíso de la libertad, y que su iglesia, dedicada a san Martín, era un santuario templario. En ese punto, Bernat empezó a toser, dando muestra de sufrir grandes dolores. Hizo un gesto para que me acercara, y me pidió por favor que alguien avisara a sus padres, que no quería que sufrieran. Luego, casi en un susurro, preguntó que si sería posible hacerles llegar un objeto, sumamente valioso, que le

había entregado personalmente el maestro Guillaume de Beaujeu, poco antes de morir, pues él fue su escudero hasta el último momento, rogándole que lo llevase a la villa de Besalú, como agradecimiento a la contribución de aquella población a la cruzada. Bernat, ya en las puertas de la muerte, arrojando sangre y espuma por la boca, me dijo que me lo entregaba a mí, puesto que también era templario. Le di mi palabra de que sus padres sabrían lo mucho que los quería, y que les entregaría aquel objeto de su parte. Me dio las gracias encarecidamente. Aquel buen muchacho, ya en las puertas del tránsito, se preocupaba de los suyos. Le cogí la mano, que aferró con fuerza, como si se tratara de una tabla de salvación; sus pupilas seguían clavadas en mi rostro y al rato, tras un rápido parpadeo, abrió desmesuradamente los ojos implorándome con la mirada una ayuda que yo no podía darle. Después de entablar un feroz y enconado combate con la muerte, finalmente esta venció, y yo le cerré los ojos para el descanso eterno de su alma.

—¿Qué era aquel extraño objeto? —preguntó Ozmán muy intrigado.

—Lo primero que hice fue ocultarlo discretamente en mi *guarelle*. Días más tarde, para mi seguridad y la de la familia de Bernat, decidí abrir aquel paquete, asegurándome de que me hallaba completamente solo. Era un estuche de madera, de una vara de largo, con varios resortes metálicos de apertura, envuelto en una tela de algodón; en su interior había un trozo de madera que, aparentemente, no tenía el menor valor, pero un documento adjunto, escrito en lengua francesa, lo aclaraba: *Il s'agit de l'arbre de la Croix, dans laquelle le Seigneur a été cloné* (Es del árbol de la Cruz, en la cual fue clavado el Señor). Me quedé sin respiración. De inmediato volví a cerrar bien aquel estuche, y no dejaba de pensar en el valor de aquella reliquia de madera de ciprés, correspondiente a un fragmento de la cruz en donde fue clavado Nuestro Señor Jesucristo en el Gólgota. Estaba claro que el gran maestro Guillaume de Beaujeu quiso donar a la villa de Besalú aquella valiosa reliquia, y yo iba a hacer todo lo posible para que así fuese.

—Una historia desgarradora, Esteve —comentó Ozmán, con gran aprecio.

—En efecto. El trágico fallecimiento de Bernat Rocabertí marcó mi vida para siempre...

CAPÍTULO 15

Otranto

El desprecio debe ser el más misterioso de nuestros sentimientos.

ANTOINE RIVAROL; 1753-1801



—¿Y fue entonces cuando regresaste a España? —preguntó Ozmán.
—No. Antes de partir de Chipre se me encomendó una misión, aprovechando que el barco haría escala en Otranto.

—¿Otranto?; tengo entendido que es un puerto muy activo del sur de Italia — comentó de inmediato el general nazarí.

—En efecto, amigo Ozmán. La ciudad de Otranto se encuentra en el extremo más meridional de la península itálica, donde se juntan las aguas del Adriático con el Jónico.

—¿Y cuál era tu misión? —preguntó Ozmán, impaciente por saber cómo acababa la historia.

—Debía atender al comendador templario, porque el médico de la ciudad había fallecido de peste. Tardamos un par de semanas en llegar a Otranto. Durante la travesía atendí a numerosos soldados heridos en combate y a otros afectados de disentería, con escasos medios, pero el balance de curaciones fue muy positivo. Estando en la cubierta, admirando la inmensidad del mar y la pequeñez de nuestros cuerpos respecto al cosmos que nos rodeaba, recuerdo que Adriano Lucca, mi enfermero, me preguntó qué era la enfermedad. Tardé unos instantes en reaccionar, porque me hallaba abstraído en mis elucubraciones un tanto filosóficas, y le respondí que nunca me había planteado aquella cuestión, pero que podía estar relacionada con las explicaciones que hacía unos meses, estando en Chipre, recibí de un médico seljúcida sobre los sentimientos y su relación con las enfermedades. Se trataba de un gran sabio, que había aprendido medicina en la ciudad de Erzurun. Adriano me dijo que nunca había oído ese nombre. Le aclaré que se hallaba al norte de Anatolia, y por ella discurría la legendaria Ruta de la Seda, que tenía su origen en Samarcanda. Adriano, demostrando el mayor interés por mis explicaciones, susurró que aquel era uno de los lugares que le gustaría visitar antes de encontrarse con el Altísimo. Yo

seguí contándole que el médico seljúcida me reveló que la vinculación entre las emociones y la salud era más fuerte de lo que creemos, y que así lo demostraba un antiguo precepto de la medicina china que vinculaba los sentimientos negativos con la posibilidad de contraer algunas dolencias. Él hablaba de siete emociones: ira, miedo, conmoción, alegría, amargura, preocupación y tristeza. Adriano preguntó qué partes de nuestro organismo serían las afectadas por esas emociones, y le dije que, según el sabio, la ira estaría relacionada con el hígado; el miedo, con los riñones; la conmoción, con los riñones y el corazón; la alegría extrema, también con el corazón; la amargura, con el bazo; la preocupación, con el bazo y los pulmones, y la tristeza también con los pulmones. Además, le expliqué que resultaba innegable que los sentimientos tenían un efecto importante en nuestro organismo, provocando una serie de reacciones en nuestro cuerpo, de tal forma que conseguían estimular algunos sistemas de órganos, al tiempo que llegaban a dejar paralizados en su función a otros, con lo cual provocaban enfermedades. Y que, dado que nuestro organismo era un todo, la curación debía ser entendida como un tratamiento global. Adriano, mirándome con el mayor respeto me dijo que tenía mucho que aprender de mí, que cada día se sentía más atraído por la medicina, y que me estaría eternamente agradecido por cuanto le había enseñado. Le respondí que yo también aprendía algo cada día, y que la mejor institución médica era el mismo hospital, analizando a todos y cada uno de los enfermos y escuchando los latidos de sus corazones.

»Un día, comenzaba ya el atardecer, cuando desde el castillo de proa un soldado gritó: “¡Tierra! ¡Tierra!”. Adriano Lucca, el enfermero que estuvo todo el tiempo ayudándome en Creta, me dijo lleno de felicidad que estábamos divisando Otranto. Le pregunté si era de allí y me contestó que no, que había nacido en Alberobello, donde residía también su familia. Me contó que era una pequeña población a pocas leguas de distancia hacia el norte; que sus casas eran como colmenas de piedra, cubiertas con una cúpula semiesférica. Añadió que le gustaría que fuese a visitarlos, y me invitó a hacerlo. Le di las gracias y le dije que haría lo posible por ir a conocer su pueblo, pero que no sabía lo que me esperaba en Otranto.

»Las lámparas de aceite iluminaban los pantalanes; un bosque de mástiles se alzaban al cielo, agitados por el viento y el suave oleaje, y bandadas de gaviotas giraban sobre nuestras cabezas. Ya en tierra, el puerto era un hervidero de toda clase de mercaderes, vendedores ambulantes, mendigos y rateros al acecho. Acababa de llegar un contingente de cruzados, para embarcar en pocos días hacia Chipre, y los florines y doblones corrían muy alegremente; contemplé la miseria humana, junto a extravagantes muestras de riqueza; y mujeres de vida alegre, borrachas y con los pechos desnudos, que balanceaban al aire, provocando todavía más el instinto que transmitía la lujuriosa mirada de aquellos cruzados, dispuestos a gastarse hasta el último doblón en una sola noche; en uno de los callejones, en la mayor oscuridad, advertí el encuentro de un cruzado con una prostituta, que satisfacía bucalmente su prominente falo desnudo, mientras este acariciaba la larga melena de la mujer con

una mano y con la otra empujaba una botella de licor. Ninguno de los dos advirtieron nuestra presencia. Adriano me explicó que eran cruzados ingleses llegados desde Londres, que estaban en Otranto para embarcar hacia Tierra Santa. Mientras recorríamos aquellas empinadas y tortuosas calles me contó que, desde que se iniciaron las cruzadas, esa ciudad se había convertido en el nexo de unión entre Oriente y Occidente. Yo pensé en Sodoma y Gomorra.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Ozmán, que no perdía el interés por mi historia.

—Nos llevaron sin demora hacia la Casa del Temple, que se hallaba a poca distancia de la muralla que protege el puerto y a la sombra del castillo. Tras bajar el puente levadizo, que salvaba un profundo foso, accedimos al interior. Allí nos esperaban con impaciencia. Un soldado de la guardia nos condujo rápidamente a la estancia de frey Salerno, el comendador, que se hallaba reclinado en su lecho, atendido por varias personas. Yo me dispuse a examinarle sin demora. Se despertó y, al verme, me dio las gracias. Le aconsejé que descansara mientras le tomaba el pulso y comprobaba la temperatura de su frente. Mirándome con dulzura a los ojos, el comendador me dijo: «Ganaréis el reino de los cielos, frey Esteve». Le contesté, con la mayor humildad, que solo cumplía con la regla 61 de nuestro Código Templario: *Infirmus fui et visitastis me* (estaba enfermo y me visitasteis), que era mi deber como médico y como templario. Luego me dirigí en voz baja a los allí presentes y les comuniqué que el comendador padecía una enfermedad ocasionada probablemente por haber bebido agua en mal estado. Por lo tanto, debería guardar una dieta suave, a base de hortalizas, frutas, pan y queso de leche de vaca, para conseguir una limpieza del estómago. Ruperto Scala, el preboste y responsable de la encomienda, después del comendador, dijo que así se haría. Ordenó a un soldado que me llevara a mi alcoba. Le di las gracias y me instalé en la estancia que me habían asignado. Una ventana estrecha, a modo de saetera, me permitía ver la inmensidad del cielo gracias a una enorme luna llena. Lejos quedaba la algarabía del puerto; sin embargo, a medianoche, unos sonidos interrumpieron mi descanso. Me levanté y, a través de la saetera que dominaba aquel flanco de ala que daba al patio de armas, oí una voz ronca que, rompiendo el silencio sepulcral de la noche, decía: «¡Vuelve a cumplirse la maldición!». Otra persona, hablando en árabe, en un tono más bajo, dijo: «Tenemos que movernos deprisa, antes de que se recupere el comendador». «Pero no hemos dado aún con los pergaminos», creí oír que decía el primero. Gracias a la luz plateada de la luna logré ver los rostros, medio cubiertos por un oscuro capuchón, de aquellos desconocidos.

—¿Y qué hiciste, amigo cristiano? —preguntó intrigado Ozmán.

—Abrí suavemente la puerta, y con el mayor sigilo busqué a la guardia, que hacía la ronda por las almenas, y hablé con el sargento, informándole de cuanto había oído instantes antes en el patio de armas. No podía perder la oportunidad de desenmascarar a aquellos truhanes, porque, estaba convencido de que tenían mucho

que ver con la enfermedad del comendador y también, sin duda, con otras cuestiones. Inmediatamente, el sargento avisó a los soldados que hacían la ronda, y con la mayor rapidez y en el más absoluto de los silencios, apresaron a los sospechosos, después de haberles desarmado, y los metieron en mazmorras, para ser interrogados a la mañana siguiente.

CAPÍTULO 16

La maldición

No es necesario creer en un principio sobrenatural del mal; los hombres son completamente capaces por sí solos de todo tipo de maldad.

JOSEPH CONRAD



— **O**braste bien, amigo Esteve. ¿Y qué sucedió después? —preguntó Ozmán.

—Después del último cambio de guardia de la noche, y ya con los primeros rayos del alba, aquellos presos fueron sacados del calabozo, temblando de miedo, ante la incertidumbre de su suerte, porque iban a ser sometidos a un juicio rápido y severo. Pesaba sobre ellos la amenaza de ser ahorcados, colgados de la picota que dominaba la muralla más alta, y cuya ejecución podía ser contemplada por todos los habitantes de la ciudad. El cruzado habló, dirigiendo sus atemorizados ojos al preboste, y confesó que le habían encargado que robara uno de los pergaminos de la biblioteca. Todos los allí presentes quedaron sin respiración. Ante la amenaza hecha por el caballero templario, segundo en la responsabilidad de aquella encomienda, de que su cabeza rodaría por el patio de armas y sería colgada para que los cuervos la dejaran en los huesos, el reo confesó que se trataba del mapa de Matthew Paris. Al escucharlo, frey Ruperto, furioso, exclamó que se trataba del pergamino más valioso de la biblioteca. El preso que hablaba en árabe le suplicó perdón. Cuando el verdugo estaba a punto de desenvainar la espada, el preboste volvió a tomar la palabra para explicar que se trataba del pergamino que describía con todo detalle las rutas de navegación por el Mediterráneo más oriental, incluyendo el delta del Nilo y Tierra Santa. Dijo que ese mapa era uno de nuestros mayores tesoros y volvió a preguntar al árabe que quién le había pagado por sustraerlo. Un silencio absoluto se apoderó de aquella estancia, y uno de los vigoleros ya estaba preparando el tronco de madera sobre el cual el verdugo llevaría a cabo de inmediato su trabajo. En ese momento, el árabe se decidió a hablar, y explicó que, hacía unos días, un noble francés se puso en contacto con ellos para encargarles aquella misión. Esa persona, dijo, residía en Tarento, y les había dado unas bolsas de maravedíes de

adelanto. Frey Ruperto preguntó cómo se llamaba el francés, a lo que el árabe respondió que no lo sabían, que solo les había dicho que se verían en Gallipoli al día siguiente. El preboste, tras un momento de reflexión, propuso seguir adelante con el plan, pero advirtió a los dos reos que estarían vigilándolos a una distancia prudencial, y que si veían alguna maniobra extraña, les cortarían allí mismo la cabeza. Agradecido, uno de los cruzados extrajo de su bolsillo un pequeño frasco de cristal y confesó, balbuceando, que era el antídoto para salvar la vida del comendador. Hice que aquel desdichado me lo mostrara y comprobé que era una especie de brebaje para recuperarse de una úlcera de estómago, preparado por una curandera. Coincidió, por lo tanto, con el veredicto que estimé la noche anterior al ver a frey Salerno. Los sicarios fueron devueltos a las mazmorras después de que frey Ruperto ordenara que les dieran solo pan y agua.

»Frey Ruperto me contó que en las últimas décadas Otranto había sufrido grandes cambios. Me relató que desde hacía dos siglos, al principio de las cruzadas, había sido muy castigada por un movimiento incesante de hombres de armas, llegados de todas las naciones y rincones del continente, para embarcarse hacia Tierra Santa. En 1268, con la ejecución de Conradino de Hohenstaufen, último vástago de la familia imperial, y la excomunión sin motivo del pontífice Clemente IV, la ciudad pasó a manos del monarca francés Carlos de Anjou. Sin embargo, tras las sangrientas Vísperas Sicilianas, en el año 1282, Otranto se incorporó a la Corona de Aragón, dependiendo ahora del monarca Jaime II el Justo. Le comenté que tenía entendido que era una gran ciudad y que me gustaría verla de día, pues la noche anterior había podido comprobar la existencia de numerosas personas deambulando por las calles, y mucha prostitución y gente de mal vivir. Frey Ruperto me contó que esa situación se había agravado durante el reinado de Carlos de Anjou, quien contrató los servicios de condotieros sin escrúpulos que utilizaban el puerto como lugar de tráfico de reliquias procedentes de Tierra Santa, para luego venderlas a un precio elevadísimo por las parroquias y monasterios de toda Europa. Pero aclaró que estaban recuperando lentamente el control, desde la encomienda, a pesar de la falta de efectivos, y, como yo había podido comprobar, sin médico, y por ello me habían solicitado. Le dije que no se preocupara, que me sentía muy bien en Otranto, y estaba seguro de que, cuando conociera mejor la ciudad, me interesaría más por ella y sus habitantes, pero que de momento, lo más urgente era curar a frey Salerno. También le confesé que tenía grandes deseos de volver a Cataluña, para ver a mi familia. Mientras nos dirigíamos a la alcoba del comendador, le pregunté qué contenía el pergamino que iba a ser robado. Me contestó que se trataba de un mapa elaborado en 1240 por Matthew Paris, que mostraba no solo la distancia de navegación entre Chipre y Acre, que eran 300 leguas exactamente, sino también todas las rutas marinas que unían los principales puertos del Mediterráneo.

»Yo conocía muy bien la travesía que separaba Acre de Chipre, porque la había hecho en agónicas circunstancias, viendo con el mayor dolor cómo morían en mis

brazos muchos compañeros. Frey Ruperto, en tono confidencial y comprobando que nadie nos escuchaba, especialmente nadie relacionado con los estamentos de la Iglesia, me confesó que la caída de Acre había supuesto un verdadero alivio para el mundo occidental, debido a que ya no eran tantos los cruzados que llegaban a Otranto para embarcarse hacia Tierra Santa, sino que solo partían hacia Chipre, y que el tráfico de reliquias, impulsado por Carlos de Anjou, se había reducido notablemente, y que lo que tenían que hacer era ir saneando la ciudad, para que volviera a ser la perla del sur de Italia, como siempre había sido desde los antiguos tiempos griegos. Le dije que estaba totalmente de acuerdo con él. Tras un largo silencio, le hice una pregunta sobre algo que me tenía muy intrigado: ¿a qué se refería aquel desdichado cuando habló de una maldición? Frey Ruperto narró entonces el espeluznante relato de una maldición que pesaba sobre el castillo de Otranto, basada en el asesinato, durante las cruzadas, del señor de esa fortaleza, anexa a nuestra encomienda; detrás de aquel crimen estaba la sombra de un tal Manfred, que pagó a un sicario para que lo asesinara y usurpó su lugar; un hijo de Manfred se casó con una joven de aquella ciudad, que poco tiempo después falleció en extrañas circunstancias. Se decía que su ánima vagaba por los aposentos del castillo, y por ello pocos querían entrar en él; incluso se oían sonidos de ultratumba las noches de tormenta, porque su asesinato se llevó a cabo durante un fuerte aguacero, en medio de escalofriantes relámpagos. Me pareció una historia sorprendente.

»Mientras nos dirigíamos a la celda del comendador, le comenté a frey Ruperto mi intención de preparar al joven Adriano Lucca para que ocupara el puesto de médico en Otranto, no solo porque fue un gran ayudante y buen compañero en Chipre, sino también porque era de allí. Le pareció una excelente idea. Me dijo que conocía muy bien a su familia, que residía en Alberobello, una de las localidades más bonitas de Italia, en una de las casas de piedra del arrabal de los *trullis*, y que eran ejemplo de convivencia y dignidad, y se sentían, además, orgullosos de tener un hijo en la Orden. Llegamos a la alcoba donde se hallaba el comendador, y un soldado nos abrió la puerta. Pregunté al enfermero que le atendía, que estaba abriendo el postigo para que entraran los primeros rayos de sol de la mañana, cómo había pasado la noche el enfermo. Me contestó que se había despertado muchas veces, y también había pedido agua. Pedí que trajeran una jarra de agua y preparé el elixir, con las dosis adecuadas, para que lo tomara de inmediato, pues debía ingerirse en ayunas. Se lo di a beber a frey Salerno, que se hallaba bien acomodado en su lecho, con una manta cubriendo su espalda. Puso muy mala cara, pues el preparado tenía muy mal sabor, pero lo consumió hasta la última gota y volvió a echarse en la cama. Le aconsejé que descansara el mayor tiempo posible, para recuperarse de la desazón de los días que había venido sufriendo el terrible mal de estómago, y que cuando estuviera bien limpio, que según yo creía podría ser en una semana, estaría en disposición de volver a su vida normal. Después aconsejé cerrar los visillos de las ventanas, pero dejando los postigos abiertos, para que entrara el aire fresco de la

mañana, que le vendría bien. El preboste ordenó a los asistentes que hicieran todo lo que yo ordenara.

»Una vez fuera, le pregunté a Scala cómo pudieron entrar en la encomienda aquellos villanos. Contestó que, seguramente, aprovechando el primer cambio de guardia de la noche, que era cuando se relajaban los soldados, pero que lo que más le sorprendía era que fuera un cruzado el autor de esa infamia. Le expuse que se trataba de un cruzado francés, seguramente vinculado con ese noble, sin nobleza. Yo opinaba que el musulmán era un sicario sin escrúpulos, pero que el que no tenía perdón era el cristiano. Frey Ruperto me dijo que no iba a buscar culpables entre sus soldados, que tenía fe en sus hombres, y que debíamos organizar bien la estrategia a seguir en el intercambio que al día siguiente se iba a realizar en Gallipoli. Le pregunté si le parecía bien que, mientras tanto, yo me quedara al cuidado del comendador, y que me ayudara Adriano Lucca para enseñarle algunos secretos de la medicina, que le vendrían muy bien para su labor a partir de ahora. Le pareció una idea excelente y me prometió que me informaría de todo a su regreso. Por último, mirándolo a los ojos, le aconsejé que tuviera mucho cuidado, que no sabíamos de cuántos efectivos podía disponer ese noble francés, ni si se trataba de una trampa. Me tranquilizó el oírle decir que tenía preparado un grupo de élite, hombres de absoluta confianza y fidelidad al Temple, y que irían camuflados y bien armados.

»A la mañana siguiente, todo estaba preparado. Después de un nutritivo desayuno, los soldados esperaban en el patio de armas, sin su uniforme. Ni los presos advirtieron este operativo. Desde la ventana de la estancia del comendador, en compañía de Adriano, vimos cómo salían por la puerta grande de la encomienda varios carros tirados por hermosos percherones; en el primero se hallaban los presos amordazados, y también el preboste, como máxima autoridad.

CAPÍTULO 17

El Valle de los Recuerdos

Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA,
confesiones, 1, 1



— Sin que lo oyera el comendador, que seguía dormido, le propuse en voz queda a Adriano que rezáramos al Altísimo, para que todo se desarrollara bien. Él me propuso luego enseñarme la ciudad con luz de día, pero le dije que antes teníamos que ver el desarrollo de la recuperación del comendador a lo largo de toda esta mañana, y que si iba bien, después del toque del Ángelus, podríamos salir.

»El comendador había despertado y se mantenía en reposo. Su mejoría iba progresivamente en aumento, lo cual nos llenó de inmensa alegría a todos los allí presentes. Aprovechando su presencia, fijando mi mirada en Adriano, le manifesté mi deseo de que aceptara el compromiso de ser el médico en aquella encomienda de Otranto, una vez que yo partiera hacia Barcelona. Le dije que frey Ruperto Scala y el comendador estaban de acuerdo. El joven Lucca respondió, abrumado, que consideraba mi ofrecimiento un gran honor, pero que no sabía si estaría a la altura de ese gran reto. El comendador, entre sudores y una respiración agitada, intervino entonces para animarle a aceptar diciéndole que el Temple corría con el coste de la facultad de Medicina de la Universidad de Salerno, para todas las clases que le hicieran falta. Tras meditarlo un rato, Lucca nos dio las gracias efusivamente por nuestra confianza. Nos dijo lo feliz que se sentía por poder desempeñar la profesión de médico, que era el sueño de su vida, y además tan cerca de su familia, y en su querida Otranto. Le recordé que la Escuela de Salerno era el primer centro médico de occidente, de carácter estrictamente laico, alejado de todo tipo de interpretaciones religiosas que, desde hacía un siglo expedía títulos de doctor. Le aconsejé encarecidamente que lo aprovechara. En cuanto al comendador, a quien no dejaba de mirar con el mayor aprecio y respeto, he de decir que me dejó sin palabras su rápida

recuperación. Muy satisfecho por la solución de todos los problemas que me impedían volver a mi tierra, le propuse a Adriano que me mostrara la ciudad.

»Otranto de día era muy distinta a la ciudad oscura y llena de pecaminosas sombras que parecía de noche. A medida que nos acercábamos al puerto, Adriano me iba explicando, con el mayor entusiasmo, los lugares por donde pasábamos. Visitamos primero la iglesia, y Lucca demostró tener mucha información sobre su construcción hablándome de sus medidas catedralicias, en base a la divina proporción, de su fachada en forma basilical, de su construcción, en el año 1088, sobre un templo prerrománico, en tiempos del pontífice Urbano II, a quien debíamos la primera cruzada. Yo le escuchaba con gran interés, y le comenté que me llamaba la atención la blancura de la piedra. Me explicó que era piedra caliza de la zona, que al recibir los rayos de sol adquiriría una gran luminosidad. Me fijé en el rosetón superior, un verdadero encaje de piedra. Yo estaba deseando admirarla por dentro, y accedimos a su interior. En aquel momento, el sol canicular penetraba por el rosetón y se proyectaba en el pavimento, iluminando un gran lienzo de piedra, de figuras animadas, que ocupaba gran parte de la nave principal del templo, entre las dos hileras de columnas de granito y mármol. Me informó que aquel mosaico era uno de los más hermosos del mundo, que ocupaba 600 metros cuadrados de superficie y estaba formado por 600 000 teselas de naturaleza calcárea. Al comentarle yo que representaba el Árbol de la Vida, o del Bien y del Mal, Adriano asintió, pero dijo que ellos lo llamaban *l'Albero della Vita*; añadió que aquella sensacional obra fue realizada entre 1163 y 1165 por el monje Pantaleone, perteneciente a la abadía de San Nicola di Casole. De nuevo quedé asombrado por sus extensos conocimientos.

»A medida que mis ojos iban recorriendo todos los rincones de aquella gran catedral, del extremo más meridional de Italia, comprendía mejor la importancia que tuvo este singular templo cristiano, cuya construcción fue el resultado de la participación entre los mejores artistas del siglo XII, una estrecha colaboración entre normandos, árabes y templarios. Pero, además, algo que me llamó poderosamente la atención en el interior de aquella iglesia fue su olíbano, el perfumado incienso que embriagaba los sentidos. Lucca me condujo a la cripta, situada bajo el prebisterio, por el lado del Evangelio, como mandan nuestros cánones, como neófitos, y al núcleo de la Madre, que es la cavidad interior de la cripta. Comprobé, lleno de gozo, que estaba formada por 72 columnas, que separaban nueve estancias. Se lo hice notar a Lucca y este, en voz baja para no molestar a las personas que se hallaban allí rezando, manifestó que no era una casualidad que estuvieran allí presentes el nueve ($7 + 2 = 9$) y las nueve estancias, ya que fueron arquitectos templarios quienes proyectaron su realización. Salimos de aquella subterránea y sagrada estancia por el lado de la Epístola. Yo estaba maravillado y manifesté a mi compañero mi profundo agradecimiento por sus explicaciones.

»Aquel día era jornada de mercado, y las calles estaban abarrotadas de comerciantes y buhoneros traficando con toda clase de alimentos y artículos. Habían

llegado gentes de numerosas poblaciones cercanas a Otranto, y el ruido era ensordecedor. Algunos olores me recordaban a los que respiré en los mercados de Acre, donde las especias embriagaban los sentidos. De vez en cuando nos tropezábamos con soldados templarios, quienes nos saludaban respetuosamente. Comimos un poco de queso, con frutos secos, pan regado con aceite de oliva, frutas y una ensalada con huevo y verduras. Luego, Adriano me preguntó que si estaba cansado, y al contestarle que no me propuso ir al “Valle de los Recuerdos”, dijo que no podía volver a Cataluña sin haberlo visitado, pues era uno de los lugares más importantes para el Temple en esas tierras de la Puglia. Añadió que mucha gente lo conocía también como “El Valle de la Memoria”, y no quedaba lejos de allí. Muy intrigado, lo seguí para conocer aquel lugar.

»Después de una caminata de un par de horas, en dirección sur, buscando el extremo oriental del Golfo de Tarento, alcanzamos el extraño enclave. Me contó Adriano que nos hallábamos en la falda de la Serra di Montevergine, donde, desde tiempos inmemoriales, numerosas civilizaciones habían fijado en las entrañas de la tierra el lugar del descanso eterno de muchos difuntos, y que nuestra Orden no era una excepción. Dijo que toda esa zona, aunque no se viera superficialmente, estaba llena de tumbas, formando grandes hipogeos dentro de bóvedas rocosas subterráneas, que había cientos de cuevas y cavidades naturales, lo que la convertía en un lugar de reliquias desde la antigüedad griega. Le manifesté mi deseo de entrar en uno de esos enterramientos y me llevó al Hipogeo de la Masseria, más conocido como la “Torre Pinta”, un monumento subterráneo formado por una cavidad que se abría en la roca viva hasta doce metros de profundidad. Su entrada se hallaba tras un bloque de piedra. He de reconocer, amigo Ozmán, que no había visto nada igual en mi vida. Adriano pasó primero, para guiarme. Nada más entrar en aquella cavidad natural, una espesa nube negra de grandes murciélagos salió volando por encima de nuestras cabezas hacia el exterior, lo que nos obligó a protegernos los ojos con las manos. Ya en el interior, Lucca me mostró las tumbas de los freires del Temple, alineadas en las paredes que envolvían una sala troncocónica situada en el centro de la “Torre Pinta”, y me contó que sus cuerpos guardaban un descanso eterno dentro de aquellas cavidades, a modo de nichos excavados en la roca viva, y que estaban enterrados boca abajo y cubiertos con un sencillo sudario de tela blanca, algo que yo ya conocía. Me pareció impresionante. Se trataba, sin duda, del monumento funerario templario más fascinante que había visto.

»Salimos de aquella sobrecogedora estancia entonando al unísono nuestro lema: *Non Nobis, Domine, Non Nobis, Sed Nomini Tuo Da Gloriam...* Tardamos un buen rato en hablar, porque nuestros pensamientos seguían abstraídos en todo cuanto habíamos contemplado en aquella inmensidad natural, con el mar Jónico como mágico telón de fondo. En aquel momento, una embarcación templaria rompía la línea del horizonte y ponía su proa en dirección a la Punta Palascia, para amarrar en el puerto de Otranto; la cruz paté estaba dibujada en su vela latina. Llamaba mi

atención la diversidad de aquel paisaje de la Serra di Montevergine, caracterizado por el rojo de la tierra, que contrastaba armoniosamente con el azul de los ríos y arroyos y el verde profundo de una vegetación exuberante.

CAPÍTULO 18

La sala de los secretos

Y al fin reina el silencio.
Pues siempre, aun sin quererlo,
guardamos un secreto.

GABRIEL CELAYA



— **R**egresamos a la Casa del Temple antes de la llegada del crepúsculo, cuando el astro rey comenzaba a encender sus luces cálidas en el horizonte. Y lo primero que hicimos fue ir a la estancia del comendador, que había estado toda la mañana reposando, e ingiriendo alimentos nutritivos, pero de fácil digestión. Todo el acuartelamiento de la encomienda aguardaba la llegada del preboste, que ya había enviado una paloma mensajera avisando de su inminente regreso, para esclarecer el intento de robo del pergamino.

»Estábamos en la alcoba del comendador, conversando animadamente con él, cuando las trompetas de la guardia en el torreón avisaron de que el destacamento estaba en Otranto, y se veían los carros remontando la subida que se abre en el puerto. Todo el mundo estaba nervioso, y con grandes deseos de ver a los compañeros templarios de regreso a casa. Frey Salerno preguntó qué sucedía y le puse al corriente del regreso de frey Ruperto, que había estado toda la jornada fuera de Otranto. Le oí murmurar: “Espero que haya servido para el bien de la encomienda”.

»Después de abrir de par en par el gran portalón del patio de armas, haciendo chirriar sus goznes, los carros entraron en el recinto de la encomienda, y todas las trompetas lanzaron al aire los parabienes de una alegría general, secundada por el ondear al viento del bausán del Temple. A los pocos minutos, frey Ruperto subía a paso rápido las escaleras, al tiempo que un escudero le iba desprendiendo de su cota de mallas. Scala no tardó en irrumpir en la estancia. Se dirigió a frey Salerno y, besándole la mano derecha, dijo que se alegraba mucho de encontrarlo tan recuperado. Este, impaciente, tras darle las gracias le preguntó cómo había ido el operativo. Frey Ruperto, muy satisfecho, le contó que todo había salido bien, y que

además no habían tenido ninguna baja. Luego detalló todo el proceso de ejecución de principio a fin, y todos lo escuchamos ansiosos. Empezó por contar algo que ya sabíamos, que el manuscrito que buscaban esos sicarios, pagados por el noble francés, era el mapa elaborado por el cartógrafo inglés Matthew Paris, en 1240, en el que se mostraban al detalle las rutas de navegación por el Mediterráneo en su sector más oriental. En ese momento, el comendador protestó airado diciendo que ese valiosísimo documento no se encontraba allí. El preboste confirmó que así era, que el codiciado mapa se hallaba en la Biblioteca del monasterio de San Nicola di Casole, pero que esos truhanes no lo sabían. Por lo tanto, fueron hasta ese cenobio, y pidieron a uno de los maestros copistas más expertos en cartografía que les hiciera una reproducción fidedigna del citado documento. Mientras, los dos sicarios permanecían dentro del carro en donde fueron conducidos con los ojos y los oídos tapados, para que no se enteraran de nada.

»Frey Ruperto hizo una pausa y pidió un trago de agua. Los allí presentes estábamos impacientes por que continuara su relato, que reanudó contándonos que, seguidamente, se pusieron de nuevo en marcha, dirigiéndose hacia Gallipoli, que era el lugar establecido para el encuentro con el noble francés, y que él coordinó la operación de la siguiente forma: les entregó a los sicarios la copia del valioso pergamino, diciéndoles que era el original, y, a la entrada de la ciudad, les dijo que los iban a dejar sueltos, pero que estarían vigilándolos a una prudente distancia, y que al primer movimiento sospechoso, o intento de huida, serían atravesados con una lluvia de flechas. Les ordenó que procedieran como si ellos no estuvieran allí.

»El comendador preguntó muy interesado, mientras le colocaban una almohada detrás de la espalda, qué sucedió después. Frey Ruperto siguió contándonos que se los sicarios se dirigieron a la sala eneagonal, mientras ellos se colocaban discretamente en diferentes lugares de esa fortaleza, controlando todos los accesos y pasillos, pero sin ser vistos. Estos desdichados fueron directamente al interior de la gran sala de los nueve lados, donde les aguardaba, a la hora convenida, un hombre cubierto de garnache y capucha, para ocultar su rostro, acompañado de dos esbirros, igualmente cubiertos con una túnica con capucha que ocultaba sus rostros y el pesado armamento que llevaban en la cintura. Adriano comentó quedamente que esa sala era conocida por su gran acústica. Asintiendo, frey Ruperto nos explicó que todo lo que se decía en el centro de aquella estancia, por muy bajo que se hablara, podía oírse nítidamente desde todos los rincones de la fortaleza, aunque el que escuchaba se hallara muy alejado. Añadió que esa circunstancia, afortunadamente, la desconocían aquellos villanos, lo que les facilitó muchísimo su labor en la sombra. Tras esta aclaración, siguió contándonos aquella interesante hazaña.

»Cuando los sicarios se encontraron con el oculto personaje y este les preguntó si habían cumplido su encargo. El ladrón sacó de una talega el pergamino celosamente envuelto y se lo entregó. Antes de examinarlo, el encapuchado preguntó si el comendador del Temple se hallaba ya en el Infierno, a lo que el otro sicario respondió

que, tras ingerir el brebaje con el veneno que con una artimaña le habían administrado, había muerto de inmediato. El encapuchado, tras examinar el pergamino y comprobar que era auténtico, los felicitó. Pero acto seguido, mostrando una sardónica sonrisa, les aconsejó que se despidieran del mundo, pues no quería dejar ningún testigo. En ese momento, los dos sicarios que lo acompañaban sacaron de sus cinturones largos cuchillos, con los que degollaron a aquellos dos infelices, que se desplomaron como sacos en medio de un charco de sangre. Frey Roberto y sus hombres salieron inmediatamente de su escondite y se lanzaron sobre aquellos traidores; los mercenarios murieron en el acto, porque se resistieron amenazando con sus espadas, y al jefe lo apresaron en pocos minutos.

»Cuando, tras oír aquel enmarañado relato, el comendador preguntó quién era ese cobarde, frey Roberto le contestó que se trataba de Pierre Castell, un noble francés convertido en condotiero, dedicado al contrabando y el saqueo, hombre sin escrúpulos ni bandera, que se dedicaba también al negocio de la trata de esclavos y al tráfico de prostitutas en nuestra ciudad. El comendador dijo que llevaban mucho tiempo buscándole, y que ahora comprendía su interés por conseguir ese pergamino que le permitiría conocer mejor todas las rutas marítimas por el Mediterráneo oriental. Preguntó que dónde estaba y frey Roberto le dijo que se hallaba recluido en las galerías más profundas de la prisión de nuestra encomienda. Ordenó que lo encerraran en las mazmorras subterráneas de la fortaleza de Acaia, donde, dijo, conocería en sus propias carnes el sufrimiento, hasta pedir la muerte a gritos; sus desgarradores lamentos llegarían hasta las estancias de la sala superior del castillo. Y a partir de entonces, la ciudad de Otranto volvería a ser lo que era, ejemplo de convivencia, paz y respeto entre culturas. Antes de proseguir, el comendador tomó un respiro, y luego, dirigiéndose a mí, dijo que me estaba muy agradecido, porque gracias a mí habían podido desenmascarar a esos miserables, quienes nos llevaron directamente al principal culpable. “Soy yo quien os queda eternamente agradecido, señor, por haber tenido la oportunidad de conoceros, de mi felicidad por vuestra pronta mejoría y poder apreciar la magna obra que estáis llevando a cabo, en nombre de nuestra Orden, en esta tierra del sur de Italia”, contesté yo, emocionado.

CAPÍTULO 19

Almogávares

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, han sido el origen de los almogávares.

FRANCISCO DE MONCADA



— **E**l comendador alabó mis palabras, que dijo me honraban. Luego me comunicó que esa noche nos acompañaría en la cena Roger de Flor, quien solía regresar a su querida Puglia siempre que podía, después de una brillante acción militar. Le dije que estaría encantado de volver a saludar a Roger von Blume, como le gustaba que le llamaran los más allegados. Has de saber, amigo Ozmán, que Roger de Flor es un valeroso militar, cuya palabra vale su peso en oro, y que, aunque ya no se vista de templario, para mí sigue siendo un caballero. Añadió el preboste que el militar vendría acompañado por su fiel compañero, el caballero Ramón Muntaner. Esta noticia me llenó de felicidad. Ambos eran grandes militares, y Ramón, además, un excelente cronista, y no había vuelto a verlos después de la pesadilla de Acre. Frey Esteve manifestó que a los dos se les apreciaba mucho en aquella encomienda, porque siempre habían luchado valerosamente con sus mesnadas de la Compañía de almogávares contra los enemigos del Temple y de la Corona de Aragón. Y añadió, lleno de júbilo, que Roger, aunque de sangre alemana, era de aquella tierra, concretamente de la ciudad de Brindisi. «Y curiosamente, Ramón es paisano mío, porque nació en Perelada, en tierras del condado de Girona, no muy lejos de mi querida Argelaguer», exclamé.

»Llegado el momento, a media tarde, cuando todos estaban preparando la sala más amplia de la encomienda, se produjo la llegada a caballo en tropel de Roger de Flor y Ramón Muntaner y sus temibles almogávares. Las puertas del recinto se abrieron de par en par, y el bausán y demás estandartes del Temple ondearon al viento en las torres más altas, al tiempo que los toques de cornetas anunciaban aquel momento. Roger y Ramón subieron a la sala de la planta principal, mientras que el resto de oficiales de la Gran Compañía fueron instalados en los salones de la planta

inferior, para compartir mesa y mantel con los soldados y oficiales de la encomienda. Si cierro los ojos, querido amigo, aún oigo el ruido metálico y frío de los cascos de los caballos al entrar en el patio de armas de la encomienda, y el sonido de las pisadas de aquellos guerreros sobre los adoquines del pavimento, que parecían hacer temblar el suelo; eran hombres bravíos, curtidos por el sol y la fatiga de tantas guerras, verdaderos supervivientes; se cubrían el pecho con una gonela o camisa, botines de cuero en las piernas, abarcas en los pies; del cinturón colgaba un amenazante *coltell*, que es un puñal o cuchillo largo, una correa y un morral, lanza, dos dardos y un saco de cuero con la comida; se dice de ellos que son los milicianos más fuertes de todo el Mediterráneo, y tan ligeros en la huida como en el ataque.

»A la hora de la cena, nos sentamos ante una mesa larga, alineada bajo los ventanales, y con los asientos dispuestos de forma que dejaran el paso libre a los servidores, que no cesaban de traer manjares. En el centro se hallaba frey Salerno, el comendador, y cerca de él Roger de Flor, Ramón Muntaner y frey Ruperto Scala. Yo preferí estar un poco alejado, pero lo suficientemente cerca para escuchar todo cuanto allí se decía. Roger de Flor, hombre robusto, de altura mediana, espesa barba negra, con algunas cicatrices en el rostro, elevada frente y ojos pequeños y azules, pero de mirada profunda, era, sin duda, un líder incuestionable. Hijo de un oficial de cetrería del emperador alemán Federico II de Sicilia, llamado Ricardo, y de una dama de la burguesía de Brindisi, ciudad próxima a Otranto, en donde Roger vino al mundo. Pero aquella familia se arruinó, y su madre no dudó en confiar a su pequeño a un caballero del Temple, precisamente de la encomienda de Otranto, donde alcanzó el grado de Hermano Sargento al mando de la nao *Halcón*. Sin embargo, tras la batalla de la defensa de Acre, antes de la retirada de Chipre, fue acusado de haberse beneficiado en el saqueo de la ciudad, llevándose valiosos tesoros, y la Orden lo expulsó sin contemplaciones. En aquellos momentos, Roger de Flor era uno de los militares más renombrados de la Corona de Aragón, al frente de la temible Compañía de almogávares. El comendador les dio la bienvenida y todos elevaron al cielo sus copas de cristal esmaltado llenas del afamado vino afrutado de la Puglia, y brindamos llenos de júbilo. El almirante aragonés proclamó emocionado que aquella encomienda seguía siendo su verdadero hogar, donde se crió y se formó como persona y militar, lo cual llevaba con el mayor orgullo. El comendador le habló con la misma emoción diciéndole que ellos seguían considerándolo como uno de los suyos y limpio de cualquier sospecha. Roger agradeció sus palabras y añadió que, aunque ya no vestía el hábito templario, su corazón latía al ver ondear el bausán, y que Dios era testigo de que no había hecho nunca nada que pudiera avergonzarle. Confesó que lo que sucedió en Acre seguía grabado en su memoria, pero que por muchos años que pasaran, él seguiría jurando que salió de aquel infierno con las manos vacías. Por ello, había querido dedicar los años que le concediera el Altísimo a defender la bandera del Reino de Aragón, allá donde estuviera. El comendador dijo conocer muy bien sus hazañas al frente de los temibles almogávares, en la batalla naval de la bahía de

Cadaqués, y también su intervención en la consolidación de los dominios de Sicilia, frente a las pretensiones de la Casa de Anjou. Roger miró con aprecio a Ramón Muntaner y comentó que tenía a su lado el mejor cronista que un militar pudiera desear. Ruperto Scala apostilló que, además de buen cronista, Ramón era también un extraordinario militar. Roger asintió y nos confesó que era tanta la confianza que tenía en su amigo que había querido nombrarle administrador general de su Compañía. Luego le dio un fuerte abrazo, lo que provocó un emocionado aplauso de todos los que allí estábamos.

»Tras todas estas muestras de afecto, tomó la palabra Ramón Muntaner y, después de agradecer las sinceras palabras de su amigo Roger, nos habló de dos actividades concretas a las que, desde hacía tiempo, había dedicado su vida. Tras una pequeña pausa, prosiguió su explicación. Nos reveló que, cuando en 1285 los franceses destruyeron su villa natal, Perelada, su vida se convirtió en un continuo ir y venir desde Valencia y Mallorca hasta Anatolia, pasando por Sicilia, Cerdeña, Constantinopla, Neopatria, Atenas y Chipre, con el fin de narrar todos los episodios que consideraba de interés, y luchando, al mismo tiempo en la Gran Compañía Catalana, como infante almogávar. El comendador encomió su gran labor, que dijo aportaba un testimonio muy valioso para la historia. Luego se interesó por su trabajo en aquel momento y Muntaner le contó que estaba redactando el tratado entre el emperador bizantino y el Reino de Aragón.

»Se produjo un silencio, y Roger aprovechó para dirigirse al comendador interesándose por su salud, pues alguien le había informado de que estaba enfermo. Frey Salerno le explicó que había estado al borde de la muerte, por un envenenamiento, pero que gracias al Todopoderoso, y, añadió mirándome con afecto, también a mí, aquí estaba presente y ya se encontraba bien. Ramón Muntaner mencionó que había oído hablar de mí en Acre y en Chipre, y de lo mucho que había hecho por salvar vidas humanas. Yo agradecí sus amables palabras y escuché cómo Roger preguntaba, en tono amenazante, que si sabía quién, o quiénes, fueron los culpables de esa afrenta, porque estaba dispuesto a llevarlos al infierno con su espada. Frey Salerno dio cuenta de lo ocurrido: que los habíamos descubierto fortuitamente gracias a mí, y a una brillante intervención militar llevada a cabo por Ruperto Scala, en Gallipoli, y que ahora se encontraban encerrados en las mazmorras de la ciudadela de Acaia. Roger comentó en voz baja que precisamente Gallipoli era el motivo de su llegada a Otranto. El comendador le pidió por favor que se explicara. Roger reveló entonces que les habían llegado informaciones secretas de que los genoveses iban a sitiar Gallipoli, y que estaban allí para defender la ciudad. “Pues contad con nuestro apoyo, aunque los almogávares no precisan mucha ayuda para despertar sus hierros y hacer tambalear cualquier ejército enemigo, por muy numeroso que este sea”, manifestó el preboste, con el asentimiento de frey Salerno. Una carcajada general retumbó en la sala. Roger precisó que los genoveses no soportaron la humillación que les infligieron en Constantinopla, ni la pérdida de su Torre Gálaga, y estaban

buscando recuperar su prestigio. Añadió, con un gesto de desprecio en el rostro, que negociaban con todo, como usureros, pero que no se lo iban a poner nada fácil.

»Frey Salerno preguntó si conocían alguna otra información relevante. Ramón Muntaner reveló entonces que, desde Chipre, le habían llegado noticias de que el puerto de Otranto iba a perder pronto gran parte de su influencia ya que, tras la pérdida de Acre, el gran maestro del Temple estaba considerando la idea de trasladar a un puerto del Reino de Aragón el centro de operaciones de la flota templaria en todo el Mediterráneo. Roger dio a entender que ese puerto podría ser Peñíscola. El comendador manifestó que había oído hablar muy bien de él. Ramón especificó que en realidad se trataba de una península rocosa que se adentra en el mar, al sur de Tortosa y a un tiro de ballesta de Vinaròs. Afirmó que era un enclave impresionante, que había visitado en varias ocasiones. Yo aproveché el momento en que todos manifestaron su intención de retirarse para comunicarles, no sin cierta tristeza, que al día siguiente, con las luces del alba, partiría hacia Barcelona.¹

CAPÍTULO 20

El sudario de Cristo

El día de la crucifixión de Cristo se produjo un oscurecimiento del sol, y la luna se convirtió en sangre.

Evangelio de San Mateo, 27, 45



— **T**ras aquella memorable cena, Ramón Muntaner, Roger de Flor y todo el séquito de almogávares abandonaron la estancia, tras despedirse amablemente de nosotros. Yo no tenía sueño, y, por lo visto, tampoco el comendador y el preboste mostraban señales de cansancio, y proseguimos conversando relajadamente. Frey Salerno, mirándome con aprecio, manifestó que no querría que me marchara a la Ciudad Condal sin que viese algo sumamente valioso, en agradecimiento a cuanto me debían. Le dije que no me debían nada, que me había sentido muy a gusto en Otranto y en aquella encomienda los días que había estado allí, donde, le aseguré, había aprendido mucho. Entonces, frey Salerno miró con cierta complicidad a Ruperto Scala y, tras unos instantes, me comunicó que lo que me iban a enseñar no lo había visto nadie en Otranto, además de ellos, y que dado que veían en mí una persona de plena confianza me lo iban a mostrar. Les aseguré que podían confiar totalmente en mí y me rogaron que les acompañara.

»Recuerdo que descendimos por una escalinata de caracol, abierta en el interior de un robusto torreón; después de bajar innumerables escalones y atravesar algunas salas subterráneas, llegamos a una estancia cuya puerta de entrada, en arco apuntado, tenía grabada en su piedra clave una cruz sin cúspide. Ruperto Scala procedió a abrirla, con la ayuda de una llave grande de hierro. Las bisagras crujieron, y con un ruido chirriante, las puertas cedieron y pudimos acceder al interior de una oscura estancia. Ruperto Scala entró primero, para prender fuego a las antorchas dispuestas en las paredes de piedra. En el suelo había varias tumbas, y advertí que una de ellas pertenecía a frey Giovanni di Castelo. El comendador rezó ante ella un padrenuestro. Una losa de mármol de Carrara cubría aquel panteón en el que, luego supe, descansaba el que había sido predecesor de frey Salerno. El preboste me comentó que solo bajaban a aquella sala cuando se producía el fallecimiento de un comendador.

»Con la ayuda de la amarillenta luz de las antorchas, fui recorriendo toda la estancia, y advertí que había un pequeño altar, dedicado a san Bartolomé, uno de nuestros cuatro santos predilectos; cuando me acerqué, noté una fuerza telúrica, una energía que me subía por los pies, de tal modo, que parecía que fuese a entrar en estado de levitación. Frey Salerno se dirigió a un cofre de madera que había junto al altar, que por su decoración me pareció una pieza de arte bizantino. Ruperto Scala, emocionado, dijo que dentro de aquel cofre se hallaba un valiosísimo objeto que querían mostrarme. Yo estaba como flotando, incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¿Y cuál era el contenido del cofre? —preguntó Ozmán completamente intrigado.

—No tardé en salir de dudas, pero, he de reconocerlo, aún siento un intenso escalofrío al recordar aquel momento, a pesar del tiempo transcurrido. Frey Salerno y Scala procedieron, con el mayor cuidado, a extraer el contenido del cofre. Yo me quedé sin respiración cuando vi aquel singular objeto. Extasiado, advertí que se trataba de una sábana, pero no de un lienzo normal. Frey Salerno me confirmó lo que yo ya había intuido. En efecto, se trataba del Santo Sudario, en el que se envolvió el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, tras su muerte en la cruz. Les pedí que me dejaran examinarlo. Después de un buen rato mirando detalladamente aquella tela, con la ayuda de la antorcha, cuidando de no acercar el fuego demasiado, manifesté que, según mi opinión, nos hallábamos ante uno de los objetos más importantes del cristianismo; que probablemente se trataba de la síndone, es decir, la sábana fúnebre ofrecida por José de Arimatea para envolver el cuerpo de Jesús de Nazaret, tras su crucifixión. Frey Salerno me preguntó si, como médico, podía añadir algo más. Le expliqué que aquel lienzo, que había adquirido con el tiempo un color amarillento, estaba elaborado con hilo muy usual en tierras de Egipto, que abundaban en los márgenes del Nilo, y que yo había visto en diferentes lugares de Tierra Santa. Añadí que las medidas de la sábana eran de 5,27 varas de longitud, por 1,32 varas de anchura, y que sirvió para envolver el cuerpo de un hombre de 2,12 varas de altura; un cuerpo desnudo, tanto en su zona frontal como dorsal. [Véase lámina III].

»Tras aquellos momentos de tensión en aquella capilla subterránea, ninguno de los allí presentes se atrevía a romper el pesado silencio. Lo hice yo, para proseguir con las conclusiones de mis averiguaciones. Según había podido comprobar, aquel lienzo guardaba muchos indicios que confirmaban la muerte en la cruz de Jesús, uno de ellos las manchas de sangre a un lado la imagen evanescente, que se correspondían con anatómica precisión con el relato evangélico de la pasión de Cristo. Según san Pedro, Jesucristo murió crucificado el día 3 de abril del año 33. Frey Salerno exclamó, con el mayor asombro, que entonces el valor de la imagen era mucho más importante que su eventual valor histórico. Bañado en un sudor frío, que brotaba de todos los poros de mi piel, afirmé que, en efecto, nos hallábamos ante la confirmación de la muerte por crucifixión de nuestro Señor Jesucristo en el Calvario. Señalé en el lienzo las zonas del cuerpo de Cristo en las que se podían apreciar, con diáfana

claridad, los efectos del martirio al que fue sometido, como eran la cabeza, las muñecas, el costado, los pies...; en todas ellas aparecían manchas rojas de sangre. Ruperto Scala, extasiado, manifestó que se trataba de un verdadero retrato del Señor realizado en la síndone. A mi pregunta de cómo había llegado hasta allí la sagrada reliquia, el comendador me contó que hacía muchos años, exactamente después de la barbarie llevada a cabo en la ciudad de Constantinopla, en 1204, un cruzado logró salvar el santo sudario de una segura destrucción, guardándolo celosamente en una bolsa de tela; ese caballero francés se llamaba Robert de Clari, quien pensó que debía ser el Temple el garante de la conservación de aquel valioso objeto. Desde entonces, lo guardaban allí, en aquella cámara subterránea, bajo la protección de san Bartolomé, que lo velaba desde el altar. Yo manifesté que era un honor para la ciudad de Otranto, aunque la gente no lo supiera, que en las entrañas de la encomienda templaria se hubiera conservado durante tanto tiempo el valioso lienzo, prueba de la muerte de nuestro Señor en la cruz. Pero el preboste aseveró, con el asentimiento de frey Salerno, que no estaba seguro de que debieran seguir manteniéndolo allí durante más tiempo. Mi opinión era que, si se había mantenido seguro, y en perfectas condiciones, durante ochenta y nueve años, podría seguir oculto en Otranto muchas generaciones más, pero también creía que debería trasladarse a la sede central del Temple de París, donde estaría más seguro, y además sería orgullo y admiración para la comunidad cristiana universal. Frey Salerno me miró una vez más con admiración, y dijo que mis opiniones siempre eran acertadas.

»Ya nos disponíamos a salir cuando vislumbré sobre un pedestal un maravilloso cáliz. Comenté que se trataba de una hermosísima creación realizada en esmalte translúcido. Ruperto Scala señaló que, además de un buen médico, yo era un gran experto en bellas artes. Le aclaré que Cataluña, de donde procedía, era una tierra de gran tradición artística, y desde siempre me había gustado admirar a los artesanos y sus obras. Frey Salerno me explicó que el cáliz era obra de Guccio di Mania, y que el pontífice se lo había confiado para su traslado a Asís, donde debería formar parte de su valioso Tesoro. Cuando ya nos disponíamos a salir de aquel sagrado recinto, Ruperto, dirigiendo una mirada al cofre de la sábana santa, habló de la confianza que tenía depositada en un caballero de su encomienda, Arnaut Sabbatier, de origen francés y perteneciente a una reputada familia, que conocía muy bien la ruta a París a través del valle de Aosta, al que iban a conceder el privilegio de trasladar, debidamente protegido, el singular lienzo, la más valiosa reliquia que conservaban en aquella sede del Temple. Al comendador le pareció una excelente idea, y le pidió que dirigiera la expedición, lo que el preboste aceptó como un gran honor. Subiendo ya los estrechos y empinados peldaños de la escalera de caracol, Ruperto Scala y frey Salerno me manifestaron con gran afecto que en Otranto tenía mi casa. Les contesté, emocionado, que los echaría de menos, por su hospitalidad y grandeza de alma, que nunca olvidaría mi estancia en aquella tierra de la Puglia, y prometí volver a visitarlos en otra ocasión.

»En el exterior, las campanas de la iglesia de la encomienda estaban tocando la hora prima; el sol ya estaba asomando por el horizonte del mar, y yo tenía el tiempo justo para ir a recoger mis objetos, que metí dentro de una arqueta de madera, incluyendo la reliquia que me entregó Bernat Rocabertí, y que debía entregar a sus padres. Tras despedirme de ambos, cabalgué hacia el puerto, llegando justo a tiempo para embarcar en la nao que estaba a punto de zarpar. Los gritos de las gaviotas rompieron el silencio de aquella partida, cuando la embarcación levó anclas y la espuma del agua acarició la proa; desde el castillo de popa, me extasié viendo cómo se alejaba la ciudad de Otranto, iluminada por aquellos radiantes primeros rayos de la mañana, y se perdía en la lejanía, con el bausán del Temple ondeando orgulloso al viento sobre la torre más alta de la encomienda. Aún tengo grabadas en mi mente, amigo Ozmán, las curvilíneas aristas de las almenas que resguardaban aquel activo puerto, defendidas por soldados templarios, ejemplo de disciplina, responsabilidad y honor.

CAPÍTULO 21

Llegada a la Ciutat

Es la más bella ciudad que jamás he visto.

JAIME I^[2]



—¿Y qué pasó después, de nuevo en tierra aragonesa? —No, amigo Ozmán. Antes de llegar a Barcelona, el barco hacía escala en Palma y aproveché para visitar la capital de Mallorca. Durante la travesía, que duró diez días, y con una navegación tranquila, tuve oportunidad de conocer a un distinguido personaje mallorquín, Moshé, miembro de la prestigiosa familia judía de los Cresques, conocida por sus preciados trabajos en cartografía, con quien entablé una estrecha amistad. Me preguntó si conocía la Ciutat, capital de la isla de Mallorca. Ante mi negativa, se ofreció, si yo tenía tiempo, a mostrarme los lugares más interesantes de *Madina Mayurga*, como era conocida por los musulmanes. Le dije que solo me quedaría allí unos días, pues debía seguir el viaje a la Ciudad Condal, pero que estaría encantado de acompañarlo, pues había oído hablar muy bien del importante papel que, en todos los sentidos, estaba llevando a cabo el Temple en esa ciudad. Moshé dijo que no me equivocaba, que gracias a los templarios la Ciutat gozaba de un equilibrio ejemplar entre todas las comunidades.

—Yo también he oído hablar muy bien de esa isla y de su capital —añadió Ozmán.

—Al atracar el barco en los muelles del puerto de la Ciutat, vi un tropel de gente que se movía por los pantalanos de madera, cargando y descargando, mientras otros recogían velas o lanzaban el puente, para facilitar el descenso de los tripulantes. Me sorprendió gratamente aquel gentío, demostrando con esa actividad que la ciudad estaba en su apogeo. Tan pronto como pisé tierra, al elevar la vista quedé asombrado al contemplar la fortaleza de piedra roja, rodeada de altos árboles y magníficos jardines; incluso el rumor del agua de sus fuentes era una música para los sentidos. Pregunté a Moshé qué era esa construcción. Me contestó que estaba contemplando la alcazaba de Gomera, el antiguo recinto amurallado de la ciudadela musulmana, que fue respetado por Jaime I, y que, desde hacía pocos años, albergaba la Almudaina, el

palacio de los reyes de Mallorca; añadió que en ella tenía su residencia el monarca Jaime II, segundo hijo del Conquistador, al que llamaban «el Prudente», por sus acertadas decisiones; me explicó que era, después de diecisiete años de reinado en el trono de Mallorca, sin duda, el auténtico promotor de un reino independiente. Comprobé que estaba muy bien informado sobre su ciudad, y hablaba de ella con el mayor cariño, llegando a sentenciar que, para él, era la ciudad más hermosa del mundo. Pero yo estaba más interesado por la encomienda del Temple, y le pregunté dónde se hallaba. Me dijo que estaba cerca del Palau de la Almudaina, a unos mil pasos de allí. Me preguntó que si deseaba conocerlo y le dije que me gustaría saludar al comendador y, como es natural, alojarme en la encomienda las noches que permaneciera en la Ciutat.

»Tras remontar algunas callejuelas de acusada pendiente, dejando atrás el Palau de la Almudaina, no tardamos en llegar a la encomienda templaria. La puerta del *Castell dels Templers* se hallaba abierta, porque en aquel instante entraba un carro lleno de balas de paja para los caballos y mulos, y aprovechamos para entrar. El soldado que controlaba la entrada nos detuvo y preguntó qué deseábamos. Le dije que era frey Esteve y que, como podía ver por mis vestiduras, era caballero y médico templario, y que deseaba ver al comendador del Temple de la Ciutat. El soldado nos pidió amablemente que aguardáramos, que iría a avisar al sargento de guardia. Moshé se despidió de mí ofreciéndome su casa. Me indicó que estaba muy cerca de allí, yendo hacia el norte, junto a los baños, y que debía preguntar por la familia Cresques. Le mostré mi agradecimiento y le prometí que tras entrevistarme con el comendador, y después de instalarme y descansar un poco, iría a buscarle para que me enseñara la Ciutat. “*Shalom*, señor”, dijo como despedida. Tras unos minutos de espera, el sargento regresó y me indicó que le siguiera. Me comunicó que el comendador, aunque estaba atendiendo a una importante visita, deseaba verme.

»La encomienda de la Ciutat me recordaba a la de Otranto, pero mucho más grande y luminosa; el sol radiante entraba por todos los rincones; altas y estilizadas ventanas con columnas afiligranadas ponían una nota artística en los altos y sólidos muros. Sobre las almenas y torreones, arqueros dispuestos a rechazar cualquier intento de asedio. En los patios, todo el mundo tenía una ocupación; un orden asombroso reinaba en el ambiente. Después de atravesar gran parte de aquellas instalaciones, subiendo escalinatas y viendo todos los colectivos templarios en su medio natural, devolviendo el saludo de todos a mi paso, por fin llegamos a los aposentos del comendador. El sargento ordenó a los soldados que protegían el acceso que abrieran la puerta, que frey Roger de Çaguàrdia me esperaba. Al entrar en aquella estancia, el comendador, que se hallaba en el fondo de la sala, reunido con otra persona ataviada con la túnica de franciscano, me invitó a que me acercara. Le dije que estaba encantado de conocerlo. Me respondió que él también lo estaba de que hubiera ido a visitarlo a la encomienda de la Ciutat, que dijo era mi casa. Tras estas formalidades, refirió que había oído hablar de las curaciones que yo había realizado

en Chipre, y que también había llegado hasta sus oídos mi intervención en la recuperación de frey Salerno, en Otranto. Agradecí sus alabanzas, pero manifesté que en ambos casos hice lo que todo médico debía hacer, cumplir con su obligación, y seguir los dictados establecidos por el maestro Hipócrates.

»Tras esta conversación, me presentó al hombre que le acompañaba. Dijo que era Ramón Llull, senescal de la corte de Jaime II “Encantado,preciado Doctor Iluminado, es un honor para mí conocerle y saludarle personalmente”, manifesté mientras le estrechaba la mano, mirándole a los ojos con el mayor aprecio y respeto. Él, tras haber oído los elogios que de mí hizo Roger de Çaguàrdia, me preguntó si podría acompañarle a Randa, en cuya montaña disponía de una Escuela de Lenguas Orientales, en el santuario de la virgen de Gracia, y donde vivían algunos alumnos afectados por un mal muy extraño. Le contesté que sería un placer para mí visitar su academia de lenguas orientales, conocida por todo el mundo. Frey Çaguàrdia comentó que su médico se encontraba en Pollensa desde hacía algunos días, y tardaría en regresar. Me dijo, mirándome con agradecimiento, que había visto en mí la posibilidad de realizar esa importante misión. Cuando le comenté al comendador que antes de partir hacia Randa me gustaría despedirme de Moshé Cresques, con quien había realizado la travesía desde Otranto, y que me había traído hasta la encomienda, me dijo que le parecía muy bien, que la familia Cresques era muy respetada en Mallorca, y en la Ciutat, y que sus trabajos de cartografía eran los mejores, y los templarios los utilizaban en todas sus rutas de navegación por el Mediterráneo. El Doctor Iluminado se mostró de acuerdo con el comendador, y dijo que él también sentía una especial admiración por los Cresques, con quienes se encontraba a menudo para hablar de alquimia.

»Después de instalarme en una alcoba de la encomienda, cogí el instrumental y bajé al patio, donde me aguardaban frey Çaguàrdia y Ramón Llull. Me ausenté unos momentos para ir a comunicarle a Moshé que partía con Ramón Llull a realizar una misión, y le dije que pasaría otro día a verle. Mientras tanto, el maestro habló con Ferran Serra, su cochero, para que fuera preparando el carruaje y los caballos. Regresé a la encomienda en menos de media hora, y luego no tardamos en salir en dirección a Algaida, desde donde iniciamos la subida a la montaña de Randa. Ramón Llull comenzó a hablar tan pronto como salimos de la Ciutat.

CAPÍTULO 22

Diálogos con Ramón Llull

No hay duda de que en la azarosa vida de Ramón Llull hubo un afán muy especial por encontrar el sacrificio personal, como si este constituyera el elemento imprescindible para lograr su propia transmutación.

MARIANO JOSÉ VÁZQUEZ ALONSO;
Enciclopedia del Esoterismo



— **R**amón Llull me preguntó que si había estado antes en Mallorca. Le respondí, con la mayor admiración y respeto, que era la primera vez, y que me había cautivado lo poco que había visto de la Ciutat de Mallorca. Seguimos conversando y me contó que había regresado hacía pocos días de un viaje por Occitania, a donde fue como peregrino a Rocamadour, para ver a su virgen negra. Yo había oído hablar muy bien de ese lugar, meta de peregrinos de toda Europa, y le pedí que me hablara de ese sitio. Con el mayor entusiasmo, me explicó que se hallaba al borde de un acantilado, entre dos profundos valles, abiertos por el río Alzou; que en el nivel inferior se extendía la población; en el intermedio, la abadía, y en el superior la fortaleza. Añadió que para alcanzar la terraza donde se hallaba la Ciudad Religiosa, formada por siete santuarios rupestres, era preciso superar una escalinata de 233 peldaños, tallados en la roca viva, y de rodillas.

»Durante el trayecto seguimos hablando de aquel singular peregrinaje. Yo había oído decir que la virgen negra era una talla pequeña, y Ramón Llull me confirmó que era cierto, que *Notre-Dame* era una talla de madera, de aspecto endeble, pero que desprendía una fuerza espiritual sorprendente; su santuario era visitado por centenares de peregrinos de todo occidente, y estaba lleno de exvotos, que demostraban los numerosos milagros que esta virgen negra había obrado en las personas que le tenían fe. Me contó que el mismo Carlomagno estuvo en Rocamadour, dejando como recuerdo su espada clavada en la roca, a pocos codos de la representación de la danza macabra, para admiración de los romeros que, a diario, subían hasta el santuario de la Ciudad Religiosa. Le comenté que no entendería una vida sin viajar, porque nos permite conocer a gentes, pueblos, lugares y edificios, enriqueciéndonos. Estuvo de acuerdo conmigo, y apuntilló que, después de haber

estado en Compostela y en Rocamadour, ya solo le faltaba, como buen cristiano, visitar Roma y Jerusalén, y esperaba que el Altísimo le diera vida suficiente para poder hacer realidad esos viajes; y también para ir a los pueblos del África musulmana, para predicar la fe en Cristo. Me interesé por otras experiencias que hubiera vivido. Me contó que su regreso de Rocamadour lo hizo por Cotlliure, en la costa catalana del Rosselló, después de atravesar Occitania, donde sufrió mucho al ver las injusticias que su amada Iglesia estaba llevando a cabo contra los colectivos humanos que veían la fe en Cristo desde otra dimensión; estos grupos de personas eran perseguidos y condenados a la hoguera como herejes, cuando lo único que hacían era transmitir la fe con el ejemplo. Me dijo también que tuvo oportunidad de conocer a algunos perfectos cátaros y compartir con ellos momentos de profundidad religiosa que no olvidaría, y había advertido que no eran distintos a nosotros, porque ellos basaban su fe en la dualidad, es decir, la eterna confrontación entre el bien y el mal, algo que ya hacía muchos siglos había explicado Zaratustra, el creador del mazdeísmo. Ramón Llull creía que los cátaros del Languedoc eran el resultado de una armonía de culturas, donde los rescoldos célticos de la Galia, con los druidas, se unieron a los seguidores de Prisciliano, y estos a los bogomilos, o seguidores de los maniqueos, llegados de Oriente. Opinaba que, desde la caída de Montségur, el catarismo había tenido que refugiarse en lugares muy recónditos de Occitania, y muchas de esas familias habían tenido que emigrar a otros lugares del mundo occidental, especialmente a territorios de Cataluña, Valencia, la Lombardía..., e incluso allí, a Mallorca.

»Después de un silencio, el Doctor Iluminado declaró que le había llamado poderosamente la atención que los colectivos cátaros de Occitania hubieran encontrado en el Temple el apoyo necesario, porque ellos no podían tener armas ni luchar, y en Minerve fueron los templarios quienes defendieron la plaza contra los cruzados, y que aún se conservaba la Casa del Temple en esa población, a diez millas de distancia de Carcasona [Véase lámina III], Dijo que, sin darse cuenta, se había ido acercando cada vez más a los templarios, porque veía en nosotros el espíritu de libertad y equilibrio que necesitaba la sociedad de nuestro tiempo, para poder contrarrestar los excesos de la nobleza, la realeza y la Iglesia. Sus palabras me llenaron de una inmensa felicidad. Luego declaró que había visto en el Temple otra cuestión de peso por la cual se sentía igualmente atraído, aunque estuviera ataviado con el hábito franciscano, y habló de las encomiendas. Dijo que una encomienda era una organización cuasi perfecta, pues en ella se elaboraban a diario los alimentos que toda la comunidad necesitaba para vivir, sin lujos; pero no se desaprovechaba nada, porque lo sobrante se repartía gratuitamente entre todos los colectivos, fueran o no cristianos, y que eso decía mucho en favor del Temple. Sabía, además, que había escuelas de formación en las que había profesoras, con lo cual se elevaba a la mujer a un nivel equiparable al hombre, lo que no sucedía en otras órdenes religiosas. Impresionado por los amplios conocimientos que tenía sobre el tema, añadí que, por

lo tanto, no era de extrañar que los colectivos marginados y perseguidos por la Iglesia, como musulmanes o judíos, se hallasen cerca de nuestras encomiendas; con ello, no solo tenían la garantía de una alimentación diaria, sino también el escudo protector de las armas templarias. El Doctor Iluminado me explicó entonces que hacía pocos días había terminado un libro sobre la espiritualidad musulmana del pensamiento sufí; dijo que no se trataba de un texto polémico ni de debate, sino de mística. Afirmó que era un libro para meditar cada día del año, porque la mística pide una marcha más lenta y más silencio interior. Le conté que en Tierra Santa tuve oportunidad de conversar con algún místico sufí, y que había leído las enseñanzas de Mevlana. Le dije que me habría gustado visitar Konya, la ciudad sagrada de los derviches y de los seljúcidas.

»El amado maestro, viéndome interesado en aquella conversación, dijo que iba a contarme algo. Yo me dispuse a escuchar con la mayor atención y él comenzó a narrar que cierta vez, de regreso a Cotlliure, pasó por una población llamada Montsaunès, donde el Temple tenía una importante encomienda, que atendía precisamente a los numerosos peregrinos que por allí pasaban en dirección de Saint-Béat y el Valle de Arán, para ir a Compostela. Dijo que la particularidad de aquella encomienda, en la que permaneció felizmente una semana, era que sus magos habían alcanzado un elevado conocimiento en el cálculo de números, a través de un cuadrado mágico que, en forma de pequeños rombos, lograba resolver cualquier operación aritmética por muy larga que fuera, incluyendo el cero, y ahí aclaró que era la cifra que le debíamos a los musulmanes, como yo ya sabría. Le dije que no había oído hablar de ese sistema de cálculo aritmético, pero que podía imaginarme el importante paso que se habría dado con él. Me contó que a ese cuadrado lo llamaban *abacus*, y que estaba representado, en colores blanco y rojo, en la pared del lado del Evangelio de la iglesia de la encomienda, para que todos conocieran su significado y utilidad. Le comenté que me gustaría conocer el funcionamiento de ese cuadrado y el maestro me dijo que me lo explicaría cuando llegáramos a Randa, pero que antes me aconsejaba hacer un alto en la *possessió* de Son Raïms, de Algaida, para que los caballos se refrescaran y nosotros pudiéramos estirar un poco las piernas y tomarnos un vaso del excelente vino que allí elaboraban. Me pareció una idea buena. Ramón Llull le ofreció a Ferran, el hombre que llevaba las riendas, que nos acompañara. En un tramo del trayecto, el maestro me indicó que desde allí se podía admirar el Puig de Randa. Al verlo, exclamé extasiado que, desde la lejanía, aquella montaña parecía un inmenso barco de piedra varado que descansaba sobre la arena con la quilla invertida, y él susurró que aquella montaña era un altar natural que, al levantarse en el centro de la isla, permitía ser admirado desde casi toda Mallorca.

»Sin darme cuenta, llegamos a Algaida; la suave brisa del mar, a pesar de hallarnos en el corazón de la isla, se respiraba en la atmósfera, aderezada con el olor de azahar y de toda clase de plantas aromáticas que embriagaban los sentidos. Una espléndida llanura, alfombrada de viejos olivos, naranjos, almendros y viñedos se

perdía en el horizonte; y como referencia espacial, la montaña de Randa, dominando aquel paraíso natural. En la *possessió Raïms*, de Algaida, consumiendo una jarra del buen vino mallorquín, en medio de aquel bucólico escenario, no me habría importado nada estar oyendo al Doctor Iluminado días enteros, sin descansar, nutriéndome de sus sabios conocimientos. Después de un tiempo adecuado, volvimos a subirnos al carro y reemprendimos el camino, ya en constante subida, por el sendero que llevaba a las ermitas de Randa. Mirándole con la mayor admiración le pregunté cuántos idiomas conocía y me contestó, humildemente, que además del catalán, que era su lengua materna, hablaba y escribía occitano, castellano, árabe, griego, sirio y hebreo. Las generaciones futuras de Randa agradecerían algún día la labor que estaba llevando a cabo el estimado maestro. Su empeño en aquel momento, me dijo, era convencer al monarca Jaime II para que le ayudase a fundar el monasterio de Miramar.

»Proseguimos el viaje por las empinadas subidas en las laderas de aquella montaña, y de pronto, Ramón Llull hizo un gesto con la mano a Ferran para que detuviera a las cabalgaduras. El Doctor Iluminado me mostró el mar diciendo que aquella era la costa sur de la isla, y que ya faltaba poco para llegar a nuestro destino.

Los secretos de la montaña de Randa

De Randa dicen los zahones que la montaña está sobre grandes y profundas simas llenas de agua. Un auténtico océano subterráneo. Las *rondaies*, por su parte, aseguran que el Puig está vacío y se aguanta gracias a cuatro columnas de oro. Si se rompen esos pilares, no solo el monte sino toda Mallorca se hundirá...

CARLOS GARRIDO



— **E**l santuario de la Virgen de Gracia se encontraba a media altura de la montaña de Randa, adosado a la roca por el lado oriental. Una persona salió a recibirnos y Ramón Llull le preguntó por el estado de los jóvenes alumnos. Con gran preocupación, aquel hombre respondió que seguían con vómitos, dolores de vientre y diarreas. El maestro se volvió a mí y me rogó que intentara averiguar el mal que aquejaba a sus alumnos, porque lo estaban pasando muy mal, e incluso uno de ellos había fallecido en el momento de su partida a la Ciutat de Mallorca, hacía pocos días. Le dije que haría lo posible para resolver el mal que afectaba a los jóvenes.

»Ramón Llull me mostró la sala donde se encontraban los enfermos, que se hallaba, como el resto de las construcciones, bajo la roca, pero disponía de luz natural suficiente, por el lado meridional, y grandes ventanales que facilitaban la entrada del astro rey durante las mañanas; por lo tanto, no había humedad en el ambiente. Unas veinte camas se alineaban en dos hileras de diez, frente a una capilla de oración. La mayoría de aquellos jóvenes se encontraban en mal estado y, cada caso que iba estudiando, confirmaba mi sospecha de que padecían “flujo de vientre”, enfermedad causada por haber bebido agua en mal estado. Consulté al enfermero y me dijo que la causa debió ser el agua de un arroyo, cerca de Alcudia, del que bebieron casi todos los jóvenes hacía unos días. Precisó que uno de los jóvenes, Albert, que no probó aquella agua, no padecía la enfermedad. El maestro, dándome una afectuosa palmada en la espalda, susurró que todos ellos estaban en mis manos, que les aconsejara un remedio eficaz contra aquel mal. Les revelé que existían dos remedios, fáciles de conseguir, que ya recetaban los maestros Celso e Hipócrates, hace muchos años, con

el mayor éxito: tomar zumo de limón mezclado con un poco de sal gorda y azúcar; o bien moler raíz de jengibre en un polvo fino, echarlo en una jarra de agua tibia y beber la solución. El enfermero exclamó con la mayor felicidad que podían conseguir con facilidad los dos remedios. Ramón Llull y el enfermero se mostraron muy agradecidos. Entonces, cuando les dije que no me dieran aún las gracias, que todavía no habíamos visto los resultados, pero que yo no me iba a mover de allí, el maestro declaró que ya le habían hablado de mi humildad y de mis conocimientos médicos, pero que en persona le parecían más grandes.

»Permanecí en el Puig de Randa un par de días, y fui comprobando, amigo Ozmán, con plena satisfacción, cómo los jóvenes enfermos iban mejorando. Mientras tanto, mantenía conversaciones durante horas enteras con el Doctor Iluminado, quien me habló de algunos de sus innumerables conocimientos; también me introdujo en la alquimia y otras ciencias, me contó los avances que se estaban experimentando en el descubrimiento de la Piedra Filosofal, me explicó el funcionamiento del ábaco, y asistí a sus apasionantes clases de lenguas orientales. Era un hombre fuera de lo común; una mente siempre abierta al conocimiento. No olvidaré nunca las horas que conviví con aquel sabio y cuánto pude aprender en aquella mágica montaña. Un día me llevó a conocer el santuario de Cura, donde guardaba algunos de sus libros. Subidos al carruaje, alcanzamos la cima superior de la montaña en menos de una hora. Yo me atreví a preguntarle por qué aquella montaña y no otra, y me reveló que hacía dos décadas que había elegido el Puig de Randa como lugar de meditación. Me contó que la primera vez que subió a la cumbre, para practicar ocho días de completo retiro monacal, cobijado en una pequeña gruta natural, tuvo las más resplandecientes visiones. Me contó algo que, según él, no le había contado a nadie, y fue la aparición de un ángel, en forma de pastor, en una visión del Crucificado, y de un lentisco en cuyas hojas dejó trazado en alfabeto árabe el nombre de Dios; arbusto que aún se conservaba, y que había bautizado con el nombre de “la Mata Escrita”. Por ello, al encontrar en Randa la soledad del Lugar Sagrado, no dudó en elegir aquella montaña como altar místico cerca del cielo, levantando en su cumbre su eremitorio, a donde acudía siempre que buscaba la inspiración divina. Cuando le declaré que yo también recibía en aquel lugar una energía muy especial, me reveló que Randa era el epicentro esotérico de toda la isla. Que se decía que en las entrañas de aquella montaña fluían torrenciales corrientes de agua. Además, me dijo, también contaba con numerosas grutas naturales; una de ellas, la “cova des Tupa-tup”, que mantenía una ancestral tradición, según la cual, todas las personas que transitaban por su boca de entrada debían arrojar una piedra en el interior de la misma para oír en el vacío los ecos de las almas que habitaban en los espacios más profundos de la montaña; extraños gritos que, según algunos, eran lamentos del Más Allá pidiendo que las cuatro columnas que soportan el peso de la montaña no se rompieran. Yo, siguiendo la tradición, lancé una piedra en aquella gruta. Cuando llegamos al santuario de Cura, que estaba a pocos pasos de allí, un ermitaño, vestido también de franciscano, nos recibió con la

mayor amabilidad. Ramón Llull, fundiéndose en un fraternal abrazo con aquel monje, que creí oír al maestro, se llamaba Marcos, le dijo, señalándome, que iba acompañado de frey Esteve, un médico templario, y que estaríamos poco tiempo.

»Aquel santuario era un conjunto de edificaciones de una sola planta, en torno a un patio cuadrangular, a modo de claustro. Nos dirigimos a la sala donde se hallaba la biblioteca del maestro y le pregunté en qué estaba trabajando en aquel momento. Dijo que estaba escribiendo una obra que llamaría *Ars Magna*, cuyas páginas redactaba siempre que se sentía iluminado por la inspiración divina, y cuya lectura podría ayudar a muchas personas a encontrar el camino idóneo para la trascendencia. Al comprobar que había un gran número de obras relacionadas con Averroes, le pregunté por qué le atraía el pensador islámico. No tardó en responder que su interés se debía al simple propósito de conocer su obra para luego poder atacar sus principios filosóficos. Aquellas palabras me hicieron pensar, y sigo haciéndolo, a pesar del tiempo transcurrido, y alcanzando ya el final de mí existencia.

—Para los musulmanes, Averroes es nuestro referente filosófico y médico — comentó Ozmán.

—Cuando ya nos íbamos, el Doctor Iluminado me explicó que desde que se construyó el santuario de Cura, todos los años, el tercer domingo de Pascua, el obispo de Mallorca bendecía la isla a los cuatro vientos, desde aquella plataforma a modo de balcón, para favorecer las cosechas.

»En el carromato, cuando descendíamos para llegar hasta el oratorio de la Virgen de Gracia, Ramón Llull me dijo que tenía que ir al día siguiente a la Ciutat de Mallorca, donde le esperaba el monarca Jaime II, y me propuso que fuera con él, si lo deseaba. Yo tenía que recoger las pertenencias que había dejado en la encomienda y me alegré de poder acompañarlo de nuevo. Después tomaría el primer barco que me llevara a Barcelona.

CAPÍTULO 24

La Almudaina

En el subsuelo de la capital de la isla, existe un túnel que, con toda probabilidad y a pesar de lo poco que ha sido explorado, une el *Castell dels Templers* con el palacio de la Almudaina.

JUAN GARCÍA ATIENZA



— **Y**a en marcha, a medida que íbamos descendiendo, pensaba en la sacralidad de aquella montaña, en la cual Ramón Llull, uno de los hombres más sabios que haya conocido, no solo encontró la iluminación divina, sino que había creado una escuela e impartía clases de lenguas orientales, cuyo joven alumnado, motivado por aprender, gracias al Altísimo, ya se había recuperado de un mal terrible. En esta ocasión, el carruaje tomó en dirección al mediodía, y entramos en la población de Lluçmajor. En una plazoleta del centro de aquella villa, Ramón Llull mandó a Ferran que detuviera el carruaje. El sabio quería que probara unos dulces tradicionales de Mallorca y me condujo hasta un obrador de la calle Sant Joan, en el que, por el caluroso recibimiento que le hicieron, debían conocerlo. Pidió que nos sirvieran una *coca de brossat* y una *greixonera*. No olvidaré jamás el sabor de aquellos dulces, el aroma a canela y ralladura de limón de la *coca de brossat*, y la sutileza del queso fresco y requesón de la *greixonera*, que degustamos acompañados por un exquisito licor de hierbas, igualmente tradicional de la isla. Para el viaje, Ramón Llull pidió una empanada de carne, que le envolvieron debidamente en una bolsa de tela. También le ofreció unos dulces a Ferran, el cochero, quien le dio efusivas gracias. De nuevo en camino hacia poniente, en dirección a la capital mallorquina, le comenté al maestro que no había visto mendigos por las calles y plazas de la Ciutat, ni tampoco en Algaida o en Lluçmajor, como sucedía, lamentablemente, en otros muchos lugares que había recorrido. Según él me explicó, todo se lo debían al monarca Jaime II de Mallorca, llamado «el Prudente», quien desde su coronación en 1276, y tras cerca de veinte años de reinado, no había cesado de impulsar la mejora de todos los habitantes de la isla, por encima de sus credos religiosos o filosóficos. Alabó los impecables sistemas de regadío que, con la

ayuda de molinos, acequias, aljibes y albercas, permitían que el agua potable llegara a todos los núcleos rurales; también, dijo, se habían creado numerosas industrias textiles, y aclaró que en eso tenían un destacado papel los colectivos cátaros que habían ido llegando desde Occitania. Siguió sus alabanzas al monarca afirmando que era un gran benefactor de las artes, y que gracias a él, se había incrementado el poder real sobre la nobleza y la Iglesia. Me reveló que el Temple trabajaba muy estrechamente con Jaime II en la realización de muchos de sus programas, porque los templarios conocíamos mejor que ninguna otra orden el latir del sentimiento popular de las gentes. Al oír ese comentario, me sentí aún más dichoso y honrado de ser templario. Me interesé por los castigos que recibían los que cometían actos de sangre, y el maestro me explicó que primero los metían en una mazmorra, y después, tras un juicio, porque todos tenían derecho a una defensa, si se confirmaba su culpabilidad, eran condenados a galeras, para formar parte de la chusma. Dije que me parecía correcto el castigo porque, aunque en la mayoría de los lugares los asesinos eran colgados en una picota, o eran decapitados, yo creía que era más justo que pagaran compensando a la sociedad que había sufrido el mal que habían hecho.

»Ramón Llull manifestó que le gustaría presentarme al monarca, Jaime II, cuya corte se hallaba en la Almudaina, a pocos pasos del *Castell dels Templers*. Le comenté que ya había admirado aquel suntuoso edificio de piedra rojiza desde el puerto, al llegar a la Ciutat, y añadí que sería un honor para mí conocer al prudente monarca. Prometió que no nos entretendríamos mucho tiempo, para que no perdiera la nao que zarpaba a media tarde, y que me llevaría a Barcelona.

»Mientras nos dirigíamos al palacio, le pedí que me hablara de su monasterio de Miramar. Me comentó que tenía pensado visitarlo a la mañana siguiente y permanecer allí unos días. Me contó que el cenobio, situado en Valldemosa, lo había fundado en 1276 con el apoyo de Jaime II y la confirmación papal de Juan XXI. Me explicó que era un colegio de misioneros, ocupado por trece frailes menores franciscanos, que, bajo sus instrucciones, aprendían árabe y enseñaban el *Arte luliana*.

¿Qué es el *Arte luliana*? —se interesó Ozmán.

—Intentaré explicártelo con claridad, amigo nazarí. Se trata del método universal que debía hacer posible la conversión a través de la razón; es decir, una forma de transmitir la fe en Cristo, partiendo de unas bases teológicas sólidas que derriben cualquier concepto que no esté dentro del cristianismo, por muy firme que sea. Pero continúo con mi narración. El Doctor Iluminado me contó, mostrando una gran pasión, que el monasterio de Miramar se hallaba en la ladera occidental de la Serra de Tramontana, mirando al Mediterráneo, y me habló de sus inolvidables atardeceres, cuando el sol cubría de rojo todo el conjunto monástico, y las columnas y capiteles del claustro parecían arder. Le dije que no podía demorar más mi regreso a la Ciudad Condal, pero que volvería en otra ocasión para que me lo mostrara. Ramón Llull dijo que estaría encantado de hacerlo.

»No tardamos en contemplar las murallas de la Ciutat, y el puerto al final, frente a la bahía. El palacio rojo de la Almudaina dominaba todo el conjunto urbano. El maestro me propuso enseñarme los jardines que rodeaban el palacio antes de entrar. Le comenté que la jardinería era para mí todo un arte. Paseando en torno al edificio, en el sector inferior, viendo aquellos jardines, exclamé extasiado que eran magníficos, y que nunca había visto otros más hermosos. El Doctor Iluminado me reveló que habían sido diseñados, hacía varios siglos, por los musulmanes, que dominaron Mallorca hasta la conquista de Jaime I, y que los arquitectos cristianos solo habían tenido que conservarlos, porque el sistema de riego seguía siendo el original, así como los elegantes chorros de agua que, tras precipitarse en albercas, generaban hermosas cascadas, creando un paraíso de flores y plantas que se cambiaban según las estaciones.

—Por lo que estoy oyendo, se trata de un sistema parecido al que tenemos en la Alhambra y en el Generalife —apostilló el general nazarí.

—En efecto, amigo Ozmán; se trata de un mismo concepto del paraíso, basado en los cuatro ríos sagrados. Pero voy a contarte cómo transcurrió mi visita al palacio. Un rato más tarde, alcanzamos la puerta principal de entrada al palacio de la Almudaina. El soldado de guardia nos dio el alto, pero al reconocer al maestro se cuadró y le pidió perdón. Ramón Llull le dijo que su majestad lo esperaba, y que le avisara de que iba acompañado de un médico templario. El soldado habló con su sargento de guardia, quien se dirigió al interior del palacio para dar la noticia de nuestra llegada. A los pocos minutos regresó y nos dijo que su majestad nos aguardaba. Nos guió a través de lujosos pasillos y salones hasta llegar a la cámara real, donde un par de servidores ya nos aguardaban, abriéndonos las altas puertas de par en par. El monarca, desde su trono, invitó al senescal a que se acercara. Al entrar en aquella noble y gran estancia, mis ojos se recrearon contemplando la riqueza del mobiliario, formado por elegantes armarios de madera artísticamente trabajada; vi grandes jarrones de alabastro y cerámica vidriada decorando los extremos de la sala; los cortinajes eran de terciopelo rojo con borlas doradas; los grandes ventanales disponían en sus extremos laterales de unos asientos que llamaban *festejadors*; el techo era un policromado artesonado, que brillaba al recibir los reflejos de las lámparas de aceite, y en el centro espacial de aquella enorme habitación, se hallaba el trono, donde nos recibió Jaime II. Este transmitía la serenidad de un gran monarca; su blanquecina piel contrastaba con el negro azabache de su espesa barba y su larga melena, que quedaba oculta en la parte superior de la cabeza bajo una dorada corona real; tenía los ojos oscuros y una mirada noble y profunda; vestía una capa roja con los hombros blancos de armiño; debajo se entreveía una reluciente armadura azulada con elegantes franjas amarillas, evocadoras del sol, como astro protector; las manos, suaves y aterciopeladas, y que movía sin brusquedad, descansaban sobre los posabrazos del trono. Ramón Llull se inclinó, besó al monarca y le agradeció el habernos recibido. Después me señaló y, tras decir mi nombre, me presentó como el

médico templario que acababa de curar en el oratorio de Randa a un buen número de alumnos suyos. El monarca manifestó el placer de conocerme, y declaró que le habían llegado excelentes noticias sobre mis curaciones en Chipre y en Otranto. Volví a manifestar que solo hice lo que debía, y añadí que me sentía muy dichoso de conocerlo en persona, pues me habían hablado muy bien de él, especialmente el Doctor Iluminado. Halagado, contestó que Ramón Llull, su amigo y maestro, lo estimaba demasiado. Al preguntarle Ramón Llull cómo se encontraba, dijo sentirse satisfecho por haber podido recuperar el trono, que le había usurpado Alfonso III, el monarca aragonés, gracias al tratado recientemente celebrado en la ciudad italiana de Anagni. Pero reconoció que debía agradecer al pontífice Bonifacio VIII el haber podido recuperar los territorios de Baleares, así como la anulación de la excomunión papal, aunque siguieran estando bajo la tutela del monarca aragonés. Ramón Llull apostilló que estaba de acuerdo, y que lo más importante era el haber puesto fin a la cruzada aragonesa. El monarca añadió que tenía muchas ganas de alcanzar aquel acuerdo, pues tenía grandes proyectos en mente para mejorar la vida de sus súbditos. En aquel instante, se dirigió a la ventana más grande de su cámara real, la abrió y señaló con la mano a la montaña diciendo: «Allí arriba, en Bellver, quiero construir una fortaleza distinta, que recuerde a las de los cruzados en Tierra Santa». El Doctor Iluminado exclamó que sería algo impresionante, dominando, al mismo tiempo, la bahía y el puerto de la Ciutat. Recordé que no había catedral en la ciudad y se lo dije al monarca. Me explicó que eso también lo tenía previsto. La *Seu* catedralicia se levantaría a pocos pasos de la Almudaina, y en su construcción, en la que quería que interviniesen operarios de las tres religiones, no iban a faltar los elementos herméticos, y al decir esto último el monarca miró a Ramón Llull buscando su complicidad. Este concluyó que, por supuesto, tendría que mostrar una gran riqueza histórica y una simbología que recogiera los elementos más profundos de las tres culturas.

»Después de un par de horas de conversación, cuando me despedía de aquellos dos honorables personajes, a los que no olvidaría jamás, el Doctor Iluminado me dirigió unas palabras que quedaron grabadas en mi mente: “Recuerda siempre, frey Esteve, que el caballero es el hombre que, valiéndose de la fuerza, trabaja por la paz”. Con aquella frase dando vueltas en mi cabeza, me dirigí a la encomienda, que se hallaba a pocos pasos del palacio de la Almudaina, me despedí de Roger de Çaguàrdia, el comendador, y tras recoger mis escasas pertenencias, junto con la reliquia, me dirigí al puerto. Había sido otra experiencia, debía sentirme contento de haber tenido la oportunidad de conocer en persona a tan notables hombres, algo que no se paga con nada, y que deja una huella indeleble en lo más profundo del alma.

»Tras un par de jornadas de navegación, el barco entraba en el puerto de la Ciudad Condal; enfrente, en las reales atarazanas, estaban acabando de construir una galera de gran tamaño, por encargo del monarca aragonés Jaime II el Justo. Y por encima de nuestras cabezas, se alzaba la poderosa silueta de Montjuic, la montaña de

los judíos.

CAPÍTULO 25

El sepelio del prior

Y si os hallareis en una casa del Temple en donde falleciera un hermano, o si se os albergara en dicha casa, deberéis rezar cien padrenuestros por el reposo de su alma durante los siete días siguientes, y si Dios llamara a su seno al maestro (de la Orden) deberéis rezar doscientos padrenuestros, sea cual sea el lugar en que os encontréis, durante los siete días siguientes, y no podréis dispensaros de los padrenuestros por los muertos salvo enfermedad de cuerpo...

Fragmento de la Regla de Vida,
de la Orden del Temple



— **A** menos de una milla del *Palau Reial Minor*, cerca del puerto y junto al cementerio, ya se estaban abriendo los cimientos de la iglesia de Santa María del Mar, costeada por todos los gremios; era una especie de basílica, destinada a tener tamaño catedralicio, pero para el pueblo; numerosos carruajes cargados con troncos de árboles llegaban constantemente, centenares de peones, brigadas de maestros canteros y decenas de albañiles, carpinteros y todos los oficios de la construcción estaban allí presentes. ¡Ojalá el Altísimo me hubiese dado la vida suficiente para poder admirar terminada aquella magnífica obra!

—Tu Dios ya te ha concedido un gran privilegio, querido hermano, al haberte permitido tener, una vida plena, llena de experiencias, y de lo más gratificante —dijo en voz baja Ozmán, mirándome con aprecio.

—Es cierto, y me siento muy dichoso por ello, aunque los golpes recibidos también han ido haciendo mella en mí.

—Pocas personas conocen la felicidad plena, hermano cristiano.

—Tienes razón, querido Ozmán. Pero voy a proseguir con mi confesión. Recuerdo que una tarde, estando en la encomienda de Barcelona, llegó un escudero portando un mensaje urgente en el cual se me informaba de que un buen amigo, Berenguer de Solicrup, quien durante catorce años había sido prior del monasterio de Sant Pau del Camp, se hallaba gravemente enfermo, y requería mi presencia. Sin dudarle un instante, monté en mi caballo y salí al trote para visitarle.

—¿Ese monasterio era también del Temple? —preguntó Ozmán.

—No. Sant Pau del Camp, que estaba a extramuros del recinto amurallado de la Ciudad Condal, en el lado de poniente, en medio de campos y huertas de cultivo, es benedictino. Pero Berenguer de Solicrup, en el interior de su corazón se sentía templario, y en numerosas ocasiones asistía a nuestras ceremonias de nombramiento. Era también un gran científico, amante de la geometría, la astrología y la alquimia. Precisamente había logrado crear en su querido monasterio un centro de diálogo entre culturas; por lo tanto, no era extraño ver orar en la iglesia a musulmanes y judíos, cada uno pensando en su Dios, pero bajo la atmósfera cristiana de una iglesia en planta de cruz griega.

—¿Y cómo encontraste a tu amigo, cuando llegaste?

—Me recibió Berenguer de Riu, que era entonces el prior de Sant Pau del Camp. Desde la entrada se oían los rezos de una pequeña escolanía que retumbaban en todo el cenobio. El prior, que portaba una antorcha, me condujo hasta la alcoba de Berenguer de Solicrup, y ya en la puerta me dijo en voz baja que se temían lo peor. Cuando entramos, mi amigo me reconoció al instante, a pesar de su estado. Se hallaba en el umbral de la muerte. Poco podía hacer, aparte de transmitirle paz a su espíritu. Noté una gran felicidad en su mirada cuando me vio. La sala estaba muy iluminada con velas, que mareaban e incluso dificultaban la respiración. Yo aconsejé a los monjes allí presentes que apagaran la mitad de los cirios, porque consumían el escaso aire respirable que necesitaba el enfermo; la atmósfera se oscureció, pero yo no necesitaba mucha luz para comprender la gravedad de la situación. Me llamó la atención que, a pesar de su condición de prior, vivía como un monje más; dormía sobre un jergón tendido en el suelo, como mandaban las reglas canónicas, y vestía un humilde sayal, lo que hacía todavía más grande a ese hombre. Mi amigo, con un hilo de voz, me susurró que me acercara. Lo hice y le dije que no se esforzara, que debía descansar. Puse mi oído sobre su pecho y comprendí de inmediato que tenía los pulmones encharcados; sin embargo, su humor flemático le hacía más fuerte a la adversidad. Aconsejé que se le diera una sopa de caldo caliente hecha de gallina y hierbas aromáticas, que le prepararon de inmediato en la cocina del cenobio. Cuando acabó de comer, entre estertores manifestó que quería decirme algo antes de encontrarse en el juicio final. Le tomé las manos, inmóviles y frías, y me comunicó que quería ser enterrado en aquel monasterio, que había sido su casa durante muchos años, y donde descansaban los restos de su padre. Berenguer de Riu, que se encontraba también junto al lecho, mirándole con dulzura le prometió que así se haría. Berenguer de Solicrup me miraba fijamente; pero yo, en mi interior, era consciente de que se hallaba en el tránsito de la muerte. Transcurrieron varias horas, hasta que mi amigo expiró finalmente.

»Permanecí en Sant Pau del Camp el tiempo que duraron las ceremonias del sepelio de Berenguer de Solicrup. Recuerdo que los preparativos se prolongaron tres días; su tumba se excavó junto a la puerta de entrada del refectorio, bajo el ventanal izquierdo; en ella se acogieron también los restos de su padre, fallecido en 1260, y en

el frontal de la lápida, en el epitafio se grabó el signo solar, distintivo de su familia. El último día tenía lugar, precisamente, uno de los encuentros culturales establecidos por Berenguer de Solicrup, que se celebraban en la sala capitular, y, como homenaje a mi amigo, asistí. Además del prior Berenguer de Riu y un servidor, estaban presentes en aquel encuentro Jafudà Bonsenyor, escritor, médico y traductor perteneciente a una renombrada familia judía de la Ciudad Condal, relacionada con la corte del monarca aragonés Jaime II; Alí-Yusuf, maestro sufí, delegado del sultán granadino Muhammad II; Bertrand de Limoux, un perfecto cátaro; Pedro de Narbona, alquimista, alumno de Arnau de Vilanova, y fra Abbot Bonanat de Vilaseca, abad del monasterio cisterciense de Santes Creus. Aquel día el tema a debatir era el cuadrado mágico.

CAPÍTULO 26

El cuadrado mágico

La Historia no ha logrado todavía encontrar la explicación de este fenómeno. Pero aún hay estudiosos que lo intentan. Y el Temple y sus ritos perviven todavía en aquellas personas que se sienten herederas de la Orden.

JOSEP MARÍA ISERN I MONNÉ,
El cuadrado mágico de la Orden del Temple



—¿Qué es el cuadrado mágico? —preguntó con extrañeza Ozmán.
—Se trata, amigo nazarí, del palíndromo, o cuadrado formado por una serie de palabras que, leídas al revés, dicen lo mismo.

—Habládme, pues, de ese cuadrado —se interesó el general granadino.

—Existen numerosas teorías sobre el cuadrado mágico, que ha inspirado a un buen número de sociedades herméticas para ocultar mensajes secretos. Resulta que, prácticamente todos los allí presentes se atribuían la autoría de su naturaleza. Según el abad, el palíndromo se remontaba a los orígenes del cristianismo; para Bonsenyor, aquel cuadrado surgió en torno a la Cábala; Bertrand de Limoux afirmaba que había que relacionarlo con el *pentagrammaton*; según Pedro de Narbona, formaba parte de las sociedades más herméticas...

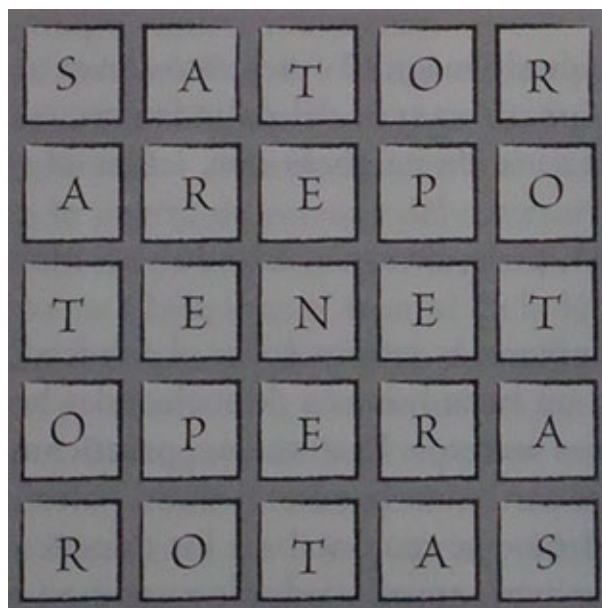
—¿Y quién de ellos estaba en lo cierto? —quiso saber Ozmán.

—La verdad es que las primeras representaciones de este cuadrado mágico aparecieron en Francia; la más antigua en una Biblia latina carolingia, fechada en el año 822. El alquimista dijo tener constancia de que uno de los primeros palíndromos, o las palabras que lo contenían, provenía de un antiguo ritual etíope que incluía una plegaria de la Virgen que decía: «Te lo ruego por los cinco clavos que traspasaron tu cuerpo en tu cruz gloriosa y que son: *sador, alador, danet, adera y rodas*». Explicó que ese cuadrado pentádico, inscrito en un hexagrama, era conocido como la «Llave del Gran Arcano». Luego habló el abad de Santes Creus y dijo que el cuadrado podría relacionarse con un antiguo amuleto copto asociado a oraciones cristianas, y podría interpretarse como la fe fundada en la cruz y manifestada en el Padrenuestro.

—Y tú, amigo cristiano, ¿qué opinaste sobre el tema? —preguntó Ozmán.

—Yo creo que se trata de un código secreto formado por veinticinco letras que, en

cinco grupos de cinco letras, tienen la particularidad de poder leerse igualmente al revés. El más conocido es el palíndromo formado por las palabras *sator*, *arepo*, *tenet*, *opera* y *rotas*.



—¿Y qué sabes de él? —volvió a interesarse Ozmán.

—Se corresponde con un grabado situado en el exterior de la iglesia de San Lorenzo, en la localidad francesa de Roche-maure-en-Vivarais, realizado por mis hermanos templarios a comienzos del presente siglo. El maestro sufí nos explicó que el análisis global de todos los resultados nos hace entender el cuadrado mágico como un criptograma esotérico, una forma de mandala en el cual, bajo la apariencia del cuadrado, se ocultan la espiral, la doble espiral y el círculo, símbolos de la revolución cíclica. Y según Jafudà, el cuadrado mágico, en su dimensión cósmica relacionado con el laberinto, sirvió de talismán, el cual, a modo de conjuro, ayudaba a dispersar los maleficios, desviando por los caminos del laberinto los fatales agüeros desencadenados por el Maligno. Yo dije que también existían palíndromos numéricos, y los allí presentes me pidieron que lo explicara. Expuse que eran igual que los palíndromos formados por palabras, pero con números que ofrecían soluciones idénticas en todas las direcciones en que se calculasen. Cuando argüí que el nueve era esencial, el maestro intervino exponiendo que todo número, fuese cual fuese, no era sino el nueve o su múltiplo más un excedente, pues los signos de los números no tenían más que nueve caracteres y valores con el cero. Volví a tomar la palabra para explicar que los egipcios, a quienes también debíamos mucho los templarios, llamaron al número nueve la montaña del sol, así como la esencia de la sustancia y la vida, que estaba representada por el arquetipo trinitario: Osiris-Isis-Horus, que constituían la evolución de los tres mundos, la triple síntesis de lo divino, lo natural y la inteligencia, o lo que era lo mismo, lo espiritual, lo corporal y lo intelectual, y de ahí que el nueve fuera la cifra sagrada de los templarios. El alquimista añadió que, en la síntesis final y la vuelta al principio de la creación, el

nueve era la cifra alquímica por excelencia.

»Como verás, amigo Ozmán, el tema resultaba de gran interés a todos los allí reunidos. Yo intervine de nuevo para exponer que se trataba, en realidad, de una espiral inversa, formada por los números seis y nueve, que, al girar sobre su propio eje, el nueve nos comunicaba con los infiernos; mientras que el seis nos llevaba a los cielos, y con ellos llegábamos a la flor de la vida, o rosa sexifolia. Mencioné que no es una casualidad la abundancia de estas flores de seis pétalos, representadas en construcciones templarias. Berenguer de Riu recordó que nuestro monasterio de Sant Pau del Camp no era una excepción. El prefecto occitano asintió, dijo que aquel símbolo dominaba la imposta de la puerta de entrada a la iglesia, y comentó además que en la archivolta que envuelve al tímpano se podían ver elementos relacionados con el catarismo, como el pelícano o la mano. Yo añadí que el nueve era el número de la iniciación y la cristianización de los objetivos; la imagen y la totalidad de los tres mundos, formados por tres triángulos: el cielo, la tierra y los infiernos. El prior Berenguer amplió la información afirmando que el nueve era el número del cielo y, al mismo tiempo, el símbolo del amor carnal, por lo que no era extraño que viéramos en los capiteles del claustro de este monasterio tantos elementos que evocaban el número nueve. El escritor y traductor judío afirmó que lo había advertido, y luego explicó que para ellos, los hebreos, el nueve simbolizaba la verdad, debido a que, al multiplicarlo por cualquier otro número, se reproducía a sí mismo. Pedro de Narbona tomó la palabra para puntualizar que la escala de la sabiduría tenía sus peldaños realizados a base de números. Volví a tomar la palabra para manifestar que, para comprender mejor lo que el Temple había logrado para la humanidad, solo era preciso estimar los números de la naturaleza, y encontrar con ello las relaciones eternas de las cosas, la progresión de la unidad, las leyes de la naturaleza, las relaciones de lo corporal y lo espiritual, de las fuerzas, de los efectos y las consecuencias.

»Todos cuantos estábamos en aquel mágico escenario, éramos conscientes de la importancia de los temas que se estaban tratando. Jafudà Bonsenyor, demostrando un gran interés, me pidió que les hablara de san Bernardo. Les relaté que había nacido en el seno de una noble familia de Borgoña y que en 1112, a la edad de veintiún años, ingresó en el Cister, convirtiéndose tres años más tarde en abad de Claraval, y que desde esa posición gobernó sobre papas, reyes, obispos, prelados, la nobleza y el pueblo de toda la Cristiandad. Les expliqué que la cruzada del año 1147 fue obra suya, como también la fundación y reforma de numerosos monasterios de toda Europa, desde Sicilia hasta los confines de la Europa oriental. El alquimista me preguntó que de dónde le vino aquel fabuloso poder. Yo le contesté que sin ese poder era incomprensible incluso su pensamiento religioso, el cual parecía haber resistido contra lo demoníaco; es decir, contra el orgullo, la cólera y la capacidad de odiar que todos los humanos llevamos dentro, para lo cual Bernardo pidió ayuda a las fuerzas de la humildad y del amor. Fra Abbot, el abad de Santes Creus, apostilló que,

efectivamente, el humanismo cisterciense de san Bernardo pintaba en la figura del hombre el drama de su propia personalidad. Al oír esto, el prior Berenguer aseveró que el hombre fue creado a imagen de Dios y poseía una “alma grande”, *anima magna*, dijo que el hombre bueno estaba en pie ante Dios, pero el pecado lo curvaba, y el alma curva, el *anima curva*, se rebelaba colérica contra Dios. Luego, dirigiéndose a todos los presentes preguntó que cuál era la fuente de todo pecado, y sin esperar contestación alguna manifestó, con pleno convencimiento, que era el egoísmo, el *proprium consilium*, la independencia de la razón: el hecho de que el hombre pretendiera saber más y mejor que Dios. Concluyó que, de esa forma, san Bernardo supo vencer sus más íntimas tentaciones. En ese momento, volvió a hablar el abad de Santes Creus para manifestar que la fe volvía a enderezar al hombre, a restablecer la noble naturaleza del alma. Puesto en pie, añadió que la fe era humilde sumisión, que iluminaba a la razón, desterraba el juicio propio y permitía que la voluntad se abriera al amor. Dijo que el hombre abierto al amor no deseaba más que la unión con Dios, y que el objetivo, el cumplimiento, la suma dignidad del hombre era la divinización, es decir, el ser totalmente absorbido en el proceso de amor en el cual el divino Padre abrazaba al Dios Hijo, rodeado por las llamas del Espíritu Santo. Yo estuve escuchándolo con atención y, cuando concluyó su discurso, manifesté con rotundidad que el corazón hablaba al corazón; el corazón del hombre llamaba al corazón de Dios; el corazón de Dios llamaba al corazón del hombre. Aseveré estar seguro de que la mística de san Bernardo, inspirada por san Agustín y por el Cantar de los Cantares, iba a desencadenar en las futuras generaciones del mundo occidental un torrente de fuerzas anímicas. El perfecto cátaro me preguntó que cuál era su objetivo. Ante la mayor admiración de todos aquellos grandes hombres que me rodeaban, respondí que san Bernardo no se proponía hacer literatura; que conocía perfectamente la tentación de dejarse arrastrar por el torrente de las palabras hermosas. Y para superarle a sí mismo, luchó contra esa forma hermosa, el lujo y la exuberancia del arte de la Iglesia y de otras Órdenes, de la cultura de los obispos y de los papas. Les dije que no buscaba, por lo tanto, ni la hermosura formal ni el poder, que el objetivo primordial de su obra era la formación de hombres, educar personas, incluyendo a papas y reyes, a emperadores y nobles, a su Orden cisterciense, a los monjes de su tiempo, incluso a nuestra Orden militar del Temple, especialmente cultivada por él, y también a toda la joven nobleza europea, a la que con mucho gusto concentraría en sus monasterios.

CAPÍTULO 27

Los misterios de Sant Pau del Camp

El *faquí* oyó sonar la hora de su desquite. Arremetió por la frontera septentrional del reino de Granada, y, derrota tras derrota, despedazó a los castellanos.

ANTONIO GALA,
Granada de los Nazaríes



— **E**l prior Berenguer de Riu pidió a todos los allí presentes su opinión respecto a la naturaleza carnal de Adán y Eva. Fra Abbot fue el primero en contestar sobre esa cuestión aduciendo que la condición de hermanos no se daba según la carne, sino que era de naturaleza espiritual; afirmó que entre ambos existía la *homoousia*, o lo que era lo mismo, la idéntica naturaleza original. El prior expuso que Eva formaba parte de Adán en su origen; que, en realidad, se trataba de una misma carne, luego, según el Génesis, ella fue extraída de su costado. Concluyó que Adán, por lo tanto, era un ser que se dividió para evolucionar, como había escrito Platón. Pero, dijo, la unión original debía volver a verificarse, esta vez, en un plano superior, no terrenal; así, el ciclo se cerraba. Tomó la palabra Jafudà para argumentar que en el concepto de *hieros gamos*, como era llamado el matrimonio sagrado, coincidían la gnosis judía (Cábala) y la mística cristiana. Refirió que en la judía se unían el *Sephirot Tipheret* y el *Sephirot Malkut*; y en la cristiana los llamados *sponsus* y *sponsa*. El abad de Santes Creus aclaró que para el catolicismo se trataba de Cristo y la Iglesia. Alí-Yusuf dijo que a esa unión los sufíes la llamaban *Tahqiq*. Pedro de Narbona, el alquimista, puntualizó que en los textos alquímicos se hablaba de la unión del Sol con la Luna, o del Rey con la Reina... El prior precisó que todas aquellas cuestiones eran en realidad alegorías de la vivificación del alma por obra del espíritu. El alquimista puso fin a aquel debate concluyendo que la *rubedo*, que era el estado que acompañaba y seguía a la consumación del *hieros gamos*, señalaba el fin de la Gran Obra. Me dirigí entonces al perfecto occitano, ataviado con una sencilla túnica de lana atada a la cintura con una cuerda y calzado con sandalias, y le pregunté por qué los llamaban cátaros. Aquel hombre, con la mayor humildad, respondió que la palabra ‘cátaro’ procedía del griego *kazaros*, que significaba puro. La pureza, dijo,

significaba desprenderse del cuerpo físico, símbolo de lo terrenal, de la aportación del Maligno a este mundo, porque todo lo terrenal estaba vinculado con Satán, mientras que lo espiritual era potestad del Bien, y añadió que esa era la base esencial del pensamiento cátaro: la dualidad.

»Seguidamente, antes de dirigirnos al refectorio, paseamos unos instantes por el reducido e íntimo claustro de Sant Pau del Camp, y en las basas de dos columnas situadas a pocos pasos de distancia de la sala capitular, observé esculpida la figura de una rana, circunstancia que generó una agradable y enriquecedora conversación [Véase lámina IV]. Comencé yo preguntando qué podía significar la presencia allí de aquel animal. Fue Jafudà Bonsenyor el primero en ofrecer una explicación a tal hecho. Reveló que en aquel humilde ser, que vivía en el agua y en la tierra, hallaban la vinculación de sus conocimientos a la sabiduría egipcia. La iniciación egipcia, afirmó, pasaba por las ranas, es decir, por la materia sin forma y el hombre por formar. Nos explicó que, según los antiguos egipcios, el Cosmos fue creado a partir de las aguas, dato que adoptarían los hebreos y que por eso lo encontramos en el Génesis. Aclaró que en hebreo ‘rana’ se dice *tsprdo*, y que la terminación *do* significa ciencia, conocimiento o sabiduría... Fra Abbot amplió aquella aclaración añadiendo que el cristianismo, en su renacer en las aguas del bautismo, retomaba el concepto de lo anfibio, y yo apostillé que, de ese modo, la rana representaba al hombre que empezaba a encontrar su camino hacia la Sabiduría. Al oír aquel comentario el prior Berenguer de Riu manifestó que no se imaginaba mejor explicación, y manifestó que aquella rana en el claustro, además, avisaba con la Muerte al neófito que osara llamar en vano a la Sabiduría. Jafudà recordó que en Egipto el jeroglífico de la rana representaba, claramente, al neófito que debía ser formado en los misterios. Explicó que la rana marcaba ese momento de duda en que el neófito debía decidir entre dar un paso adelante, hacia la nueva vida, o sumergirse en las aguas de la nada. Pero, advirtió vivamente el judío, Horapolo también avisaba de que la rana podía representar al hombre que luchaba contra la verdadera sabiduría, que era, al mismo tiempo, el profano que desgarraba el saber, porque no alcanzaba su esencia, no estaba preparado para su iniciación, y merecía la muerte. Declaró que en hebreo existía la raíz *tspr*, que significaba precisamente eso: desgarrar con las uñas el saber. “De ahí que en el Apocalipsis cristiano encontremos esa imagen metafórica de los tres espíritus impuros que recuerdan la forma de las ranas”, añadió el prior de Santes Creus. El perfecto cátaro comentó que creía recordar que en tiempos de Bernardo de Claraval, el Cister encargó traducciones de textos a sabios hebreos procedentes de Occitania, y que tal vez por ello existían representaciones de ranas en la iconografía monacal que, en muchos casos estaban acompañadas de garras, o una llave del maestro cantero. Pedro de Narbona, que había estado escuchando atentamente, expuso que era la piedra que había de cobrar vida, el aprendiz, que aspiraba a ser maestro, si no se perdía y arañaba el conocimiento cuando aún no se encontraba preparado; la cadena mágica de su preparación con los eslabones que hermanan a los

sabios desde tiempos inmemoriales.

»Después de aquellas palabras, y tras compartir en la mesa del refectorio unos alimentos recién elaborados en la cocina monacal, a base de caldo de ave, carne estofada de oveja, frutas y dulces, nos despedimos como hermanos. Yo me dirigí a Jafudà, a quien admiraba como hombre de ciencia y de letras, para preguntarle qué trabajos estaba realizando en aquel momento. Me contestó que, después de haber redactado algunos contratos en lengua árabe en el territorio de la Ciudad Condal, y traducido al catalán una obra de medicina de Al-Zahrawi, estaba escribiendo *Paraules de savis e de filòsofs*, una compilación de 753 proverbios extraídos de libros árabes, ordenados temáticamente en más de sesenta capítulos. Me pareció algo magnífico y así se lo manifesté. Lo felicité, además, por su reciente nombramiento, por parte del monarca Jaime II, para el puesto de escribano de la Corte, y también por la concesión de la redacción en exclusiva de ciertos documentos en árabe en el condado de Barcelona. Sorprendido por el hecho de que supiera tantas cosas sobre su labor, declaró conocer también mi brillante trayectoria en Tierra Santa y en otros lugares de la cuenca mediterránea, como excelente médico y ejemplar caballero templario. Cuando ya todos nos disponíamos a abandonar ordenadamente la mística estancia, ocurrió algo que resultó ser luego de suma importancia en mi vida.

—¿Qué sucedió amigo cristiano? —exclamó con el mayor interés Ozmán.

—Todos los allí presentes abandonaron ordenadamente la mística estancia, pero uno, el maestro sufí, me habló cortésmente y dijo haber advertido en mí un poderoso deseo por aprender, a lo que repuse que yo también había advertido en él unos conocimientos fuera de lo común. Él se presentó entonces, dijo que se llamaba Alí-Yusuf, que era granadino, y había sido enviado por el monarca nazarí Abu-Abdallah Muhammad II, apodado «al-Faqih», para establecer un acuerdo de paz con el monarca aragonés, Jaime II «el Justo». Añadió que al día siguiente tenía un encuentro diplomático en Barcelona. Lamentó no poder permanecer mucho más tiempo en la Ciudad Condal, porque tenía que regresar a Granada, pero dijo que le gustaría recibirme en la capital del reino nazarí, y me firmó un certificado con el que tendría sus puertas abiertas.

»Al oír aquello, no supe qué decir. Estaba ante el delegado del poderoso monarca granadino, con quien, sin saberlo, había entablado una amena conversación de temas culturales, religiosos y filosóficos. Mirando con aprecio y admiración a aquel hombre de Estado, balbuceé que estaba sumamente agradecido, y prometí ir a Granada a visitarlo y conocer ese paraíso en la tierra, del que tantas personas me habían hablado.

—Alí-Yusuf fue un buen diplomático; lamenté su muerte, hace un par de años, envenenado por los seguidores al trono de Granada, en Guadix —argumentó Ozmán—. ¿Y qué sucedió después, amigo cristiano?

—El maestro sufí, mientras terminaba de redactar y firmar aquel valioso salvoconducto, comentó apasionadamente que Granada era una ciudad abierta al

diálogo, a la cultura y al conocimiento. Luego pasó a describirla con detalle, me contó que se hallaba en lo alto del cerro de la Sabika, al otro lado del río Darro y frente al Albayzín, donde, ampliando la alcazaba anterior, se estaba construyendo el palacio más suntuoso que un ser humano pudiera admirar; el nuevo conjunto palaciego, dijo, se llamaría Alhambra, y una brigada de los más célebres artesanos ya estaban trabajando en lo que serían, y los describió como si los estuviera viendo, unos jardines monumentales, con fuentes que murmuraban, donde beberían pájaros de vivos colores, y toda clase de plantas exóticas traídas de todos los lugares del Mediterráneo. Añadió que en la ladera meridional de la montaña vecina, también se estaba levantando otro complejo palaciego, que se llamaría Generalife, un paraíso en la tierra, que se destinaría a lugar de descanso de verano de los monarcas nazaríes.

—Como puedes comprobar, Alí-Yusuf no exageró nada, más bien lo contrario — dijo Ozmán mirando con ternura, a través de la ventana, la Alhambra y el Generalife.

—Yo le dije que Granada debía ser maravillosa, que muchas personas me habían hablado muy bien de esa ciudad, y también de su floreciente reino, pero le comenté que me llamaba la atención que se mantuviera firme en sus fronteras y segura de sí misma a pesar de las presiones de Castilla y los intereses de los sultanes de los imperios del norte de África. Me confesó que, en efecto, no era fácil conseguirlo, que Muhammad II se veía obligado a luchar, incluso dentro del reino, para aplastar los múltiples intentos de derrocarlo, consecuencia de las envidias de algunos de los pretendientes al trono, y siguió enumerando otras formas de presión como los asedios de los ejércitos cristianos, los saqueos de pueblos y ciudades, la tala de árboles y la quema de tierras de cultivo y graneros o los constantes desembarcos de los marroquíes. Pero, dijo, *Allah* es grande y los ayudaba a mantener un estado independiente entre cristianos y musulmanes. Entonces le pregunté qué estaba haciendo en la Ciudad Condal. Me explicó que había llegado hacía pocos días, y estaba con su séquito, de incógnito, invitado por el monarca Jaime II, para llegar a establecer un acuerdo de paz entre Aragón y Granada. Como ya me había dicho, al día siguiente tenía una recepción con el senescal en el Salón del Tinell, muy cerca de la capilla de Santa Águeda, porque contaba con el apoyo de los templarios. Alabé su gran interés por conseguir la anhelada paz, y me alegré de que nuestra Orden velase por aquel acuerdo. Aquel gran hombre de Estado, representante del reino de Granada, a quien tuve el placer de conocer, dándome las gracias se despidió de mí. «Y que mi Dios también os bendiga, amigo musulmán», le respondí con un fuerte abrazo. Al quedarme solo, amigo Ozmán, recordando las palabras de Alí-Yusuf acerca de su querida Granada, me propuse no morir sin visitar esa legendaria ciudad, conocida por su equilibrio y respeto entre culturas. ¿Pero cuándo iba a producirse ese anhelado viaje?, me pregunté.

»De pronto, rompiendo el sobrecogedor silencio de aquella apartada estancia, llegaron a mis oídos unas notas musicales que elevaron mi espíritu. Era un canto gregoriano, cuyos acordes, provenientes de la iglesia, retumbaban y se esparcían por

todo el monasterio, como una gigantesca caja de resonancia, alcanzando a lo más profundo de mí ser. La acústica de aquella iglesia era impresionante, las curvas de sus arcadas de piedra, perfectamente diseñadas arquitectónicamente, hacían que el sonido circulara sin obstáculos. Por unos momentos quedé embelesado, dejándome llevar con los ojos cerrados por la belleza de aquellos cantos, saboreando unas notas que, aunque conocía bien, en ningún otro lugar las había oído con tanta claridad e intensidad, a pesar de la distancia. Berenguer de Riu, el prior, vino a buscarme. Dijo que ya era tarde y me aconsejó que no cabalgara de noche, pues había muchos bandidos en los caminos que llevaban a la Ciudad Condal. Añadió que le gustaría que me quedara para ver la fiesta que al día siguiente se celebraría en Sant Pau del Camp en honor a nuestro patrón, san Pablo. Le di las gracias, pero, le dije, debería avisar al comendador de mi tardanza. Me contestó que no me preocupara, que mandarían una paloma informando de mi llegada y pidiendo que me preparasen una celda para descansar esa noche, y así podría terminar de escuchar los cantos gregorianos antes de la cena. Aquella velada en el refectorio con el padre prior resultó ser muy interesante. Nos retiramos a nuestras celdas a descansar. La mía resultó ser una estancia humilde, sin apenas luz natural, oscura como la noche, con una simple mesita de madera, un candelabro, un misal y el jergón en el suelo con una manta de lana. Pero me encontraba tan cansado que a los pocos minutos caí rendido en un sueño muy profundo. A la mañana siguiente se llevaron a cabo los preparativos de la fiesta. Me reservaron un asiento en el exterior de la iglesia del monasterio, frente a la puerta de poniente. El prior se sentó a mi lado. Le pregunté en qué consistía la fiesta. El prior, al tiempo que coordinaba con la mirada todos los movimientos que se realizaban en la explanada, me explicó que ese día, 25 de enero, era el día que, según las Sagradas Escrituras, tuvo lugar la Conversión de san Pablo, y que durante esa jornada, el gremio de lanzas y espadas de la Ciudad Condal, conjuntamente con nuestros monjes de Sant Pau del Camp, celebraban aquella efemérides.

»En poco tiempo, gente llegada de todos los lugares fue llenando aquella amplia plaza empedrada. Enseguida hicieron su aparición todos los miembros del gremio de fabricantes de lanzas y espadas, precedidos de un personaje muy singular que, según me explicó el prior, era el más alto y robusto de todos y portaba una gran espada, que era el símbolo del gremio y también de la Ciudad Condal. Oí que la gente gritaba “¡Fijaos qué alto es san Pablo!”, y Berenguer de Riu, ante mi extrañeza, me contó que aquellos personajes estaban actuando en un entremés, donde el personaje más alto representaba la figura de san Pablo, y los más pequeños querían llamar su atención, porque la tradición hablaba de la gran altura de ese apóstol, que los más pequeños deseaban alcanzar de mayores. Entonces le comenté que veía una estrecha relación de aquel monasterio benedictino con la ciudad. Él asintió, y precisó que, además de con la ciudad en general, también existía una relación muy firme con el gremio de fabricantes de lanzas y espadas, en particular. Añadió que todos los miembros del citado gremio que fallecían encontraban eterno descanso en el atrio de la iglesia del

monasterio. Me dijo que no me perdiera lo que iba a suceder en pocos minutos. En aquel momento vi una gran agitación entre los asistentes y pregunté al prior qué pasaba. Me contó que iba a llevarse a cabo el reparto de *tortells*, dulces en forma de roscos y tortas, a lo largo de todo el perímetro exterior del monasterio, especialmente a los más pequeños, y que sería el personaje que iba disfrazado de san Pablo quien se los daría a los niños. Me pareció una fiesta muy entrañable, en la que podía participar todo el mundo, pues se celebraba de puertas afuera del monasterio en un deseo de transmitir paz y felicidad a toda la comunidad. El prior me comentó que estaban preparando una estela de mármol en la que se grabarían las armas del gremio de fabricantes de lanzas y espadas de Barcelona, y se colocaría en el centro de la explanada como justo homenaje a las familias que pertenecían a ese querido gremio.

»Tras la finalización de la fiesta, me reuní en privado con Berenguer de Riu, quien me pidió que no dejara de visitarles, tanto en calidad de médico como de amigo y frater. Sant Pau del Camp transmitía mucha paz, y esa circunstancia la percibían muy bien, como pude constatar, los diferentes colectivos religiosos y filosóficos de la ciudad, por encima de sus credos. Ya en el exterior, frente a la puerta de poniente de la iglesia, había caído la tarde y las primeras antorchas iluminaban el entorno del monasterio; fue entonces, con aquella cálida luz, cuando advertí una curiosa figura esculpida en un canecillo superior a la izquierda de la puerta de entrada a la iglesia. Observé, asombrado, que se trataba de una vulva femenina. El prior me confirmó que así era. Yo le comenté que habíamos estado horas enteras admirando aquella extraordinaria fachada, y debatiendo temas de interés general con eruditos en las diferentes culturas y religiones, y no me había percatado de aquel detalle. Me interesé por el artista y Berenguer de Riu dijo que se trataba de un escultor anónimo que llegó a la Ciudad Condal desde tierras de Cantabria, siguiendo el Camino de Santiago, al frente de un reducido grupo de maestros canteros, e hizo aquella pieza por encargo de Berenguer de Solicrup, que ya descansaba en paz, y que posiblemente la concibió para que quedara oculta con la luz natural, pero brillara con luz propia con las llamas de las antorchas o a la dulce luz vertical de las velas. Al alabar yo su gran calidad artística, el prior manifestó que le parecía un poco atrevido, pero que podía contribuir a que las familias tuvieran más hijos, y así lo habría visto Berenguer de Solicrup, quien no puso ningún reparo a los artesanos. Entonces yo, humildemente, le expliqué que san Bernardo de Claraval, mentor del Cister y también del Temple, sostenía que el amor carnal era el camino para el amor espiritual a Dios, y que no se podía amar a Dios sin haber practicado el amor terrenal. En ese ambiente de confianza, Berenguer de Riu comentó en voz baja que no estaba de acuerdo con la resolución del concilio de Lyon, de 1245, en la cual se condenaba cualquier relación sexual entre solteros, cuestión sentenciada directamente como pecado mortal, al igual que el adulterio. Yo añadí que existían varias varas de medir los pecados relacionados con ese asunto, porque el impuesto de fornicación que aplicaba anualmente la Iglesia a los párrocos que tenían barraganas a su cargo, los eximía de ese pecado, y eran numerosos los

hijos habidos de esas relaciones que vagabundeaban por las calles como mendigos. Estuvo de acuerdo el prior, señaló que ese impuesto iba tan bien que incluso no le extrañaría nada que un pontífice lo legalizara desde las altas instancias del Vaticano, cobrándolo a todos los párrocos, vivieran o no en pecado.

»Me fui a mi celda pensando en todo cuanto había conversado con el prior; sus palabras demostraban que era una persona abierta de espíritu y liberal en sus concepciones; no cabía la menor duda de que era digno sucesor de mi buen amigo Berenguer de Solicrup, que ya descansaba eternamente en su querido monasterio de Sant Pau del Camp. A la mañana siguiente, una ráfaga de viento que entró de golpe por el ventanuco batiendo los postigos de madera me despertó; advertí que había llovido por la noche; era una sensación de plenitud que me insuflaba paz y ganas de vivir. Tomé un ligero desayuno en la cocina del monasterio, me despedí de Berenguer de Solicrup, rezando un padrenuestro frente a su fría lápida de mármol, y después, en compañía del prior, salí al exterior. Me llamó la atención que, aunque era muy temprano, el sendero empedrado que llevaba a la ciudad estaba muy concurrido de gentes de toda condición (buhoneros, comerciantes, campesinos, ganaderos y mendigos; las prostitutas, tambaleándose, regresaban a sus tugurios...), pero me extrañó más el movimiento incesante de carromatos que, a tenor del gran esfuerzo que realizaban los sufridos animales de carga y los gritos de los carreteros que los golpeaban con sus látigos de cuero, portaban un cargamento muy pesado. El prior me explicó que eran los carros que llevaban los bloques de piedra, recién extraídos de las canteras de la montaña de Montjuic, para la nueva basílica que se estaba construyendo a varias leguas de allí, cerca del puerto, con la ayuda de todos los habitantes de la Ciudad Condal; dijo que sería la catedral de las gentes más humildes, incluyendo el gremio más antiguo, el de panaderos y horneros, y que estaría dedicada a la Madre de Dios, y se llamaría Santa María del Mar. Con un fraternal abrazo, me despedí del prior en la puerta del recinto exterior del cenobio.

CAPÍTULO 28

La encomienda de Palau-Solità i Plegamans

En el período templario las vírgenes negras alcanzan una dimensión mayor, al pasar a formar parte estas singulares y esotéricas imágenes de los ritos y tradiciones de los lugares más sagrados de nuestra geografía. Está confirmado que la gran mayoría de estas divinas tallas se encuentran localizadas en zonas de marcada presencia templaria, bien dentro de territorios de una encomienda, o de un santuario que controla influyentes pasos de peregrinación.

JESÚS ÁVILA GRANADOS,
Templarios en las Tierras del Ebro



— **S**eguidamente, amigo Ozmán, cabalgué a través de las tierras y senderos que se extendían a extramuros del recinto amurallado hasta la puerta de poniente, en donde la guardia estaba a punto de cerrar las puertas. Hacía rato que la *alcana*, o calle de los mercaderes, había bajado las cortinas de sus tiendas cuando llegué a la encomienda y dejé el caballo en las cuadras. Pedí unos días de descanso, para reponerme de lo sufrido y vivido en Tierra Santa, y para volver a ver a mis familiares y visitar las tumbas de mis progenitores, que habían fallecido durante mi estancia en Acre. El comendador templario de la Ciudad Condal me lo concedió sin reparos, cursándome un documento con el cual tenía todos los albergues, posadas y hospitales templarios a mi disposición. Y no tardé en partir, en compañía de dos escuderos, igualmente provistos de caballos. Ya en camino, decidí hacer un alto en el pueblo de Palau-Solità i Plegamans, para saludar a mis compañeros templarios de la poderosa encomienda de Santa María Magdalena, donde, desde 1275, había fijado su residencia Jaume Roig, el comendador templario de la Ciudad Condal [Véase lámina VI]. Me llamó la atención aquella encomienda, de marcado carácter rural, a orillas de la riera de Caldes, en donde se cosechaban las mejores hortalizas, frutas y verduras de todo el condado de Barcelona; en medio de un paisaje bucólico de jardines, bosques y pequeñas aldeas, que transmitían un equilibrio espacial de serenidad y belleza. El comendador, sin duda uno de los hombres más influyentes del Temple de todos los condados catalanes, nos recibió personalmente y nos ofreció su casa. Le di las gracias y le expliqué que iba de paso hacia Argelaguer, donde me esperaba mi familia tras

mucho tiempo de ausencia. Frey Jaume nos ofreció quedarnos unos días en su casa y me pidió que lo acompañara al día siguiente a La Mogoda, donde tenía una granja. Le dije que iría, pero que no deseaba demorar más mi encuentro con los míos, y tras permanecer dos días con él, partiría hacia la Garrotxa.

»Jaume Roig estaba aquellos días muy ocupado con las tareas de fundación de la encomienda de Puig-reig, que se había construido sobre terrenos legados por el trovador local Guillem de Berguedà. Yo conocía a algunos de los caballeros y servidores que habían llegado de Puig-reig, y les prometí que iría a visitar la encomienda, situada estratégicamente en el valle alto del Llobregat, entre las ciudades de Manresa y Berga. Me despertaron los cantos de los gallos, anunciando el mágico momento del amanecer. No cabía la menor duda de que estaba en una encomienda agraria, nada que ver con la de Barcelona o Palma, totalmente de carácter urbano. Fue muy agradable ver cómo, desde bien temprano, todo el mundo en el casal ya estaba en pie, limpiando los establos, sacando las gallinas al patio, recogiendo los huevos, y saliendo al campo para trabajar, sembrar y recolectar en los huertos. Aquellos agricultores eran verdaderos jardineros del paisaje. El comendador, tras terminar el desayuno en el refectorio, me preguntó si estaba preparado. Le respondí que por supuesto, y añadí que tenía grandes deseos de conocer La Mogoda.

»La principal granja de la encomienda de Santa María Magdalena estaba a solo a una milla de distancia de la encomienda de Palau-Solità, próxima al pueblo de Santa Perpetua, cuya iglesia, según me dijo el comendador durante el trayecto, tenía su altar dedicado a san Juan Bautista, nuestro principal referente en la Iglesia del Temple. En La Mogoda ya nos estaba esperando Maurici, un hermano seglar que ostentaba el cargo de *casalier*, y que con gran preocupación le comunicó al comendador que las tormentas habían destrozado parte de los establos. Añadió consternado que frey Andreu se hallaba todavía enfermo. Al oír esto último, el comendador me miró y yo capté el mensaje de inmediato. Hice que me llevaran de inmediato ante el enfermo, y Maurici me condujo hasta él. Frey Andreu, que era el responsable de la doma de los caballos del picadero de La Mogoda, se encontraba echado en su alcoba, donde un asistente le hacía compañía. Pregunté cómo había pasado la noche y me comunicaron que se encontraba más tranquilo, pero que no había dejado de estornudar, que tenía fiebre y no quería tomar nada. Tras examinarlo, vi que frey Andreu tenía en el cuello una picadura de tábano, una mosca que picaba a los animales de carga (caballos, mulos, asnos), ocasionándoles graves hinchazones y heridas molestas, y seguramente, uno de esos peligrosos insectos le había picado a él en cuando se hallaba en las cuadras. Tenía una gran hinchazón en la nuca, y he de reconocer que con muy mal aspecto; sin embargo, no quise asustarles, y para tranquilizarles les dije que le iba a aplicar una crema hecha a base de aceite y miel, y que luego le daría a beber una infusión. Les recomendé que al mediodía le hicieran beber un vaso de leche, que era el mejor alimento contra cualquier infección interna; además, para rebajar la fiebre, que le pusieran paños de agua fría en la frente, así como en la zona del cuello

afectada por la picadura. Pero sobre todo, indiqué, frey Andreu debía reposar el tiempo necesario. Les aconsejé que plantaran hierbas de ruda a la entrada de las caballerizas, porque ahuyentaba a los malos insectos, que, como habían podido comprobar, eran tan perjudiciales para los animales como para las personas.

«Instantes después, una vez realizada la curación a frey Andreu, estando sentados en el banco de la explanada que se abría en el centro de la granja de La Mogoda, escuchando el incesante trinar de los pájaros que anidaban en las ramas de los árboles, el comendador se dirigió a mí para decirme que no quería que me marchara sin visitar Santiga. Le pregunté si se encontraba muy lejos y me contestó que se hallaba en el camino que llevaba a Arrahona, no muy lejos de allí. Me dijo que me gustaría, que se trataba de un santuario muy antiguo, dedicado a la Virgen María, y que recibía la visita de muchos peregrinos que iban a Montserrat. Precisó que había un dicho popular que rezaba “No vayáis a ver a la Madre, sin haber visitado antes a la Hija”, en clara referencia, esta última, a su querida imagen, que presidía el altar mayor. Sus palabras hicieron que sintiera un gran deseo de conocer aquel lugar. Le dije al comendador que, de hecho, todo lo que estaba descubriendo en aquellas tierras, dependientes de su encomienda, era agradable. Se mostró muy agradecido por mi comentario, y me propuso que antes pasáramos por Santa Perpetua, un pueblo tranquilo, que se alzaba en torno a su iglesia, y donde me enseñaría la casa donde viera la luz Pere de Rovira, nuestro primer maestre provincial. Yo había oído decir de él que fue un hombre de gran valía, a quien el Temple y todos nosotros, como hermanos templarios, le debíamos mucho. El comendador me comunicó que, además, Pere de Rovira fue quien estableció en Miravet la sede del maestrazgo provincial de Aragón y Provenza en tierras catalanas. Decidí que algún día iría a Miravet; tenía grandes deseos de conocer esa fortaleza sobre el curso inferior del río Ebro.

»La iglesia de Santa Perpetua, construida algo después que la de La Mogoda, a base de cantos rodados y ladrillo rojizo, estaba fortificada, y se levantaba sobre otra, mucho más pequeña, antigua e inferior, convertida en cripta. El pueblo tenía medio centenar de fuegos, y contaba con una pequeña judería, a extramuros de la población, asentada en la subida que ascendía a *Can Taió*. Al otro lado, discurría la sinuosa riera de Caldes, definida por una hilera de árboles de ribera. Recuerdo que las casas de la población también estaban construidas con las piedras redondas extraídas de los márgenes de la riera; eran de color rojizo, y se encendían con los rayos del sol. La mayor parte de los habitantes del pueblo se dedicaban a la agricultura de regadío y de secano, siendo los cultivos más desarrollados en aquella zona del interior del condado de Barcelona la vid y el olivo; igualmente, la ganadería ocupaba un lugar importante en su economía; recuerdo que todas las casas tenían pozo en su patio trasero, lo que demostraba la riqueza de aguas subterráneas. El sendero que llevaba a Arrahona pasaba por Santiga, un casal junto a la ermita y media docena de masías. Aquel sendero estaba muy transitado por comerciantes, buhoneros, religiosos y peregrinos; estos últimos, camino a Montserrat. Durante el trayecto, el comendador me dijo que

la estimada imagen de la Virgen de aquel santuario había sido objeto de varios intentos de robo, y por ello tenía que estar protegida por un sargento y un par de soldados, que habitaban en la fortaleza a pocos metros de la iglesia de Santiga. Le manifesté con el mayor respeto que veía la gran responsabilidad que conllevaba su cargo, y que admiraba su gran entereza. Para él, dijo, lo más importante era la felicidad de todas las personas que dependían de su encomienda. Los alimentos que se elaboraban en Palau-Solità i Plegamans cubrían a diario las necesidades de todos los templarios y sus correspondientes familias, y el resto se repartía gratuitamente en su totalidad entre los diferentes colectivos sociales, asentados en el territorio de la encomienda, sin importar su credo religioso o pensamiento cultural. Por lo tanto, ningún alimento que estuviera en condiciones de ser consumido debía arrojarse a la basura. Me pareció, amigo Ozmán, que aquello decía mucho y muy bueno a favor de aquel frater.

»A la jornada siguiente me despedí de Jaume Roig y de todos los hermanos de Santa María Magdalena, en el paraíso en la tierra de Palau-Solità i Plegamans, con la inmensa satisfacción de saber que frey Andreu ya se estaba recuperando.

CAPÍTULO 29

Regreso a rasa

Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.

Juan 16:12 (Manifestación de Jesús).



— **L**legué a Argelaguer a la hora del Ángelus de un lluvioso y desapacible día de abril, acompañado de un par de escuderos armados y a caballo, de la encomienda de Palau-Solità i Plegamans, que al día siguiente se dirigirían a Puig-reig y Bagá. Había avisado con tiempo de mi llegada a Armengol, mi hermano mayor, convertido por tradición en el *hereu* de todos los bienes de mi padre, incluida la baronía. Arreciaba la tormenta cuando entré en el castillo montado en mi caballo, y salieron dos servidores a recibirme. Crucé la puerta de la torre albarrana, y, bajo el arco apuntado de piedra, protegido de la cortina de agua, distinguí a mi hermano mayor, a quien no veía desde hacía muchos años. «¡Armengol!», grité alborozado. Mi hermano vino a mi encuentro y nos fundimos en un caluroso abrazo.

»En el interior me esperaba toda mi familia. Se me hacía extraño el contacto familiar, después de tanto tiempo de ausencia. Vi a seres de mi propia sangre que me parecieron auténticos desconocidos, y también a otros miembros del servicio que hablaban una lengua algo diferente. Me fijé en uno de ellos, que parecía hablar en nombre de todos, y le pregunté de dónde eran. Me explicó con mucha humildad que llegaron de diferentes lugares de Occitania hacía un par de años, y mi padre, el benévolo barón Roger de Montpalau, dijo para referirse a él, los acogió; me contó que eran tejedores, que tejían toda clase de telas para hacer vestidos y ropa de trabajo para proveer a todas las gentes de la baronía. Armengol, que había estado escuchándolo, me aclaró que eran tres familias llegadas de Minerve, Mirepoix y Villerouge-Thermenès, que, en maltrechas condiciones, lograron atravesar los estrechos pasos naturales de los Pirineos, huyendo de los espías y vigoleros de la Inquisición francesa, y mi familia los recogió exhaustos, casi desnudos y muertos de frío y hambre.

—¿Y por qué huían? —preguntó Ozmán.

—Por ser cátaros. Profesaban un tipo de religión oculta que, aunque también cristiana, molestaba a la Iglesia oficial. Por ello eran perseguidos como herejes, y asesinados o quemados vivos en la hoguera.

—¡Qué injusticia! —sentenció Ozmán—. Pero continúa, por favor.

—Le dije a aquel sirviente que me alegraba de que todos estuvieran bien, y le expresé mi deseo de que se sintieran como en su propia casa. Le comenté que hacía pocos días había tenido la oportunidad de conversar con uno de los suyos, un perfecto cátaro, en la Ciudad Condal, y que me había causado una grata impresión, por sus conocimientos y su humildad. Mi hermano me contó en voz baja que eran grandes artesanos del telar y que en poco tiempo habían levantado un taller, donde trabajaban la urdimbre y la trama, y con lana fabricaban magníficas alfombras y moquetas, en una de las habitaciones inferiores del castillo, lo que permitía a mi familia la entrada de algunos beneficios, que repartían con ellos, naturalmente. Los occitanos, tras despedirse cortésmente de nosotros, sin darnos la espalda se retiraron a sus alcobas, donde cenaron en familia. Ya una vez solos, me dirigí a mi hermano mayor y le manifesté, mientras volvía a abrazarlo, que me gustaría visitar el panteón de nuestros padres. El fallecimiento de ambos me llegó mientras estaba en Tierra Santa, y me fue del todo imposible llegar a casa antes. Armengol pronosticó que al día siguiente no llovería y podríamos ir al cementerio familiar. Esa noche, a la luz del fuego de la chimenea, desde donde se escuchaban ruidosos truenos y los relámpagos iluminaban la estancia, mi cuñada ^Loser, la esposa de Armengol, me preguntó que si me quedaría en el castillo. Le contesté que me era imposible ya que, debido a los malos tiempos que se estaban viviendo, el Temple debía cubrirse bien las espaldas de enemigos que había por todas partes. Yo, desde mi actividad como médico, veía más cerca que nadie la precariedad del momento, cuando tenía que atender a una gran cantidad de enfermos y heridos que pasaban por mi mesa de operaciones, y la incertidumbre de nuestra Orden. Armengol me dijo que podía quedarme allí, si lo deseaba, y que no quería que me faltara de nada. Se lo agradecí, pero le dije que prefería seguir mi compromiso humanitario con el Temple, hasta que considerase que mi labor ya no era necesaria; también le dije que aunque, tras la caída de Acre, Tierra Santa no fuera ya una prioridad para la Cristiandad, había muchos frentes abiertos allí, en el reino de Aragón, y en el condado de Barcelona. Y añadí, en tono burlón, que ya era mayor y tenía mis rarezas. Armengol se rió al oírlo.

»Durante la velada, fueron muchas las preguntas que me hicieron sobre Tierra Santa y sobre mi estancia en Jerusalén. Mi hermano preguntó que cómo era el templo de Salomón. Le expliqué que el templo, junto con la Mezquita de la Roca, que se hallaba en la explanada superior, constituían el reflejo terrestre del Orden Divino del Cosmos; añadí que era la finalidad de la perfección espiritual y el equilibrio en ciertas órdenes iniciáticas en las que se pretendía su restauración pidiendo a los hombres que trabajasen en la tierra en armonía con las fuerzas creadoras divinas que reinaban en la

naturaleza y la mantenían viva. Todos los allí presentes escuchaban con el mayor interés, y proseguí contando que la búsqueda mística debería entenderse como la de esa perfección en la realización material (la piedra filosofal) y en la espiritualidad (creación del cuerpo de gloria), siendo ambas expresiones de una misma búsqueda realizada en la alquimia. Armengol comentó que había oído hablar muy vagamente sobre la alquimia y preguntó en qué consistía. Le expliqué que su nombre era de origen árabe y significaba mezcla de líquidos. Que era el arte de la transmutación de los metales para obtener oro, pero, al mismo tiempo, la alquimia simbolizaba la evolución del ser humano desde un estado donde predominaba la materia a otro de naturaleza espiritual; lo que equivalía a que transformar en oro los metales era como convertir al hombre en espíritu puro. Armengol, con los ojos llenos de afecto hacia mí, exclamó que mis palabras eran un poco elevadas para él, pero que podía ver que había aprendido mucho. Yo le dije que, como médico, había visto el dolor, la angustia y la tragedia humana en primera línea de combate, y muchas veces, demasiadas, con el mayor dolor, no había podido hacer nada por salvar la vida de una persona, pero que en Tierra Santa, ajena a la fragosidad de las batallas, se respiraba una tolerancia entre culturas, religiones y pensamientos filosóficos que me había enseñado mucho sobre un mejor entendimiento entre los seres humanos, porque nadie era más que nadie. Le comenté que precisamente en Tierra Santa era donde mejor se podía admirar esa tolerancia, que permitía la convivencia de las tres religiones monoteístas (cristianos, judíos y musulmanes). Extrañado, me preguntó el porqué de las guerras entre cristianos y musulmanes, unas cruzadas que, durante tantos años, habían dejado sin maridos a tantas mujeres y familias fragmentadas por todo Occidente. Yo manifesté mi opinión diciéndole que las guerras eran la salida cobarde de los fanatismos, en donde siempre los más perjudicados eran los colectivos más vulnerables de la sociedad (mujeres, niños y ancianos), y que esa había sido, sin duda, una de las lecciones que los templarios habíamos aprendido durante nuestra larga estancia en Tierra Santa, por lo que debíamos respetarnos todos, por encima del credo religioso, intereses económicos o conceptos filosóficos, porque todos éramos necesarios. Tras meditar mis palabras, Armengol preguntó si eran tan salvajes los musulmanes como les decían en la iglesia desde el púlpito los domingos cuando iban a misa.

—Y que le contestaste —exclamó Ozmán, que al oír aquellas palabras no pudo evitar dar un brusco respingo.

—Pues que no. Que no erais ni mejores ni peores que nosotros; que vosotros rezabais cinco veces al día, en vuestras mezquitas, y teníais en Mahoma a vuestro profeta, y un dios único: *Allah*. También le dije que los musulmanes estabais muy por encima de nosotros en cuanto a conocimientos avanzados en materias tan diversas como astronomía, astrología, alquimia, medicina, teología, filosofía, e incluso en navegación, y que algunas de esas ciencias tuve oportunidad de conocerlas y aprenderlas, aunque superficialmente, durante mi estancia en Vic y en la Ciudad

Condal, al estudiar medicina, y también en Tierra Santa. Dos de mis familiares preguntaron al unísono qué recuerdos tenía de Tierra Santa. Les expliqué que en Tierra Santa, a pesar de la tragedia de la guerra, también el mundo occidental había descubierto, gracias a nosotros, los templarios, varios avances que podríamos calificar de suma trascendencia para el desarrollo de la sociedad y la ciencia, entre ellos el riego automático, el estudio de la astronomía, la invención de la letra de cambio como sistema financiero, el juego del ajedrez y también el juego de la oca, este último estrechamente relacionado con las peregrinaciones a Compostela. Mis familiares estaban tan atentos a mis explicaciones que ni parpadeaban. Muy interesados, siguieron preguntando, esta vez por el Santo Grial. Tomé aliento y empecé a hablarles del cáliz de Cristo. Les hice saber que era, conjuntamente con el Candelabro de los siete brazos, el Tabernáculo, la Mesa de Salomón y el Arca de la Alianza, uno de los objetos más valiosos y buscados relacionados con la génesis del cristianismo. Según la Biblia, les expliqué, era la copa que Jesucristo utilizó durante la última cena, y con la que, días después, José de Arimatea, recogió su sangre tras la crucifixión. Añadí que eran muchas las leyendas se habían creado en torno al sagrado cáliz. En una de ellas se narraba que el cáliz fue vigilado por unos ángeles en una montaña-fortaleza, igualmente sagrada, de paradero ignoto, que pueblos y culturas del mundo occidental, desde los tiempos antiguos, habían intentado localizar; pero la persona que pretendiera encontrar el Santo Grial, según esta leyenda, debería tener una paz interior plena, y por ese motivo todos los intentos llevados a cabo hacia la búsqueda del sagrado cáliz habían fracasado. También contaba la leyenda que entre algunas de esas expediciones se encontraba la del rey Arturo y sus legendarios caballeros de la Mesa Redonda, de los cuales únicamente algunos, por contar con las necesarias condiciones, lo lograrían: Galahad, Perceval y Bors.

»Después de un ligero respiro, proseguí el desarrollo de mi narración. Les expliqué que el auténtico Santo Grial tenía la particularidad de ser una verdadera lente que transformaba la luz en fuego, como una piedra preciosa caída de la corona de Satanás en su lucha con Dios, con un caldero, una bandeja o, incluso, con el útero de la Virgen María. Agregué que para la ciencia alquímica, el Santo Grial era la piedra filosofal, o bien un recipiente en donde, al realizarse las aleaciones, se lograba alcanzar todo aquello que se buscara, tanto material como espiritual. Armengol me interrumpió para comentar que, según uno de los occitanos que estaban en la baronía, el Santo Grial también estuvo en Montségur. Confirmé que, en efecto, esa era otra de las probabilidades de peso, que se basaba en el hecho de que la noche anterior a la caída de la más emblemática de las fortalezas occitanas, relacionadas con el catarismo, en la primavera del año 1244, cuatro perfectos cátaros lograron evadirse por los verticales acantilados de la montaña, llevándose consigo el Santo Grial; una teoría que yo también defiende. Estuvimos toda la noche conversando; hablé de los ritos judíos y de la religión islámica; me pedían también que les relatara episodios ocurridos en Tierra Santa. Para ellos, saber era una curiosidad, pero para mí, en

muchos casos, como médico, suponía un amargo dolor recordar momentos que sufrí antes de tener que cerrar los ojos a una persona fallecida mientras me miraba pidiéndome su salvación.

»A la jornada siguiente, tal como estaba previsto, lucía un sol espléndido, y fuimos a ver las tumbas de nuestros progenitores en el cementerio familiar; coloqué un ramo de flores sobre la piedra del panteón, y no pude evitar llorar al leer el nombre de mis padres, allí enterrados. Armengol me comunicó calladamente que ambos tuvieron una muerte dulce y que no sufrieron. Me alegré de que no hubieran padecido ningún mal que les hubiese causado una muerte dolorosa, pensé mientras acariciaba la lápida, dándoles el último adiós a mis padres, y deseando que el Altísimo los hubiera acogido en su seno. Mi hermano, mirándome con dulzura, me aconsejó que descansara, dijo que me lo merecía tras tantos años de dolor. Se lo agradecí de todo corazón, pero recordé que aún debía realizar la misión que me encomendó un caballero en Chipre, en su lecho de muerte, y que había de cumplir. Se lo comuniqué a Armengol, que me preguntó de qué se trataba. Le expliqué que debía entregar un objeto a los padres de Bernat de Rocabertí, caballero templario, escudero del comendador Guillaume de Beaujeu, que vivían en Maçanet. Mi hermano exclamó que lo conocía perfectamente, que era un pueblo próximo a Cabrenys, en la ladera meridional del Pirineo, en el condado de Ampurias, a donde podía llegar fácilmente en una jornada a caballo.

—Debes descansar un rato, Esteve —me recomendó Ozmán—. Mientras tanto iré a conversar un rato con los oficiales de la puerta.

CAPÍTULO 30

La reliquia

Todo lo que no pueda demostrarse de manera rotunda debe dejarse en entredicho.

ALBERTO MAGNO



— **A**migo nazarí, me encuentro muy descansado y me gustaría proseguir mi confesión.

—Es muy importante la palabra, ser fiel al cumplimiento de una promesa —manifestó Ozmán.

—En efecto, el honor a nuestra palabra nos hace grandes. Pero sigamos en el punto donde nos quedamos.

»Armengol lamentó no poder acompañarme, pues debía ir a Besalú al día siguiente a un encuentro con la comunidad judía de esa población, pero se ofreció a que uno de sus servidores me acompañara. Le di las gracias, pero denegué su ofrecimiento. Le dije que de muy joven ya hice ese recorrido en una ocasión y que tomaría la ruta que llevaba a Puigcerdá, desde Figueres. Mi hermano se mostró de acuerdo, pero me recomendó que llevara un certificado, expedido por él, porque, según expuso, aunque no me hiciera falta siempre venía bien disponer de un salvoconducto firmado por él y sellado con un lacre estampado con el sello de su anillo, que me permitiera cabalgar libremente por todos los dominios de nuestra baronía de Montpalau, indicando además mi condición de noble, médico y caballero templario. Me mostré muy agradecido y le dije que partiría a la mañana siguiente temprano.

—¿Y el objeto que debías entregar? —se interesó Ozmán.

—Lo llevaba guardado a buen recaudo en su caja de madera, dentro de las alforjas del caballo.

»Después de tomar un vaso de leche caliente, con miel, pan recién horneado en la tahona de los bajos del castillo, mermelada de fresa y un puñado de frutos secos, salí en solitario cabalgando hacia el norte. Llegué a Maçanet por la tarde, cuando los últimos rayos del sol doraban las torres y los lienzos de muralla; el puente que

salvaba el río Arnera era realmente armonioso, tal y como me lo había descrito Bernat; en aquel momento lo cruzaban numerosos grupos de ganaderos que regresaban con sus rebaños de ovejas, cabras y vacas a la ciudad, antes del toque de queda y el cierre de las puertas del recinto fuerte; las campanas de la iglesia de San Martín repicaban. Nada más llegar pregunté por la familia Rocabertí y unos campesinos me mostraron la casa, adosada a la muralla. Se trataba de la mansión más grande del pueblo, provista de torreón almenado de remate horizontal y lienzos de muralla. Golpeé la pesada aldaba sobre la gruesa puerta de madera con clavos de hierro. Al cabo de unos instantes, se abrió aquel portalón haciendo chirriar los goznes de sus grandes bisagras, y tras él apareció uno de los servidores, quien, mirándome de arriba abajo, me preguntó que quién era y qué quería. Le expliqué con respeto quién era y le dije que quería ver a los señores de Rocabertí porque tenía que transmitirles un mensaje. Tras una larga espera, que se me hizo eterna, me recibieron dos ancianos adecuadamente vestidos, con buenos modales. Tras las presentaciones, les dije que debía transmitirles un doloroso mensaje. Con gran pena les comuniqué el fallecimiento, hacía pocos meses, en la isla de Chipre, de su hijo Bernat, compañero mío en Tierra Santa, que había sido herido mortalmente en un combate y al que, a pesar de mi condición de médico, no pude hacer nada para salvarle la vida; pero que antes de cerrar sus ojos, me encargó con el mayor cariño que les entregara algo.

—Terrible encargo el que hubiste de cumplir, amigo cristiano —murmuró Ozmán con una gran emoción en su rostro.

—Los padres de Bernat se derrumbaron; uno de los servidores se acercó de inmediato para ayudarles a no caer al suelo desmayados; tardaron unos instantes en recuperarse de aquel vahído ante la dramática noticia recibida, yo también les ayudé a sentarse; pasando unos instantes, me invitaron a que yo también lo hiciera, en un banco de madera próximo al umbral, bajo la luz centelleante de una antorcha. Intentando consolarlos, les hablé de la valentía de su hijo, de lo buen cristiano que fue hasta el último momento, y del amor que demostró siempre hacia ellos, a quienes no cesó de nombrar con el mayor afecto hasta su último suspiro. Jaume y Mercé, los padres de Bernat, siguieron llorando amargamente la pérdida de su querido hijo. Tras mostrarme su agradecimiento, me invitaron a quedarme con ellos los días que deseara. Yo denegué su ofrecimiento, pues debía regresar a Argelaguer y desde allí acudir de inmediato a mi encomienda en Barcelona. Pero antes de partir les hice entrega del estuche que Bernat me había dado para ellos. El anciano, secándose las lágrimas con un pañuelo, me preguntó de qué se trataba. Le expliqué que su hijo había sido el escudero del gran maestro templario Guillaume de Beaujeu, y que este, antes de morir en la ciudad de Acre, le dio una caja a Bernat con el encargo de que la llevase a Besalú en agradecimiento a su contribución en la cruzada, pero como su hijo también falleció días después, me pasó el encargo a mí, como su médico de campaña, y así lo había hecho. El padre de Bernat abrió la caja y quedó extasiado al ver la reliquia, de la que ya te he hablado, amigo Ozmán.

—Sí. Un trozo de la cruz donde fue crucificado Jesús —recordó Ozmán, que seguía mi confesión con el mayor interés.

—Tras unos instantes, el anciano decidió que su familia, los Rocabertí, iban a costear el trabajo de uno de los excelentes orfebres de Girona, alguno de ellos judío, precisó, para que, a la mayor brevedad, hiciera una cruz procesional de plata y oro para custodiar aquel trozo de madera sagrado, y, siguiendo los últimos deseos del gran maestro templario, lo donarían en su nombre a la villa de Besalú, en agradecimiento por la contribución de esta población a las cruzadas. Añadió que un lugar muy adecuado podría ser la iglesia de Sant Vicent, la más antigua de Besalú, y, de ese modo, le harían un justo homenaje a su hijo.

»Los padres de Bernat volvieron a ofrecerme su casa los días que deseara. Acepté quedarme aquella noche y, tras llevar a mi caballo al establo, un criado me condujo a una cámara noble de la primera planta. Había en ella una cama con un artístico dosel; un gran aguamanil de cerámica colgaba de la pared, junto a un espejo de cristal, una ancha vela iluminaba toda la estancia y en un estante varios libros. Uno de ellos hablaba de Alberto Magno, el célebre alquimista alemán, llamado *Doctor universalis*, que fuera maestro de Tomás de Aquino, fiel seguidor de Aristóteles, que se nutrió de los pensamientos filosóficos de la Escuela de Alejandría, árabe y judío, notable estudioso de las ciencias naturales, de la física y de la química... Observando la luna, a través de la estrecha saetera, me acordé de que Alberto Magno estaba convencido de que esta ejercía una notable influencia sobre la obra alquímica. Fue una noche prácticamente en vela, embelesado leyendo una y otra vez todos los capítulos de aquella singular obra. Hacía menos de una hora que el sueño me había vencido, cuando, de golpe, sucedió algo inesperado. Al otro lado de la puerta de mi alcoba gritaban insistentemente: “¡Señor, señor!”. Pregunté qué sucedía y escuché decir a un criado que los señores requerían mi presencia a la mayor brevedad posible. Me vestí rápidamente y al salir de la alcoba un murmullo de gritos y llantos hacía imposible que me enterara de lo que allí ocurría. Pedí explicaciones de aquel revuelo y en ese momento hicieron su aparición en la sala los señores de Rocabertí. Jaume me manifestó muy alterado que se había cometido un asesinato aquella misma noche y requerían mi presencia como médico. Me llevaron hasta el lugar del crimen. El cadáver de una mujer de mediana edad, llamada Anna Puig, que desde pequeña había formado parte del servicio de la casa de los padres de Bernat, yacía frío y estirado sobre la mesa de piedra del jardín exterior. Nadie había visto ni oído nada. Yo examiné el cadáver, pidiendo que llevaran el cuerpo inerte a una sala más discreta, para poderlo analizar mejor. Al cabo de unas horas, emití mi veredicto: la mujer había fallecido hacía unas cinco horas, por haber bebido un preparado a base de trementina, o miera. Los señores de Rocabertí se miraron llenos de asombro y, muy preocupados, me comentaron que hacía unos días le habían encargado a una curandera de aquellas montañas un preparado de esa sustancia, que se obtiene de la resina de los abetos, porque les habían dicho que era eficaz por su carácter diurético. Les confirmé que así

era, pero que tomada en exceso podía causar un paro cardíaco inmediato. El color azulado de la piel, la inflamación de la garganta, quemaduras e irritación en la boca, eran algunos de los síntomas que había advertido en el cadáver, y estaba seguro de que si le hacía una cirugía vería sangre en la orina, a causa de los vómitos y de la insuficiencia renal, y también en las heces. Se mostraron asombrados por mis conocimientos, pero se preguntaban quién pudo haber hecho algo tan atroz en el cuerpo de Anna, una mujer respetuosa y buena, que no tenía enemigo alguno. Intentando aclarar aquel crimen, sugerí que nadie saliera de la casa, y que todos tocaran con las manos un pañuelo limpio y blanco que saqué de mi camisa. Jaime de Rocabertí ordenó que todos hicieran lo que yo había mandado.

—Vuestra vida ha sido una experiencia constante, y, al mismo tiempo, admirable. Pero continuad, contadme qué sucedió después —se interesó Ozmán.

—Durante un largo tiempo, soportando el nerviosismo de una atmósfera llena de tensión, antes de iniciar aquella prueba, uno de los allí presentes se puso muy nervioso, y gruesas gotas de sudor le caían por el rostro. Yo lo advertí y, ante el asombro de todos, me dirigí a él, le tendí el pañuelo y le dije que lo cogiera. El joven, que era un mozo de cuadra, se resistía a hacer lo que le mandaba. En ese momento intentó salir de la estancia, amenazando con un cuchillo a los allí presentes, pero los guardias no tardaron en reducirle y apresarle. Yo le obligué a que mostrase la palma de las manos abiertas, y enseguida pude ver un marcado color amarillento en ellas; además, el olor a trementina era inconfundible. Dirigiéndome a los presentes les informé de que ahí estaba la prueba de su culpabilidad. Fuera de sí, Jaime le gritó que sería castigado por ello, que sería colgado de un árbol, pero antes debía confesar quién le había mandado hacer aquella barbaridad y por qué lo había hecho. Abrumado, y quizás esperando el perdón, aquel infeliz confesó que el veneno iba dirigido al señor, pero que Anna lo descubrió cuando iba a echarlo en su comida. Forcejearon y le dio un fuerte golpe en el estómago a la mujer, que quedó inconsciente, y él aprovechó para verterle parte del líquido en la garganta. Añadió entre sollozos que ella cayó inmediatamente al suelo sin conocimiento, echando espuma por la boca.

»Un murmullo incesante se escuchó en aquella estancia; sin embargo, nadie se atrevía a decir nada ante aquel cobarde crimen. Y la voz grave del señor de la casa volvió a dirigirse al criminal increpándole para que dijera quién le había ordenado hacerlo, y que si no hablaba sus verdugos le sacarían hasta la última palabra a golpe de latigazos, en las mazmorras, antes de colgarlo de un árbol. Tras un silencio sepulcral, aquel desdichado joven decidió hablar, mientras una mancha de orina inundaba sus pantalones. Sin mirar a la cara a su señor, confesó que había una familia interesada en sus tierras de pastos que le había pagado mucho dinero para que lo matara, y habiéndose enterado de que en la casa había trementina, que habían pedido a una curandera, planeó envenenarle la comida sin levantar demasiadas sospechas. Asintiendo lentamente con la cabeza, Jaime afirmó que ya sabía que algunas familias

de la comarca deseaban quedarse con sus tierras para que pastasen sus ganados. Con gran rabia instó al asesino a que le diera los nombres de los instigadores del crimen. Este mantenía la boca cerrada, hasta que uno de los soldados amagó con tal fiereza un golpe de espada sobre su cabeza que el mozo terminó por delatar a los señores del Castell de Cabrera. El señor de Rocabertí exclamó indignado que se lo imaginaba, que hacía tiempo que se interesaban por sus tierras altas para sus pastos, pero que no había podido sospechar hasta qué punto llegaba su ambición. No se conformaban con matar algunas de sus ovejas y cabras. Viéndolo tan alterado, le aconsejé que no se tomara la justicia por su mano, ya que eso podría desembocar en una masacre entre la población. Le dije que hablaría con el comendador de la cercana encomienda de Aiguaviva, frey Joaquim Mateu, hombre muy justo a quien conocí en Barcelona, para que lo resolviera. Consintió en que así se hiciera, ya que había sido yo quien había resuelto aquel desagradable asunto. Me interesé por el destino del mozo y me informó que, ya que había confesado, solo sufriría encarcelamiento en las mazmorras del castillo durante un par de años, permaneciendo a pan y agua. Enterado el joven de su nuevo destino, se arrodilló ante su señor, profundamente apesadumbrado por lo que había hecho, y besándole las manos le dio mil gracias; instantes después fue llevado a la prisión, cargado de grilletes.

El Mal de los Ardientes

Enfermedad epidémica que hizo grandes estragos desde el siglo X al XVI, que consistía en una especie de gangrena precedida y acompañada de ardor abrasador.



— **T**ras una jornada a caballo, volví a mi querida Argelaguer, aunque, muy a mi pesar, era consciente de que no iba a ser una estancia muy larga.

—Descríbeme tu casa natal, amigo cristiano —pidió Ozmán.

—Durante unos días permanecí en el castillo familiar. Por mi condición de caballero templario, y por lo que había estudiado en la encomienda de Barcelona, no tardé en comprobar que el emplazamiento de la fortaleza había sido muy bien escogido; se edificó sobre la estratégica colina que acecha la confluencia de los ríos Llierca y Fluvià. Se edificó antes de 1220, cuando mi abuela, Alamanda de Sales, donó generosamente a la capilla del castillo los diezmos de varias parroquias, para mantener en ella el culto a Santa María Magdalena. Era una sólida fortaleza formada por un recinto amurallado donde se alzaba una torre cuadrada con una puerta abierta, en arco apuntado, a más de trece codos de altura en la fachada de levante. Cerca, la capilla de Santa Magdalena, levantada sobre un punto de energía de gran intensidad telúrica, se componía de la acostumbrada nave rectangular, cubierta con bóveda en semicírculo algo apuntado y rematada con un ábside característico de las iglesias de la comarca. En torno a la fortificación, tomó forma un distrito señorial totalmente nuevo, segregado del término del castillo de Sales que había señoreado la zona desde el siglo XI. Argelaguer era la principal población de la baronía de los Montpalau, una pequeña agrupación de casas alrededor de la iglesia de Santa María, que constituía un alodio de poca importancia. Esta iglesia poseía un vistoso ábside semicircular y un lienzo de pared de obra románica. También era del mismo estilo la capilla de Santa María de Guilar, originariamente de Aguilar, separada del núcleo de Argelaguer por el sinuoso curso del río Fluvià. Este templo fue construido hacia el año 1210, sobre una elevación que domina la llanura fluvial como capilla de la casa señorial de Albis, de bella factura.

»Me hallaba preparándome para mi regreso a la Ciudad Condal, cuando uno de

los servidores de mi hermano vino jadeando. Le pregunté qué sucedía y me contestó que lo enviaba mi hermano para que lo acompañara de inmediato al molino de Llierca, donde había una persona muy enferma. Cogí el maletín con el instrumental necesario para una cura de urgencia y nos dirigimos al lugar que me indicaba el sirviente, y que yo conocía muy bien. El molino de nuestra familia se encontraba a orillas del río Llierca, entre Mieres y Sant Aniol, debajo de la amplia arcada del puente de piedra. Hacía mucho tiempo que no iba a aquel lugar, y fue muy agradable evocar algunos recuerdos de mi infancia, cuando, de pequeño, participaba en las moliendas para hacer la harina, y muchas veces nos entreteníamos haciendo bolas y figuras con la masa, lo que conllevaba alguna que otra regañina. Sin embargo, en aquella ocasión las circunstancias eran muy diferentes. Mi hermano, acompañado de otras personas, ya me aguardaba en la puerta del molino; su rostro transmitía una gran preocupación. Le pregunté qué había sucedido y me contó, muy alterado, que esa mañana habían encontrado a Simón, el molinero, echado sobre unos sacos de harina gritando de dolor. Me dirigí a verle enseguida. Lo habían llevado a la habitación donde vivía, al lado del molino; según me iba informando Armengol mientras nos acercábamos al lugar, se encontraba un poco más tranquilo, pero parecía preocupante porque no había dejado de decir cosas extrañas, y se quejaba de fuertes dolores de estómago.

»No tardé en llegar a la alcoba, donde, desde hacía muchos años, vivía aquel buen hombre; era el molinero de la familia; Simón estaba soltero, y era un hombre fiel y honrado. Al instante comprendí el mal que padecía, y entonces la preocupación fue para mí. Simón padecía *ignis sacer*, conocido como fuego sagrado o mal de los ardientes; se trataba de una grave enfermedad que se manifestaba en forma de un ardor abrasador en el interior del cuerpo del enfermo, como síntoma previo a una gangrena. Tenía que hacer lo posible para no tener que amputarle ningún miembro. Le dije a mi hermano que iba a aplicar dos formas distintas de curación: la primera con la Tau, y para ello pedí que me prepararan una cruz sin cúspide, con dos maderas; y luego pedí un mendrugo de pan recién elaborado con harina de trigo empapado en vino. Armengol, un tanto extrañado, se dirigió a sus servidores y les pidió que hicieran lo que yo mandaba. Mientras tanto, con paños de agua fresca traída del río, fui sosegando a Simón que, entre convulsiones, no paraba de decir palabras sin sentido, mientras se quejaba de dolores abdominales. Cuando le vi un poco más tranquilo, le pregunté si había ingerido algo últimamente que pudiera haberle sentado mal. Después de pensarlo un rato, contestó que un día antes había pasado cerca del molino un grupo de peregrinos, que hablaban una lengua muy extraña, que iban a Compostela después de haber atravesado los altos puertos del Pirineo, y le ofrecieron un pan diferente, que no tenía muy buen aspecto, pero por no despreciárselo se lo comió. Le dije que el pan que había comido estaba elaborado con harina de centeno, contaminada por unos hongos parásitos que le habían provocado aquel terrible mal. Para tranquilizarlo le dije que como solo lo había consumido en una ocasión, era

probable que no se hubiera extendido por su organismo.

»Al cabo de un rato me trajeron cuanto les había pedido y me dispuse a practicar la curación espiritual, pasando sobre sus partes más dañadas el crucifijo en forma de T. Después, le hice ingerir el pan empapado en vino, que él comió con medida, y luego descansó. Advertí a los encargados de cuidarle que Simón debía descansar una temporada en su casa del molino, que había sido su hogar desde siempre, pero que debería estar acompañado por un servidor que, además de realizar las actividades que se hacían en el molino, debería cuidar del enfermo hasta que este se encontrara plenamente recuperado. También recomendé que en su dieta no faltara pan de trigo, que bebiera líquidos (sopas, frutas, agua...) y que guardara reposo absoluto. Les hice saber que el mal que tenía se había convertido en una epidemia, y su curación iba a requerir mucho tiempo, y les advertí que no dejaran entrar a ningún extraño, y menos aún que tomara alimentos que contuvieran centeno. Cuando abandonábamos aquel cuarto dejando al pobre Simón descansando, Armengol, muy preocupado, me preguntó cómo se producía aquel mal. Le expliqué que el culpable era un hongo, el *Claviceps purpurea*, que se desarrollaba, sobre todo en los años húmedos, en las espigas del centeno, y cuyas terribles infecciones, que desde finales del siglo XI se habían llevado a la tumba a centenares de personas de toda Europa, coincidían con los momentos de la elaboración del pan preparado con los “cuernos” del centeno. Recordé que había visto en algunos centros hospitalarios numerosos miembros amputados a enfermos afectados por el fuego sagrado, también conocido como Mal de los Ardientes, Fuego Infernal o Fuego de San Antón. Le expliqué también que la *ignis sacer* era, en definitiva, la enfermedad de los pobres, y por ello los que padecían esa enfermedad portaban un bastón en forma de T, que se correspondía con la letra griega *Tau*, símbolo de la Orden de San Antón y que solían llevar cosida, grabada en rojo sobre la túnica negra, los monjes de esa Orden. Concluí que se había demostrado que el pan de trigo curaba a esos enfermos. Armengol y los allí presentes se alegraron al saber que Simón se iba a curar y no perdería ninguno de sus miembros.

—Como creo que ya sabéis, amigo cristiano, en Granada no se conoce ese terrible mal debido a que aquí comemos pan ácimo de trigo —aclaró Ozmán.

—Una costumbre muy saludable, amigo Ozmán, pero prosigo. Al día siguiente, un escudero templario llegó exhausto portando un mensaje para mí. Salí a atenderlo y me entregó un documento, con el sello del Temple, que me enviaba, según me dijo el jinete, el comendador de Barcelona. Recogí aquel documento, que llevaba grabada la cruz de las ocho beatitudes, por el cual se me comunicaba que debía de reincorporarme a la encomienda de Barcelona sin demora. Me intranquilizó pensar qué sería lo que requería tanta urgencia. Le di las gracias al escudero y mandé que le dieran de comer y beber a él y a su caballo y que los alojaran durante aquella noche. Le dije que partiríamos a la mañana siguiente, con el alba, a la Ciudad Condal.

»Aquella noche, mientras cenábamos, comuniqué a mi familia que tenía que marcharme a la mañana siguiente, de inmediato, porque requerían mi presencia en la

encomienda de la Ciudad Condal. Mi hermano y su esposa, mirándome con afecto, lamentaron que tuviera que irme tan pronto. Les prometí que volvería a la mayor brevedad a verlos y estaría más tiempo con ellos.

CAPÍTULO 32

La cultura del azafrán

La mañana tiene color de azafrán.

HOMERO, *La Odisea*



— **D**espués de tres largas jornadas a caballo, haciendo altos en albergues templarios, llegamos a la Ciudad Condal. Allí, me presenté inmediatamente ante el comendador de la casa del Temple de Barcelona. Tras unos breves saludos, me encargó una misión urgente: debía partir de inmediato hacia Miravet, población cercana a la ciudad de Tortosa, para incorporarme a dicha encomienda, la más importante de las Tierras del Ebro. Tenía que presentarme al maestre provincial Berenguer de Cardona, que era, al mismo tiempo, el comendador de la encomienda de Miravet, y sustituir al médico, fallecido hacía pocos días en extrañas circunstancias. El comendador me comunicó que mi labor en aquel lugar era del todo necesaria. Le dije que partiría de inmediato, y añadí que estaba ansioso por conocer Miravet. El comendador me proporcionó los salvoconductos necesarios para el viaje y me hizo saber que haría noche en Les Juncoses y en Vallfogona de Riucorb, en cuyas encomiendas ya me estaban esperando. Añadió que iría acompañado por el sargento Hugo Bertrán, que conocía muy bien aquellas tierras del mediodía de Cataluña.

»Llegamos a Gélida, pequeña localidad al sur del condado de Barcelona, cerca de Vilafranca del Penedés. Les Juncoses estaba dedicada a santa María Magdalena, y a la compañera de Cristo se le dedicó la ermita del Puig, que coronaba una colina, desde donde se podía admirar perfectamente el sector meridional de la montaña sagrada de Montserrat; la encomienda no era muy extensa, y en ella los templarios se dedicaban al cultivo de la vid, siendo maestros de las artes de la vinificación, verdaderos *pater vinarias*; en el refectorio, y también en el *celler* de la encomienda, pudimos disfrutar de unos excelentes caldos de uva blanca, de la variedad garnacha, que acompañaban muy bien las ensaladas, el pescado y el marisco. Luego, dejando a nuestra izquierda de marcha la población de Igualada y el castillo de Claramunt, pasamos por el pequeño núcleo de Bellprat. Hugo, el sargento, lleno de júbilo, me

propuso que parásemos allí a descansar. Me explicó que guardaba gratos recuerdos de aquel lugar, porque allí había nacido y había vivido sus primeros años. Me pareció bien, pues tenía el trasero hecho polvo. Y además repondrían fuerzas los caballos. Saludamos a un grupo de vecinos, que estaban conversando en una plazoleta cerca de los lavaderos, y allí llamó mi atención algo sorprendente: todos tenían las yemas de los dedos de color púrpura. Con la mayor curiosidad le pregunté a mi compañero a qué se debía y Hugo me informó de que la mayoría de las familias se dedicaban al cultivo del azafrán; y era ahora, a comienzos del otoño, cuando se llevaba a cabo la recogida de la flor, que debía hacerse al amanecer, antes de que el sol alcanzara su cénit y sus pétalos se marchitaran. Le pregunté que cómo era que sabía tanto de aquella planta, y me dijo que de pequeño él también participaba en aquella labor, y que aún recordaba los fuertes dolores de espalda que le producía el trabajo al tener que permanecer agachado durante horas y horas, en compañía de sus padres. Al interesarme por ellos, me contó que habían fallecido hacía muchos años a manos de unos asaltantes que les robaron la canasta de mimbre con el azafrán recién recogido de los celemines, que me dijo eran pequeñas parcelas de cultivo. Con gran pesar siguió recordando que, tras asesinar a sus padres, aquellos criminales fueron a su casa y se llevaron el recipiente en donde guardaban la ionona, la sustancia de color violeta obtenida de las rosas del azafrán para hacer esencia de perfume, y luego destruyeron toda la casa. Al decir esto Hugo no pudo evitar las lágrimas. Me confesó que, ante aquella tragedia, y habiéndose quedado completamente solo, pues era hijo único, se propuso luchar contra las injusticias y el caos, haciéndose templario. Con el mayor afecto, intenté consolarlo diciéndole que era un hombre de honor, y que sus padres estarían con el Altísimo sintiéndose muy orgullosos de él.

»Nos sentamos en un banco de piedra, junto a una fuente de agua fresca y cristalina, mientras los caballos pastaban plácidamente en un prado cercano y saciaban su sed en un riachuelo. Me ofrecí a revelarle algunas propiedades sobre el azafrán, aunque supuse que ya lo sabía todo sobre esa planta. Él me confesó que los únicos conocimientos que tenía sobre él se debían a las experiencias adquiridas en las tierras de cultivo, cuando era joven, y por haber oído algunos comentarios a su familia, pero que no sabía nada sobre sus virtudes. Yo, que lo había utilizado algunas veces para curar determinadas enfermedades, le comenté que, como bien sabía, debido a su elevado precio solo estaba al alcance de los enfermos nobles y con cierta influencia que podían costárselo. Lo puse al corriente de las infinitas cualidades de esa planta para la salud del ser humano que habían podido demostrarse, como eran estimular el apetito, favorecer la digestión, combatir la tos y la bronquitis, mitigar los cólicos y el insomnio, calmar el desasosiego infantil, especialmente en los problemas de la dentición, frotando las encías con infusión de azafrán, favorecer la expulsión de gases acumulados, favorecer la menstruación, y también resultaba del todo eficaz para combatir los trastornos nerviosos y espasmódicos. Hugo se mostró impresionado por mis conocimientos sobre el azafrán y sus infinitas virtudes beneficiosas para las

personas. Me dijo que solo podía añadir a todo lo que yo había dicho que las familias que vivían del cultivo del azafrán, eran más longevas. Le dije que no se equivocaba. Recordé que Tésalo, médico griego de la antigüedad, afirmó que la virtud del azafrán era madurativa, modificativa y un tanto atípica. Añadió que provocaba la orina, y confería un buen color al rostro. Si se mezclaba con vino, impedía la embriaguez, y mezclado con leche, reprimía el humor que destilaban los ojos. Hugo me preguntó que en qué tratamiento utilizaba más el azafrán en el hospital de Vic. Le respondí que principalmente en el *morbo gaèlico*, aunque también en las enfermedades del corazón; pero que no había que abusar de su consumo, porque, en grandes dosis, hacía perder el apetito en los pacientes.

»Mientras paseábamos por Bellprat, Hugo siguió hablando del proceso de recolección del azafrán. Me contó que en la fase final de su manipulación, conocida como monda o esbrinado, consistente en la extracción de los estigmas de la flor, llamada rosa del azafrán, se llevaba a cabo el tueste a fuego lento para eliminar la humedad de las finas hebras, y que en ese proceso se perdía un ochenta por ciento de su peso. Comprendí entonces el porqué del elevado precio de aquella especia en el mercado. No era nada extraño que el azafrán valiera su precio en oro, y que una libra costase lo mismo que un caballo. Hugo, que escuchaba con mucho interés mis comentarios, apostilló que, según él recordaba, el azafrán de aquellas tierras era de gran calidad, y las familias recolectoras lo vendían a los judíos de Santa Coloma de Queralt para que ellos lo comercializaran, y que estos habían alcanzado tanto poder que incluso habían monopolizado el precio de esta especia en todos los puertos del Mediterráneo.

»Me llamó la atención que hubiera tan pocas personas por las calles. Se lo comenté a Hugo con cierta extrañeza, y él me aclaró que, cuando caía la tarde, todas las familias que vivían del azafrán cerraban sus puertas y se reunían en torno a una mesa, y allí pasaban largas horas, llevando a cabo la separación de las valiosas hebras del resto de la flor recolectada a primera hora de la mañana en los campos de cultivo. Recordó aquellas silenciosas noches que, en compañía de sus padres, en torno a una mesa redonda próxima a la chimenea, participaba en la monda de las rosas de azafrán, una labor colectiva que incentivaba la relación humana de vida familiar. Presumí entonces que aquella actividad seguía vigente en Bellprat.

—En algunos lugares de nuestras Alpujarras se sigue cultivando azafrán, pero en pequeñas parcelas, lo suficiente para abastecer nuestros zocos del reino granadino — apostilló Ozmán.

—Después de pasar por la puerta de la casa en donde nació Hugo, entonces propiedad de otra familia, seguimos cabalgando hacia el sur. No tardamos en llegar a Santa Coloma de Queralt, donde nos llamó la atención su poderoso recinto amurallado, así como sus puertas fuertes, sus recogidas plazas, la abundancia de agua y el hospital, un centro asistencial construido por la influyente familia Bell-lloch, señores del lugar, y sufragado por la judería. Su ermita, a las afueras del recinto

amurallado, era el panteón familiar. Pregunté por sus célebres médicos, pero me dijeron que todos estaban atendiendo a personajes de la nobleza y también a reyes y emperadores. Proseguimos nuestro viaje a través del camino de sirga que sigue paralelo al sinuoso curso del río Corb y llegamos, ya con la luz de las estrellas, a Vallfogona de Riucorb, al sur de la Segarra, en medio de un espeso bosque de árboles de ribera dentro de un valle de gran belleza. En Vallfogona había una floreciente encomienda templaria, conocida por su excelente trigo, del que se obtenía un exquisito pan, y por su miel; además de unas aguas curativas de muchos males del aparato digestivo, que brotaba en el manantial de Font Gran, cerca del río. Las gentes de aquel lugar, según pude ver, eran muy longevas, y no conocían males del riñón.

—Recuerdo que mi padre, Ali Abi-l-Ulá, me habló muy bien de ese lugar, porque encabezó una partida de jinetes nazaríes que, a iniciativa de los templarios, se organizó en aquella zona del condado de Barcelona, para enseñar a los cristianos a cabalgar a pelo, además de desprenderse de las pesadas armaduras, que impiden al caballo una carrera limpia —explicó Ozmán, con cierta nostalgia.

—No conocía ese episodio. Pero continuaré con mi relato. Dos jornadas más tarde llegábamos al caudaloso río Ebro, cuya corriente seguimos por el camino paralelo de la orilla izquierda hasta llegar a Miravet.

—¿Quién no ha oído hablar de Miravet? —exclamó Ozmán.

CAPÍTULO 33

La fortaleza del Ebro

El castillo de Miravet tuvo una guarnición siempre numerosa, porque sus templarios eran los principales guardianes de la frontera con el reino musulmán de Valencia.

JUAN GARCÍA ATIENZA,
Los enclaves templarios



— **M**iravet se convirtió en casi un espejismo, con la fortaleza aérea dominando la zona más elevada. Lo primero que me sorprendió de aquella comarca regada por el río Ebro fue el clima, mucho más benigno que el propio de mis entrañables bosques y montañas de la Garrotxa que me vieron nacer. El sol lo iluminaba todo; las casas, en muchos casos, carecían de tejado, que era sustituido por una agradable terraza abierta, señal de que no abundaban las lluvias, y eso, como es natural, influía en el carácter de las gentes, mucho más abiertas y dadas al diálogo. Era muy habitual encontrar un banco corrido en las calles, bajo los soportales, que invitaba al encuentro para compartir una conversación a media tarde, tras la jornada laboral. De inmediato me condujeron al castillo superior. Miravet era la más poderosa encomienda templaria en las tierras del sur de Cataluña regadas por el río Ebro. Era una impresionante fortaleza que se alzaba sobre una colina, a unas sesenta varas de altura sobre el río, rodeada por tres recintos de muralla, el más exterior colgando sus elevadas y puntiagudas almenas sobre las paredes de roca del abismo del acantilado fluvial. Daba vértigo asomarse a la verticalidad de aquellos muros pétreos que se confundían con el color rojizo y amarillento de la montaña, y que, desde el lecho del río, impresionaba ver duplicados en las azuladas aguas del Ebro. En el centro de toda aquella ciudadela, había un patio de armas rectangular, al fondo del cual arrancaba una escalinata que conducía directamente a la iglesia. Y al lado derecho de la puerta principal, antes de llegar a las caballerizas superiores, la capilla de San Miguel Arcángel, donde se hallaba en aquel momento el comendador, ante cuya presencia me condujo un escudero. Berenguer de Cardona, un hombre que transmitía mucha sabiduría y humildad, manifestó alegrarse de que hubiera llegado bien. Le dije al estimado frater que había salido de la Ciudad

Condal tan pronto como me comunicaron la necesidad de mi presencia allí. Agradeció la rapidez de mi llegada y me deseó una feliz estancia en Miravet. Añadió que había oído hablar muy bien de mis conocimientos médicos, y por ello había solicitado con urgencia que fuera yo la persona que reemplazara al anterior médico de aquella encomienda. Le di las gracias y, tras manifestarle que procuraría servir con mi modesta ciencia al bienestar de las gentes, pregunté qué le había ocurrido a mi antecesor. El rostro del comendador no pudo disimular entonces su pesadumbre. Sobrecogido me explicó que frey Francesc Morell fue asesinado hacía unos diez días, mientras atendía a unos agricultores afectados de fiebres, en Camposines, cerca de La Fatarella. Supuse que los ejecutores habrían sido unos bandidos, y así se lo dije al comendador, pero él me sacó de mi error diciendo que los asesinos eran sicarios de los Entença. Ante mi extrañeza, me reveló que se trataba de una familia noble de Mora d'Ebre que sabotaba todo lo que estuviera relacionado con el Temple. Les molestaba el tráfico que, a diario, se llevaba a cabo por el río Ebro, a pesar de que era en beneficio del comercio de todos los pueblos y gentes de aquellas tierras ribereñas. Ellos querían tener el derecho de portazgo por el río, en beneficio propio. Aquella poderosa familia, que unía sus fuerzas en ocasiones a los Montcada, engañando incluso al rey, aprovechaban la menor oportunidad para atacarlos, mientras la corona no hacía nada por resolver aquellas absurdas rivalidades. «¿Y la Iglesia, que papel hace?», le pregunté. Él respondió, con un tono de desengaño, que ya conocíamos todos la postura de la Iglesia desde la redacción de la Bula *Omne Datum Optimum*, aprobada por el pontífice Inocencio II, el 29 de marzo de 1139, a petición de nuestro gran maestro Robert de Craon, que significaba el nacimiento de la Carta Magna de la Orden del Temple. También yo conocía aquel documento, le dije al comendador, y añadí que en él el Santo Padre liberaba al Temple de toda sujeción a la autoridad eclesiástica, excepto la del Papa. Berenguer, con cierta sorna, explicó que aquel documento también puso muy nerviosas a las otras órdenes religiosas, que tenían que acatar la autoridad de los obispos, y que el Temple, desde entonces, había tenido la libertad de moverse en solitario, pero también la necesidad de vivir con la mayor incertidumbre y dormir con un ojo abierto. Pensé que debería tener mucho cuidado en mis desplazamientos por los pueblos y aldeas dependientes de Miravet. El comendador pareció leerme el pensamiento y me prometió que estaría siempre protegido por un soldado, que me asignaría una persona de confianza. Luego, comentó bajando la voz que al día siguiente debía atender la visita de un caballero *assasins*, que había llegado a Miravet expresamente desde Tierra Santa. Al manifestar yo que conocía muy bien esa Orden religioso-militar, me pidió con sumo interés que le hablara sobre esa organización, de la que no tenía mucha información. Comencé entonces a explicarle que fue durante mi estancia en Tierra Santa, cuando conocí a algunos caballeros de esa Orden, nacida en 1090, creada a iniciativa de su primer *Dheik el Yebel* (Gran Maestro), al instalarse en el castillo de Alamut, al norte de Siria, donde reunió una inmensa biblioteca, la mayor de Oriente. Le detallé que sus

caballeros vestían como nosotros, de blanco y rojo, y utilizaban también como simbolismo el número nueve, y que su estructura jerárquica era similar a la nuestra: Gran Maestro, maestros provinciales, caballeros, sargentos, escuderos, hermanos, servidores, etc., y añadí que eran personas de honor, que siempre habían estado próximas al Temple. Tras mi explicación, Berenguer de Cardona dedujo que yo tenía en gran estima a los *assasins*, y entonces me confesó que él también respetaba sus ideales religiosos sociales y culturales, aunque no profesaran la fe en Cristo, sentenció. Me retiré de aquella sagrada estancia, sin darle la espalda al comendador, bajo la dulce mirada de la figura de un san Miguel portando una báscula, que también me daba la bienvenida, al tiempo que experimentaba la psicostasis, o el pesaje de las almas.

—Pero háblame, amigo Esteve, de Miravet, me gustaría visitar algún día esa población, de la que tan bien me han hablado —se interesó el general nazarí.

—Miravet tiene todo cuanto una persona pueda desear en este mundo. Abajo, a nivel del río, un pueblo abierto al respeto y tolerancia de las tres culturas y religiones; los musulmanes, además de expertos en la agricultura, se dedicaban a la alfarería, y elaboraban en hornos de cocción a elevadas temperaturas extraordinarias piezas de cerámica vidriada de tonalidades frías. Mientras que la comunidad judía, además de financiar económicamente con préstamos, eran hábiles orfebres, y también había algunos galenos. Y los cristianos hacían su vida normal. Me llamó la atención que muchas de las viviendas estuvieran pintadas de color azul añil, que luego me dijeron que era una tonalidad contra el mal de ojo.

—¿Y dónde residía la comunidad musulmana? —preguntó Ozmán.

—Creo recordar que vivían en el arrabal *dels Exarics*, cuyas casas también estaban pintadas de color azul, especialmente los marcos de puertas y ventanas y el intradós; sus miembros eran afamados agricultores, y vivían además de la pesca en el río y de la alfarería, amigo Ozmán. Y he de añadir que, como responsable de medicina en la encomienda, atendí y curé por un igual a familias de estos tres colectivos, sin percibir nada a cambio, como establece la Orden. También eran gratuitas las clases impartidas en el colegio del Temple, dirigidas por una dama.

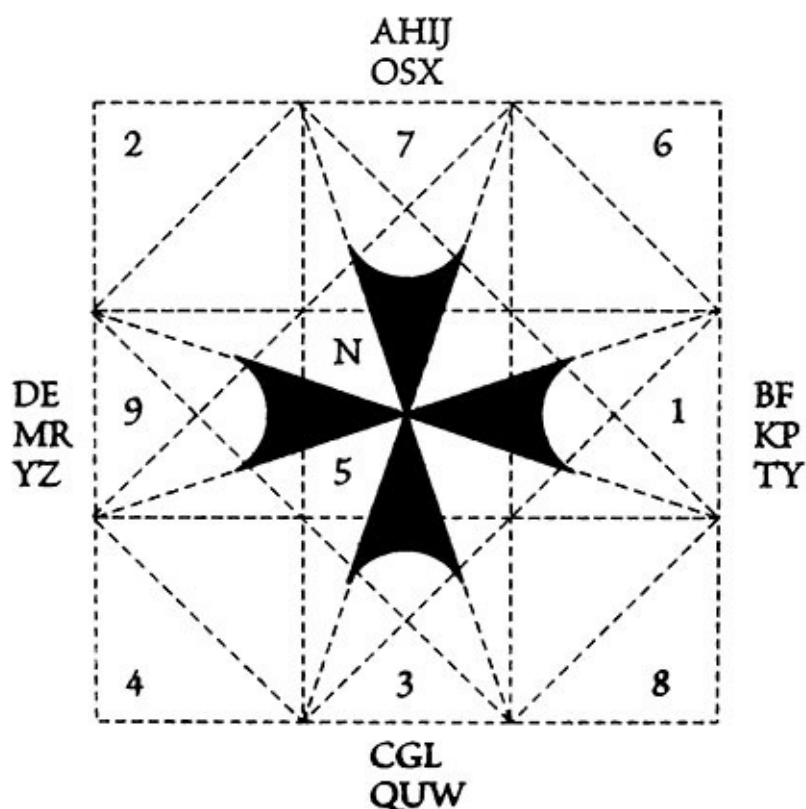
—¿Una mujer dando clases? —se extrañó el nazarí.

—Sí, amigo mío. Las mujeres —damas— del Temple desempeñan un papel destacado dentro de la organización de la Orden, socorriendo en los hospitales, como buenas enfermeras, o bien transmitiendo los pilares del conocimiento a los alumnos en colegios públicos de enseñanza gratuita; y en muchos casos, en una misma clase se encuentran jóvenes de las tres culturas. Porque el Temple no diferencia ni clases sociales, ni credos religiosos.

—Esa tolerancia es la que hace más grande a tu Orden, y que yo, aunque musulmán, admiro y respeto —manifestó con la mayor sinceridad el nazarí—. Pero sigue contándome.

—Durante un tiempo, aquellas jornadas en Miravet fueron de lo más

enriquecedoras. Entablé amistad con frey Guillem, quien entonces estaba concentrado en la lectura del Tratado de Medicina de Gérard de Cremona, uno de los traductores más prolíficos de la Escuela de Toledo, manuscrito que sería traducido al griego y al latín desde el árabe. El mago también me informó de algunos de los conceptos que más despertaban mi interés, como la singular estrella de ocho puntas que advertí en el pecho del comendador templario de Barcelona. Frey Guillem me explicó que se trataba de la Cruz de las Ocho Beatitudes, una estructura cruciforme de ocho puntas, dos por cada brazo de una cruz griega de aspas iguales, en la que se basaba un alfabeto secreto que empleábamos los templarios para dar cuenta cabal y críptica de nuestras transacciones comerciales, así como de determinados mensajes confidenciales. Las letras de este alfabeto, dijo, estaban representadas por ángulos y puntos determinados por la estructura misma de la cruz y podían ser leídos mediante un módulo en forma de medalla que llevaban algunos comendadores colgado del cuello. Recordé que el comendador de la Ciudad Condal llevaba esa medalla, pero, sin embargo, en Tierra Santa no había visto ninguna similar.



»Según el mago, la cruz de las Ocho Beatitudes era un código secreto característico de los templarios de la península Ibérica; por ello, vería muy pocas fuera de nuestras tierras. Además, amplió el mago, cada extremo de la cruz se correspondía con una beatitud: poseer el contenido espiritual; vivir sin malicia; llorar los pecados; humillarse al ser ultrajados; amar la justicia; ser misericordiosos; ser sinceros y limpios de corazón, y sufrir con paciencia las persecuciones. También,

dijo, era importante que conociera algo sobre la Regla Secreta. Yo no daba crédito a cuanto estaba escuchando, pues, a pesar de ser caballero templario desconocía el significado de aquella singular cruz, que, había observado, también estaba grabada en el pomo del bastón de mando del mago, llamado abacote, y que él solía llevar siempre como báculo, especialmente en las celebraciones de las ceremonias secretas.

—¿La Regla Secreta? —exclamó Ozmán.

—Sí, ya te puedo hablar de ello, puesto que nuestra querida organización fue suprimida hace siete años, y solo un lustro de la muerte en la hoguera de nuestro último gran maestro, Jacques Bernard de Molay, por lo tanto, puedo explicarte algunas cuestiones, si son de tu interés.

—Estoy del todo interesado —repuso el general nazarí.

—Bien, te diré que la Orden del Temple se basaba en dos doctrinas, una para el restringido número de sus nobles fieles, y otra, de condición católica-romana, para el círculo exterior. Y dos niveles, una minoría esotérica dirigente, y una mayoría exotérica guerrera y de servidores. Se trataba, por todo ello, de la más perfecta organización posible de la humanidad, formada por el campesino, encargado de alimentar, el artesano, que creaba las herramientas, el comerciante, que las distribuía, y el guerrero guardián de los bienes, pero que a cuya posesión no tenía acceso.

—Esa organización es la más perfecta para que la sociedad alcance el equilibrio general; lamento que haya desaparecido —se lamentó Ozmán.

—Los templarios no hemos dejado nunca que saliera a la luz ninguna de las verdades que sosteníamos. Solo hemos propagado ideas de carácter social y político basadas en la solidaridad y el compañerismo entre los hombres. Nuestra actividad colectiva estaba basada en tres funciones esenciales: enseñanza, justicia y economía. Los templarios civilizamos el mundo occidental, convertimos a los siervos en servidores y a los nobles en caballeros...

—¿Y los nuevos caballeros recibían el bautismo militar en la torre del homenaje? —se interesó el nazarí.

—¡No! En los castillos templarios no hay torre del homenaje; el ritual de la vela de armas se llevaba a cabo en las criptas de iniciación, y durante el equinoccio de primavera, el 21 de marzo, siguiendo los ritos establecidos. En otros lugares, como en la localidad de Bordón, en el Maestrazgo, era en el interior de la torre del campanario de la iglesia parroquial, encima mismo de la capilla dedicada a San Miguel Arcángel, donde el postulante a caballero, en el mayor de los aislamientos físicos y la más completa oscuridad, bajo una crujía decorada con la cruz de ocho beatitudes, debía superar sus miedos y ver el nacimiento del astro solar de la jornada siguiente sin haber juntado sus párpados. Ya te he contado cómo fue mi investidura y superación de las pruebas como caballero del Temple que realicé en la encomienda de la Ciudad Condal.

—Con todos estos conceptos tan valiosos para el buen equilibrio de la sociedad, no entiendo por qué os persiguieron y condenaron a la hoguera —exclamó extrañado

Ozmán.

—Nuestro pecado no fue la riqueza, aunque siempre ha supuesto un lastre por las envidias que generaron en el seno de la sociedad, en general, y especialmente dentro de la monarquía francesa, sino el conocimiento que fuimos alcanzando, fruto de las vivencias que experimentamos, primero en Tierra Santa, y después en el mundo occidental, y que con el mayor secretismo desarrollaron los magos. Una ciencia que superaba ampliamente a los conceptos del cristianismo y del todo desconocida por las autoridades de la Iglesia oficial, y, como pude comprobar después de lo aprendido en Miravet, también para mí. Miravet era la encomienda más importante del sur de Cataluña; tanto que en su interior fijó su residencia el primer maestre provincial templario de Cataluña y Provenza, Pere de Rovira, siendo su primer comendador Guillén de Berard. Y fue tan querida esta fortaleza por el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, que en ella dejó como recuerdo suyo un ejemplar de las Sagradas Escrituras y su propia lanza, con todo el significado simbólico que tales objetos tienen en el lenguaje tradicional templario.

LAMINA I



*Lápida templaria encontrada en las salinas de la Malahá,
en la Vega de Granada. Foto: Maurici Arderiu.*

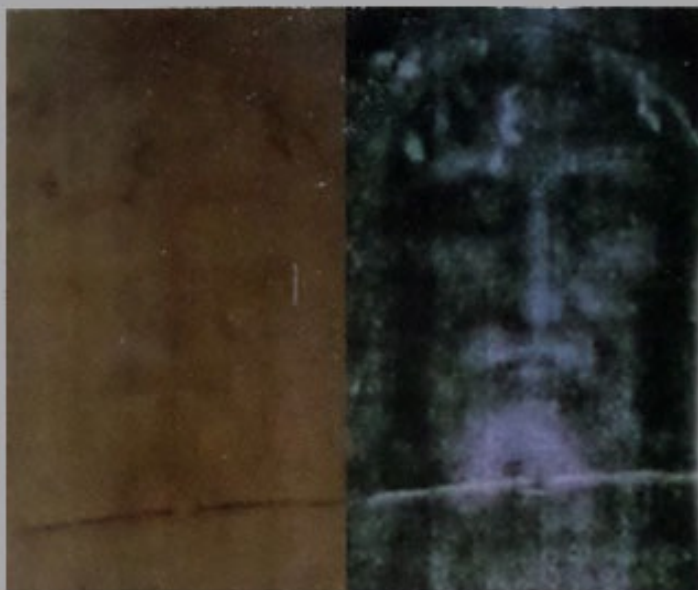
LAMINA II



Escudo de la corona de Aragón.

La capilla de Santa María de Palau, en la calle Ataulf de Barcelona



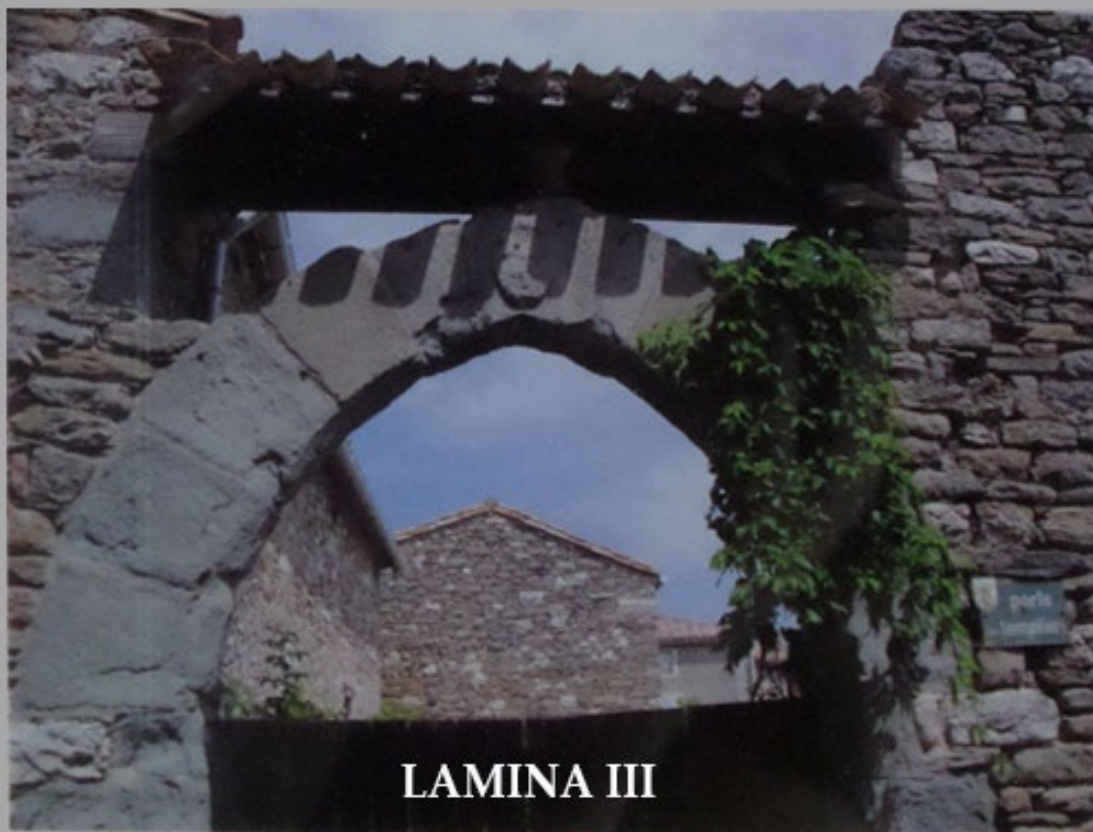


Fotografía de la Sábana Santa, el Sudario de Turín, en dos versiones: a la izquierda, en positivo; y en la derecha, en negativo.

Abajo, el Santo Sudario que se encuentra ubicado en la capilla real de la catedral de San Juan Bautista, en Turín (Italia).



Puerta de acceso a la encomienda templaria de Minerve (l'Hérault).



LAMINA III

LAMINA IV



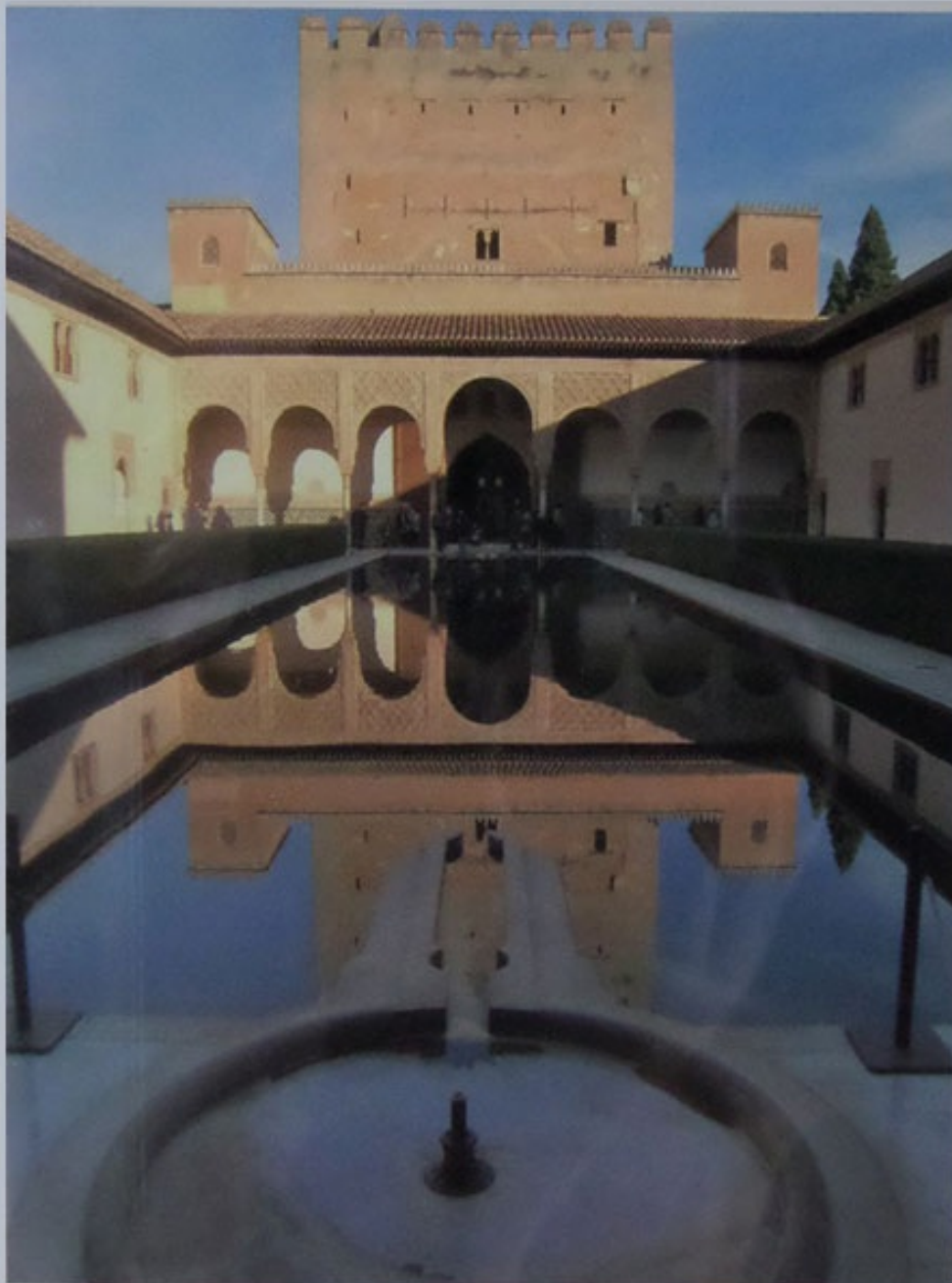
La figura de una rana, esculpida entre dos basas de columnas del claustro del monasterio de Sant Pau del Camp, de Barcelona.



Relicario con la cruz patriarcal en el interior de la iglesia de Sant Vicenç de Besalú

العافية

Estandarte de Granada según se muestra en el Atlas Mediterráneo de Cresques (s. XIV) o Atlas Catalán con el lema al-afiyya (Salud, bienestar).



El patio de los Arrayanes de la Alhambra, con la Torre de Comares al fondo.

LAMINA VI



Fachada actual de la iglesia de la natigua encomienda de Palau-Solità i Plegamans.



LAMINA VII

Mapa1: Cataluña

Por orden alfabético:

- 1 Arguelaguer; 2: Barcelona; 3 Bellprat; 4: Besalú; 5: Gelida;
6: Maçanet de Cabrenys; 7: Miravet;
8: Palàu-Solità i Plegamans; 9: Rupit; 10: Santa Pau;
11: Santa Perpètua de Mogoda; 12: Savassona; 13: Tortosa;
14: Vallfogona de Riucorb; 15: Vic.*

LAMINA VIII



Mapa2: El mundo mediterráneo

Por orden alfabético: 1: Acaia; 2: Acre; 3: Alberobello; 4: Algaida; 5: Creta; 6: Gallipolli; 7: Granada; 8: La malahá; 9: Limassol; 10: Otranto; 11: Palma (Mallorca), y 12: Totana.

CAPÍTULO 34

La muerte del obispo

Señor, dame un morir que me permita hacer propia mi muerte.

REINER MARÍA RILKE



— **E**stoy ansioso por saber el significado de esas palabras —manifestó Omán con las pupilas dilatadas.

—Una mañana llegó a Miravet un emisario del obispo de Tortosa, con un comunicado urgente del palacio Episcopal, por el cual se me comunicaba que era necesaria mi presencia, como médico, en la Señoría de Tortosa. Yo no conocía todavía esa gran ciudad, ejemplo de convivencia entre culturas y religiones. El mensajero, después de reponer fuerzas en la cocina, se disponía a cambiar de caballo en los establos. Me acerqué a él y le dije que partiría a galope en su compañía. Seguimos el camino paralelo al río, por la orilla izquierda, en ocasiones a través de estrechos desfiladeros, como el espectacular paso del Asno. A nuestro alrededor, feraces tierras de cultivo, algunos bosques de ribera y numerosas ermitas y santuarios. La ciudad de Tortosa nos daba la bienvenida con las luces del atardecer. Arriba, sobre nuestras cabezas, el poderoso baluarte de la Zuda, que, hasta hacía poco tiempo, fue la sede del comendador templario de aquella influyente ciudad. Nos dirigimos sin dilación al Palacio Episcopal, que estaba enfrente mismo de la fachada principal, abierta a poniente, de la iglesia románica de Santa María. En la puerta, numerosas personalidades de la Iglesia conversaban. El emisario preguntó por el capellán, que no tardó en personarse. Muy entristecido, nos anunció que su ilustrísima había fallecido con el toque de laudes sin haberse podido hacer nada por él. El mensajero, abatido, dijo, señalándome, que me había traído desde Miravet lo más rápidamente que pudo. Insistí para que me llevaran ante su reverendísimo señor obispo, porque me gustaría examinarle *post mortem*. El capellán accedió y me pidió que lo acompañara.

»No tardamos en llegar a la estancia noble del Palacio Episcopal, edificio construido recientemente, enfrente mismo de la iglesia de Santa María. Amplios salones, iluminados con grandes velas, multiplicaban las dimensiones de los

cortinajes de color dorado que colgaban de los grandes ventanales. No había visto antes un palacio más suntuoso, digno de un obispado tan influyente como el de la mitra tortosina. Cuando llegamos, el secretario del obispo llamó a la puerta y, desde el interior, una voz autorizó la entrada. Era el ayudante de cámara, como pude ver al entrar. Una vez dentro, la estancia transmitía una atmósfera de profundo dolor y tristeza; arriba, sobre nuestras cabezas contemplé una artística bóveda nervada que dominaba el eje del techo, replegándose en el centro, para facilitar el acceso a los amplios ventanales de arcadas con cristales emplomados de colores. El cuerpo sin vida del obispo Dalmau de Montoliu yacía inerte sobre la cama, vestido con un sudario de brillante seda color carmesí; su rostro transmitía serenidad y paz. Pedí permiso para revisar el cuerpo, como médico, y amortajarlo después.

»De inmediato comprendí que la muerte del obispo había sido producida por un paro cardíaco. Y a esta conclusión llegué al ver varios signos muy significativos, como la piel azulada, exceso de peso e inflamación de la garganta. Después, dirigiéndome a los allí presentes, pregunté cuáles eran los hábitos de conducta de su ilustrísima en los últimos tiempos. El ayudante de cámara respondió que en realidad hacía poco ejercicio; solo gustaba de pasar algunos días en el *Mas del Bisbe*, la residencia de verano episcopal de Bitem, en cuya terraza pasaba horas enteras tomando el sol. Deduje que seguramente no tomaba las precauciones necesarias contra el sol. Por lo tanto, afirmé, se habían juntado varios factores de riesgo: falta de movilidad, insolación, tomar pocos líquidos para hidratarse y comidas muy abundantes y pesadas. Un murmullo general convino en darme la razón a todo cuanto manifesté. Pregunté que si tenían “sal divina” para asear el cuerpo. El ayudante de cámara asintió y dijo que desde la costa de Alcanar les llegaba natrón, una sal de gran calidad. El secretario concretó que, después de amortajado, el obispo sería llevado a la ciudad de Tarragona, para recibir cristiana sepultura en el interior de la catedral tarraconense, como él mismo pidió en su último testamento. Su ilustrísima era el obispo número veintiocho de la mitra de Tortosa; había sucedido en este influyente cargo a Arnau de Jardí. Procedí a realizar mi trabajo lo más rápido posible, para que el cuerpo del obispo no sufriera mucho deterioro, y llegase pronto y en las mejores condiciones a Tarragona. Al acabar me lavé las manos en un barreño con agua tibia y jabón vegetal.

»Aquel día no se me olvidará en la vida; era el 29 de septiembre del año 1306. Cuando acabé de realizar aquel trabajo, el ayudante de cámara del obispo me invitó a tomar en la cocina un caldo caliente y lo que me apeteciera, y añadió que podía quedarme a dormir en el Palacio Episcopal. Le di las gracias, pero decliné su invitación, pues prefería darme una vuelta por la ciudad. Al oírlo, uno de los que habían estado ayudando a amortajar al obispo dijo en tono jocosos que no se me ocurriera entrar en la posada del Are del Romeu. Intrigado, le pregunté qué sucedía en esa posada. Me contó que allí se alojaban los peregrinos que hacían el Camino de Santiago por la ruta del Ebro, llegando desde Valencia. Insistí en mi pregunta y esta

vez fue el ayudante de cámara el que respondió. Dijo que no lo sabían con exactitud, pero se decía que quienes allí se alojan solían levantarse por la mañana con grandes deseos de fornicar, y saciaban sus apetitos sexuales con las mujeres de los burdeles de la zona. Uno de los clérigos allí presentes explicó que era debido a los alimentos que consumían en la cena anterior, ofrecidos por el mesonero. Comenté que debía tratarse de alimentos que animaban al sexo, y aquel mismo clérigo confirmó que, según le habían dicho, eran alimentos como los higos secos, el aceite de oliva, las hebras de azafrán y el marisco; todo ello, acompañado de un vaso de leche endulzado con canela en polvo. Lo miré con sorna y, guiñándole un ojo le dije que para no haber estado allí conocía muy bien la dieta de ese mesón. Una risa general inundó la sala. Y ya estábamos a punto para terminar, dejando el cuerpo del obispo del todo preparado para el traslado a la ciudad de Tarragona.

CAPÍTULO 35

La danza de los malditos

Los cementerios medievales estaban precisamente en las inmediaciones de las iglesias y, por lo tanto, aquellos bailes curativos se hacían en realidad sobre las tumbas, con el ánimo de que los malos espíritus causantes del mal, pudiesen salir del cuerpo de los enfermos y regresar a sus tumbas.

Dr. JOSÉ MANUEL REVERTE COMA;
Bailes epidémicos



— **D**urante unas horas estuve andando sin rumbo fijo por las calles y plazas de la ciudad de Tortosa. En aquellos entonces se estaba construyendo la Lonja, también una gran Catedral, sobre la iglesia de Santa María, bajo la cual se hallaba la anterior mezquita musulmana; me llamó la atención la capilla de San Blas, donde la Orden del Temple rindió culto a uno de nuestros santos predilectos, protectores contra los males de garganta. Lamenté que, desde hacía doce años, en Tortosa no estuvieran los templarios, por deseo de nuestra Orden en permutar esta influyente ciudad, capital de las tierras del Ebro, en su curso más inferior, por algunas poblaciones del Maestrazgo, entre ellas la ciudadela marítima de Peñíscola, y fue entonces cuando recordé lo que se habló en la encomienda de Otranto, respecto al deseo de sustituir Acre, tras su pérdida, en 1291, por el puerto de Peñíscola. Inmerso en todas estas divagaciones, sin darme cuenta llegué hasta la orilla izquierda del río, y pude contemplar, con la serenidad de la noche, sin luna, pero con una bóveda celestial cubierta de estrellas, la grandeza del firmamento que me acogía. En aquel momento, una estrella fugaz cruzó el espacio, dejando un reguero de fulgurante luz plateada tras de sí. Y mirando hacia arriba, no pude evitar quedar extasiado al ver la sólida silueta de la Zuda, fortaleza emblemática de la Señoría de Tortosa, antaño residencia del comendador templario de la ciudad, ahora convertida en palacio real. Me quedé unos instantes pensativo, viendo el caudal del río, que, por las inundaciones de los días anteriores, llevada en su superficie algunos troncos de árboles arrancados de la orilla, y de pronto alguien me golpeó en la espalda y me preguntó si yo era frey Esteve. Le dije que sí y él se presentó como Conrad Queralt, uno de los ayudantes de cámara de su Excelentísimo señor, que,

como yo recordaría, participó conmigo en las tareas de amortajamiento de Dalmau de Montoliu. Exclamé que lamentaba no haberlo conocido debido a la oscuridad. Dijo que hacía menos de una hora que había salido un carruaje hacia la ciudad de Tarragona con el ataúd llevando el cuerpo del Ilustrísimo señor, y que como no tenía sueño, había salido a tomar el aire fresco de la noche. Me preguntó si conocía Tortosa y, al decirle que era la primera vez que la visitaba, se ofreció a llevarme al arrabal del Castell, entre la iglesia de Santa María y la Zuda, donde se encontraba el Are del Romeu. Estuvimos andando por la orilla izquierda del río, sobre el camino de sirga, bajo los árboles de ribera y sintiéndonos observados por la atenta mirada de algún búho; al cabo de un rato, nos dirigimos hacia el interior de la población, pasando de nuevo cerca del Palacio Episcopal, para dirigirnos al centro urbano, donde se respiraba un ambiente de gran animación. De pronto, un grupo encolerizado de personas intentaba abrirse paso entre la multitud, en tono amenazante. Asustado, pregunté a Conrad qué sucedía. El ayudante de cámara, también atemorizado, respondió que se temía que habían vuelto las procesiones flagelantes. Manifesté que hacía mucho tiempo que no veía una de esas procesiones. Conrad recordó que la última que se hizo en Tortosa fue con motivo de la festividad de san Juan, el Bautista, y esta, tan cercana a la anterior, debía de ser por el prolongado período de sequía que estaban padeciendo.

»Pocos minutos después, una docena de personas irrumpieron en aquella calle, sin parar de dar saltos; se trataba de flagelantes, que creían que cantando y azotándose lograrían calmar la cólera divina. Muchas de aquellas personas eran gentes atormentadas por Satanás, y así lo daban a entender, pues mientras bailaban sin cesar, gritaban y cantaban a lo largo de todo el itinerario urbano; además, sus bocas proferían nombres de demonios. Conrad comentó calladamente que para curarlos o calmarlos se practicaban ritos de exorcismo, y de ese modo muchos se verían libres de su mal, pero otros, la mayoría, continuarían con sus violentos dolores y sus delirios, gritando enfurecidos, pidiendo a lágrima viva que los sujetasen firmemente por la cintura. Yo susurré que muchos también morían sin encontrar consuelo, y entonces Conrad me preguntó con mucho interés qué remedios tenía la medicina para aquellos males. Declaré que realmente ninguno. Hice que se fijara en cómo aquellos danzantes invocaban al “Señor san Juan”. La medicina, le dije, consideraba que aquel tipo de enfermedades se debía a causas naturales, considerando al enfermo como si de un maníaco o loco se tratara, que entraba en un estado de puro frenesí emocional. Los afectados, añadí, manifestaban que sentían que sus cuerpos entraban en estado de levitación, sus voces, como podía ver, se hacían chillonas y horripilantes. Conrad me hizo observar cómo de pronto algunos se lanzan contra el suelo y se arrastran sobre las espaldas pidiendo a gritos que los atasen, que los ciñeran con toallas.

»Mientras tanto, en torno a aquella sobrecogedora escenografía, había personas, y algunos soldados, evitando que los espectadores intentaran acercarse a los atormentados enfermos que protagonizaban aquel desfile de seres que parecían

surgidos del averno. Conrad me preguntó en voz baja si conocía las causas de aquellas pesadillas. Le expliqué que ese terrible mal, que afectaba a miles de personas de todo el mundo occidental, era conocido por diversos nombres en diferentes lugares, aunque era más conocido como “Baile de san Juan”, y que en todos los casos, los enfermos, como podía ver, cantaban y bailaban como abstraídos del mundo circundante. Dentro de esa situación, fuera de sí, eran capaces de pasarse días y semanas enteras bailando sin cesar, como única forma de conseguir calmar los fuertes dolores que sentían; en ocasiones, añadí, se apartaban del grupo para comer o cenar algún que otro alimento, pero sin dejar de moverse. Conrad comentó que le había llamado la atención la abundancia de exvotos en las iglesias que estaban relacionadas con aquella enfermedad. Le aclaré que el motivo era que, los que se aliviaban, o se curaban de la epilepsia, enfermedad conocida también como baile de la danza negra, acostumbran a dejar en las iglesias, como recuerdo y agradecimiento, algunos exvotos de diversa forma; uno de los más frecuentes eran los sapos de hierro. Conrad recordó que el obispo anterior al malogrado Dalmau de Montoliu, Arnau de Jardí, prohibió expresamente esas ofrendas por absurdas y supersticiosas, porque representaban al mismo demonio, las fuerzas del mal o el útero u órgano enfermo y otras anomalías corporales; también, en Tortosa, los afectados por aquel mal que lograban una mejoría, solían dejar en las iglesias como exvotos figuras antropomorfas distorsionadas, lo que significaba una evidente representación mágica de la enfermedad. La costumbre de dejar exvotos en los templos, ermitas e iglesias, ya fueran de cera, madera, hierro o bronce, era una forma evidentemente mágica de representar la enfermedad que les aquejaba. Al hacerlo así, era como si dejaran en la iglesia la enfermedad librándose de ella; y si curaban, con más motivo, pues la enfermedad quedaba “encerrada” en el exvoto.

—Uf, da escalofríos oírte contar estas sobrecogedoras historias —exclamó Ozmán.

—Seguí explicándole a Conrad que los exvotos eran una representación iconográfica a la que no era ajeno aquel principio latino de *similia similibus curantur*, que es algo fundamentalmente mágico. El hierro era un símbolo claramente infernal, porque las fundiciones eran una viva representación de lo que debía ser el infierno. Él, interesado en mi explicación, preguntó qué papel tenía san Juan en aquel tema. Le conté que san Juan Bautista era invocado para la curación de aquel baile de malditos que relacionaban con la danza de Salomé, que, como él debía saber, fue quien consiguió que le cortaran la cabeza al santo, que mil años más tarde sería elegido como predilecto de la Orden del Temple. Por ello, ese santo estaba relacionado con aquella danza epidémica. Y, al mismo tiempo, era una forma mágica de interpretar una posible curación. A la pregunta de Conrad sobre cuáles eran los síntomas de las personas afectadas, le expuse que eran numerosos, y algunos de ellos seguro que los habría visto claramente en quienes padecían la enfermedad. Los más frecuentes eran los espasmos, calambres, ataques epilépticos, y fuertes dolores en diferentes lugares

del cuerpo, especialmente en las pantorrillas. Los dedos de los pies se mostraban envarados, lo que conocíamos como «pies de puntillas», obligándoles a caminar sobre las puntas de los pies. Además, presentaban trastornos oculares, fiebre, sensación de quemazón por todo el cuerpo, confusión mental, verdaderos accesos de rabia o furia incontenida, el pronunciamiento de gritos a veces inarticulados, también aparecían llagas en los pies, y, lo más representativo de todo, era el no poder quedarse quietos un instante, saltando, gesticulando o contorsionando de forma incesante y salvaje su cuerpo. Conrad puntualizó que, según le habían dicho, esas personas sentían una fobia especial hacia el color rojo, así como a los zapatos puntiagudos. El color rojo, le expliqué, estaba considerado por la Iglesia como símbolo de la sangre de Cristo; tonalidad interpretada en los tiempos antiguos como protección contra todos los peligros; ello explicaba por qué griegos y romanos llevaban una cinta o cordón de lana roja en torno al cuello como amuleto. Incluso, amplié, a Satanás siempre se le representaba de color rojo. Y los judíos recomendaban el uso de un cordón rojo en torno al cuello, como amuleto protector contra el mal de ojo, y también los árboles que se plantaban frente a las sinagogas se pintaban de rojo. Conrad asintió, dijo que los árboles que se hallan delante de la fachada de la sinagoga de Tortosa, tenían sus troncos pintados de rojo, y que, por cierto, no se encontraba muy lejos de donde estábamos. Finalmente me preguntó cuál sería el mejor tratamiento para aquella terrible enfermedad.

—Y seguramente también tenías respuesta a esa pregunta —aseveró el nazará.

—Cierto, amigo Ozmán. Mi larga experiencia como médico me había permitido ver a muchos enfermos de aquel extraño mal. En respuesta a la pregunta de Conrad, le revelé que la ciencia médica, al desconocer el verdadero origen del mal, llevaba a cabo tratamientos basados puramente en la magia o en lo sobrenatural. Le dije que salvo en aquella ocasión, en la que veíamos la escenificación de forma callejera, la mayoría de estos bailes que podríamos llamar epidémicos, generalmente se realizaban en los pórticos o en las inmediaciones de las iglesias; con lo cual llegábamos a un claro simbolismo. Era importante recordar que los camposantos se hallaban en las cercanías de las iglesias, y por lo tanto, aquellos bailes curativos se hacían en realidad sobre las tumbas, con el ánimo de que los malos espíritus causantes del mal, pudiesen salir del cuerpo de los enfermos y regresar a sus tumbas. Y amplié mi explicación añadiendo que no todos aquellos bailes eran iguales. Unas veces se les veía danzar en corro, otras sueltos, otras en líneas paralelas, en ocasiones los afectados por el mal daban saltos violentos, brincos, tratando de elevarse lo más posible del suelo, mientras daban palmadas; ambos elementos, saltos y palmadas, tenían un significado mágico.

»La curiosidad de Conrad sobre aquel tema era infinita. Me comentó que también le había llamado la atención la forma en que estaban vestidos, y la música que acompaña a las danzas. Le dije que se fijara en las guirnaldas o cintas que cubrían las cabezas de los participantes, y que a veces también se utilizaban coronas de laurel,

para curar la fiebre, y guirnaldas de hierba de san Juan, que se arrojaban después al fuego para destruirlas, pensando que, al estar sobre la cabeza de los afectados, se llevaban consigo el mal que allí tenían y que desaparecería con las llamas. En cuanto a la música, tocada con instrumentos y cantada, precisé que se interpretaba acompañada con los movimientos, porque las melodías se consideraban curativas, y de todos era conocido el efecto o poder mágico atribuido a la música, así como su capacidad de expulsar a los demonios o malos espíritus del cuerpo.

»Los danzantes no cesaron de dar saltos y hacer contorsiones durante largas horas, muchos de ellos, a pesar de las guirnaldas y de la música, caían al suelo, a menos que alguien les hubiese vendado fuertemente el abdomen con cuerdas o telas, y morían en una dolorosa agonía. Conrad comentó que aquellos desdichados parecían estar fuera de su mente mientras bailaban y se contorsionaban. Le hice notar cómo, en muchas ocasiones, otros hombres y mujeres que observaban a aquellos desesperados danzantes, se unían a ellos, atraídos por el frenesí del infernal baile, atacados por la misma enfermedad. Vimos cómo alguno se subía a caballo en la espalda de otro y gritaba que veía maravillas en el cielo. Le pregunté a Conrad hacia dónde se dirigiría la mortal comitiva. Me contestó que, sin duda, a la iglesia de San Blas, pero no sabía, dijo, qué sucedía dentro del templo, porque las ceremonias se realizaban a puerta cerrada para el pueblo, e insinuó que, según había oído decir, se trataba de curaciones espectaculares. Yo había asistido a una de esas ceremonias, en calidad de médico, y me ofrecí a contarle lo que allí sucedía. Conrad estaba expectante.

—Y yo también, amigo cristiano —sentenció Ozmán.

—Una vez dentro, a todos los afectados por aquel mal, sentados en círculo, se les hacía leer pasajes evangélicos en los cuales Jesús lanza fuera a los demonios de algunos de los posesos que acudían a él. Luego, el sacerdote gritaba al espíritu inmundo que saliese del cuerpo de su víctima, y en ocasiones, el párroco le hacía preguntas como cuánto tiempo llevaba dentro del enfermo o por dónde había entrado, a las que el enfermo, o el demonio posesor contestaba, como yo había escuchado en aquella ocasión, que hacía dos años y que había entrado por el dedo gordo del pie mientras comulgaba. Y en otro momento, cuando a ese mismo enfermo el sacerdote le preguntó que si sabía tocar la trompeta, contestó que sí y de su boca salieron los sonidos de aquel instrumento musical. Todo aquel que presentaba movimientos convulsivos, calambres, ataques epilépticos, contorsiones o trastornos mentales era considerado un endemoniado y debía ser exorcizado. Conrad, que no perdía detalle de mi explicación, me pidió que le contara cómo se hacía un exorcismo. Según yo recordaba, para culminar con éxito la difícil curación se procedía a decir una oración, a guardar ayuno y a llevar a cabo unos ritos, como verter agua bendita sobre las cabezas de los posesos, la aplicación de los santos óleos con las yemas de los dedos, haciendo la señal de la cruz en la frente, y creo que contemplé incluso bofetadas al enfermo, o la introducción de paños humedecidos en agua bendita por la boca hasta el

cuello, como terapias. Conrad exclamó que eso explicaba los gritos de desesperación que se oían desde el exterior de la iglesia. Añadí que también era normal que muchos de aquellos desfiles de danzantes recorrieran cuevas y lugares en donde antes había vivido algún ermitaño, hecho que corroboró Conrad recordando que, a un par de jornadas a caballo de Tortosa, en el interior de los Puertos, más allá de Morella, había un santuario rupestre dedicado a la Virgen de la Balma, un eremitorio que, desde tiempos inmemoriales, acogía a las personas que estaban poseídas por Satanás, y en cuya sacristía había centenares de exvotos, como muestra de agradecimiento de los danzantes enfermos por el alivio recibido. Yo, que vi que Conrad estaba impresionado con todo lo que le había contado, le hice ver que también había una parte de falsedad en aquellas manifestaciones, porque, en muchos casos, los danzantes se entregaban a desórdenes y orgías de todo tipo, lo que parecía indicar que, entre los verdaderos enfermos, había muchos que estaban cuerdos y no dudaban en unirse al caos de la situación para dar rienda suelta a sus fantasías sexuales, aprovechándose de las circunstancias y realizando el coito en plena calle con enfermas reales, las cuales mentalmente se encontraban muy lejos de saber lo que sucedía en aquellos instantes de desenfreno; o bien se entregaban al onanismo, obligando a mujeres enfermas a una felación, ante el asombro de las gentes que los observa estupefactos.

»Después de presenciar el desfile de aquel sobrecogedor cortejo de danzantes, que marchaban ajenos del mundo, lejos del espacio y de la vida real, en dirección a la iglesia de San Blas, Conrad y yo volvimos al Palacio Episcopal, para descansar. Había sido una jornada muy larga, y a la mañana siguiente debía emprender regreso a Miravet. Le pregunté a Conrad que si se sabía quién iba a ser el nuevo obispo que ocuparía la Mitra de Tortosa, y me dijo que, probablemente, Pere de Batet, persona de la máxima confianza, que gozaba de renombre y era muy querido por todas las comunidades de la ciudad. A él le correspondería la responsabilidad del inicio de las obras de la Catedral, que se construiría, con toda seguridad, sobre la iglesia románica de Santa María. Las campanas del Palacio Episcopal repicaban la hora prima cuando entrábamos por la puerta. Me despedí de Conrad, con un fraternal saludo, y me fui directamente a mi alcoba, para descansar un rato, antes de regresar a Miravet. Mientras yacía en mi lecho, no podía dejar de pensar en aquellas escenas callejeras que había visto desfilar ante mí, con seres que parecían surgidos del mundo de los muertos.

CAPÍTULO 36

La amarga experiencia de Miravet

Lo maravilloso de la guerra es que cada jefe de asesinos hace bendecir sus banderas e invocar solemnemente a Dios antes de lanzarse a exterminar a su prójimo.

VOLTAIRE



— **R**egresé a Miravet un par de jornadas más tarde, dejando atrás la experiencia del sepelio del obispo de Tortosa, y la amarga experiencia de un desfile infernal.

—¡Vaya vida tan ajetreada, amigo cristiano, que has vivido!, he conocido a pocas personas con tantas vivencias como tú —exclamó entre el asombro y la sorna el nazarí.

—Así lo creo yo también, amigo Ozmán. Pero no he acabado de contártelas todas.

—Os ruego que prosigáis, amigo Esteve.

—Berenguer de Cardona, el comendador de la plaza de Miravet, falleció en enero de 1307, y sus restos fueron trasladados a su querida población, Cardona, sobre el valle del Cardener, entre las ciudades de Manresa y Solsona. Y un mes más tarde, cerraba los ojos al mundo frey Guillem, el mago, siendo enterrado con honores de caballero del Temple; su cuerpo fue envuelto en un sencillo sudario de tela blanca, desnudo y boca abajo, para estar en pleno contacto con la madre tierra, y en el interior de su mano izquierda se colocaron un par de monedas, como tributo al marino Caronte, para atravesar con barca la laguna de fuego Estigia. Tres días de luto se fijaron en Miravet; todo el mundo lloró las pérdidas de Berenguer de Cardona y de frey Guillem, en tan poco espacio de tiempo; el mago templario fue enterrado en el cementerio superior, cerca del baluarte.

—Sería un gran golpe para ti —dijo Ozmán.

—Puedes imaginarte, frey Guillem me enseñó todo cuanto un templario debía conocer sobre el hermetismo. Eché a faltar, también, su lento caminar, apoyado en el bastón, y los golpes que daba en el suelo con el abacote, cuando deseaba hacer

hincapié a un fenómeno sobrenatural. Antes de abandonar este mundo, en su lecho de muerte, me hizo entrega de la obra más preciada de su biblioteca privada: el *Canon* de Avicena.

—Sin duda, uno de los libros más valiosos de la medicina. Me gustaría poder verlo algún día —exclamó Ozmán.

—En el estante superior de mi biblioteca lo tienes, amigo nazarí, es para ti, te lo regalo, pues yo ya no lo necesitaré en el Más Allá.

—Muchas gracias, amigo cristiano, pero espero que tu Dios te dé muchos años más de vida aquí con nosotros; yo ya tendré tiempo de leerlo. Pero prosigue, por favor tu confesión, y dime, ¿sabes si frey Guillem formó a algún otro mago?

—Por supuesto, amigo Ozmán, la encomienda no podía quedarse sin mago; le sustituyó frey Lorenzo, quien sabía tanto o más que frey Guillem, de quien fue aprendiendo todo cuanto este le había ido enseñando.

»Durante ocho meses Miravet estuvo sin comendador, sin embargo todo el mundo sabía muy bien su cometido en la sociedad. Un día sucedió algo inesperado. Después de un verano agobiante, en septiembre llegó el nuevo maestre provincial del Temple, Ximen de Lenda, que mantuvo el mismo espíritu de tolerancia y respeto a las tres culturas de la población. Pues bien, según me comunicó frey Ximen, el 13 de octubre de 1307 el monarca francés, Felipe IV el Hermoso, decretó el arresto general de los templarios en suelo francés, obligando también al pontífice a que extendiera una persecución generalizada por todos los territorios del mundo occidental en donde había templarios. A pesar de que la encomienda de Miravet había contribuido en 1307 por impuesto con la cantidad de 2000 libras jaquesas, a comienzos del año siguiente el castillo fue sitiado por las tropas del veguer de Tortosa. El comendador, Ximen de Lenda, no se hallaba entonces en Miravet, por haber sido apresado días antes en la ciudad de Valencia, por orden del monarca aragonés, Jaime II el Justo, quien sabía muy bien lo que se hacía; de este modo dejaba sin su mayor responsable la encomienda de Miravet. Con todo y con eso, la guarnición de la fortaleza luchó con todas sus fuerzas contra los atacantes. Mientras, el lugarteniente del maestre provincial, Ramón de Saguàrdia, seguía manteniendo una copiosa correspondencia diplomática con el rey, y también con el mismísimo pontífice, Clemente V, a fin de negociar las mejores condiciones de futuro para mis hermanos, los valientes monjes templarios, que luchaban por sus libertades e ideales. Pero todo aquello no sirvió para nada. Los soldados del rey sometieron a la fortaleza a un férreo asedio, impidiendo que nos llegaran alimentos o cualquier clase de ayuda desde la población inferior. A media altura de la colina, sobre el profundo cauce del río, sobre una plataforma levantaron enormes máquinas de asalto, como las temidas brigolas, con las cuales lanzaban grandes bolas de fuego contra las murallas del castillo, que, por la noche, iluminaban toda la montaña y causaban el pánico entre los defensores, que creían hallarse en las puertas del infierno. Yo intentaba atender a todos los heridos y moribundos, que llegaban con llagas y quemaduras en gran parte de sus atormentados

cuerpos.

—¿Y cómo acabó aquella contienda? —preguntó Ozmán.

—Al final, después de cerca de doce meses de asedio, el 28 de diciembre de 1308, la más inexpugnable plaza templaria en las tierras meridionales de Cataluña tuvo que capitular, y la fortaleza cayó en manos de los ejércitos cristianos. La noche antes de aquella debacle, un par de caballeros lograron romper el cerco y huir de la fortaleza aérea sin ser vistos, portando el Santo Grial, uno de los objetos más preciados y sagrados del cristianismo, que el mago me había mostrado en secreto en una ocasión, oculto en una sala abierta en la roca viva de la montaña. La mayoría de los defensores de la fortaleza, que habían sobrevivido gracias a su resistencia y a su coraje en el combate, se hallaban heridos y hambrientos; los últimos caballeros templarios de la plaza, a pesar de la capitulación fueron degollados, y el lugar, que fue bautizado luego como «la Plaza de la Sangre», evoca todavía aquella tragedia para la historia del mundo mediterráneo. El resto no tuvo mejor suerte, fueron encerrados a perpetuidad en las lóbregas mazmorras, donde sufrieron los más horripilantes tormentos, como la rueda, la gota de agua, el potro, la mutilación de miembros, la jaula...

—Y dime, amigo Esteve ¿qué fue de frey Lorenzo?

—Frey Lorenzo, a quien sorprendieron mientras intentaba socorrer a algunos compañeros en la zona superior de las almenas, fue degollado por la espalda cuando estaba entrando por el hueco de la escalera de caracol que conducía a la nave de la iglesia. Yo, y unos cuantos supervivientes, tuvimos más suerte y logramos salvar la vida milagrosamente cuando, días después, pudimos evadirnos de aquel infierno, confundidos entre los cadáveres, arrastrándonos por los sótanos de unas galerías subterráneas que tenían acceso directo al pavimento de las caballerizas, desde donde descendían hasta el nivel del río. Allí, logramos llegar hasta las antiguas atarazanas fluviales y meternos en una pequeña embarcación dedicada a la captura de erizos y pulpos en las aguas del delta, que zarpó río abajo llevándonos hasta el mar en una jornada interminable de navegación. Con una suave brisa y la costa a babor, llegamos por fin a la Ciudad Condal.

»No recuerdo nada de aquella interminable travesía que, en la más absoluta oscuridad, nos llevó sobre la fría cubierta de aquella falúa; sin mover apenas los remos, con las manos fuimos haciendo avanzar la cargada barca hasta salir de aquel infierno. El agotamiento físico y la pesadumbre hicieron mella en mi estado de ánimo; no podía dejar de pensar en que cristianos habían luchado contra cristianos, algo incomprensible, en un acto que rompía cualquier respeto a la dignidad humana, con el beneplácito de la corona y de la Iglesia. Después, con el incesante ruido de vómitos en cubierta, y las improvisadas curas que realicé a los heridos más graves, el cansancio me venció y permanecí dormido durante la parte final de la travesía.

—No entiendo a qué pudo deberse esa agresión entre cristianos —comentó muy confundido el general nazarí.

—Yo tampoco alcanzo a comprender los motivos, pero lo que resultó más curioso fue que, después de tanto sacrificio humano, el juicio, celebrado en Tarragona, declaró a los templarios catalanes libres de todos los cargos. Ninguna acusación se pudo demostrar en nuestra contra. Pero el mal ya estaba hecho, y Miravet dejó de ser plaza templaria para convertirse en feudo de la Orden de los hospitalarios, bajo la tutela de la Castellanía de Amposta.

—Y las gentes, ¿cómo se tomaron aquel cambio? —se interesó Ozmán.

—Muy mal, según me informaron después, porque veían cómo los nuevos señores de la plaza elevaban desmesuradamente los impuestos, y las comunidades no cristianas eran perseguidas y marginadas.

»Ya en Barcelona, volví a tener audiencia con el maestre de la Ciudad Condal, que había llegado desde Palau-Solità i Plegamans, quien, con profunda pesadumbre, me informó de que lo que había sucedido en Miravet, según le habían contado, se había repetido en Cantavieja y Castellote, en el Maestrazgo. Me dijo que el maestre de Monzón, población que se encuentra en el curso del río Cinca, se hallaba atrincherando por temor a que el castillo fuera sitiado por los ejércitos cristianos del rey aragonés. La situación, me confesó, se estaba complicando por momentos. Tras un leve silencio, el maestre barcelonés prosiguió explicándome que Bertrand de Got, bajo la presión del monarca francés, en la ciudad de Aviñón, estaba siendo sometido al chantaje de este, amenazando al pontífice con abrir un cisma en el seno de la Iglesia si no suprimía nuestra Orden. A consecuencia de ello, Clemente V se vio obligado a redactar la bula *Pastoralis Praemenintiae*, donde ordenaba a todos los príncipes cristianos expulsarnos de nuestros feudos, basándose en una lista de trece infundados cargos acusadores, y cuatro delitos del todo absurdos: la negación de Cristo, la idolatría, la apostasía y las malas costumbres. Yo me quedé sin respiración. La noticia no podía ser más demoledora para nuestra Orden. Un terrible final se vislumbraba en un cercano horizonte.

Envenenamiento

Lo que a unos alimenta es veneno para otros.

TITO LUCRECIO CARO



— **T**ras la partida de la escuadra templaria del puerto francés de La Rochelle, en la costa atlántica, hacía un año, no nos quedaban muchas esperanzas de superar aquella preocupante situación. La máxima autoridad del Temple de la Ciudad Condal, mientras firmaba unos documentos que tenía sobre la mesa me informó de que los 44 barcos de nuestra más poderosa armada, al ver la tormenta que se les venía encima a causa de las órdenes del monarca francés y la falta de valor de nuestro amado pontífice, en la ciudad de Aviñón, levaron anclas para tomar varias direcciones. Según le habían confirmado, dijo, unos navegaron hacia el norte, alcanzando las tierras altas de Escocia; otros, al sur, costeando la Estaca de Bares y, en travesía de cabotaje, navegando frente a la Costa da Morte gallega, llegaron a Portugal, donde se habían instalado en Tomar. Añadió que otros partieron hacia poniente, cruzando el tenebroso Mar de las Tinieblas, y llegaron a un territorio lejano, habitado por gentes diferentes a nosotros, en donde siempre nos acogieron como hermanos y nos proveyeron de la mejor plata. Permanecí allí un rato, en silencio, sin poder salir de mi asombro. Luego, el comendador volvió a dirigirse a mí y dijo que quería presentarme a un colega mío que había regresado de Tierra Santa hacía pocos días. Le respondí que estaría encantado de saludarle. Al instante, se abrió la puerta y apareció un hombre de mediana edad, con el rostro lleno de cicatrices y heridas aun sin cerrar, que medía cerca de dos varas de altura, de pelo rojo, barba espesa y cabeza rasurada, y cuyos ojos mostraban un enorme cansancio. Tras pronunciar nuestra consigna, *Non Nobis...*, me saludó con un abrazo y dijo que su nombre era Guillem de Castellbó, que era médico y acababa de regresar de la isla de Chipre. Le hice saber que yo también era médico templario, como él. Tras las presentaciones, el comendador nos invitó a ponernos cómodos y nos comunicó que debía partir de inmediato, pues le esperaban en la encomienda de María Magdalena, de Palau-Solità i Plegamans, y

permanecería allí un par de días. Una vez solos entablamos una animada conversación. Guillem me pidió que le hablara de mi paso por Tierra Santa y le expliqué que había vivido en mis carnes el terrible asedio de la ciudad de Acre, y luego una experiencia amarga en Limassol, la ciudad de Chipre donde viví los peores momentos de mi vida, ya que, aunque como médico había curado a numerosas personas, tanto de heridas producidas en la batalla, como de enfermedades, lamentablemente, otros muchos no tuvieron la misma suerte. Le conté que recordaba con cierta repugnancia el olor del vinagre con el que rociábamos los cuerpos de los cadáveres, que utilizábamos como desinfectante para evitar que las enfermedades se propagaran entre las personas sanas, o infectaran todavía más a los ya enfermos. Guillem intentó consolarme diciendo que esa era la lucha que teníamos que entablar a diario los médicos, y que cuando un enfermo fallecía en nuestros brazos, algo de nosotros también se iba con él. Después me comentó que le habían hablado muy bien de mí. Le di las gracias humildemente, y seguí contándole mi experiencia en Tierra Santa. Le confesé que el tiempo que allí había pasado, que fueron bastantes años, no se me olvidaría en la vida y que la caída final de Acre fue uno de peores horrores que un hombre pueda vivir. Pero, añadí, también había sufrido, muy recientemente, hacía pocas jornadas, otra tragedia en primera persona, donde la muerte, la sangre y la desesperación se respiraban en el aire, concretamente en la fortaleza de Miravet. Guillem, que ya conocía aquel hecho porque se lo había revelado el comendador, dijo que iba a explicarme un episodio que vivió en Chipre, hacía poco más de un año. Intrigado, le pregunté a qué se refería y frey Guillem me contó que había tenido en sus manos la vida de Ramón Lull, el Doctor Iluminado. Según me informó, una vez pasado el peligro, el maestro de la alquimia, después de haber viajado a Compostela y a Rocamadour, decidió emprender el viaje a Tierra Santa, aun a sabiendas de que no quedaba ningún espacio en tierra firme controlado por los cruzados, dirigiéndose, por tanto, a Chipre. En plena travesía, varios servidores suyos le envenenaron la comida, y él quedó tendido en el suelo, casi sin respiración, vomitando. Yo no podía entender qué motivo pudo llevar a sus propios servidores a realizar tan cobarde atentado contra su buen señor, uno de los hombres más sabios y nobles de nuestro mundo, y le pregunté a Guillem si él lo sabía. Guillem me contó entonces que Ramón Lull logró extraerle a uno de sus servidores, al más fiel, la confesión de que detrás de la orden de asesinarle estaba la mano de Clemente V. Con el mayor asombro pregunté qué interés podía tener el pontífice en la muerte del maestro, y la explicación de Guillem me dejó aún más asombrado. Parece ser que el papa fue obligado por el monarca francés, enterado este de una reunión secreta que iba a celebrarse en Chipre entre Ramón Lull y los grandes maestros del Temple y del Hospital. Entendí entonces algunas cuestiones que, en poco tiempo, estaban enturbiando la paz y el orden entre las comunidades humanas. Siguió contándome frey Guillem que, después de un mes de severos cuidados médicos, el Doctor Iluminado logró recuperarse. Reconoció que, a pesar de su edad, 70 años, era una persona fuerte y saludable, y que los lavados de

estómago, con aguas medicinales y una dieta suave y digestiva, hicieron el resto. Ramón Llull, dijo, era una persona abierta, llena de curiosidad, de elevadísima cultura, y a quien le gustaba pasear frente al mar en compañía de nuestro gran maestro, Jacques Bernard de Molay. Manifesté que yo también había tenido el honor de conocer personalmente al maestro, y el privilegio de charlar horas y horas con él.

»Días más tarde, solicité al comendador templario de Barcelona mi retiro, que no tardó en concederme, tanto por mi edad, pues estaba a punto de cumplir los 59 años, como por mi trayectoria dentro de la Orden. Me fue asignada una paga y la dependencia de por vida a la encomienda templaria de Aiguaviva, entre las poblaciones de Girona y Santa Coloma de Farners. Y la dicha de estar cerca de los míos.

CAPÍTULO 38

La comunidad judía

¿No he de besar llorando tus piedras?
El sabor de tu tierra en la boca,
¿no me será más dulce que la miel?

YEHUDÁ HA-LEVÌ^[3]



— Desde Argelaguer, después de pasar un par de jornadas con mi familia, decidí partir hacia Besalú. Al despuntar el día, me puse en camino hacia la ciudad de las tres culturas, ataviado con mi capa blanca, en la que lucía sobre el pecho una hermosa y roja cruz patada; al cinto, mi espada, que nunca había utilizado, y un pequeño puñal, del que tampoco había hecho uso sino para mondar frutas y comer. Me cubría la cabeza con un bonete blanco. Recorrí las tres millas y media que separaba ambas poblaciones en poco más de una hora, por los escarpados pasos naturales, entre volcanes, recreándome en el paisaje, sin ninguna prisa.

—La fama de esa población catalana y su impresionante puente de piedra, ha llegado hasta aquí, hasta Granada —manifestó Ozmán.

—En efecto. El puente es la primera referencia espacial al llegar a Besalú. Quedé maravillado al contemplarlo, y recorrerlo, puesto que era la principal entrada a la ciudad. Lo que más llamó mi atención fue la manifiesta originalidad que le confería su trazado en ángulo. Nunca había visto ninguno igual, porque el puente que lleva al monasterio de Sant Quirze de Pedret, cerca de la ciudad de Berga, aunque también espectacular en su trazado, es un puente horizontal, sin atractivo alguno. El puente de la Vila Comtal consta de ocho arcos, cuatro en cada tramo; en el centro, donde se unían los dos tramos, se estaba construyendo un torreón, que serviría para cobrar el tributo o portazgo de todas las personas y mercaderías que entraran en la ciudad amurallada, exactamente una cuarentava parte del peso de la mercancía; evidentemente, mi salvoconducto y mi aspecto evitaron ese dispendio. Crucé el puente sobre las azuladas y silenciosas aguas del río Fluvià, y accedí a la Vila Comtal a través de otra torre cuadrangular, llamada Portal del Pont, que formaba parte de la

muralla. En la bulliciosa población, aquel día, que recuerdo era martes, había mercado. Sus variopintos puestos, alineados en los extremos de la plaza principal, a la sombra de los soportales, bajo las arcadas de piedra, ponían colorido al ruidoso y frenético ambiente, que me resultó muy agradable y familiar, pues me recordaba los mercados de Jerusalén, Acre y Jericó, en Tierra Santa, por cuyas calles había deambulado tantas veces. Y por supuesto, también me recordó al de la Alcaicería, en Granada. Muchos me miraban con una mezcla de admiración y de respeto, quizás porque no habían visto nunca antes un caballero templario con su atavío al completo.

—Yo también experimenté la misma sensación, Esteve, cuando te vi el primer día de tu llegada a Granada, momento que recuerdo como si fuese hoy —comentó, nostálgico, Ozmán—. Pero prosigue, amigo cristiano, por favor.

—En el mercadillo de Besalú había de todo cuanto uno podía necesitar. Por una parte, un cantarero pregonaba las cualidades exclusivas de sus botijos; al lado, no menos estridente, una mujer voceaba que sus telas eran las mejores de la comarca; los olores a fritura, se combinaban en una mezcla extraña, rivalizando con los más aromáticos olores de las mixturas, esencias y maderas de Oriente. Habiendo dejado el caballo en el apeadero, vigilado por un mozo al que se abonaba una pequeña retribución por su trabajo, paseé entre los vendedores y el incesante gentío, embelesado mirándolo todo con suma atención y gozando al mismo tiempo del frenesí que proporcionaba aquel ambiente. Gallinas, ocas y demás animales de corral, junto a vendedores de pan, algunos ofreciendo piezas de pan ázimo, elaborado sin levadura para la comunidad islámica, curtidores de pieles al lado de chacineros. Allí se vendía de todo, en la forma más anárquica imaginable.

Conozco bien esos mercados, son iguales que nuestros zocos. ¿Y qué ocurrió después? —se interesó Ozmán.

Cuando ya me cansé de recorrer el mercado, entre aquella barahúnda de gentes de todo tipo, me encaminé hacia la aljama hebrea, el importante barrio judío, que, a pesar de la proximidad al bullicioso tropel humano, permanecía extrañamente silencioso. Seguidamente me dirigí al palacete de la Curia Reial, donde tenía su sede el *batlle* de la ciudad, es decir, el alcalde, quien me recibió con toda suerte de atenciones. Otra vez el salvoconducto hizo su labor. Se presentó el alcalde como Ferran Fenollosa, y me preguntó, respetuosamente, qué asuntos me habían llevado por aquellos pagos y en qué me podía servir. Le hice saber que tenía previsto quedarme a vivir en Besalú y me gustaría que me aconsejara la mejor opción para poder adquirir una casa pequeña, sin muchas pretensiones. Ferran Fenollosa me prometió que daría órdenes para que mi petición fuera atendida lo antes posible. Muy agradecido por su buena disposición, me despedí de él informándole de que volvería en unos días, y le dije que mientras me alojaría en el castillo de mi hermano, el barón de Montpalau, en Argelaguer. Luego aproveché para encargarme ropa de paisano a un sastre de la aljama. Le pedí que me confeccionara varias prendas de vestir, pues no estaba dispuesto a deambular por la comarca vistiendo siempre el hábito templario.

Además, quería pasar desapercibido. Pensaba que nuestra Orden ya estaba en el ocaso, y próxima a su final.

»Después de la hora nona, y habiendo comido en una acogedora posada, emprendí el camino de regreso a Argelaguer. A los pocos días de mi llegada, recibí un mensaje del *batlle* Fenollosa, en el que me comunicaba que había hallado una finca en el centro de la ciudad que reunía las condiciones que le había indicado. Me despedí de mi familia y volví de inmediato a Besalú. La casa que había encontrado el alcalde me gustó y enseguida me instalé. Estaba ubicada en la esquina de la confluencia de dos calles, cerca de la aljama. Era una construcción de dos plantas. La inferior disponía de un pequeño vestíbulo, al que se entraba directamente desde la calle, y para salir había que descender uno o tres escalones, como mandaban los preceptos arquitectónicos del judaísmo, para pisarla siempre con el pie derecho; la espaciosa sala principal disponía de una chimenea en una de las paredes. Por una puerta se entraba a la cocina, muy amplia, con fuego en el suelo y una enorme chimenea de hogar, que ocupaba gran parte de la estancia, a poco más de una alzada; otra puerta daba acceso a un pequeño patio, que tenía un pozo en el centro. En un rincón se hallaba la letrina. La planta superior, a la que se subía por una escalera que arrancaba desde la sala principal, estaba destinada únicamente a dormitorios. Ya al salir, advertí la existencia de una pequeña ranura vertical en el muro del intradós derecho de la puerta de entrada, en cuyo interior se guardaban, en un rollo, llamado “mezuzá”, los salmos del Antiguo Testamento, que eran un protector para los moradores de la vivienda.

»La casa se hallaba muy próxima a la puerta de las murallas de La Força y a la subida al castillo condal, y equidistante a la puerta de Rocafort, que daba apoyo a la muralla en el lugar en donde el hilo de agua del Garganer entregaba su curso al Fluvià. Ese mismo día fui a la sinagoga y pregunté por el rabino Moshé ben Ezra, un *fajamin*, o sabio del Talmud, que era un estudioso de la Ley y la tradición judaicas, hombre muy reconocido y respetado en la ciudad.

—Aquí, en la cora de Granada, como sabes, también contamos, por tradición, con una numerosa población de religión judía —exclamó el general nazarí.

—Sí, lo sé, amigo Ozmán, y con ellos he mantenido una buena y estrecha relación. Las comunidades hebreas de Granada y Besalú se han caracterizado igualmente por sus excelentes médicos. Pero, como te estaba contando, pregunté a una persona, en la entrada de la sinagoga, por el *fajamin* y me dijo que en ese momento se hallaba en la terraza exterior del mizwé, conversando con un miembro de su comunidad. Aquella persona se ofreció a llevarme hasta la entrada, pero dijo que yo no podría entrar porque no era judío. Estuve una hora, aproximadamente, aguardando en la puerta la salida de Moshé. Cuando salió, le dije «*Shalom rabbí*, que *Hashem* os bendiga». Él respondió a mi saludo y me preguntó, asombrado y extrañado a la vez, que si hablaba hebreo. Le contesté que lo hablaba con fluidez, además del árabe, el latín, el griego y otras lenguas romances, aparte del catalán, que

era mi lengua materna. Le expliqué que era médico templario, y había pasado gran parte de mi vida en Palestina. Al oír esto último inquirió, con los ojos brillantes, que si había estado en Jerusalén. A lo que respondí que, gracias al Innombrable, permanecí allí mucho tiempo. Entonces se ofreció a enseñarme la Mikve, su santuario de aguas rituales, que en aquel momento estaba vacío, pero me dijo que sería una visita rápida porque estaba prohibida la entrada a quienes no profesaran la religión judía. Le di las gracias. Consideré que era un privilegio el poder acceder a aquel recinto tan importante no solo para los hijos de Abraham, sino también para toda la cultura. El rabino me explicó que la Mikve de Besalú era una de las más importantes de toda la cuenca mediterránea. Se trataba de los baños rituales de purificación; una dependencia subterránea de planta rectangular de diez por doce codos cubierta con bóveda de cañón, a la cual se llegaba descendiendo una escalera de piedra. En aquel lugar era donde se cumplía, por inmersión total, el rito religioso del baño de las mujeres después del período menstrual, tal y como había sido impuesto por la Torah desde tiempos inmemoriales. La sala central recibía la luz a través de una ventana orientada al río Fluvià. El agua, sin contaminar, llegaba directamente a la alberca interior, o piscina ritual, a través de una conducción subterránea y por un efecto de aspersión, cubriendo una altura de la alzada de un niño, unos tres codos y medio. El Fluvià nacía en las montañas de la Garrotxa, cuyas cumbres de origen volcánico hacían que el agua fuera todavía más rica en minerales. Un postigo de celosía, que iluminaba aquel santuario de baños rituales, permitía ver el puente de piedra, y no ser vistos por ojos indiscretos. Observé que existía un asombroso parecido con los baños de Massada, al sur del mar Muerto, en Tierra Santa, y así se lo dije. Además, añadí, también había contado un total de 36 escalones, que debían descenderse desde el exterior hasta alcanzar el nivel de la alberca con el agua ritual. Sorprendido por mis dotes de observación, me confirmó que, en efecto, eran 36 los peldaños que había que descender, al bajar, o subir, al salir de aquel recinto sagrado. Y 36 era igual a 9 (3 + 6); número alquímico por excelencia, que representaba la síntesis final y el regreso al principio de la creación. Y amplió que el nueve era, al mismo tiempo, una espiral que nos comunicaba con los infiernos (la tierra) y girándolo, el 6, nos conectaba con los cielos (el paraíso). El mensaje de la escalinata, por lo tanto, era que ascender los 36 peldaños favorecía la proyección del ser humano al nivel más espiritual. Le escuché con atención y, cuando acabó, le expliqué que, en la numeración esotérica, el 9 era la cifra relacionada con el camino iniciático. Le conté la estrecha vinculación del número nueve con la Orden del Temple: nueve fueron los caballeros fundadores; un total de 72 artículos componían la Regla ($72 = 7 + 2 = 9$); la génesis de la Orden se prolongó durante nueve años, exactamente desde 1118 a 1127; nueve eran las grandes provincias que teníamos establecidas en Occidente. Luego, le di las gracias al venerable *rabbí* por haber dejado ver a un gentil sus baños, pero me dijo que yo no era un gentil, sino uno de los suyos. Le pregunté cuáles eran los oficios que desarrollaban los miembros de la aljama de Besalú, y el rabino me informó que en las

últimas décadas había ido creciendo una importante comunidad judía, que ocupaba casi la mitad de la Vila Comtal, y que sus miembros eran tenderos, prestamistas y, sobre todo, excelentes médicos. Añadió que algunos de ellos eran célebres en todo el Reino; como por ejemplo Bendit des Logar, Abraham des Castlar, y otros veinte cirujanos más, que habían atendido en sus consultas las enfermedades tanto de las familias más humildes, como las visitas de reyes, emperadores, cardenales y pontífices. Se ofreció a presentármelos cuando llegara el momento, y también, dijo, quería que conociera la *Schola*, su escuela de formación, donde, además de la sagrada Torah, se impartían a diario clases gratuitas de astronomía, matemáticas, medicina, música y religión. Le dije a Moshé, mientras íbamos ascendiendo la escalinata, que sería un gran placer y un honor conocerlos personalmente. Ya en el exterior, junto a la entrada principal de la sinagoga abierta frente al Fluvià, sobre la orilla izquierda del río, el rabino se dirigió a mí y me dijo: «Y freire, qué puedo hacer pos vos» llamándome por mi condición templaría, lo cual me halagó. Al manifestarle yo la necesidad de encontrar un ama de llaves, dado que había decidido quedarme a vivir en la ciudad, y por experiencia me constaba que la mujer judía era la más indicada para atender mis escasas necesidades de limpieza, compra y cocina, y que prefería que fuera kosher, la permitida por la Ley judía, la cara de aquel anciano rabino se iluminó, al ver que conocía y compartía sus costumbres, y se ofreció para ocuparse personalmente de buscarla.

»Ya había anochecido cuando llamaron a la puerta de mi recién estrenada casa. Una sonriente y madura mujer, muy hermosa, ligeramente entrada en carnes y aceptable estatura, me saludó resueltamente diciendo que se llamaba Seforah, que la enviaba el *Rabbi* Moshé y que, si lo deseaba, sería mi nueva asistente. Le hice un gesto con la mano para que pasara. La mujer llevaba una canasta de mimbre de considerables dimensiones. Se encaminó a la cocina y sin más dilaciones, con un mínimo esfuerzo de sus robustos brazos la colocó sobre la mesa. Sacó unos cubiertos de madera y una vasija de cerámica que, cuando levantó la tapa, dejó escapar un aroma de cordero recién cocinado tan apetecible que se me hizo la boca agua. Sacó, también, una hogaza de pan, una botella de vino y unas apetitosas tortas de hojaldre con almendras y miel. Dijo que me había traído la cena por si no había comido y me apetecía hacerlo. ¡Pues claro que me apetecía aquel manjar, que solo los judíos sabían preparar tan bien! Le di las gracias, pero le dije que deberíamos hablar primero de su salario. Seforah exclamó que no debía preocuparme de eso, que tenía la confianza del *Rabbi* Moshé y por tanto la suya. Luego dijo que iría a buscar sábanas y mantas para prepararme la cama y me pidió una llave para no tener que molestarme cuando volviera. Me dirigí a un estante del armario donde guardaba una de repuesto y se la di, para que pudiera entrar y salir cuando quisiera. Me puse a comer y, mientras saboreaba aquel manjar, cerré los ojos y me encontré de nuevo en Jerusalén, evocando mi pasada vida entre judíos, musulmanes y cristianos, en perfecto sincretismo, todos respetando la doctrina y costumbres de los demás. El ideal

templario, la unificación de las tres creencias. Por otro lado, eran doctrinas diferentes que adoraban al mismo Padre. Nunca he podido comprender la necesidad de los hombres por la intransigencia de las luchas de religión. El ruido de la puerta y la entrada de Seforah, me sacaron de mis cavilaciones.

—Cuánta razón tenéis, amigo Esteve —dijo Ozmán, que escuchaba en silencio asintiendo con la cabeza a todo lo que yo iba explicando.

—Seforah me preguntó que si me había gustado y le contesté que estaba riquísimo, que hacía muchísimo tiempo que no comía nada tan delicioso. Le dije que era una gran cocinera. Agradeció el cumplido y dando media vuelta se marchó al piso superior. Cuando Seforah se fue, encendí el fuego de la sala y me senté a leer un pasaje del evangelio de san Mateo, a la luz de un candil. Estaba contento y di gracias al Altísimo.

»Durante unos días coincidí con el rabino de la sinagoga, que me mostró el *cali*, o dicho de otra forma, la aljama, el barrio judío. Me fue presentando amablemente a toda la comunidad judía. También entablé una fuerte amistad con Miquel Romeu, un erudito anciano que había sido profesor de las prestigiosas universidades de Vic y Barcelona y, casualmente, vivía cerca de mi casa. Manteníamos largas conversaciones cuando caía la tarde, al cerrarse las puertas de la ciudad, tanto en el exterior, sentados a la puerta de la casa, como dentro, a la luz del candil, o bien dando extensos paseos durante el día, que era cuando más me gustaba, dado que mientras hablaba, me iba indicando los lugares a los que se refería. La pena era que el hombre ya no podía caminar mucho.

Enclave de culturas

Las culturas que pasaron la aduana del latín fueron enseguida, y para siempre, historia. Las que quedaron fuera, arqueología.

ANTONIO FONTÁN PÉREZ



— **L**e pedí a Miquel Romeu que me hablara de la historia de Besalú y me contó que era una población muy antigua. Me explicó que su nombre hacía referencia a la legendaria *Sebendunon* o *Sebeldunon*, que era un testimonio toponímico de la poca conocida implantación celta en la comarca de la Garrotxa. Un pasado oscuro para aquel pueblo que solo se aclaró a partir del traspaso de la ciudad de Girona de los andalusíes a los francos, en el año 785. El nuevo poder concedió la oportunidad al altozano de Besalú de acceder a las páginas más brillantes de la historia cuando la eligió como capital de un *pagus*, un distrito político y militar carolingio. A partir de ese momento, Besalú apareció como un pequeño núcleo amurallado alrededor de un castillo que acechaba el punto donde la riera de Capellada entregaba su pequeño caudal al río Fluvià. Le comenté a Romeu que el enclave era de suma importancia a efectos estratégicos. Él lo confirmó añadiendo que la situación estratégica convirtió a aquel núcleo en el centro de confluencia de las distintas vías de comunicación que conducían desde el Empordá hacia el Pirineo y que salvaban el paso del río a través del puente, seguramente desde los tiempos de Bernat Tallaferró, que falleció en 1020, y a partir del cual se convirtió en la capital de uno de los pequeños condados catalanes casi independientes de los francos que, en el futuro, constituirían la moderna Cataluña. El primer conde privativo de Besalú fue Radulf, en el año 878, por cesión de su hermano Guifré II el Pelos; el último fue Bernat III, que murió sin dejar descendencia en el año 1111, ahogado al cruzar el río Ródano, en viaje a Roma. Luego, bajo la protección de la familia de la Ciudad Condal, Besalú experimentó un primer crecimiento urbanístico; la capitalidad dinamizaba la artesanía y el comercio y, por tanto, atraía a nuevos pobladores. Precisamente para reforzar este carácter de capital, la autoridad condal quiso dotar al pueblo de un prestigio religioso que acompañara la indudable pujanza política. Así había que entender que el conde-

obispo Miró III trajera de Roma, seguramente en el año 978, desde las catacumbas de San Calixto, las reliquias de los santos Prim y Felicià para el nuevo monasterio de Sant Pere; una práctica que continuó su sobrino Bernat Tallaferro, cuando, en el año 1016, trajo de su peregrinaje a la Ciudad Eterna, desde la basílica de San Juan de Letrán, un fragmento de la Vera Cruz para el templo de Santa María. Y más recientemente, se había incorporado una nueva donación, gracias a la familia de los Rocabertí, de Maçanet, que habían donado una espléndida cruz procesional. Tras aquel último comentario del cronista de la ciudad, me interesé por si ya había llegado la donación de los Rocamartí. Miquel Romeu me confirmó que había llegado hacía pocos días y la habían colocado en el interior de la iglesia parroquial de Sant Vicenç, dentro de un artístico relicario de pared, en el lado del Evangelio, para que todos los feligreses pudieran admirarlo. [Véase lámina IV.].

»Exclamé que estaba deseando de verlo, porque yo había sido quien trajo esa valiosa reliquia desde Tierra Santa, por decisión de un joven caballero, escudero del gran maestro del Temple, y me alegraba infinitamente que la familia de los Rocabertí hubiera cumplido su palabra. Él me propuso entonces llevarme a ver la iglesia de Sant Vicenç, y también la valiosa reliquia. Cuando llegamos a aquella iglesia, Miquel me reveló que, curiosamente, aquel templo era el más antiguo de Besalú, pues databa de mediados del siglo x. Dijo que un documento antiguo, perdido y poco fiable, aseguraba que el conde Bernat Tallaferro impuso un peaje de un real de plata a todos los mercaderes que, en días festivos, pasaran por Besalú camino de Figueres o de Olot, para invertirlo en la obra de aquel templo. Sin embargo, según dijo él, la obra que en aquel momento podíamos admirar correspondía a la importante reforma del siglo xii realizada por los templarios. Él opinaba que no existían las casualidades, sino las causalidades, y que el fragmento donado por el gran maestro del Temple, tenía que tener su lugar de custodia y conservación en una iglesia templaria. Luego siguió explicándome que, con la anexión de Besalú por los condes de Barcelona, la antigua Vila Comtal se convirtió en villa real y cabeza de veguería, y la corona en el valedor más importante de su dinamismo social y económico. Puso como ejemplo el mercado semanal de Besalú, que disfrutaba del privilegio real de no tener competidores en un radio de tres leguas a la redonda, una medida aducida para ahogar a los nuevos competidores, como el pueblo de Lledó, o la villa de Santa Pau. Igualmente, el permiso para organizar una feria anual el día de Todos los Santos, concedido por el monarca Jaime II, había introducido a Besalú en el grupo de poblaciones catalanas que competían por el comercio a larga distancia. Añadió que la salvaguardia real permitía la existencia de una influyente comunidad judía, cuyos miembros, además de excelentes y reputados galenos, destacaban en el préstamo y la circulación de capital que permitía la financiación de las actividades artesanales, el dispendio lujoso de los nobles locales y la compra de ganado y semillas de los campesinos de la veguería. Aquel sabio se embelesaba narrando la historia de su tierra natal, que conocía a las mil maravillas, disfrutaba y se evadía al hacerlo. Y yo

quedaba embriagado en cada sesión por su convicción e ilustración.

»En una de las ocasiones en que llegué a mi casa, al entrar observé que, en la parte derecha de la puerta de entrada a la sala grande, habían colocado un pequeño cilindro de caña de bambú en posición inclinada, con su parte superior apuntando hacia el interior del cuarto, y situado en el tercio superior de la altura total de la jamba. Por la inscripción lo reconocí. Tenía grabada la letra *shin* ש del alfabeto judío. Sonreí; se trataba de una *mezuzá*. Cuando llegó al día siguiente, le pregunté a Seforah si la había colocado ella, no pudiendo evitar que mis pupilas revelaran mis sentimientos de simpatía. Muy preocupada, me preguntó que si me había incomodado. La tranquilicé diciéndole que no, y le pregunté que si había sido idea suya. Dijo que sí, pero que primero lo había consultado con el Rabí de la comunidad, que le había comunicado que yo era uno de los suyos. Me sentí muy complacido al escuchar de boca de Seforah aquellas palabras. La comunidad judía era muy selectiva, y aunque yo no era judío de raíces, me sentía muy próximo a ellos; aunque también, tenía que reconocer, dentro de mí había un sufí musulmán. Todo ello era fruto de mis experiencias por el mundo que me tocó vivir.

—Eres un hombre de grandes valores, amigo cristiano —comentó Ozmán, mirándome con gran afecto.

—Yo sabía que dentro de aquella porción de bambú había un diminuto rollo de pergamino escrito por un *sofer*, un escriba, conteniendo veintidós líneas y setecientas trece letras, dando fe de la cuidadosa vigilancia que Dios ejerce sobre el hogar y todo lo que este contiene, recordando tanto a moradores como a visitantes, a la entrada misma del recinto, en el lado derecho de la puerta, que decía: «Esta casa era un santuario del Todopoderoso». Le di las gracias a Seforah diciéndole que me sentía muy feliz por su regalo y ella, dedicándome una de sus deliciosas sonrisas, afirmó que el Altísimo me iba a proteger.

»En otra ocasión visité al abad frey Nicolau Llompart del monasterio benedictino de Sant Pere, a quien me presenté informándole que era descendiente de la baronía de Montpalau, en Argelaguer, médico templario y que hacía poco que había llegado a Besalú, para pasar allí el resto de mis días, si Dios lo permitía. El abad me dio la bienvenida y se puso a mi disposición para lo que necesitara. Luego, mientras paseábamos por el espléndido claustro, me contó toda la historia del cenobio, desde su fundación, y se ofreció a mostrarme la iglesia. Juntos entramos a la penumbra interior. Estábamos a mediados del mes de mayo y al sol ya hacía calor. Agradecí el ambiente fresco que reinaba dentro de la construcción. La planta de la iglesia era basilical, con tres naves, crucero y un único ábside central con deambulatorio. Me llamó la atención este último, pues era un elemento con el cual la iglesia de Sant Pere quedaba incorporada a los conjuntos históricos más interesantes del románico catalán. Estaba formado por cuatro parejas de columnas, con los respectivos capiteles, que sostenían cinco arcos de medio punto sobre los que se asentaba la bóveda del ábside. Todos los capiteles estaban decorados con diseños muy variados, que iban desde los

motivos vegetales y animales a las figuras humanas. Flanqueando la gran ventana de la fachada de poniente, sobre la puerta, aparecían dos leones en una enigmática y escénica composición. Debajo, atrapándolos con las garras, el felino de la derecha aplastaba a otro animal más pequeño y a un hombre que, consciente de su pecado, se cubría el sexo desnudo; el de la izquierda pisaba a un leopardo y a una serpiente, mientras un personaje desconocido se burlaba. No hice ningún comentario al prior, pero reconocí de inmediato la intervención de mis hermanos templarios en aquella misteriosa e inexplicable obra de arte; misteriosa y extraña, para profanos, evidentemente. Una vez en el exterior, junto al cementerio, en el lado de mediodía de la iglesia, el afable abad Nicolau siguió contándome crónicas, haciendo especial referencia al centro hospitalario de Besalú. Le agradecí la atención que me había prestado y le comuniqué mi intención de visitar el hospital de Sant Julia. Al despedirse me encargó saludar de su parte al padre Lázaro, que era médico y regente del hospital.

»La portada de la fachada de tramontana del hospital de Sant Julia me dejó ensimismado por su extraordinaria belleza, sobre todo su puerta con dintel y tímpano liso y cinco arcos en degradación. Igual que en anteriores ocasiones, me presenté al responsable del centro, el padre Lázaro Campreciós, sacerdote benedictino de mediana edad, quien me recibió cordialmente, y más cuando se enteró de mi condición de médico. Tras pedirme permiso para tratarme de colega, me mostró las instalaciones, que eran de las más avanzadas de aquella época. Aquel hombre hablaba muy rápido, como si cada momento fuera a ser el último de su vida; mostraba una envidiable vitalidad. Enseguida simpatiqué con él. Me contó que fue construido en el siglo XII, como hospital de pobres, y que fue edificado en unos terrenos que eran propiedad del cercano monasterio de Sant Pere. De planta rectangular y cubierta con bóveda de cañón, esa sala de alta techumbre estaba fraccionada en cubículos laterales, donde se asistía a los enfermos, dejando un ancho pasillo central. La luz del día entraba a raudales por las amplias ventanas abiertas a los lados. Se respiraba limpieza y mimo en aquel modesto centro hospitalario. Vi que tenía a su cargo a hermanas agustinas como enfermeras. Se lo comenté y manifestó que eran las mejores y más abnegadas enfermeras que había. Le ofrecí mis servicios si en alguna ocasión los necesitaba y, estallando en una franca carcajada, respondió que me tomaba la palabra.

»El domingo de esa misma semana acudí a la iglesia parroquial de Sant Vicen[^]; como el templo estaba lleno de fieles, esperé a que terminara la misa para, sin prisas, volver a recrearme viendo la reliquia que, con tanto celo traje desde Tierra Santa, y tener la satisfacción de ver cómo la admiraban todos los devotos. Había transcurrido poco más de un mes desde mi llegada a Besalú, pero yo no había olvidado al joven Bernat de Rocabertí, escudero del maestre Guillaume de Beaujeu, quien confió en mí para que llevase a Besalú aquella reliquia y también transmitir a su familia su fallecimiento, ocurrido dieciocho años atrás en mis brazos, en el sitio de Acre. Al

anochecer Seforah llegó a casa, como cada día. Mientras cenaba, le pedí que se quedara un rato, a lo que accedió sentándose a la mesa. Le pregunté si conocía a alguien de su confianza que conociera bien la Garrotxa. Al oír mi pregunta, la mujer sonrió de una forma que se me conturbó el alma. Era una mujer realmente preciosa. Seforah contestó riendo alegremente, sin que yo comprendiera muy bien qué habría podido causar tanta hilaridad, que conocía a Yehudá ben Mahir. Le pregunté quién era y ella, soltando una carcajada, exclamó que era su hijo. Me explicó que tenía veinticinco años y conocía la Garrotxa como la palma de su mano. Torpemente, le contesté que no sabía que tuviera hijos tan mayores y ella, haciéndose la ofendida, exclamó que no era tan vieja como yo creía, y añadió que era viuda y que solo tenía un hijo. No sabía cómo disculparme y, muy azorado, porque nunca me he manejado bien con las mujeres, balbuceé que lo que quería decir era que la veía muy joven para tener un hijo tan mayor. Mi confusión acrecentó la risa de Seforah, que se divertía viendo mi torpeza y desconcierto, y dijo que la perdonara, pero que se me había puesto la cara muy sonrojada. Yo también me reí. A mi edad, y con lo que había visto a lo largo de mi azarosa vida, ahora me comportaba como un adolescente quinceañero. En ese momento comprendí, a mi pesar, que Seforah me atraía intensamente. Pero no podía ser; yo era un monje y Seforah una mujer judía. Intentando salir del atolladero, le pedí que le dijera a su hijo que viniera a verme al día siguiente, y nos despedimos con un “buenas noches”.

»Por la mañana se personó Yehudá. Era un hombre bien plantado, algo más bajo que yo, pero de buena envergadura y complexión. Tenía los típicos rasgos semitas, que delataban su nariz aguileña y una agradable presencia. Después de presentarnos, le informé de mi necesidad de alguien que conociera la comarca para que me guiara y me acompañara a recorrerla, y añadí que le pagaría bien. Él se ofreció a salir en cuanto yo lo dijera, y le pregunté que si tenía montura. Al decirme que no, le entregué diez sueldos para el caballo, la silla y la guarnición y le comuniqué que cuando lo tuviera todo partiríamos. Tardó tres días en tenerlo todo listo. Mientras, tuve tiempo de conocer a Armand Cornellá, un noble venido a menos, que me mostró su palacete, aquel que tanta admiración me había causado. Era una muestra de la vivienda de las familias de elevada posición social del interior de la ciudad de Besalú. Disponía de un patio central, de planta cuadrada, al que daban las salas de las dos plantas. Pero lo que sin duda realzaba el conjunto, era la escalera que facilitaba alcanzar la planta principal y la galería de arcadas de medio punto sobre pilares cilíndricos que se abría a tres de las fachadas interiores. Una auténtica maravilla arquitectónica.

»Estaba llegando a mi casa, para encontrarme con Yehudá y emprender el recorrido por la Garrotxa, cuando de pronto llegó un emisario de mi familia portando un mensaje que, por su semblante, no debía ser nada gratificante.

Las conizas del terror

Quien no condena el mal, ordena que se haga.

LEONARDO DA VINCI



— **E**nseguida reconocí al mensajero. Era Llàtzer, quien estaba al servicio de mi hermano, y al que pregunté qué sucedía mientras bajaba apresuradamente de su caballo. Muy apurado, me entregó un mensaje que Armengol, mi hermano, le había dado para mí, y para el que aguardaba respuesta. Muy nervioso, abrí aquella misiva cuyo contenido, según intuía yo en lo más profundo de mí ser, no sería nada bueno; al terminar de leerla, lo comprobé, y la rabia se apoderó de mí. Le comuniqué a Yehudá que tenía que ir a Argelaguer porque me reclamaba un asunto de vital urgencia en la casa de mis familiares. El joven me aconsejó que fuera con cuidado y me deseó suerte.

»Salimos de inmediato, una vez que Llàtzer dio de beber a su caballo, que estaba agotado por el esfuerzo. Las cuatro millas que separaban Besalú de Argelaguer se me hicieron eternas. No podía dar crédito al terrorífico mensaje que acababa de leer. Armengol, me esperaba en el patio de la fortaleza. Me bajé de un salto del caballo y tras darle un fuerte abrazo le pregunté cómo había sucedido aquel atropello. Mi hermano me dio las gracias por haber acudido tan rápido a su llamada. Luego me contó el terrible suceso. Se produjo la noche anterior, cuando alguien ultrajó los cuerpos de nuestros padres, en el cementerio, y luego les prendió fuego impunemente, aventando las cenizas, que quedaron desparramadas por la montaña, y destrozando las losas que cubrían las tumbas, dejando abiertas las lápidas. Con los ojos llenos de irá, pedí que fuéramos inmediatamente al camposanto. Al llegar, comprobé con rabia que aquella horrenda pesadilla era cierta; los cuerpos de nuestros progenitores habían sido arrancados de su descanso eterno y quemados; aún se respiraba en el ambiente un penetrante olor a huesos calcinados y un silencio sepulcral invadía aquel dantesco escenario. Mi hermano y yo nos abrazamos llorando como niños, impotentes ante algo tan criminal y salvaje que no podía entrar en la mente de ningún ser civilizado. No sabíamos qué hacer. De pronto, un joven se nos

acercó y nos comentó que él había visto lo que sucedió. Al preguntarle que quién era, nos dijo que era un pastor de Torroella de Montgrí que cada año, por esa época, llevaba a sus ovejas a pastar en aquellas tierras. Armengol reconoció a aquel joven que, según dijo, pagaba puntualmente el derecho de pasto. Luego le apremió a que recordara todo lo que había visto. El pastor declaró que la noche anterior, con una luna blanca y reluciente, hallándose escondido tras unos arbustos que allí había, mientras recogía a las últimas ovejas pudo ver a cuatro hombres, vestidos de negro, a los que no pudo verles el rostro, a pesar de la luz lunar, porque llevaban capucha. Pero, dijo, a uno de ellos, el que los mandaba, le oyó decir que iban a darle un escarmiento a aquellos nobles, por haber acogido y protegido a los herejes; también dijo que el Santo Oficio les pagaría muy bien. Armengol, que no entendía nada, me preguntó a qué herejes se referían. Me quedé unos instantes sin respiración, y luego comprendí, exclamé que era muy posible que se refirieran a los occitanos que fueron acogidos en nuestro castillo por decisión de nuestros padres; aquellos canallas eran explotadores de la Inquisición, sicarios sin bandera ni credo, capaces de cometer los atropellos más impensables por unos florines. Prometí dar con ellos.

—Lo que me estás contando me quema la sangre, cristiano —manifestó con rabia Ozmán.

—Le pregunté al pastor que si había podido ver algo más, y buscando en su memoria recordó que el que mandaba tartamudeaba un poco, y también cojeaba de su pierna izquierda al andar. Añadió que uno de ellos dijo algo sobre Santa Pau, y además pudo ver un estampado pequeño de tela que los cuatro hombres llevaban cosido en la capa, que reproducía un crucifijo en forma de tronco de árbol. Armengol, acariciando el mango de su espada me juró que no pararía hasta vengar el ultraje infligido a nuestros padres, pero yo lo interrumpí diciéndole que lo haría yo, que ya había vivido de sobra y no tenía nada que perder, y sin embargo él tenía una familia, esposa e hijos, y debía velar por ellos. Le dije que me lo pensaría fríamente y después decidiría qué haría. Mientras, recogimos como pudimos las cenizas y las metimos en un recipiente de cerámica que luego depositamos dentro del panteón familiar, colocando bien la losa una vez reconstruida. Luego abracé nuevamente a Armengol pidiéndole que, aunque él era el hermano mayor, me hiciera caso.

»Después de realizar los trabajos acordados en el camposanto, nos retiramos a la casa-fuerte de la familia, y allí hablé con mi hermano. Le recordé que el pastor había hablado de Santa Pau. Él dijo que era un pueblo que estaba entre Mieres y Olot, circundado por una poderosa muralla y un castillo, cuyos barones eran amigos de nuestra familia. Le pedí a Armengol que me extendiera un salvoconducto para presentarme en esa fortaleza, como documento de amistad, aunque para al resto de la población iría de incógnito. Lo redactó al momento y le imprimió el sello de nuestro linaje. Le pedí también que llamara a su hombre de confianza más experto en armas para que me acompañase en aquella misión. A los pocos minutos, la persona elegida por mi hermano se presentó ante mí. Era un hombre robusto, alto, de larga cabellera y

espesa barba pelirroja, y seguro de sí mismo. Me recordaba a nuestros caballeros templarios de Miravet, y también a algunos hombres de Roger de Flor, que formaban la fuerza de combate de los temibles almogávares. Después de hacerle un repaso visual, estuve seguro de que era la persona adecuada. Le pregunté su nombre y me contestó que era Joan Deseáis, el *casalier*, responsable de la seguridad de nuestra familia y jefe de la guardia de mi hermano. Por estar más seguro le pregunté que si era leal a mi hermano, y él me juró por el Altísimo que así era. Dijo que estaba enterado del deshonor que había sufrido mi familia y ardía en deseos de encontrar a aquellos criminales. Lo puse al día sobre el plan que tenía pensado, y le advertí que habría que llevarlo a cabo con mucha astucia y rapidez de movimientos, y que él me iba a acompañar. Le expliqué que iríamos vestidos con chaqueta de armas, en algodón y piel, bien trenzados, recubierta con terciopelo, lazada sobre la delantera bajo una capa consistorial, porque no había que llamar la atención, y que yo no llevaría mi túnica templaria, y con respecto a las armas, que llevaríamos armas cortas, rápidas de manejo y silenciosas. Propuse que lleváramos dos dagas y una ballesta, porque la espada se veía demasiado, aunque la lleváramos bajo la capa. Joan se ofreció a ocuparse de ir a la armería para conseguir las armas, y me preguntó, nervioso, que cuándo saldríamos.

CAPÍTULO 41

Santa Pau

En la capillita de Santa Margarita, en el interior del citado cráter, desde tiempos ancestrales, se oficiaban misas, donde la feligresía iba en peregrinación durante las calamidades públicas, a pedir la lluvia para los campos o la salud para los pobres.

JOSEP BERGA I BOIX



— **M**e hubiese gustado, amigo cristiano, haber sido yo quien os acompañara en esa delicada misión —se lamentó mi amigo Ozmán.

—La campana de la ermita del castillo de nuestra familia repicaba la hora prima, el sol aún no había aparecido por el horizonte, y ya estábamos dispuestos a partir. Joan se había ocupado de las armas, siguiendo mis consejos, y mi hermano aguardaba en la puerta, después de haber ordenado la bajada del puente levadizo, entregándome el certificado por él firmado y lacrado. En un instante nos despedimos, alejándonos en la oscuridad. Pregunté a Joan si conocía Santa Pau y me dijo que había estado allí un par de veces, aunque hacía mucho tiempo, por encargo de su padre, ya fallecido, para solucionar algunos asuntos de escrituras de tierras. Se acordaba de que en las afueras de la población había un bosque encantado, que la gente llamaba *La Fageda d'En Jordà*, y que por aquellas fechas, sus hojas se encendían con los rayos del sol; y añadió que en aquel lugar, de fascinante belleza, era fácil perderse, sobre un suelo de color negruzco y piedras redondas que parecían surgidas del infierno. Me pareció una bella descripción, pero me interesaba más saber si conocía el camino. Estuvo un rato pensando y luego me informó que el mejor trayecto sería por Olot, y luego por Batet de la Serra, pero que ese camino nos llevaría cuatro jornadas de tiempo. En cambio, dijo, si atravesábamos las crestas de la sierra de Sant Julia del Mont, al día siguiente al atardecer estaríamos entrando en Santa Pau. Me decidí por el último, pues no quería que aquellos miserables tuvieran más tiempo para alejarse. Quedé con Joan en que a partir de ese momento, y durante toda la misión, se dirigiría a mí como Bernard, y yo a él como Felip, para que no nos identificaran; debíamos pasar inadvertidos.

»Después de cruzar el profundo cauce del río Fluvià, y remontar las empinadas

crestas de la sierra y los abismales barrancos del torrente del Junyell, divisamos la población de Santa Pau. No quise entrar a esa hora, pues estaban cerrando ya las puertas del recinto, y nos dirigimos a un lugar llamado *Els Ares*, de larga tradición peregrina por la devoción de las gentes de la zona a su Virgen, la “Mare de Déu trobada”; en el albergue anexo al santuario nos alojamos, como si fuésemos unos comerciantes de paso; dejamos los caballos en las cuadras. Durante la cena oímos algunas conversaciones que, a mí, en concreto, me inquietaron: “¿Sabéis que la encomienda de Aiguaviva ha sido abandonada por los templarios?”, gritaba uno de los que comían en la mesa grande del comedor. Entonces me vino a la mente el frater Joaquim Mateu. ¿Qué habría sucedido con los demás hermanos? Pero, sin darme cuenta, al recordar Miravet, comprendí la gravedad del momento para nuestra Orden. ¿Qué estaría sucediendo en la Ciudad Condal?, ¿y con la encomienda de Palau-Solità i Plegamans? ¿Mi querida encomienda habría tenido el mismo final? Por unos instantes quedé abstraído. Joan, mi compañero, advirtió mi preocupación y, durante un tiempo, mantuvo un absoluto silencio, transcurrido el cual se dirigió a mí y me hizo caer en la cuenta de que debíamos comer algo, pues se hacía tarde y teníamos que descansar. No sabíamos lo que nos iba a deparar la mañana.

—Al día siguiente, con un aire gélido que hacía que doliera la cara, después de un desayuno caliente, nos dirigimos a Santa Pau. Era domingo, 20 de enero, y en todo el pueblo se respiraba un aire de fiesta. Se celebraba la festividad de san Antonio, según me dijo Joan. Me pareció una buena cosa, ya que así pasaríamos desapercibidos entre el gentío. Accedimos al corazón de la *Vila Vella* a través del portal de Sant Antoni; me llamó la atención su espléndida plaza mayor, rodeada de soportales con amplios arcos de medio punto y apuntados; toda la explanada central estaba llena de puestos de venta; el griterío era ensordecedor. Aquella singular plaza era conocida por la gente como el *Firal dels Bous*, porque en ella, me explicó Joan, se celebraban toda clase de espectáculos. Al fondo destacaba la poderosa estructura, también de piedra negruzca, de la iglesia de Santa María. Decidí que iríamos directamente al castillo superior, y mi compañero me guió hasta un extremo de los pórticos, desde donde llegamos a la rampa que subía a la puerta principal del castillo. Allí, dos guardias nos dieron el alto. Dirigiéndome a ellos les di nuestros nombres, Bernard y Felip, y les expuse que éramos amigos de los señores y deseábamos mostrarle un documento. Nos dijeron que aguardásemos y mientras el sargento de guardia se ausentó. Joan y yo nos miramos llenos de incertidumbre al notar que, desde las almenas superiores que dominaban la fachada principal de aquella oscura fortaleza, estábamos siendo minuciosamente observados por un soldado que tenía su arco tensado y apuntando a nuestras cabezas. Al cabo de un rato, el sargento regresó y nos ordenó que le siguiéramos hasta la cámara principal, donde nos aguardaba el señor. Cuando atravesábamos la puerta de aquel imponente castillo-palacio, provisto de torre del homenaje, y entramos en el patio, pudimos ver la entrada a una capilla, la cisterna y las rejas de un calabozo umbrío, a través de cuyos barrotes unos presos asomaban sus

esqueléticos brazos, pidiendo clemencia y agua con desesperación. Joan y yo nos miramos sin pronunciar palabra. Después subimos por una escalinata a la planta superior. El sargento nos hizo entrar y cerró la puerta tras de sí. Otros guardianes nos abrieron la puerta de entrada a la cámara donde el señor, Guillem Oms, hombre de avanzada edad, de pelo blanco y barba abundante, nos recibió con amabilidad, reclinado sobre un diván, frente a la chimenea. Nos hizo pasar y nos invitó a desayunar con él, a lo que respondimos con el mayor respeto que acabábamos de hacerlo. Nos ofreció asiento y se disculpó por no levantarse ya que, según dijo, la gota lo estaba destrozando. Luego preguntó el motivo de nuestra visita. Hablé yo y le dije que, en primer lugar, íbamos a presentarle nuestros respetos, pero para nuestra seguridad habíamos preferido cambiar nuestros nombres. Le revelé que mi compañero era Joan Deseáis, *casalier* de la baronía de Montpalau, y yo era frey Esteve, hijo de Roger de Montpalau. Al oír el nombre de mi padre, aquel noble manifestó haber tenido la dicha de conocerlo personalmente, y lamentó mucho su fallecimiento. Añadió que era una persona de honor, con quien nunca tuvo ningún enfrentamiento. Al oír aquellas benévolas palabras hacia mi padre, y comprobar que estábamos solos los tres en aquella estancia, me atreví a manifestar que el asunto que queríamos tratar era un poco delicado. Guillem Oms, intrigado, pidió que me explicara. Cuando lo puse al tanto del saqueo hacía pocos días de las tumbas de mis padres y el posterior ultraje de sus cuerpos, casi se atraganta con el pan que estaba masticando, y los ojos, llenos de cólera, parecía que iban a salirse de sus órbitas. Al preguntarme él si sabía quién o quiénes habían sido los culpables de semejante atropello, le respondí que no, pero que casualmente un joven pastor tuvo oportunidad de escuchar a unos hombres cuyas palabras los relacionaban con la Inquisición, y también con Santa Pau. Para mi sorpresa, declaró que ya sabía quienes eran aquellos canallas. Dijo que vivían en la Torroella d'Amunt, masía perteneciente a la aldea del Sallent, hacia el este, y a un par de horas a caballo de Santa Pau, que eran unos sicarios del Santo Oficio que hacía tiempo estaban instalados en aquella casa, y que incluso habían tenido la osadía de grabar en una losa de la fachada que ese edificio pertenecía a miembros de la Inquisición. Al explicar Guillem que el dueño era un tal Ramón Rocabruna, tartamudo y cojo, no me cupo ya la menor duda de que las informaciones del pastor eran del todo ciertas; estábamos en el buen camino para encontrar a aquellos malhechores. Guillem, apesadumbrado, confesó que también él estaba harto de las tropelías de aquellos malhechores, servidores del Santo Oficio, quienes le estaban llenando las mazmorras de la fortaleza con presos condenados como herejes cuando, en realidad, se trataba de gente de bien, que no habían causado ninguna molestia, pertenecientes a respetables familias de aquellas tierras, y cuyo único delito había sido no asistir a la misa de los domingos, o no ir a rezar a la iglesia, o negarse a pagar los abusivos impuestos, cada vez más elevados, de los diezmos, cuando a duras penas podían sobrevivir. Pregunté a qué podían responder todos aquellos desmanes y Guillem, plenamente convencido de lo que decía, respondió que

la situación se había complicado desde que, hacía poco tiempo, los templarios ya no ejercían, al ser una Orden perseguida y condenada. Yo no podía salir de mi asombro. Entonces, pensé para mí, si el Temple había dejado de ejercer y de actuar, yo estaba fuera de la ley. El barón siguió explicándonos que la comunidad judía de Santa Pau, formada por unas pocas familias, estaba siendo perseguida y humillada por la Inquisición; tal era así, que sus miembros se estaban valiendo de claves encriptadas para comunicarse entre sí, y evitar ser sorprendidos por los exploradores del Santo Oficio; dijo que nos fijáramos, cuando atravesáramos los soportales del Firal dels Bous, en una serie de signos grabados en los dinteles de algunas puertas, por ejemplo en la vivienda de Cal Sastre, en la placeta dels Valls, donde se apreciaban frases inacabadas, ex profeso, para confundir a los no judíos. Le pregunté que si él, como señor de Santa Pau y de Finestras, no podía hacer nada para impedir aquellas injusticias y me contestó, con un gesto de impotencia, que lamentablemente no podía hacer nada, que eran los poderes de la Iglesia los que imponían sus normas. Nos dijo que, además, habían convertido la plaza del Firal dels Bous en escenario de sobrecogedores autos de fe, en los cuales decidían la suerte final de un reo, condenado en muchas ocasiones por herejía, ante un severo tribunal formado por autoridades religiosas; el condenado, tras recibir largas sesiones de azotes, que le desgarraban la piel y le abrían sangrantes heridas en la espalda, era trasladado en un carro, ataviado con un sambenito y cubierto con la coraza amarilla, donde se percibían unas llamas dibujadas sobre la tela; si las llamas miraban hacia abajo, era señal de un arrepentimiento por parte del reo de los “pecados” cometidos, después de vista la causa en el juicio, por lo que la muerte sería por agarrotamiento, y su cuerpo, en efígie, arrojado a las llamas; pero, si por el contrario, las llamas estaban dibujadas mirando hacia arriba, demostraban que el desdichado prefería mantenerse firme en sus convicciones, y, a pesar del miedo al castigo, eludía el arrepentimiento, entonces el condenado era arrojado vivo a las llamas, en consideración de quemar cuerpo y alma. En ambos casos, las cenizas se esparcían al viento, para que no pudieran ser recogidas por sus familiares. El cadalso se encontraba a media legua de donde estábamos, por el sendero que llevaba a Olot, que la gente conocía con horror como Pía dels Forcats.

»No podía creer cuanto explicaba aquel noble; también Joan estaba aterrado; después de un silencio, me dirigí al señor de aquella fortaleza y le dije que le estábamos muy agradecidos. Mi compañero y yo comprendimos la dificultad del momento, y el peligro al que nos estábamos enfrentando. Pero, sin darnos cuenta, en nuestras miradas había un destello de complicidad. Nada podría quitarnos la dicha de una venganza, y más ahora que ya la Orden del Temple había sido suprimida. Luego recordé el mal que aquejaba a aquel hombre. Antes de abandonar aquella sala, le dije con decisión que era médico y que iba a intentar aliviarle el mal de gota que tanto le atormentaba. El barón se quejó de que el dolor era insoportable, que la sensación de quemazón interno era terrible, y le obligaba a estar postrado en aquel diván sin poder

moverse. Al examinarlo vi que tenía muy hinchados e inflamados los pies y también las rodillas. Le dije que le dejaría anotados los tres remedios más eficaces que conocía para combatir aquel mal: aplicar una compresa fría o una bolsa de hielo directamente sobre la articulación, durante 15 minutos; tomar una infusión de cola de caballo, que era una planta medicinal que ayudaba a eliminar el exceso de ácido úrico a través de la orina y, al mismo tiempo, aliviaba el dolor gracias a sus propiedades antiinflamatorias; y, por último, el apio, que también era muy recomendable para combatir los terribles dolores de gota, y además eran todos remedios muy fáciles de conseguir. El señor de Santa Pau se mostró muy agradecido. Preguntó con interés qué alimentos le aconsejaba ingerir. Le aconsejé que tomara zumos de cereza y que, sobre todo, evitara el marisco. Aquel hombre quería entregarme una bolsa de monedas, que yo rehusé de inmediato diciéndole que no tenía que darme nada. Entonces nos ofreció a varios hombres de su guardia para que nos ayudaran a acabar con aquellos truhanes. Dijo que lo hacía por la memoria de mis padres, y el aprecio que les tenía. Joan y yo nos miramos, un poco asombrados, al ver la entereza de aquel hombre, que también estaba harto de los desmanes de los sicarios de la Inquisición. Le dimos las gracias. Considerábamos que la ayuda de aquellos hombres nos vendría bien, y además conocían mejor que nosotros el lugar al que nos dirigíamos. El barón ordenó al centinela que avisara al sargento Manel Ginebrosa, que tras unos instantes entró en la sala. El señor le comunicó que debía acompañarnos en una misión un tanto complicada, pero que sabía que podía confiar en él. Le dijo que eligiera a cuatro de sus mejores hombres para partir de inmediato. Yo manifesté que me gustaría ser el máximo responsable de la operación, ya que se trataba de mis padres, y aconsejé que lleváramos ropas que no llamaran la atención. También rogué al barón que guardara el mayor secreto sobre nuestra estancia en su fortaleza. Guillem Oms manifestó que así lo haría.

»Nos despedimos gentilmente de aquel buen noble, sin darle la espalda, agradeciéndole su amabilidad y su valiosa ayuda, y en menos de una hora estábamos formados en el patio de armas, para salir de la fortaleza intentando no llamar la atención del mundanal ruido exterior, para abandonar al trote el pueblo de Santa Pau.

CAPÍTULO 42

La venganza

Perdona quien puede vengar.

JAFUDÀ BONSENYOR



— **S**alimos de Santa Pau en dirección a Mieres; tras dejar atrás el sendero que arrancaba hacia el santuario de Els Ares, y la planicie del Pía de Reixac, nos internamos a través del estrecho y umbrío desfiladero de Can Batlle, y en el estanque romano, alimentado por el río Ser, nos tomamos un descanso para conversar y para que los caballos saciaran su sed. Manel nos informó de que íbamos directamente a la masía de Torroella d’Amunt, pero prefería evitar la ermita de Sant Vicenç, para no tropezarnos con algún campesino o feligrés que pudiera reconocernos. Me pareció bien y le pregunté qué ruta le parecía la más aconsejable. Él propuso que llegáramos a Torroella d’Amunt por el norte, fuera de los senderos tradicionales, y que aguardáramos el momento del atardecer. Dijo que llevaban comida para varios días, si fuera preciso. Joan le agradeció su previsión y procedió a afilar sus cuchillos con una piedra de molar que vio cerca de la cascada. Yo expuse que debíamos utilizar armas cortas y rápidas, pues el factor sorpresa sería decisivo en el éxito de tan arriesgada misión, y que deberíamos cubrir las herraduras de los caballos con una tela, para que no nos oyeran al trote. Estuvieron todos de acuerdo con mi propuesta, y Manel añadió que se había hecho acompañar por cuatro hábiles arqueros. Proseguimos la marcha por aquellos barrancos, envueltos entre las espesas sombras de encinas y robles. Una hora después llegamos a divisar nuestro objetivo. La masía era un enorme caserón de piedra, entre tierras de labor, a la que se accedía a través de un largo sendero rodeado de esbeltos cipreses. Y fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Le propuse a Joan que, siguiendo el mensaje que nos brindaban aquellos espirituales árboles, que se alzaban al cielo transmitiendo a los foráneos la hospitalidad por parte de los señores de la casa, se hiciera pasar por un mendigo, o mejor un peregrino, que buscaba techo y pan, dado que a él no le conocían. Le dije que me dejara sus armas y que cogiera un bordón. Y una vez dentro, que estudiara detalladamente a quiénes nos enfrentábamos, y los lugares de entrada y salida de la

casa, haciéndonos señales desde el interior. Le pedí que sobre todo tuviera mucho cuidado, que se trataba de gente muy peligrosa. Manel lo tranquilizó diciéndole que estaríamos muy cerca de él, y a la primera oportunidad entraríamos todos. Joan se vistió con las ropas más harapientas que encontró en su bolsa, y, tras una leve despedida de los allí presentes, como buen militar, no dudó en seguir mis instrucciones. A los pocos minutos ya estaba ante la puerta principal de aquella robusta masía, golpeando varias veces la aldaba. La pesada puerta se abrió, y apareció una persona que le preguntó a Joan quién era y qué quería. El compañero contestó que se llamaba Felip, que era peregrino y había errado el camino, y como ya era muy tarde, le rogaba que le diera cobijo por aquella noche, y al día siguiente seguiría el sendero de Compostela para rendir culto al Apóstol. Aquel hombre lo miró de arriba abajo, sin salir de su asombro, preguntándose cómo había llegado hasta aquel apartado lugar un peregrino. Le ordenó que aguardara y, tras una eternidad, volvió acompañado de otro individuo, a quien parecía obedecer ciegamente. Este último, de muy malos modos, a gritos y escupiéndolo cada vez que pronunciaba una palabra, le espetó tartamudeando que aquella casa quedaba muy lejos de los caminos que conducían a Compostela. Joan, sumisamente, le dijo que alguien, en Banyoles, le había informado que por aquel sendero que llevaba a Santa Pau se recortaba distancia para alcanzar Olot y después Vic. El tartamudo ordenó irónicamente al que parecía su criado, y a quien llamó Matías, que condujera al peregrino a las cuadras para que durmiera al calor de los cerdos, y se retiró cojeando ostensiblemente. Joan le dio las gracias con mucho respeto, y siguió al tal Matías, pero con los cinco sentidos bien despiertos, examinando todos los rincones de cada una de las salas de la enorme masía por las que iba pasando. En el salón principal, advirtió a otros tres hombres que conversaban sin recato y se jactaban, a gritos y con grandes risas, de la violación de las tumbas de los señores de Montpalau, en Argelaguer, como si de una proeza se tratara. A Joan se le encendió la sangre, pero tuvo fuerzas para contenerse. Finalmente llegaron al patio posterior de la casa, donde estaban las cuadras, y allí lo dejó aquel hombre, riéndose a carcajadas mientras le decía que al día siguiente iba a oler muy bien.

—¡Cómo me habría gustado estar contigo en aquella misión! —repitió Ozmán.

—Lo sé, amigo nazarí; me imagino lo que habrías hecho con aquellos canallas. Pero sigo contándote la historia, pues te veo impaciente.

»En cuanto se quedó solo, Joan esperó a que oscureciera totalmente y buscó la mejor forma de asomarse al exterior de la casa; y desde el mismo corral, con la ayuda de una escalera de madera, pudo conectarse con nosotros. Nos acercamos con el mayor sigilo, a pie, tras haber dejado las riendas de los caballos atadas a unas ramas, y Joan nos informó, susurrando, que solo eran cinco: el jefe, Ramón Rocabrúna, que era el cojo, y cuatro más. Dijo que todos ellos se encontraban en el salón principal de la casa, comiendo, bebiendo y conversando, y que todos estaban medio borrachos. Le pregunté que si reconocería las habitaciones y me contestó que no tendría ningún

problema. Añadió que no disimulaban su satisfacción al hablar del horrendo acto que habían cometido con mis padres, conversación que había tenido oportunidad de oír mientras atravesaba la estancia principal de la vivienda. Con un sentimiento de rabia incontenible, propuse que los rodeáramos. Convine con Joan que Manel y yo saltáramos la pared que en ese momento nos separaba y nos reuniríamos con él para alcanzar el interior de la vivienda. Luego, alguien prendería un fuego ante la puerta y, cuando salieran a apagarlo, los arqueros, ocultos en la maleza, a unas doce varas de distancia, los acribillarían. Manel asintió calladamente y luego dijo que le parecía una idea genial.

»En pocos minutos estuvo preparada la operación. Fue entonces cuando cerré los ojos para pensar en la gravedad del acto que iba a producirse, y me pregunté si estaba haciendo lo correcto. Dudaba sobre si era yo quien debía tomarse la justicia por su mano, o si para eso estaba el Altísimo. Pero, por otro lado, no solo se trataba del crimen perpetrado contra el honor y el descanso de mis progenitores, sino también por todo lo que, según me había informado el señor de Santa Pau, aquellos truhanes estaban llevando a cabo contra la integridad de centenares de familias de bien, condenándolas a una muerte horrible, sin juicio justo. Yo sabía que con aquella acción no íbamos a resolver el torbellino de atentados que la sociedad estaba padeciendo, pero creí que era importante dar un castigo a aquellos malhechores, pagados por la Inquisición, para que sirviera de ejemplo y pusiera freno a tan criminales atentados. Completamente abstraído en mis cavilaciones, desperté de inmediato al oír que alguien, asomándose al balcón de la sala donde se hallaba, gritaba que en el exterior había fuego. Manel y yo nos reunimos sin perder tiempo con Joan y, envueltos en nuestras capas negras, confundidos con la oscuridad de la noche, forzamos la cerradura de la puerta para entrar en la casa por la puerta trasera. Mientras, en el exterior, frente al acceso principal de entrada a la masía, ya había tres hombres intentando averiguar qué sucedía, siendo sorprendidos al instante por los arqueros. Al ver aquello, los otros dos se atrincheraron en la planta superior, donde estaba el granero. Entonces, los tres que habíamos entrado por el patio trasero logramos llegar al salón principal de la casa, y, con la mayor rapidez y cuidado, fuimos accediendo y examinando todas las habitaciones. Los arqueros permanecieron ocultos en el exterior, para evitar que pudiera entrar ningún otro apoyo a los habitantes de la casa. Manel, Joan y yo fuimos subiendo por las escaleras de la vivienda hasta encontrarnos con ellos, cara a cara, en la planta superior.

—¿Y cuál fue su reacción, amigo cristiano? —preguntó Ozmán, expectante.

—Se habían ocultado detrás de un armario, después de haber apagado todas las velas; la oscuridad era absoluta. Por ello, temíamos lo peor; pero Manel tomó una antorcha que colgaba de la pared de la escalinata y la prendió, iluminando aquella habitación, que parecía encantada. Al verse sorprendidos, los sicarios del Santo Oficio se lanzaron desesperadamente contra nosotros; Joan, tras evitar el mandoble de la espada de uno de ellos, le clavó su cuchillo en el cuello, y cayó desplomado al

suelo, en medio de un charco de sangre; el otro, el que mandaba, Ramón Rocabruna, al verse solo, rompió a llorar como una plañidera pidiendo clemencia. En ese momento Manel, por indicación mía, sacó una soga de la bolsa y fue a maniatarlo, una vez que el cojo había arrojado su larga espada sobre el pavimento. El sargento del señor de Santa Pau le gritó que iban a llevarlo al Pía dels Forcats, para que su miserable cuerpo se secase colgado en la horca, como castigo por sus crímenes. Pero, entonces sucedió algo.

—Yo le habría dado muerte allí mismo; ese miserable no merecía vivir — masculló el general nazarí con gran rabia y desprecio.

—En el momento en que Manel estaba maniatándolo, Rocabruna hizo un movimiento felino y sacó una daga que tenía oculta en su bota, y se la habría clavado en el pecho al sargento si Joan, que advirtió las intenciones de aquel cobarde, no le hubiera asestado una cuchillada certera en la espalda que hizo que el sicario de la Inquisición cayera al suelo como un saco de arena.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Ozmán, aliviado con aquel desenlace.

—Luego nos reunimos en el salón principal de la casa, y acordamos llevarnos los cuerpos de aquellos asesinos a sueldo, para enterrarlos lejos de allí, intentado evitar cualquier relación con los señores de Santa Pau y también con mi familia. Pero yo era el responsable de todo aquel operativo, y por ello, para proteger a los míos, debía huir, lo más lejos posible de la tierra que me vio nacer.

CAPÍTULO 43

Despedidas

Así vivimos, despidiéndonos continuamente.

RAINER MARÍA RILKE,
Elegías del Duino, 8



— **D**espués de acordar el mejor lugar para ocultar los cuerpos de aquellos cinco sicarios, y tras enterrarlos en el fondo de un barranco, Joan y yo nos despedimos de Manel y de los cuatro arqueros dándonos un fuerte abrazo. Le encargué que le transmitiera mi agradecimiento al señor de Santa Pau, a quien me hubiese gustado mostrárselo en persona, pero no era nada conveniente regresar a esa población donde podía ser reconocido por alguien. Era necesario salir de allí a la mayor rapidez posible. A la jornada siguiente, después de atravesar de nuevo la sierra de Sant Julia del Mont, regresamos a Argelaguer. Armengol estaba en la puerta del castillo, y, tan pronto como nos vio aparecer en la lejanía, salió corriendo para encontrarse con nosotros. Tras un cariñoso saludo, le di noticias de la expedición que, aunque nos había causado muchos problemas, afortunadamente había tenido un final muy positivo. Añadí que no tenía que preocuparse más, que todo estaba arreglado. Armengol exclamó que se alegraba de que por fin nuestros padres pudieran descansar en paz. Me interesé por las familias de occitanos que habían sido acogidas por nuestros padres, y mi hermano me contó que acababan de irse, con todas sus pertenencias, a Sant Mateu, en el Maestrazgo, más allá de Morella. Me dijo que aunque él les había ofrecido quedarse, ellos prefirieron marcharse lejos de nuestro hogar, para no comprometer más a nuestra familia, cosa que él había agradecido. Comenté que eso decía mucho de la grandeza humana de aquellas personas.

—¿Y qué hiciste después, amigo cristiano? —me preguntó Ozmán.

—Lo primero que hice fue despedirme de mi familia. Todos nos fundimos en un fuerte abrazo, conscientes que aquella iba a ser la última vez que nos veríamos. Pero a todos los llevaría siempre en lo más profundo de mi ser. Celebramos una comida colectiva, en la que participaron los soldados a las órdenes de mi hermano. Armengol me llamó a solas, para darme una bolsa de dinero, que yo acepté, puesto que la Orden

del Temple ya había desaparecido, y pensé que me iba a ir bien ante la incertidumbre de mi futuro. Lo poco que tenía, siempre había procurado repartirlo entre los más necesitados, como buen templario. Y yo, para vivir, no necesitaría mucho. Tras preparar el caballo, aquella misma tarde regresé a Besalú para despedirme de algunas de las numerosas personas que había conocido en la *Vila Cornial*, especialmente de Seforah, y también de su hijo, Yehudá.

—¿Y cómo fue el reencuentro con Seforah? —se interesó Ozmán, mostrando una picara sonrisa.

—Seforah estaba en mi casa, esperándome impaciente, temerosa de que me hubiese ocurrido algo, como presintiendo que algo grave podía suceder. Cuando me vio entrar, me dijo que había estado muy preocupada por mí. Yo intenté tranquilizarla diciéndole que todo había ido muy bien, y me mostré agradecido por su preocupación. Luego le dije que dentro de unos días tenía que irme de nuevo, y me preguntó que si sería por mucho tiempo. Me dolió mucho tener que decirle que no volvería, que las circunstancias de la vida me habían obligado a marcharme en unos días, a no más tardar, a otro lugar muy lejano. Le manifesté que tampoco quería comprometerlos a ella y a su hijo. Por lo tanto, le rogué que me despidiera de Yehudá, y que le dijera que el caballo que adquirió era suyo. Añadí que su hijo y ella podían hacer uso de aquella vivienda, si lo deseaban. Con un nudo en la garganta, y con la voz trémula, manifesté que el tiempo que había estado en Besalú, y el hecho de haberla conocido, había sido uno de los períodos más gratificantes de mi vida; y lo dije de todo corazón. Seforah, nerviosa y aturdida ante la noticia de mi marcha, me confesó que para ella también había sido maravilloso conocerme. Durante unos días, permanecí prácticamente encerrado en la casa, para que no me vieran, siendo Seforah quien entraba y salía, de la forma más discreta.

—Estoy seguro de que aquella mujer se había enamorado de ti, amigo cristiano —aseveró Ozmán.

—Y yo de ella, sin duda. Pero no podía hacer otra cosa que abandonar aquel lugar, para no arriesgar su vida, y la de su hijo; hubiese sido insensato decirles que me acompañaran, como comprenderás, y yo tenía que salir con la mayor rapidez posible, antes de que me localizaran los esbirros del Santo Oficio, que seguro que ya habrían dado la voz de alarma para buscarme.

—Me duele que vuestra historia acabara así. Pero cuéntame, Esteve, qué sucedió después —se interesó de nuevo Ozmán.

—Tal como te he dicho, noté a Seforah muy nerviosa, tiritaba como los pétalos de una amapola ante una brisa de viento. Y yo me aproximé suavemente, la tomé del brazo y acerqué mi cabeza a la suya. Al sentir tan cerca el aliento de mi agitada respiración, se puso más nerviosa aún. Y cuando posé mis labios con ternura sobre su cuello, Seforah se giró de golpe, respondiéndome con un beso que no olvidaré jamás. Nos sentamos luego en el sofá, y como dos jóvenes impetuosos nos abrazamos. Se trataba ya, a nuestra edad, de un amor otoñal, de afecto y profundidad de

sentimientos, que nada tenía que ver con el erotismo de la juventud que recordaba de una noche en un burdel de Vic, pero que hacía que se disparasen todos los mecanismos de energía vital del organismo. Sin darnos cuenta, había caído la tarde, y la luz de la lámpara de aceite transmitía unos reflejos que multiplicaban todavía más las sensaciones. Seforah y yo habíamos perdido el control del tiempo, viviendo un amor de madurez, pero pleno de sentimientos y vibraciones, algo maravilloso y sublime. Reconozco que allí me hubiese quedado para el resto de mi vida, en brazos de aquella dulce mujer, pero no podía comprometerla, y sacando fuerzas de flaqueza le dije que partiría a la mañana siguiente. Ella, enfadada, manifestó que no entendía mi actitud, y entonces intenté hacerle comprender que a mí también me costaba mucho tomar aquella difícil decisión, pero que debía entender que lo hacía por su bien y por el de su hijo, que tenía que huir para protegerlos a ellos y a mi familia, y que no podía decirle los motivos que me obligaban a ello. Le confesé que le había cogido cariño desde el primer momento que la vi, que era la mujer ideal, y que también me gustaba mucho vivir en Besalú, pero que por culpa de las circunstancias tenía que renunciar a todo ello, aun en contra de mi voluntad. Seforah susurró acongojada que no quería insistir, que yo debía saber lo que hacía, y se ofreció para despedirse en mi nombre de las personas a las que quería. Le di las gracias y pedí encarecidamente que le manifestara mi agradecimiento al *batlle* Fenollosa, a Moshé ben Ezra, el fajamin, al padre Lázaro Campreciós, director del hospital de Sant Julia, y también a Armand Cornelia, el noble. Ella, con lágrimas en los ojos, me dijo que así lo haría. Y añadió que estaría siempre en su corazón. Me dijo que se quedaría conmigo el poco tiempo que nos quedaba para estar juntos. En menos de media hora, Seforah había preparado un guiso extraordinario, como cena de despedida, y mientras estaba haciéndolo en la cocina, no paraba de girar la cabeza para mirarme con la mayor dulzura, y yo me aproximaba para abrazarla, una y otra vez. Después de la cena, nos acostamos y nos quedamos cogidos de las manos, acariciándonos con cariño como dos jóvenes sin experiencia; sin embargo, ninguno de los dos sentimos pudor; al contrario, era un amor puro, otoñal. Sin darnos cuenta, caímos en brazos de Morfeo, sumidos en un profundo sueño, sin por ello dejar de pensar con la mayor tristeza en la separación forzada por las circunstancias que se produciría con el amanecer del día siguiente.

»Con el toque de la hora prima de las campanas del monasterio de Sant Pere, salí de Besalú dejando en esa población una parte importante de mí; Seforah se había apoderado de mi corazón. Tomé las riendas, y desprovisto del hábito y la capa del Temple, que portaba en la montura, me despedí de aquella maravillosa mujer y de gran parte de mi existencia, que se quedaban en aquel pueblo de piedra y agua, de amores callados y de arte, de grandes personas y de historias ocultas, dispuesto a descubrir lo que me deparaba el destino.

CAPÍTULO 44

Un arriesgado viaje

Estoy a punto de emprender mi último viaje, un gran salto en la oscuridad.

THOMAS HOBBTS,
Leviathan



—¿Y a dónde te dirigiste después de aquella maravillosa historia de amor, amigo cristiano? —preguntó Ozmán.

—Tenía que ir a Barcelona, para saber a ciencia cierta qué había sucedido. Después de tres jornadas a caballo, llegué a la Ciudad Condal, dirigiéndome sin demora a la encomienda.

—¿Y cómo te la encontraste, amigo cristiano? —se interesó Ozmán.

—No parecía la misma Casa del Temple que me acogió en su regazo cuando, treinta y cinco años atrás, superé las pruebas de iniciación y fui nombrado caballero. Una sensación de abandono general se respiraba en el ambiente, y sentí una gran desolación en lo más hondo de mi alma. Al no ver a nadie en el patio de armas, decidí abandonar aquel mágico escenario, pero alguien, desde el otro extremo, a unas diez varas de distancia, me llamó por mi nombre. Me giré de inmediato, y pude reconocerle; era frey Sebastián; hermano de investidura, a quien hacía muchos años que no veía; había estado sirviendo en la encomienda de Gardeny, en la ciudad de Lleida. Nos fundimos en un fuerte abrazo, tras el cual, y después de un breve relato de lo que habíamos hecho hasta ese momento, le pregunté airado qué había sucedido y, mostrando un gran abatimiento, frey Sebastián me contó que todo se había venido abajo hacía cuatro años, cuando, en mayo de 1310, tras el concilio de Sens, y la decisión de disolver nuestra Orden, el papa secundó los caprichos del monarca francés, y cincuenta y cuatro hermanos fueron quemados en la hoguera. Tratando de disculpar mi ignorancia, le dije que lo lamentaba, pero que había estado mucho tiempo apartado de todo. Él continuó relatando que lo peor vino después, con los interrogatorios del inquisidor Nogaret, en 1311, y las decisiones del concilio de Vienne, al año siguiente, en donde Clemente V, atemorizado por las amenazas del

monarca francés, Felipe IV el Hermoso, de levantar un cisma en el seno de la Iglesia católica, redactó la bula *Vox Clamentis*, en la cual disolvía nuestra Orden sin pronunciar una sentencia, pidiendo públicamente que fuese declarado en las actas que el proceso no había aportado pruebas concluyentes de herejía contra nuestros caballeros. Al oír la palabra inquisidor, no pude evitar recordar al canalla Ramón Rocabruna, el sicario del Santo Oficio, quien ya estaría ardiendo en las llamas del infierno. Me interesé por nuestro amado comendador y me explicó que había fallecido hacía unos meses a consecuencia del dolor que le produjo el enterarse de los horrendos tormentos a los que estaban siendo sometidos el gran maestro, Jacques Bernard de Molay, y muchos de los maestros de nuestra Orden. Nuestro amado gran maestro, con los demás altos cargos del Temple, fallecieron recientemente en París, quemados en la hoguera que la Inquisición prendió entre la catedral de Notre-Dame y la Sainte-Chapelle. Las últimas palabras de nuestro amado gran maestro aún retumban en los cielos de París: «Me reconozco culpable de la peor de las infamias. He mentido. Lo hice al admitir las viles acusaciones formuladas contra nuestra Orden. El Temple no es culpable. Su pureza y santidad nunca conocieron mancilla. Y si en algún momento confesé lo contrario, solo el temor a insoportables torturas me indujo a ello...». Pregunté entonces qué sería de nuestras queridas encomiendas, y frey Sebastián respondió con amargura que pasarían, en su mayoría, a los hospitalarios, tanto en Francia, como en los reinos cristianos de España, según estableció la bula *Ad providam Christi*. Quedé unos instantes en silencio, mientras mi frater esperaba una decisión mía. Le pregunté qué pensaba hacer y contestó que no lo sabía, pero expuso que los dos éramos ya mayores y habíamos tenido una vida plena. Añadió que él no tenía familia, y luego, mirándome a los ojos con el mayor respeto, declaró que siempre me había admirado. Pensando en voz alta, manifesté que sería descabellado ir hacia el norte, donde el monarca francés, que había sido el instigador de nuestro dramático final, no tenía piedad para los caballeros del Temple que capturaba, como estábamos viendo. Y quedarnos allí, en los territorios del Reino de Aragón, tampoco era buena idea, porque todo aquello se estaba derrumbando. Entonces, cuando frey Esteve me preguntó que qué proponía yo, dije sin dudarle ni un instante: «¡Granada!». Él, muy asombrado, exclamó que Granada era tierra de musulmanes, y que estaba muy lejos de allí, a más de ochocientas millas de la Ciudad Condal. Le dije que era cierto, pero que Granada era una tierra acogedora, su rey, el sultán nazarí, según yo tenía entendido, una persona abierta al diálogo, y su gente, culta, tolerante con las religiones y pensamientos filosóficos que se desarrollaban fuera del Islam; en aquel territorio era probable, incluso, que pudiéramos seguir vistiendo nuestras ropas templarias, pues seguro que si respetabas, te respetarían, algo que lamentablemente no estaba sucediendo allí, y de lo cual daba fe. Además, concluí, a Granada no llegaba la mano negra de la Inquisición. Asombrado ante la solidez de mis argumentos a la hora de exponer aquella sorprendente decisión, mi hermano Sebastián declaró que me acompañaría, y que además, posiblemente, frey

Lucas, a quien dijo que yo también conocía, se vendría con nosotros. Me mostré de acuerdo y le di las gracias por su confianza. Expuse que, como bien había dicho él, nosotros habíamos tenido una existencia plena y, por lo tanto, no teníamos nada que temer, que nuestras vidas estaban en manos del Altísimo y solo Él sabía cuándo llegaría nuestro fin.

»Frey Sebastián se dispuso a ensillar su caballo para ir en busca de frey Lucas, quien se encontraba solo, achacoso con varios males que le atormentaban y, según creía mi compañero, estaba cayendo en una profunda melancolía. Le pregunté que dónde vivía y me dijo que en Sant Martí de Provençais, a una hora a caballo de allí, en dirección a levante. Convinimos en salir lo más pronto posible, antes de que las cosas se complicaran más todavía, y decidimos que nos encontraríamos pasados dos días, al amanecer, para emprender el camino juntos. Antes de que partiera, le informé que debíamos llevar comida suficiente y ropa que no llamara la atención, que nuestra vestimenta del Temple la llevaríamos bien guardada en la grupa. Añadí que le comunicara a frey Lucas que lo curaría por el camino. El día señalado, debíamos salir del punto de partida acordado, en el sector occidental de la ciudad, frente a las murallas de las Reales Atarazanas, con la decisión de ir por senderos secundarios, para no llamar la atención, y dirigiéndonos siempre hacia el sur.

Las pasiones del alma

Con el cristianismo como aglutinador cultural en la interpretación de las «pasiones del alma» se abrió la vía de una nueva concepción de la melancolía.



— **D**os jornadas más tarde, al amanecer, nos encontramos los tres, a punto para la partida hacia tierras ignotas. Estábamos convencidos de que aquel viaje iba a ser el último, la despedida de nuestra querida Ciudad Condal y también de Cataluña. Por eso, sin habernos puesto previamente de acuerdo, conducíamos a nuestros caballos a paso lento, y fuimos en silencio, sin pronunciar palabra, hasta que hubimos dejado bien atrás las murallas de Barcelona. En Martorell, a orillas del río Llobregat y bajo el puente de piedra y ladrillo romano, teniendo como mágico telón de fondo las romas crestas de la montaña sagrada de Montserrat, decidimos hacer un alto y descansar. Fue entonces cuando nos fundimos en un fraternal abrazo. Frey Sebastián Estevadeordal, era natural de Moià, hijo de una ilustre familia que había sucumbido ante una epidemia de peste, y frey Lucas Serarols, de Caldes de Montbui, donde su familia disponía de un establecimiento termal, cerca de los baños romanos, que tuvieron que vender porque se opusieron a los elevados impuestos que obligaban a pagar los señores de aquella villa, y se vieron forzados a emigrar a Occitania, donde, al poco tiempo, en la población de Minerva, fueron asesinados por exploradores del Santo Oficio. Ambos hermanos, que me habían acompañado en los siguientes días a mi ceremonia de nombramiento de caballero, y que se hallaban completamente solos, sin familia próxima, también habían decidido realizar este arriesgado viaje conmigo, por lo que les debía estar muy agradecido. Mientras los abrazaba, les expresé mi alegría por volver a verlos. Ellos también manifestaron que se sentían felices de compartir conmigo aquel arriesgado viaje. Y los tres fuimos conscientes de que, aunque ya no estuviera vigente nuestra Orden, seguiríamos siendo templarios de por vida, que eso estaba inscrito en lo más profundo de nuestro ser y nadie lo podría borrar. Frey Sebastián comentó que teníamos víveres solo para una semana. Le dije que no se preocupara, que después, Dios nos abastecería. Luego le pregunté a frey Lucas cómo se encontraba y me dijo

que algo mejor de ánimo, pero que había estado a punto de reunirse con el Altísimo, a consecuencia de un profundo decaimiento interior. Le expliqué que iba a tratar de curar su mal, del que ya hablaba Hipócrates, y que según él era una consecuencia de los cambios de temperamento, que yo, como médico, conocía como «atrabiliario», o la enfermedad del triste semblante, y que era fundamental establecer el equilibrio de los cuatro líquidos corporales, llamados humores, para conseguir la interpretación de las pasiones del alma. Frey Lucas se interesó vivamente por la causa que había producido en él aquel mal. Le aclaré que la mayoría de las veces se manifestaba como consecuencia de una bajada de las defensas en nuestro organismo, por haber sufrido una profunda preocupación. Frey Lucas, tras un largo silencio, confirmó aquella teoría al expresar que, desde el momento en que le informaron del fallecimiento violento de sus padres, se sintió abatido, y la posterior condena de nuestra querida Orden, le había acabado de destrozar las ganas de vivir, dejándole sin fuerzas para seguir en este mundo. Intenté animarlo diciéndole que iba a intentar curarlo, pero que él tenía que poner un poco de su parte. Más animado, tras darme las gracias exclamó que aquel viaje había representado para él una bocanada de aire fresco que entraba por la ventana de su vida, y que quería respirarlo profundamente. Propuse hacer una parada en Sant Sadurní d'Anoia, donde conocía a un herbolario que visité cuando pasé por allí yendo hacia la encomienda de Gélida, y que nos proveería de las plantas que necesitaba para su curación. Frey Sebastián, dándole una palmada en la espalda a frey Lucas, le dijo que estaba en buenas manos.

—Es maravilloso ver la fuerza de la amistad, querido Esteve —exclamó Ozmán.

—Un par de horas más tarde llegamos a Sant Sadurní d'Anoia, y fuimos directamente al herbolario; yo me quedé con frey Lucas, con los caballos, y le encargué a frey Sebastián que hiciera la compra, según una lista de productos que debía adquirir. Al cabo de un buen rato, regresó contento pues, dijo, había comprado todo lo que le había pedido, excepto el eneldo hembra, que el tendero tuvo que ir a buscar a su almacén en el pueblo. Aquella noche, en Vilafranca, prepararía con aquellas plantas la cocción para curar a frey Lucas.

»Era el atardecer cuando entrábamos en Vilafranca, y observamos un gran movimiento de carros, portando grandes cantidades de uva recién recogida de los viñedos que rodean la población. Aquella tierra, llamada del Penedés, era muy famosa por sus preciados vinos. Las tabernas abundaban en todos los bajos de las casas, y el aroma agridulce del mosto invadía las fosas nasales. Encontramos alojamiento en un mesón, cerca del Camí Reial, para salir pronto a la mañana siguiente. Y allí, confundidos entre el gentío, y con nombres falsos, pasamos la noche. Durante la cena, después de ingerir unos alimentos ligeros, pensando en frey Lucas, pedí al mesonero que hiciera una cocción con comino, calamento, flor de tomillo, anís, apio, eneldo hembra y ruibarbo, rogándole que utilizara un caldero con siete libras de agua, hasta que el fuego lo redujera todo a un tercio; luego debía colarse y tomar un par de vasos a temperatura natural. Durante una semana estuvo

ingiriendo frey Lucas aquella infusión, todas las noches, después de la cena. Y, poco a poco, fue experimentando una mejoría asombrosa, que se notaba en una mayor fuerza y ganas de vivir. Gracias a Dios. Recuerdo que pasamos por Gadesa, Valderrobres, Fuentespalda, Peñarroya de Tastavins, Sant Mateu, Xátiva, y Caravaca de la Cruz antes de llegar al reino de Granada. En todas esas poblaciones fuimos muy bien recibidos por sus gentes.

—Bien, amigo cristiano, ahora me toca a mí narrar el resto de tu historia. Por lo tanto, reposa y escucha con atención, porque hay muchas cuestiones que desconoces, y quiero contártelas —manifestó Ozmán después de ingerir medio vaso de agua de un sorbo.

II

En el Reino de Granada



El territorio nazarí, de 400 kilómetros de largo por algo más de 100 kilómetros de ancho (provincias de Granada, Almería, Málaga, parte de las de Sevilla, Córdoba, Jaén y Cádiz), desde mediados del siglo XIII se convirtió en el destino de numerosas oleadas de emigrantes hispanomusulmanes que habían ido perdiendo sus tierras, arrebatadas por los cristianos, y no querían abjurar de su religión islámica; también fijaron su residencia en la capital del Reino de Granada eminentes hombres de ciencia (sabios, filósofos, médicos, poetas, astrónomos...), que deseaban seguir impartiendo sus conocimientos, de ciencias o de letras, en las *medresas* del último reino hispanomusulmán del mundo occidental.



Durante 260 años, un total de 22 sultanes ocuparon el trono del reino nazarí. Pero fue a lo largo del primer trimestre del siglo XIV cuando, a pesar de las intrigas, conspiraciones, rivalidades internas y las constantes amenazas y saqueos de los ejércitos castellanos y leoneses, desde el norte, unido a la codicia de los imperios maghrebíes, desde el sur, Granada fue capaz de mantenerse independiente y dar a luz las más brillantes obras arquitectónicas del arte musulmán, como son el conjunto palaciego de la Alhambra y del Generalife.

Precisamente en tiempos de Ismail I (1314-1325), quinto monarca de la dinastía

nazarí, Granada vivió sus momentos más preocupantes, que darían paso a ese esplendor en las letras y las artes, del que se enriqueció la ciudad y todo el reino, especialmente a partir de mediados de esa centuria. Un corto período histórico que hemos considerado idóneo para situar una historia que tiene visos de realidad, aunque la mayoría de los personajes son creaciones ficticias, para recrear una aventura dentro de un marco histórico sorprendente. Una historia relatada desde dentro, es decir, desde el seno de la Granada islámica, porque el reino nazarí también formó parte de nuestra historia, en el otoño medieval.

CAPÍTULO 46

Amargos momentos

De entre las fuentes del placer, surge algo amargo que nos hiere entre las mismas flores.

TITO LUCRECIO CARO



Primavera del año 1316 (720 de la era islámica).

— **E**n aquellos momentos, amigo Esteve, la ciudad de Granada se hallaba convulsa. Hacía rato que el muecín había llamado a la última oración del día, y las estrellas brillaban en el firmamento cuando los escasos restos de un ejército, diezmado y ensangrentado, regresaban a la ciudad, al frente de su emir, el sultán Ismail I, quien la jornada anterior, en Porcuna, había sufrido una severa derrota ante las tropas cristianas de los reinos de Castilla y León, apoyadas por efectivos islámicos de Nasr, el sultán destronado. Granada lloraba con amargura y la ciudad parecía a punto de derrumbarse. Ismail, con su espada ensangrentada, la silla rota y la celada destrozada por los duros combates, igualmente herido, también formaba parte de aquella sobrecogedora comitiva. En torno a él, un amasijo de hombres maltrechos que a duras penas podían sostenerse en pie, eran arrastrados o se ayudaban entre sí, cojeando con la ayuda de lanzas, precedidos por varios carros cargados de soldados cubiertos de sangre. Aquel desgarrador grupo de supervivientes, tan pronto como atravesaba la Puerta de Elvira iba recibiendo asistencia. El más completo dispositivo médico, sanitario y quirúrgico se puso entonces en movimiento. Los más graves fueron llevados, con todos los cuidados y atenciones posibles, en carros sanitarios preparados convenientemente, hasta el Maristán, el importante centro médico de la Carrera del Darro. Mientras tanto, a lo largo de la calle de Elvira se fue organizando un hospital de campaña médico, sanitario y quirúrgico, para atender a los menos graves. Gentes de todos los arrabales de Granada, a medida que iban conociendo la terrible noticia, a la luz de lámparas de aceite y velas, no cesaban de acudir al lugar portando mantas y alimentos, además de

ofrecerse al personal facultativo, para atender a los heridos. Cuando un médico se aproximó de inmediato para atender a Ismail, este exclamó que lo suyo no era importante, y le ordenó que atendiera primero a los heridos que estuvieran en el umbral de la muerte. Un olor nauseabundo a sangre y muerte se respiraba ya en el ambiente. Entre desgarradores lamentos, se oyó el desesperado grito de una mujer al ver a su hijo, a quien, entre un amasijo de cadáveres, logró reconocer dentro de un carro descubierto; tenía la cabeza ensangrentada por el impacto de una maza de hierro. El sultán, al verla, descendió del caballo y se acercó a ella. Le comunicó a aquella buena mujer que lamentaba de todo corazón la muerte de Solimán, su hijo, al que recordaba, por su ímpetu en el combate, como un buen soldado. Le contó que había sido rodeado y acorralado por muchos enemigos, y luchó con valentía hasta el último momento, y que *Allah* lo tendría en la gloria. La atormentada madre le dio las gracias con la voz quebrada, y entre profundos sollozos se lamentó de la situación en que se encontraba. Era viuda y Solimán era su único hijo varón, y mostrando gran desesperación se preguntaba qué sería ahora de su familia. El sultán, conmovido, respondió que ordenaría se le otorgara una ayuda para que pudieran vivir sin pasar necesidades. Aquella mujer se postró de rodillas ante Ismail, besándole los pies, con el mayor respeto y agradecimiento.

»Ismail I, nacido en 1279, hijo de Farah, alcalde de *Maliqa* (Málaga) y Fátima, hermana de Abul-Choyus, y nieto del sultán Muhammad II, desde hacía tres años, tras la victoria sobre su primo segundo Nasr, en Archidona, con la ayuda de los notables granadinos y de la población de esa ciudad, se había convertido en el quinto monarca de la dinastía nazarí, quien, al ocupar el trono de la Alhambra, introdujo la rama colateral de los Banu Faray Nasr en la monarquía granadina. Ismail era un hombre prudente, valiente, equilibrado y justo en sus decisiones, aunque de enérgico carácter, defensor como nadie de los intereses de su país. Su antecesor, Nasr, retirado en Guadix, cuya plaza pasó a gobernar con la aprobación de Ismail, después de autoproclamarse rey de esa ciudad, no dejó de conspirar contra el monarca granadino, en su afán por debilitar el reino nazarí, animando y facilitando la intervención militar de los cristianos y firmando alianzas con castellanos y leoneses, con la intención de recuperar el trono de la Alhambra. Ismail, consciente de esas intrigas, se vio obligado a reforzar las fronteras, tanto terrestres como marítimas, poniendo especial atención en Guadix, en el centro oriental de la Cora de Elvira.

»Las derrotas de Alicún, primero, y la de los alrededores de Porcuna, después, además de un número elevado de bajas humanas, supusieron la pérdida de la flor y nata de la nobleza nazarí. El sultán granadino sabía muy bien cuál era la difícil situación que se presentaba para él y para su reino, codiciado por todos y amenazado en todos sus frentes. Pero debía actuar con la mayor rapidez, aunque sin precipitarse. Lo primero que hizo fue decretar tres días de luto riguroso en la ciudad, al tiempo que ordenaba una mayor vigilancia en las plazas de frontera, reuniéndose en privado, hasta altas horas de la noche, con los visires, cadíes y todos los máximos

responsables del reino, para valorar la situación, que no podía ser más crítica y preocupante.

»Durante aquellas desoladoras jornadas de silencio y dolor, Ismail prefirió estar solo para poder meditar. Una noche, en su alcoba del palacio de la Alhambra, mientras dormitaba tendido en el diván, tuvo una terrible pesadilla. La habitación, una de las estancias más suntuosas del ala meridional de la alcazaba, se hallaba en penumbra; la humilde luz de una lámpara de aceite, guiñaba y chisporroteaba de vez en cuando, junto al tenue resplandor de la chimenea, cuyas llamas dibujaban sobrecogedoras y fantasmales sombras, e incrementaban la dimensión de los arabescos y yaserías de las extrañas formas geométricas del artesonado del techo de la sala. Ismail vagaba de un extremo a otro de la estancia, preso en un mar de nervios y dudas, o permanecía hipnotizado en su diván, acurrucado frente al fuego, ajeno al crepitar de los troncos y de la fuerte lluvia que arreciaba en el exterior; el viento golpeaba con tuerza los postigos de las ventanas. Tenía la piel erizada y húmeda por el sudor. En su mente revivía una y otra vez aquel sueño, sus imágenes no cesaban de atormentarle. Después de unas horas, la tormenta amainó y el viento se fue llevando las nubes hacia las altas cumbres de Sierra Nevada; el monarca abrió el gran ventanal de la alcoba, para respirar aire fresco, después de haberse abrigado debidamente con una camisa de algodón y un chaleco de seda. Frente a él vio, altivo y dominante, un enorme búho real, sobre la gruesa rama de una encina; aquella poderosa ave, la reina de las sombras de la noche, mantenía su imperturbable mirada en el atormentado rostro del monarca; instantes después, el búho levantó sigilosamente el vuelo para atrapar un pequeño roedor que se movía en el manto verde del jardín inferior. El sultán, después de contemplar aquella escena, elevó de nuevo la mirada al cielo, antes de cerrar los postigos; aquel sobrecogedor sueño volvía a reproducirse en su mente, y con rabia contenida, pensó: “¡Granada! ¡Ay, mi Granada! ¡Cuántos enemigos tienes! Pero te defenderé con mi vida hasta derramar la última gota de mi sangre...”.

»El rey disponía desde su alcoba de la mejor panorámica de la capital de su reino: en primer término, las robustas murallas y cuadradas torres de la Alhambra; enfrente, los jardines del Generalife; al otro lado del profundo cauce del Darro, el *Albayzín*, el arrabal más emblemático de la ciudad, con sus hermosos cármenes; y abajo, Granada, con sus suntuosos palacios, mezquitas, alhóndigas, amplias plazas y animados zocos; todo ello, protegido por un hermético recinto de murallas, puertas y torres; y, como mágico telón de fondo, la Vega, dueña de una exuberante vegetación, hija del Genil y de sus numerosas acequias, norias, molinos y aljibes, que garantizaban los cultivos de las huertas. La ciudad se hallaba dormida; los minaretes de las mezquitas y madrasas estaban iluminados en sus partes más altas con lámparas de aceite. Faltaba poco para la primera oración del día, y el monarca granadino quiso salir al exterior, una vez que los servidores de palacio lo abrigaron adecuadamente, custodiado por soldados de su guardia personal.

»La lluvia caía horas antes, había incrementado en el ambiente el aroma a tierra

mojada, en el que resaltaban los perfumes del jazmín, la dama de noche y las rosas de los jardines; como música de fondo, el rumor de las fuentes, y el murmullo de las aguas de riachuelos, cañerías y acequias. Hábiles arqueros y un número elevado de soldados se turnaban para hacer la última guardia en las torres, almenas y caminos de ronda; sus rostros se veían iluminados por el fuego perpetuo de antorchas nocturnas, que incrementaba, además, el rojo de las murallas. Arriba, en el firmamento, una luna en cuarto menguante iba perdiendo luminosidad, al igual que las estrellas, mientras que los primeros rayos del sol intentaban abrirse paso entre espesos nubarrones. Después de recorrer algunos parterres, Ismail, seguido a una prudente distancia por varios soldados de su guardia, decidió sentarse unos instantes en el banco de piedra de una glorieta de los jardines de la Alcazaba, frente al estanque de la Torre de las Damas; pero su mente seguía evocando la visión que había tenido en sueños horas antes. Por ello, requirió de inmediato la presencia de su visir.

CAPÍTULO 47

La visión

Unos, con lecciones, son ilustrados, otros, por el sueño, son inspirados.

SINESIOS DE CIRENE



— **A**l-Yayyab, hombre de cincuenta y cinco años, nacido en Granada y de cuya ciudad no solía ausentarse, miembro de la etnia de al-Ansari, con Ismail I había conocido a cuatro soberanos nazaríes, y desde hacía siete años ostentaba el cargo de canciller; como visir del reino, era el asesor y el hombre más próximo al sultán, y gozaba de su plena confianza. Sus consejos eran tenidos en gran estima. Por ello, Ismail le ofreció un pabellón de la Alhambra como residencia oficial, próxima a la suya. Además, al-Yayyab era el responsable de las recepciones oficiales programadas en la Alhambra para reyes, príncipes, emperadores y altos dignatarios que entregaban sus embajadas y credenciales al sultán granadino; todas estas delegaciones políticas, algunas llegadas incluso desde los confines del Mediterráneo y del centro de Europa, quedaban extasiadas ante la belleza y total armonía del recinto de la Alhambra. No podía producirse nada en palacio sin la autorización del visir; y en ausencia del sultán, al-Yayyab era el máximo responsable del reino, por su triple función militar, política y administrativa; ministro de Estado, elegido por el propio sultán. Sin embargo, bajo su severo aspecto de hombre rígido e imperturbable, al-Yayyab tenía otra dimensión de la vida. Por su esmerada formación, no disimulaba su atracción por las letras. Sus escasos ratos libres los dedicaba a escribir versos y poemas, que enaltecían los grandes creadores de las obras de la Alhambra, desde la formación del primer reino granadino, hacía ya tres centurias, cuando Zawi ben-Ziri construyó la Alcazaba Cadima. Algunos de estos versos los mandó grabar en los pabellones del Generalife, el palacio de verano de los reyes nazaríes.

»El visir fue avisado por dos miembros de la guardia real; se hallaba en sus aposentos, dormido, y tan pronto estuvo vestido adecuadamente, salió al exterior, hacia el lugar señalado, para presentarse ante Ismail, que le esperaba en los jardines del Partal. Mientras recorría los jardines que rodeaban la Alcazaba, iba pensando qué

querría el sultán para haber hecho que lo despertaran de su relajante sueño. Ya en presencia de Ismail, y tras preguntarle cuál era el motivo por el que lo había mandado llamar, el sultán, muy abatido, le explicó que había tenido un sueño y quería que le ayudara a interpretarlo. El visir, con respeto, repuso que, como bien sabía el príncipe de los musulmanes, él no tenía capacidad para ver el Más Allá, y lamentaba recordarle que su fe no admitía la dimensión de la videncia. Sin embargo, dijo, creía conocer a la persona capaz de hacerlo. Ismail, impaciente, preguntó quién era ese hombre, y el canciller, bajando la mirada, le informó que era un judío que residía en el arrabal próximo al funduq. El sultán le instó a llamarlo para que se presentara ante él de inmediato. El visir dijo que reclamaría la presencia del judío, con el que hacía tiempo que no conversaba, y con el que siempre le había resultado enriquecedor hablar y, sobre todo, escucharle. Luego abandonó la estancia sin darle la espalda al rey.

Revelaciones oníricas

Todo lo que vemos o nos parece, no es otra cosa que un sueño dentro de otro.

EDGAR ALLAN POE



— **M**oshé ibn Tibón era descendiente directo de una renombrada familia judía de Granada, famosa por su creatividad y dotes científicas. El primero de este ilustre linaje, Yehudá ibn Tibón, fue llamado patriarca de los traductores por su ingente labor en este campo; médico de los reyes de taifas granadinas, hombre de sólida cultura, que quiso transmitir a sus contemporáneos, mediante traducciones al hebreo, las obras más destacadas de la ciencia y el pensamiento árabes de su tiempo, así como el de los maestros judíos que se expresaban en árabe, estudios de botánica y de farmacopea. Moshé era uno de los miembros más renombrados de la judería granadina, quien, además, era admirado por su desprecio a las riquezas materiales, interesado más por los valores del espíritu y del conocimiento. Hombre de unos cuarenta años; tenía el rostro cubierto por una espesa barba de pelo castaño oscuro que terminaba en afilada punta en su extremo más inferior, sobre la cual destacaba una nariz aguileña; ojos pequeños, pero de penetrante mirada; solía vestir siempre de negro; estaba casado, y tenía cuatro hijos. Su tiempo lo repartía entre el estudio y la traducción de obras clásicas al árabe, y, como astrónomo, a la investigación de los planetas conocidos, además del sol, la luna y las estrellas. Tenía fama de huraño, poco comunicativo, pero buen amigo de sus amigos. No acostumbraba a salir a pasear. Residía en un agradable carmen próximo a Torres Bermejas; el último de esta ilustre estirpe de científicos, además de haber sabido conservar celosamente todo el patrimonio cultural de sus antepasados, no cesaba de investigar en nuevos campos del conocimiento; siempre por el bien de la humanidad.

»Unos fuertes golpes rompieron la paz de aquel palacete. Al instante, Yehudá, el hijo mayor de Moshé, abrió una de las ventanas de la casa y se asomó al exterior. Con voz temblorosa preguntó a los hombres que machacaban la aldaba de la puerta a qué

se debían aquellos golpes. El jefe de aquella tropa dijo que eran soldados de la guardia del sultán y que Moshé debía acompañarlos. Yehudá entró en la alcoba de sus padres, para comunicar lo sucedido. Moshé se hallaba profundamente dormido. Su esposa, sobresaltada, le despertó. Él no pudo evitar dar un salto, y, tras oír las palabras de su hijo, se abrigó de prisa con una bata y se calzó apresuradamente las babuchas que tenía junto a la cama, descendiendo de inmediato a la planta inferior, para, personalmente, abrir la puerta principal de la casa. Preguntó a qué se debía tanto alboroto a horas tan intempestivas, mientras era abrazado por su esposa y Yehudá, quienes también habían bajado al umbral con los latidos del corazón golpeándoles en el pecho; los otros tres hijos, mientras tanto, permanecían durmiendo en sus cuartos. El sargento, con voz seca e imperante respondió, sin bajar de su montura, que el visir, por orden del príncipe de los musulmanes, urgía su presencia en palacio. Moshé, con la ayuda de su esposa, se apresuró a vestirse convenientemente; por ello, no debía olvidar el *zunnar*, el chal, con una estrella de David grabada en el pecho, y cubrirse la cabeza con un gorro cónico de color amarillo, como partes del atuendo que lo identificaba por su condición hebrea. Una vez en el exterior, antes de partir, como buen judío, leyó para sí unas oraciones de los salmos del Antiguo Testamento, extraídos de la *mezuzá*, la pequeña hornacina vertical abierta en la jamba derecha de la puerta principal de su vivienda. Seguidamente se unió al grupo de soldados que le aguardaban. A través de la celosía de la ventana superior, su esposa y el hijo mayor, con los rostros hondamente preocupados y los ojos humedecidos, siguieron a aquellos jinetes con la mirada hasta perderlos de vista entre las sombras de aquella madrugada de primavera.

»Una vez en el recinto de la Alhambra, el judío, tras serle revisada la vestimenta, fue conducido hasta el lugar donde aguardaba el canciller del reino. Este, tras un breve saludo y después de agradecerle su amabilidad al acudir, acompañó a Moshé a la sala donde se hallaba el sultán Ismail; el visir se quedó fuera, según indicaciones del monarca, conversando con algunos mandos de la guardia. El recién llegado, con el mayor respeto se postró ante el sultán. Y a solas los dos, frente a una bandeja que contenía una tetera, tazas y un plato repleto de pastas de miel y almendra, iniciaron aquel insólito y temprano encuentro. Ismail, después de observar detenidamente al recién llegado, y tras comprobar que su atuendo respetaba las órdenes que él mismo había decretado para los miembros de la comunidad judía, manifestó a Moshé que el visir le había hablado muy bien de él y de sus conocimientos científicos. El judío preguntó al príncipe de los musulmanes qué deseaba de su humilde persona, en qué podía ayudarle. Ismail, sin más preámbulos, con el rostro temeroso y un incipiente sudor que empezaba a cubrir su frente, confesó que aquella noche había tenido una terrible pesadilla, y deseaba que le ayudara a darle una interpretación. Moshé le pidió que le explicara el sueño que tanto le preocupaba e intentaría darle la visión más acertada sobre él. El sultán se dispuso a relatarlo desde el principio. Comenzó contando que en el sueño se hallaba en medio de un desierto; no había palmeras, ni

agua, ni oasis, ni ninguna clase de vida. Estaba en un extraño y sobrecogedor páramo; un lugar frío, oscuro y desalentador. De golpe, en medio de una total negrura y aislamiento espacial, aparecieron unas alimañas que venían a devorarlo. Intentó esconderse debajo de las dunas de arena, pero percibía a aquellos feroces y hambrientos animales cada vez más próximos; sentía sus devoradoras fauces tan cerca de él, que notaba sus fétidos alientos calentándole la nuca, haciendo la atmósfera verdaderamente irrespirable. De pronto, advirtió un hueco en el suelo, por donde, ante la gravedad de la situación, no dudó en introducirse, instantes antes de ser alcanzado por los colmillos de los monstruos; se deslizó por una rampa muy profunda y oscura llena de obstáculos, con espinas y maderas punzantes, cuyo roce le iba provocando sangrantes heridas en todo el cuerpo. Al final, después de un largo recorrido, pudo ver una luz, un resplandor que le cegaba la vista, y una persona, elegantemente ataviada con un reluciente traje, que le mostraba una salida, a donde llegó sin fuerzas y destrozado. Al alcanzar aquel lugar, y nada más tomar contacto con esa nueva dimensión, percibió que se trataba de un maravilloso paraje; quedó extasiado al comprobar que era un paraíso, de vivos y agradables colores, donde florecían los más hermosos jardines; el agua, fresca y cristalina, fluía por todas partes, y se oía el agradable trinar de las aves. Pero, después de un tiempo, no muy largo, disfrutando de aquel mundo de plenitud y armonía, aparecieron unas nubes, negras y espesas, que descargaron toda su fuerza sobre él, encontrándose de nuevo en otro escenario, en otra vida; y lo más terrible, con el pecho ensangrentado debido a una profunda herida por la que, a pesar de los esfuerzos que hacía para contenerla, la sangre brotaba con fuerza. Pero, antes de alcanzar el séptimo cielo, pudo advertir la existencia de unos extraños fuegos que, controlados por sus soldados, hicieron retroceder a los enemigos, y pudieron vencerlos.

»Moshé, que había permanecido muy atento al relato del sultán, musitó que creía poder darle algunas explicaciones, más o menos razonables, para la visión que, con tanta claridad, le había descrito. Pero primero pidió que le concediera unos instantes para contemplar el firmamento y ver cuál era la posición de los astros en aquel momento, para que le confirmaran sus pensamientos, antes de proceder a traducir las evidencias de aquel sueño. Ismail, acomodándose en su diván, con el rostro sudoroso iluminado por las llamas del fuego de la chimenea, le dijo que se tomara el tiempo necesario, intentando inútilmente serenar su estado de nervios mientras se secaba la frente con un pañuelo de seda. Después de otear con precisión científica el estado de los astros en el cielo, Moshé, mirando al sultán con el mayor respeto, se dispuso a descifrar el enrevesado sueño. Le habló de la existencia de numerosos y fuertes enemigos que, como él ya sabía, acechaban tanto a su persona como a todo su reino. Esos peligrosos enemigos eran las terribles alimañas que lo perseguían; al frente de ellas había un horrendo y monstruoso ser que, desde lejos, mandaba a todas las bestias contra él. Después, siguió explicando Moshé, gracias a la colaboración de leales servidores, algunos de procedencia muy lejana, encontraría la salida de aquella

pesadilla, que era, al mismo tiempo, la entrada a un período de gloria y esplendor para aquel pequeño país, durante el cual brillarían las letras, las artes, la riqueza de los mercados y se vivirían momentos de plenitud para todos. Pero, dijo, el peligro seguiría acechando, y con gran pesar reveló a Ismail que tendría un dramático final, fruto de las envidias, y también a causa de un grave error que iba a cometer. Sin embargo, declaró, las estrellas en el firmamento indicaban con la mayor claridad que sus descendientes, y durante todo aquel siglo, conocerían momentos de gloria, colocando a Granada y a su reino en lo más alto de la cultura y el bienestar en aquella tierra del occidente islámico.

»El rostro de Ismail se contrajo, entre el dolor y la rabia contenida, pero, al mismo tiempo, un asomo de felicidad brilló en sus ojos. Le dijo a Moshé que sus explicaciones no habían podido ser más firmes y elocuentes y, aunque preocupantes para su persona, lo cual indicaba muy bien su sinceridad, confirmaban sus temores hacia el reino. Pero, muy intrigado, le preguntó qué había querido decir cuando le habló de unos extraños fuegos. El judío le aclaró que se trataba de la pólvora, uno de los grandes inventos que había llegado desde la lejana China, a través de la Ruta de la Seda, y que los soldados nazaríes tendrían oportunidad de utilizar contra sus enemigos, y lo harían con mucho éxito. Ismail, con sumo interés, instó a Moshé a que le explicara más cosas sobre aquellos fuegos. El judío le contó que la pólvora era el resultado de mezclar varios metales triturados; que los granos resultantes de aquella composición, al ser sometidos a cierto grado de calor se inflaman desprendiendo bruscamente gran cantidad de gases. Ismail, entusiasmado, le soltó una sarta de preguntas: que si aquellos metales eran difíciles de conseguir, que si él los conocía, que si sabía cuál era la fórmula correcta... Moshé continuó su explicación, informó al monarca que el conocimiento y la utilización de aquella mezcla de productos podía ser un arma muy poderosa y destructiva para quien hiciera mal uso de ella. Sin embargo, aclaró, utilizada para buen fin, sería fundamental para el correcto desarrollo de la humanidad. El judío declaró que conocía bien la fórmula y el secreto de su elaboración, y pidió perdón a Ismail por no darle más explicaciones sobre el particular; pero añadió que sus ingredientes eran fáciles de conseguir en su reino. El rostro del monarca reflejaba cambios notables en su estado de ánimo, pero sensaciones de cierta felicidad contenida brotaban en sus mejillas, mientras sus ojos parecían escudriñar al judío, analizando su persona desde todos los ángulos. Después volvió a preguntarle al vidente a qué se refería cuando habló de un leal servidor de lejana procedencia, a lo que Moshé respondió que conocería a un hombre, de religión cristiana, que le pediría asilo en Granada, y quien, sin renegar de su dios, le prestaría una ayuda muy valiosa por el bien de su reino. El sultán quiso saber algo más sobre aquel hombre. Cuando preguntó cómo lo identificaría, el judío lo tranquilizó diciendo que no temiera, que sería ese hombre quien se pondría en contacto con él y que no tardaría en identificarlo, y aseguró que no faltaba mucho para que se produjera ese encuentro. Como último favor, Ismail pidió a Moshé algún consejo para el bien de

Granada, pues, dijo, el futuro de su vida no tenía importancia para él. Era su pequeño país el motivo de sus mayores preocupaciones.

CAPÍTULO 49

La traición

Muchos de ellos, por complacer a tiranos, por un puñado de monedas, o por cohecho o soborno, están derramando la sangre de sus hermanos.

EMILIANO ZAPATA



— **M**oshé, con voz callada pero firme, y manteniendo baja la mirada, con el mayor respeto reveló al príncipe de los musulmanes que debía guardarse de un hombre sin escrúpulos, cuya codicia no tenía límites; su afán por acumular riquezas le había llevado a traicionarlo; y mucho se temía que, por su culpa, hubiera sufrido algunas deshonrosas derrotas, como las de Alicún, el año anterior, y la de Porcuna, hacía pocas jornadas. El rostro del sultán palideció y se enrojeció de ira y amargura contenidas; a grandes zancadas, el monarca daba vueltas por la espaciosa sala, pisando las grandes y elegantes alfombras que cubrían las losas del pavimento, sin saber qué decir; sus ojos parecían salirse de las órbitas. Pero, tan pronto como se repuso del golpe, exclamó que sabía muy bien que Nasr, autoproclamado rey de Guadix, no cesaba de conspirar contra él para recuperar el trono de la Alhambra, alentando constantemente a Jaime II de Aragón, a los infantes Pedro y Juan de Castilla, formando grupos militares con nómadas de Tremecén, milicias de Guadix y soldados de Andarax, por lo que constituía una seria amenaza para el reino. Pero el judío manifestó que, aunque todo aquello era cierto, no se refería a Nasr, sino a una alimaña que estaba mucho más próxima a él. Se trataba de uno de los servidores más cercanos del sultán, precisamente la persona que ocupaba el cargo más influyente de su reinado, quien, amparándose en su envidiado cargo, como responsable de sus ejércitos, estaba amasando una gran riqueza, y, lo que era peor, concretó Moshé, aprovechándose de las informaciones a las que tenía acceso, no cesaba de conspirar contra él, poniendo en peligro la seguridad del reino. Incrédulo, Ismail, pensando en voz alta afirmó que la persona de mayor rango en el gobierno del país, después de él, era el háchib, quien, como era sabido por todos, actuaba de bisagra entre los visires del reino y él. Yusuf al-Amin gozaba de todos los privilegios. No podía ser, respondió el sultán con rotundidad.

»Pero en ese momentos recordó que hacía días que no lo veía por palacio; tampoco se presentó cuando volvió con los supervivientes de la batalla de Porcuna, cosa que le había sorprendido pero a la que no le dio importancia porque, en su último parte, le informaba de que se iba unos días a Ronda, para visitar a sus padres, que se encontraban enfermos. Moshé sacó al sultán de sus cavilaciones sobre el háchib diciéndole que, si aceptaba un consejo, debía asegurarse de la integridad de su hombre de confianza. El monarca pensó, mirando con intensidad y extrañeza el rostro del judío, que aquel hombre le había proporcionado una información de suma importancia para la seguridad de su reino; había tenido la valentía de darle muchas y convincentes explicaciones, en relación con su sueño. Pero al salir de sus reflexiones, examinando con rabia contenida todos los rincones de aquella suntuosa sala, después de tomar un sorbo de té, se dirigió a Moshé para decirle que le agradecía mucho la interpretación que le había hecho de su sueño, y también por todas y cada una de las explicaciones que le había dado, y le ofreció unas monedas por su importante trabajo. El judío exclamó resolutivo que se lo agradecía, pero que no solía cobrar a nadie por sus visiones, y menos a él. El monarca, extrañado por que aquel hombre de religión judía rechazase una bolsa de monedas, le dijo que aquel gesto le honraba notablemente, y que estaba seguro de que sus caminos volverían a encontrarse pronto, por el bien de Granada. Seguidamente, sin darle la espalda al sultán, el judío abandonaba aquella regia estancia.

»Instantes después, Ismail reclamó la presencia de su visir, quien no tardó en presentarse ante el monarca, preguntándole de inmediato si todo había ido bien. Tras afirmar, el monarca dijo que no era habitual encontrar una persona tan justa, tan sabia, y además nada interesada por los bienes materiales. El visir puntualizó que, en efecto, a aquel hombre le precedía una sólida y bien ganada reputación, por encima de sus ideales y credo religioso. Añadió que no creía que hubiese faltado nunca a nadie, y que por ello él y toda su familia gozaban del mayor respeto en Granada.

—Toda una integridad de persona, me recuerda también al judío de la ciudad de Besalú —comentó con voz temblorosa frey Esteve.

—El monarca preguntó entonces al visir qué sabía del háchib. Este contestó que muy poco, que la última información que recibió era que se ausentaba unos días para visitar a sus familiares, que residían en Ronda. Era la misma información que tenía Ismail. Ordenó al visir que lo localizaran sin llamar la atención. Le pidió que organizara un grupo de la guardia, para que fuera a su residencia, y que con la mayor discreción lo trajeran ante su presencia. Y si no estaba en ella, que accedieran al interior, con toda la precaución y el mayor sigilo posibles, y que averiguaran todo cuanto pudiera afectar a la seguridad del reino. Ordenó que confiara aquella misión a las personas más fieles. El visir dijo saber muy bien quién debía dirigir tan delicada misión: el responsable iba a ser Ozmán ben Abi-l-Ulá, uno de sus mejores y más leales generales.

—Querido amigo Ozmán, aquí es donde comienza tu acción, pues de sobras sé

que eres un gran general —exclamó lleno de júbilo frey Esteve.

—Gracias, amigo cristiano, pero sigue escuchando mi historia, que hay momentos que te sorprenderán. Aquella conversación había sido oída desde el exterior por Ali, uno de los servidores de palacio, pagado por el háchib, quien, con la mayor agilidad y silencio se ausentó de la Alhambra y se dirigió a la casa de Yusuf al-Amin. El visir, mientras tanto, reclamó mi presencia; yo me hallaba en las caballerizas, dialogando con los soldados cuidadores de aquellos hermosos corceles negros de pura raza árabe, y no tardé en presentarme ante el canciller. Le pregunté qué deseaba y me dijo que tenía que llevar a cabo de inmediato una misión muy delicada solicitada por el sultán. Me informó que debía ir a la residencia del háchib y, con la mayor discreción, traerlo a presencia del monarca. Pregunté qué debía hacer si no se hallaba en la casa y me contestó que tenía toda la libertad para entrar en ella y, mediante un exhaustivo registro, intentar descubrir la más mínima prueba que pudiera ser útil para la seguridad del reino, y que confirmara algunas sospechas. El sultán, dijo, esperaba impaciente mi regreso. Luego, al tiempo que me extendía un documento con el sello real, añadió que, sobre todo, tuviera cuidado y no llamara la atención. Salí de inmediato al frente de una docena de hombres de la mayor confianza del monarca, cubiertos por una negra capa, sobre ágiles corceles. Con el mayor sigilo flanqueábamos la Puerta de la Ley del recinto de la Alhambra, cuando desde lo más alto del minarete la llamada a la oración del muecín rompía el silencio de aquella atmósfera de nerviosismo y crispación que se respiraba en la torre de Comares. Mientras, el monarca, sin separarse de la ventana desde la que contemplaba la belleza de la ciudad, mandó que le sirvieran una bandeja con frutas en la antesala del salón de Embajadores.

»Cabalgando con los demás jinetes por las empinadas cuestas del arrabal, iba pensando que debía tratarse de un asunto muy delicado. El háchib, en verdad, no me había transmitido nunca buenas vibraciones. Era una persona recelosa, conocida por todos por su ilimitada ambición y codicia de bienes materiales, que era capaz de vender su alma al diablo por conseguir riquezas. Cabalgando junto a mis hombres, pensé que era probable que el sultán sospechara de algo relacionado con aquella persona, que gozaba de todos los privilegios del reino. No tardamos en alcanzar la residencia del háchib, que se hallaba en Rabad-Alejjarin, el barrio de los alfareros, frente a la Puerta del Ocaso, en el extremo oriental del recinto amurallado de la ciudad. Era un palacete rodeado de jardines y fuentes, debidamente protegido por una tapia de adobe, erizada de puntiagudas almenas, con altas paredes cubiertas de hiedra. Parecía abandonado, y di órdenes para aguardar a una prudente distancia, expectantes ante cualquier imprevisto. Dentro del recinto amurallado de la ciudad nadie conocía los verdaderos motivos de aquella extraña misión.

CAPÍTULO 50

El registro

Es una cosa en que se piensa poco, en lo frecuente que es el que un hombre viva huyendo de sí mismo.

MIGUEL DE UNAMUNO,
Diario íntimo



— **E**l palacio y todo el conjunto de jardines que lo envolvía se hallaban inmersos en un profundo silencio; ni las aves parecían recordar que ya estaba avanzada la mañana y que era primavera. Tampoco las fuentes transmitían el frescor del agua inquieta y saltarina. Ante ello, recordé a mis hombres que actuaran siguiendo las órdenes que les había dado. Era preciso desarrollar la operación con toda naturalidad, para no despertar sospechas ante el háchib, si estuviese dentro de su residencia. Cuando uno de los soldados se dirigió a la puerta para golpear la aldaba, detuve su brazo diciéndole que aguardara hasta que los carromatos, que estaban entrando por la puerta de la muralla, hubieran pasado y la calle volviera a quedar desierta. Tan pronto como aquella comitiva de mercancías camino del zoco desapareció por el extremo de la calle, y tras no recibir ninguna respuesta a los golpes de la aldaba de bronce, ordené a mis hombres entrar en aquella residencia. Con cuerdas y ganchos de hierro fuimos trepando al interior del recinto, que era mucho más discreto que derribar la puerta. Mientras, en el exterior quedaron dos soldados vigilando. Ya dentro de los jardines, y ante el silencio y aparente abandono del lugar, mandé acceder al interior de aquella vivienda forzando la cerradura. Al abrir la puerta principal del palacio, el primer soldado que entró fue sorprendido por la espalda; un hombre, escondido tras unos grandes cortinajes, le asestó un golpe con una daga, produciéndole un corte en el cuello que lo dejó gravemente herido en el suelo. Los demás soldados se lanzaron de inmediato sobre el agresor y no tardaron en reducirlo. Yo entraba en aquel momento y ordené que no lo mataran, que nos sería de gran utilidad. Clavando la mirada en su atemorizado rostro, le pregunté quién era. Aquel hombre permaneció callado. Le amenacé con darle trescientos latigazos para que hablara. Le grité que había herido a uno de mis

hombres, que formaba parte de la guardia del sultán. Uno de los soldados allí presentes exclamó que creía haber visto a aquel hombre en la Alhambra. Volví a preguntarle en tono amenazante que si era cierto que trabajaba para nuestro sultán. El preso, hombre de mediana edad, de complexión recia y alto, de aspecto sospechoso, seguía con los labios sellados, pero tenía los ojos llenos de miedo y había mojado sus pantalones; su mirada era poco transparente. Ordené que le desnudaran la espalda y que le dieran los trescientos latigazos con bolas de hierro y garfios desgarradores. Ante aquellas palabras, el desdichado decidió hablar. Dijo que se llamaba Ali y que era el servidor de Yusuf al-Amin, en palacio. Manifestó, con la voz quebrada y lleno de terror, que se había asustado, pues pensó que éramos unos ladrones. Con gran autoridad e impaciencia le pregunté que dónde estaba su señor, a lo que, titubeando, contestó que no sabía nada de su señor desde hacía algunos días, que había venido a su residencia como solía hacerlo cada mañana. En ese momento entró un soldado en la estancia y explicó que habían encontrado en las caballerizas un corcel con el sello de palacio grabado, que se hallaba extenuado, con la respiración jadeante, y que había bebido con ansia, como si acabara de realizar un largo viaje. Entonces tuve claro que aquel hombre me ocultaba algo, y decidí amenazarlo de nuevo con el látigo para que se expresara con mayor claridad. No habían terminado los soldados de arrancarle la camisa y atarle las manos, cuando la serpiente de cuero silbó en el aire rompiendo la piel del preso, haciendo que la sangre corriera por su espalda. Implorando piedad, Ali dijo que lo contaría todo. Empezó diciendo que su señor no se hallaba en casa ni tampoco en Ronda, donde había dicho encontrarse para justificar una ausencia de Granada durante unas semanas. Declaró saber que mantenía relaciones confidenciales con los monarcas castellanos y los reinos del Maghreb, y que iba muy a menudo a Guadix, para verse con Nasr. Al oír aquellas palabras sentí una inmensa cólera, y me habría gustado asesinar allí mismo a aquel desdichado. Tuve que hacer un esfuerzo para serenarme. Lo obligué a que nos acompañara a todos los aposentos de la casa y, clavándole una mirada acerada, le juré que al menor movimiento extraño, su cabeza rodaría por los suelos.

»Momentos después, todo aquel destacamento puso la casa patas arriba, abriendo alacenas, tirando muebles y examinando paredes; había que encontrar algún documento o información que confirmara las palabras de aquel sirviente. Mientras, un par de hombres permanecían fuera en estado de vigilancia, por si regresaba el háchib, y otro se ocupaba de atender al soldado herido. Con los ojos bien atentos, para evitar cualquier sorpresa que pudiera producirse durante la revisión de la casa, el grupo, guiado por el preso severamente vigilado en todo momento, fue accediendo a todas las salas de aquel palacete. Al entrar en una de las estancias, que parecía ser la principal de la vivienda, Ali intentó distraer las miradas de los soldados que le llevaban maniatado, conduciéndoles discretamente a otro rincón de la estancia. Pero yo, que me percaté de la jugada, me acerqué al lugar del que intentaba apartarnos aquel criado y advertí la existencia de una trampilla en el suelo, bajo una alfombra, y

oculta bajo un pesado ropero de madera que necesitó la fuerza de varios hombres para moverlo. Luego, una vez abierta aquella trampilla, apareció un cofre cerrado, bellamente revestido con piedras preciosas y damasquinados de marfil, cuya cerradura mandé abrir a un soldado con la afilada punta de una daga. Al desprenderse la tapa, en el interior del cofre apareció una fabulosa suma de monedas de oro y plata, así como algunos pergaminos enrollados y lacrados. Una vez terminé de leer uno de aquellos documentos, lleno de júbilo me percaté de que habíamos encontrado lo que estábamos buscando. Después de unos instantes, ordené cerrar el cofre para transportarlo a la Alhambra con todo su contenido y mostrárselo al visir, y que el sultán tuviera debida noticia de lo que habíamos encontrado. Dispuse que Ali fuera llevado como preso ante el monarca, sin olvidarnos del caballo, que era de nuestras caballerizas.

—¡Bien hecho, amigo nazarí!, ¡qué brillante operación, te felicito! —Manifestó frey Esteve.

—Ismail, en compañía de su visir, aguardaba con ansias el regreso de aquel destacamento, que regresó a la Torre de Comares cuando el sol alcanzaba su cénit, y el muecín, desde el balcón más alto del minarete de la Mezquita Mayor de la Alhambra, llamaba a la segunda oración del día. Tras recibir la autorización para acceder a la sala del trono, postrándome de rodillas y sin mirarlo a la cara, me dirigí al monarca con el mayor respeto para darle cuenta de lo sucedido en la residencia del háchib. Cuando acabé mi relato, Ismail ordenó que le mostraran de inmediato el cofre que con tanto celo había sido escondido. El visir, tomando el cofre de mis manos se lo ofreció al sultán que, al abrirlo y ver las monedas de oro y plata que contenía, que al recibir la tenue luz dorada del fuego de la chimenea irradiaron un metalizado reflejo, no pudo evitar que su rostro se iluminara. Pero su emoción fue mayor al conocer el contenido de los pergaminos que había envueltos en el interior. Algunos de ellos los fue leyendo para sí, detenidamente. Instantes después, el monarca me miró con los ojos llenos de admiración, y dirigiéndose al mismo tiempo al visir exclamó que, si importante era la suma de aquellas monedas, un tesoro de infinidad de doblas castellanas, todavía lo eran más, para la seguridad del reino, las informaciones que estaban escritas en los documentos que contenía el cofre. Luego ordenó que le llevaran al preso y, al instante, Ali, férreamente atado, fue conducido por un soldado ante el monarca. Este, al verlo, le preguntó que dónde se hallaba su amo en aquel momento. El preso se mantenía en silencio, pero cuando vio de reojo el brillo de mi gruesa y larga espada curvilínea, que ya había empezado a desnudar, con el miedo reflejado en el rostro no pudo evitar volver a orinarse encima. Esta humillante escena, que provocó las risas de los allí presentes, hizo que me acordara de que los establos de la residencia del háchib estaban vacíos; al fondo, en la última cuadra, solo había un caballo, con el lomo grabado con la marca de palacio. El animal jadeaba con desespero, como si acabara de hacer una rápida carrera, bebía con ansia. Se lo comenté al sultán y este preguntó al preso qué tenía que decir sobre aquello.

Ali, con la voz ronca y quebrada, y con los ojos cubiertos de lágrimas, confesó al príncipe de los musulmanes que durante el tiempo que había estado al servicio de su señor le había aportado toda clase de confidencias, algunas de suma y delicada importancia, pero estaba ajeno a todo cuanto él tramaba; no sabía la utilidad o el destino que el háchib podía haber hecho de tales informaciones. Abrumado, añadió que por todo ello se consideraba traidor a su reino, y era merecedor de morir allí mismo, en aquel momento. Todos los allí presentes enmudecieron al oír aquella valiente confesión. Tras un breve silencio, el monarca rompió la tensión que invadía la atmósfera de aquella sala preguntándole a Ali que si el caballo lo había cabalgado él para avisar a su señor. El preso, arrodillado sobre su propia orina, se tiró al suelo para besar la túnica del sultán. Y desde el más bajo nivel, sin osar mirar al monarca, confesó que tras oír la conversación que este había mantenido con el visir acudió, sin perder tiempo, a avisar a su señor de que el sultán había enviado soldados para apresarle. Yo intentaba contener los deseos de degollar de un tajo allí mismo a aquel miserable traidor. Pero un gesto de la mano del monarca hizo que detuviera mi intención de sacar la espada y acabar con la vida de aquel miserable. Interrogado de nuevo por el paradero de su señor, respondió que tan pronto como recibió la información de que iban a detenerle salió de su residencia, a galope, acompañado de varios de sus servidores, pero que no le dijo hacia dónde se dirigía. Solo le pidió que cuidara de la casa y, de manera especial, del cofre. Tras oír la confesión del preso, Ismail le comunicó que sería recluido en las horrendas mazmorras de la Alhambra, las cuales se abrían en las entrañas de la Torre de los Siete Suelos, donde recibiría constantes sesiones de latigazos, aunque, añadió con frialdad, no quería que muriera, porque le iba a ser útil más adelante.

»Una vez retirado el preso, me despedí con afecto del monarca, que me transmitió su felicitación por la exitosa misión realizada, y se reunió a solas con su canciller. El monarca, antes de empezar la reunión, pensó que si Ali, el espía, había oído la conversación que mantuvo con el visir, era probable que también estuviera al corriente del encuentro anterior, con el judío. Movidó por la duda, trasladó a Al-Yayyab la necesidad de proteger a Moshé, y también a toda su familia, y la mejor forma de hacerlo sería trasladándolos, durante un tiempo, a la Alhambra, donde estarían más seguros. Y previendo que el judío podía poner alguna dificultad, decidió que hablaría personalmente con él. Al canciller le pareció una excelente decisión, y dijo que se ocuparía de preparar el traslado con la mayor rapidez y discreción. Una vez zanjada esta cuestión, el sultán expresó que era de vital importancia mantener la residencia del háchib vigilada día y noche, por si regresaba para recoger el cofre, y para ello había que organizar inmediatamente un destacamento de soldados de plena confianza, que, ocultos en viviendas próximas, controlaran los accesos a la residencia. Ordenó que lo apresaran vivo, porque quería que, antes de que actuara el verdugo, confesara las conspiraciones y altas traiciones que había llevado a cabo, por dinero, contra el reino. Acabada la reunión, instantes antes de que su canciller cruzara

la puerta, Ismail le pidió que esperara, y ante la sorpresa del visir le comunicó que había decidido eliminar la figura de háchib en su reino, y que él ocupara ambos cargos. Declaró haberlo meditado bien, y que había tomado esa decisión porque le había dado sobradas muestras de lealtad y honradez. El visir, arrodillado y besando la mano de Ismail, dijo que intentaría estar a la altura de las circunstancias, por el bien de Granada, y por su monarca, a quien deseó que *Allah* recibiera lo más tarde posible. Para concluir, el sultán le encargó que, una vez tuviera todos aquellos asuntos bien controlados, me mandara llamar para que nos reuniéramos los tres en aquella sala, porque había decidido llevar a cabo una importante y delicada misión en tierras de cristianos próximas a la frontera con nuestro reino.

CAPÍTULO 51

El asedio

Todo el que absorbe en sí algo de los grandes y vivos conflictos medievales y de las discusiones que hoy se agitan en torno a ellos, se encuentra con la hermosa posibilidad de vivir su propia vida con más riqueza, más color y más tensión.

FRIEDRICH HEER,
El mundo medieval



— **U**nas jornadas después, y tras haber cumplido todos los mandatos recibidos por el monarca, el visir y yo nos presentamos en el salón del trono de la Torre de Comares [Véase lámina V], El sultán se hallaba en aquel instante un tanto ausente, asomado a la galería del balcón principal de la sala de Embajadores, acompañado por su esposa y su joven hijo, contemplando extasiado la serena belleza de la alberca del patio de los Arrayanes, y, al fondo, la mágica cumbre de Sierra Nevada. Después de haber sido avisado de nuestra llegada, el monarca, tras ordenar que nos dejaran solos, se reclinó en su diván y, amablemente, pero con energía, se dirigió a nosotros para comunicarnos que era preciso desviar la atención de las milicias castellanas y leonesas en nuestras fronteras, y que la mejor forma era llevando a cabo, por sorpresa, una operación militar contra una plaza cristiana, como respuesta a los terribles daños que, en lo que llevábamos de año, estábamos sufriendo por partidas castellanas, apoyadas por efectivos de Nasr y milicias de Tremecén. El visir se mostró de acuerdo, pero expuso que esa plaza cristiana debería estar al norte de la Cora de Elvira, que era la zona más castigada últimamente por las tropas castellanas y leonesas, en su afán por destruir nuestra frontera con Jaén, y penetrar en la Vega. Yo, en cambio, aconsejé que la expedición se dirigiera hacia las fronteras de poniente, es decir, la zona de Gibraltar, para proteger, al mismo tiempo, las plazas de Grazalema, Setenil, Teba y Algeciras, en la cora califal de Tacoronna.

»En aquel instante, un soldado de la guardia real golpeó la puerta del salón, y yo, que estaba más próximo, abrí el gran portalón y recogí una extraña misiva. Se la entregué al visir, quien, después de leer el mensaje, se dirigió de inmediato al sultán,

no pudiendo ocultar una gran sorpresa en su rostro. La misiva contenía un mensaje encriptado del cadí de Vélez Blanco, en la cora de Peyyina, el cual, una vez descifrado, decía lo siguiente: “Majestad. Príncipe de los musulmanes: Estamos advirtiéndote incesantes movimientos de tropas cristianas en la frontera con el Reino de Murcia, que pueden poner en peligro nuestras plazas de Vélez Blanco, Vélez Rubio y Xiguena. Y lo que nos sorprende es que, entre tales efectivos militares, nos han informado que se encontraba Yusuf al-Amin, nuestro háchib. ¿A qué se debe? (*Omar al-Halep. Cadí de Vélez Blanco*)”, El sultán, dirigiéndose a mí, expuso que aquel mensaje aclaraba algunas de nuestras dudas. Por lo tanto, la aceifa debería dirigirse, sin perder tiempo, hacia aquella zona de nuestra frontera terrestre con el Reino de Murcia, y, con los efectivos allí disponibles de tropas, atacar a los cristianos, persiguiéndolos si hiciera falta, y, si fuera posible, apresar vivo, al háchib. Esta misión, dijo, como podíamos ver era de suma importancia. Por lo tanto, añadió, debería disponer de todo lo necesario para partir lo más pronto posible. El visir asintió aprobando la decisión del monarca. Le comuniqué al príncipe de los musulmanes que así lo haría. Calculé que en un par de días, estaría todo a punto. Escogería una tropa de mil jinetes, formada por hábiles ballesteros y excelentes y valientes soldados. Había pensado en seguir la ruta de las Alpujarras, que, aunque era más larga, evitaba el paso por la hoya de Guadix y la posibilidad de un enfrentamiento con hombres de Nasr. Solo nos detendríamos en plazas de entera fidelidad al reino, para avituallarnos y descansar. Y, con el mayor respeto, así se lo hice saber al monarca.

—Veo, amigo musulmán, la gran confianza que había puesto el sultán en tu persona, lo cual no me extraña absolutamente nada, porque creo que eres el mejor militar —exclamó Esteve con una leve sonrisa.

—Agradezco tus palabras, amigo cristiano, aunque creo que exageras un poco. Pero volvamos al punto en que nos habíamos quedado. El sultán aprobó mi plan, pero me habló con preocupación de la necesidad de ir adecuadamente pertrechados de ropa, porque aún había nieve en las cumbres, y los vientos eran fuertes. Me hizo ver que era una oportunidad para vengarme de la humillante derrota que sufrí en el sitio de Alicún, en la primavera del año anterior, y tras la cual, como se había podido comprobar, estaba la mano traidora del háchib, quien había dado información a los castellanos de nuestras maniobras. Repuse que no se preocupara, que ya había ordenado que no faltara ropa de abrigo y comida suficiente para mis hombres. El visir comunicó a Ismail que enviaría un mensaje encriptado al cadí de Vélez Blanco, para que resistiera dentro de las murallas de su alcazaba cualquier ataque, esperando que le llegase el refuerzo que ya estaba en camino. Pero sin citar en la misiva al háchib, para no levantar sospechas.

»Era el 29 de marzo del año 1316, cuando, después de la oración del viernes, pronunciada por el játib desde la explanada de la Mezquita Mayor, la plaza de Bibarrambra despedía al destacamento de jinetes que, conmigo al frente, estaba

llamado a protagonizar aquella memorable aceifa en tierras cristianas. Se dispuso así, como si de una operación militar normal se tratara, como otras misiones de este tipo que, en ocasiones anteriores, y durante las épocas de primavera y verano, se habían llevado a cabo, para no despertar ninguna sospecha en las gentes de la ciudad. El monarca nazarí, ataviado con un elegante traje verde brillante de seda de Damasco, a lomos de un hermoso caballo árabe de pelo negro, cuyo relincho retumbaba hasta en la misma Alcaicería, y secundado por su guardia personal, después de oír los rezos del muecín, desde el minarete principal de la Mezquita Mayor, y tras saludarme, como jefe supremo de aquella expedición y jeque de algaras, dio orden de salida a aquellos hombres, que formaban parte de la flor y nata de la caballería nazarí; muchos de ellos temibles jinetes de la caballería africana. Para mí, como general del ejército nazarí, fue el mayor honor de mi vida estar al frente de aquella arriesgada misión, que el mismo monarca en persona me había encomendado de forma muy especial. “¡Que *Allah* os proteja! ¡Cumplid con vuestro cometido, y volved con el menor número de bajas! ¡Granada no puede perder más sangre!”, alentó Ismail. Saludé al monarca bajando mi espada al pasar frente a él, y lo mismo hizo el abanderado, con el estandarte del reino nazarí, grabado en letras doradas sobre fondo rojo. A medida que el destacamento, en fila de dos, atravesaba el corazón de la capital, desde los balcones, ventanas y terrazas de las casas éramos agasajados con vítores, ramos de flores y guirnaldas. La salida del recinto amurallado de la ciudad se produjo por la Puerta de la Luna, que se abría frente al curso del río Genil. En aquel momento, un grupo de carros entraban en la ciudad cargados con hielo, procedente de la Sierra, para abastecer los mercados y zocos, y también para atender las necesidades de los hospitales. Los bloques de hielo eran transportados a través de la ruta de los neveros, con el mayor cuidado, entre hojas de roble y encina, y debidamente envueltos en sacas de esparto para su mejor traslado y conservación, desde los pueblos de Sierra Nevada; un viaje de toda una noche por senderos de acusadas pendientes, entre barrancos de vértigo, que había costado más de un accidente mortal. Curiosamente, íbamos a realizar buena parte del itinerario que habían hecho aquellos carros en los últimos días, hasta llegar a la ciudad, desde los neveros. Por ello, conociendo la dificultad de aquellos empinados senderos, recordé a mi segundo en el mando, Efraín al-Bahr, la conveniencia de cabalgar con la mayor precaución.

»Después de seis jornadas de marcha, durante las cuales habíamos parado para descansar y abastecernos en Vélez Benaudalla, Órgiva, Laujar, Gádor, y donde además recibimos la baraka, o bendición del morabito, se nos unió un importante colectivo de soldados procedentes de Almería, Sorbas y Huércal-Overa. El destacamento, con ganas de entrar en combate, alcanzaba la plaza de Vélez Blanco, en los confines septentrionales de la cora de Peyyina. El sol ya estaba en avanzado descenso, cuando la voz del muecín retumbó en el aire, llamando a la cuarta oración del día. Pero la situación no podía ser más caótica en aquella plaza nazarí de frontera con el reino de Murcia. Gran parte de las viviendas del pueblo estaban ardiendo, y

altas columnas de humo se alzaban haciendo el aire irrespirable. Mientras, en lo alto de la colina, la alcazaba superior estaba siendo sometida a un duro asedio; desde las puntiagudas almenas y torreones cuadrados de adobe, sus defensores rechazaban con valentía los ataques de los cristianos, quienes, utilizando grandes trabuquetes, lanzaban gruesas piedras que ya habían abierto una ancha brecha en la muralla. Al ver aquello, no dudé en organizar el plan de ataque: Efraín dirigiría a la mitad de la tropa, ocupándose de la ciudad, luchando contra los cristianos y ayudando a los habitantes a sofocar las llamas y atender a los heridos. Y yo, con el resto, rodearía a los atacantes, sorprendiéndolos por detrás de sus filas. Pero antes de entrar en combate, debíamos cubrirnos con la capa negra, y pintar nuestros rostros con pintura oscura; así gozaríamos de los beneficios de la oscuridad de la noche, que no tardaría en caer, y sorprenderíamos al enemigo.

»La batalla en la población fue cuerpo a cuerpo; Efraín, al frente de aquel contingente de la caballería granadina y africana, logró vencer a los cristianos, que estaban asesinando sin piedad a cuantos habitantes les salían al paso, además de violar a mujeres y robar todo lo que encontraban de valor en las viviendas. Mientras, los jinetes nazaríes, portando sus escudos en forma de corazón, no tardaron en sorprender a los atacantes; los arqueros, en primera línea de combate y cabalgando a galope y a pelo, lanzaban flechas incendiarias sobre el entramado de madera de los trabuquetes, y las saetas de los ballesteros atravesaban las corazas de los atacantes. Con las banderas al viento, mis soldados recordaban a los defensores que éramos tropas granadinas que habíamos llegado en su apoyo. Los asediados, al comprobar que no estaban solos, cobraron más bríos, lanzando desde las almenas ollas de aceite hirviendo, para impedir la entrada al interior de la plaza por las brechas de la muralla. Y yo, con mi poderosa cimitarra, iba abriéndome paso entre los atacantes, que no daban crédito a lo que estaban viendo. Tras unas horas de duros combates, los cristianos arrojaron sus armas y sus estandartes al suelo y se rindieron a los nazaríes. Habíamos obtenido una memorable victoria. Después de reunirme con Efraín, para conocer la situación en la población, me ocupé personalmente de ver y atender a los heridos, y ordené agrupar al elevado número de prisioneros; luego me dirigí a la torre principal de la alcazaba, donde me reuní con el cadí. Este, muy agradecido, exclamó que habíamos llegado en el momento oportuno, pues hacía varios días que los cristianos estaban haciendo alarde de su fuerza militar, amenazando con galopadas y destrozando todas las alquerías, robando y destrozando las cosechas de sus huertas y cultivos. Yo le pregunté qué sabía del háchib, sin darle mayores explicaciones, y el cadí, muy extrañado, comentó que Yusuf al-Amin también formaba parte de las tropas atacantes, protegido entre los jinetes cristianos. Pero dijo que no sabía dónde se encontraba en aquellos momentos, ni si estaba vivo o muerto. Pensé que si había formado parte de las fuerzas atacantes, o estaba entre los numerosos presos capturados, o muerto en tierra, no tardaríamos en identificarlo, y manifesté con seguridad que a la mañana siguiente, con las primeras luces del amanecer, me

ocuparía de buscarlo; también mis hombres debían descansar. El cadí me ofreció alojamiento en su residencia de la alcazaba y me dijo que él también quería comprobar a la mañana siguiente qué daños habían sufrido la población y sus gentes.

CAPÍTULO 52

El rapto

La mayor victoria: el vencerse a sí mismo.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA,
El segundo Escipión



— **A** la mañana siguiente, tras la primera llamada del muecín desde lo alto del minarete, Vélez Blanco seguía oliendo a humo, muerte y ceniza; las calles y plazoletas se hallaban cubiertas de cadáveres; la mayor parte de las casas, destrozadas por las llamas de la jornada anterior. El cadí y yo hicimos un balance de los daños sufridos. Tras comprobar que entre el numeroso grupo de prisioneros no se hallaba el háchib, le dije a mi segundo de mando que habría que buscar entre los caídos en combate, e inmediatamente escogió a una docena de sus hombres para revisar uno a uno todos los cuerpos. Después de un buen rato, Efraín irrumpió en la jaima en donde me hallaba conversando con el cadí, y me informó, jadeando, que habían hallado el cuerpo sin vida del háchib; señalando hacia una colina, dijo que estaba allí, lejos del escenario de la batalla. Ordené que me llevaran a aquel lugar, y pocos minutos más tarde, en compañía del cadí, y a lomos de nuestros corceles, nos encontrábamos ante el cadáver de Yusuf al-Amin. Confirmé que era él, pero me sorprendió el hecho de que se encontrara en una zona tan alejada del combate. Deduje que prefirió verlo todo a una distancia prudente, para no correr ningún peligro. Efraín hizo que me fijara en cómo se había producido la muerte del háchib. Observé que tenía un cuchillo clavado en la espalda, por lo que deduje que, probablemente, al advertir nuestra llegada había querido huir del lugar, y uno de sus acompañantes no dudó en clavarle un cuchillo. Todo eso lo pensé sin expresarlo de viva voz, pues no era conveniente dar demasiadas explicaciones al cadí acerca de las traiciones que el háchib había protagonizado contra el reino. Y tampoco lo era llevar su cuerpo a Granada, porque despertaría muchas preguntas y sospechas entre las gentes. Después, ya en la alcazaba, me dirigí al cadí para proponerle que se diera sepultura al háchib en el camposanto de Vélez Blanco, como musulmán, con el rostro orientado a la ciudad Santa, grabando en su epitafio: «Que Dios lo reciba con la paz y

la justicia que se merece». El cadí estuvo de acuerdo.

»Al cabo de un rato me hallaba reunido a solas con él y le pregunté si conocía la procedencia de las tropas que habían atacado a Vélez Blanco. Fui informado profusamente de que procedían de Totana y otras poblaciones de la frontera, pertenecientes al reino de Murcia; de que en los últimos meses se habían convertido en una verdadera pesadilla para los campesinos y también para los habitantes de la ciudad; y de que, además, hacía un par de meses habían talado todos los árboles del valle. Indignado, le prometí que les íbamos a devolver la visita sin pérdida de tiempo, a la mañana siguiente, una vez que hubiéramos reorganizado nuestra tropa. Los prisioneros se quedarían allí hasta nuestro regreso, custodiados por mis hombres; después serían llevados a Granada. Añadí que también los heridos deberían ser atendidos. El cadí prometió ocuparse de ello personalmente durante mi ausencia. Me recomendó que tuviera cuidado, y me preguntó que si iba a comunicarle al sultán el éxito alcanzado. Respondí que, por supuesto, lo haría, y también le anunciaría el final del háchib, pero que mi regreso a la capital se retrasaría unos días más, que nos marcharíamos después de recibir la baraka por parte del játib.

»Totana se encontraba a varias jornadas a caballo de la frontera con el reino de Granada. Al frente de quinientos jinetes, salimos de Vélez Blanco, sin llamar demasiado la atención. En un estratégico altozano ordené a mis soldados que se detuvieran; conocía muy bien aquella zona, porque la había recorrido de incógnito en ruta por la frontera. Era un territorio un tanto árido, de suelo pedregoso y con escasos árboles, pero muy seguro, ya que se hallaba entre quebradas y barrancos, al fondo de los cuales discurría un hilo de agua fresca y potable. Caía ya el atardecer y el objetivo se podía divisar a corta distancia; las murallas de la ciudad estaban a solo un tiro de flecha. Preferí acampar allí, para descansar, y al amanecer caer sobre la plaza, cuyas gentes tanto daño estaban causando en las poblaciones granadinas de frontera. A la mañana siguiente, bien temprano, lucían aún las estrellas en el firmamento cuando mis hombres, que habían madrugado para tener sus armas a punto, ya estaban preparados para llevar a cabo el asalto a la plaza. Efraín, en voz baja, murmuró que no se veía mucho movimiento en las almenas, ni tampoco entrando y saliendo por las puertas. Eso mismo había advertido yo hacía rato. Temí que nos estuvieran esperando, o quizás, especulé esperanzado, con el ataque a Vélez Blanco no quedaban muchos efectivos militares dentro de la ciudad para defenderla. De cualquier modo, pensé, no debíamos demorarnos mucho, porque podían recibir refuerzos de Lorca u otras plazas cristianas.

—¡Ay! Ozmán, querido amigo, qué gran defensor de tu pueblo, y qué buen estratega has resultado ser —exclamó con voz muy cansada Esteve.

—Agradezco tus palabras amigo cristiano, que estoy seguro que nacen del aprecio que me tienes. Pues bien, como te estaba contando, la ciudad de Totana, a mitad de camino entre Lorca y Alhama de Murcia, estaba débilmente protegida, porque la mayoría de sus soldados habían fallecido ante los muros de Vélez Blanco, o

bien habían sido apresados por nuestro ejército. Efraín me dijo que nuestros soldados estaban impacientes por atacar cuando yo lo creyera oportuno. Con los primeros rayos del alba, todo aquel cuerpo expedicionario estaba a punto para el ataque. Yo, después de saludar y animar a mis hombres, de quienes incluso conocía a muchos por sus nombres de pila, y revisar cuidadosamente el armamento, di la orden de marcha. Parecía que hasta los caballos eran conscientes de la responsabilidad de la empresa, pues apenas se oyó un relincho. En breves instantes, los ágiles corceles árabes se lanzaron a galope tendido sobre las murallas de Totana, al tiempo que los ballesteros, con sus acertadas saetas, impedían que cualquier defensor se asomara entre las almenas, mientras los jinetes se acercaban hasta la base misma de las murallas, protegiéndose de las armas arrojadas enemigas con los acorazados escudos y las adargas de piel, sobre las cuales resbalaban las puntas de las flechas. Las lanzas finas y las cuchillas de los venablos también causaban estragos entre los defensores. Al mediodía, tras forzar la puerta principal y derribar un par de poternas, logramos entrar en el interior de la plaza, protagonizándose una violenta lucha cuerpo a cuerpo. Entonces, en tono autoritario, instigué a mis hombres a que capturaran el mayor número de prisioneros, y a que cogieran todos los objetos de valor que desearan, al tiempo que les daba ánimos, y les impartía la bendición de *Allah*, nuestro Dios.

»La plaza se rindió después de varias horas de terrible combate. Pero la torre del homenaje, en cuyo interior se hallaba el marqués don Álvaro de Sotomayor y su guardia personal, aún no había capitulado. Era preciso, por tanto, actuar con rapidez, a fin de no darles tiempo a las demás poblaciones cristianas del reino de Murcia para que vinieran en auxilio de la plaza de Totana. Desde las almenas superiores, y también por las grietas del matacán del torreón comenzaban a caer en forma de cascada ollas enteras de aceite hirviendo, que hacían totalmente imposible llegar a la puerta de la torre que, además, se hallaba a una altura de ocho varas. Actué entonces con la mayor inteligencia: primero, mandé situar a los prisioneros en el centro del patio de armas y amenacé al marqués con que si no abría las puertas del torreón, los mataría a todos. Le prometí que si se entregaba, perdonaría sus vidas. Desde las aljamezadas ventanas superiores, Álvaro de Sotomayor, que también era el gobernador de la plaza, vio con estupor cómo el verdugo degollaba a uno de los prisioneros, debido al retraso en su respuesta, y ante mi inquebrantable firmeza, mandó abrir la puerta de la torre, deslizando seguidamente unas escaleras de madera, para poder entrar en su interior, cuyo acceso, como ya he dicho, se hallaba a unas ocho varas del suelo. Pero aquello resultó ser una trampa, pues la media docena de nazaríes que entraron, fueron degollados de inmediato por los defensores, y sus cabezas arrojadas por las almenas superiores. Ante semejante afrenta, lleno de rabia, al ver la traición del gobernador de la plaza, mandé incendiar el torreón con todos sus defensores dentro, aprovechando el aceite que, desde sus matacanes, no cesaba de caer al suelo, al tiempo que las flechas incendiarias de nuestros arqueros iban penetrando a través de las estrechas rendijas de las saeteras, para crear la confusión y

el pánico entre sus ocupantes. Desde fuera, el humo hacía imposible contemplar la torre en su totalidad, y la puerta de aquel bastión no tardó en abrirse, arrojándose al patio de armas algunos de sus defensores. Instantes después, mientras que estos iban siendo maniatados por nuestros soldados, en compañía de varios de mis hombres trepé por la escalera de madera, en busca del marqués, que se hallaba agonizante, con una saeta de ballesta que le había atravesado la garganta. Pero antes de morir, aún tuvo tiempo de pronunciar unas palabras en mi oído, clamando piedad para su hija y encomendándose por el amor de Dios que cuidara de ella. Yo, aunque apenas podía entender sus palabras, creí escuchar que su hija, Eloísa, se hallaba en sus aposentos, en la parte más alta de la torre, y podía morir abrasada por las llamas o asfixiada por el humo. Y esas fueron sus últimas palabras. Le respondí, aunque con cierto desprecio, ante la traición que aquel hombre nos había infligido, que así lo haría, aunque él ya no pudo oírme. Salí corriendo, y subí los estrechos peldaños de aquella escalera de caracol de dos en dos. Al alcanzar la planta superior del torreón tuve que protegerme del denso humo con un pañuelo, pues las llamas estaban devorando el artesonado de madera, y los largos cortinajes que caían desde la parte alta de los ventanales y todas las ropas de la habitación ya eran un amasijo de carbón y ceniza. De inmediato, ayudado por varios de mis hombres, que me habían seguido,forcé la puerta de entrada, aunque con la mayor precaución, por la posible presencia de defensores, y contemplé a Eloísa intentando evitar el fuego. Sin pensarlo un instante, me acerqué a ella para rescatarla; pero la joven estaba armada con un cuchillo. Después de un breve forcejeo, y tras arrebatarle el arma, me la llevé en brazos medio inconsciente, mareada por la irrespirable atmósfera de la sala. En el patio de armas ya estaba todo dispuesto para la partida. Un total de diez carros repletos de cofres, tejidos, joyas, cerámicas, porcelanas y demás objetos de valor, veinticinco prisioneros y, lo más importante, la hija del marqués. Nosotros solo habíamos tenido cincuenta bajas, frente a más de trescientas de los cristianos. El factor sorpresa, y la estrategia llevada a cabo, sin duda, habían sido determinantes.

—Vuelvo a felicitarte, amigo Ozmán. Fue una maniobra militar muy bien planificada de principio a fin, y el resultado no pudo ser más satisfactorio —exclamó frey Esteve, mirándolo con admiración.

—El resto ya lo conocéis, amigo cristiano, pero quiero contaros el viaje de regreso a Granada.

CAPÍTULO 53

El fuego ardiente

Confiad en Dios, muchachos, y mantened la pólvora seca.

OLIVER CROMWELL,
Batalla de Dunbar; 3-IX-1648



— **M**ientras tanto, Ismail estaba siendo informado puntualmente, a través de mensajes encriptados que desde las plazas de la frontera yo le hacía llegar. El monarca disfrutaba de una infinita felicidad, aguardando impacientemente nuestro regreso a la ciudad de Granada, para tener de mí información de primera mano de todo cuanto había ido sucediendo en la aceifa. Desde hacía días, Moshé y su familia estaban instalados en el recinto de la Alhambra. Y una tarde, el sultán mandó a su visir que hiciera llamar al judío, porque deseaba conversar con él. Este se personó de inmediato en la sala de la torre del Mexuar, uno de los aposentos más elegantes de los palacios de la Alhambra. Cuando estuvo en presencia del sultán inició el largo saludo, pero Ismail lo interrumpió diciéndole que dejara de lado el protocolo, pues le había dado muestras suficientes de su lealtad, sinceridad y honor. Además, dijo, estaban solos, y quería que le hablara de algunos de los profundos conocimientos que el judío tenía sobre la ciencia, el hombre y la naturaleza. A Moshé le sorprendió aquella petición. No conocía el interés del sultán por aquellos asuntos, que pasaban inadvertidos a la gran mayoría de las personas. Con gran amabilidad, pero evitando respetuosamente cruzar su mirada con la del sultán, le manifestó que le complacía mucho que estuviera interesado por saber algo de cuanto formaba parte de su mundo, pero que se desconocía, lamentablemente. Ismail, sin preámbulos, se interesó directamente por el fuego destructivo, dijo que había pensado en aquel tema en muchas ocasiones, y deseaba saber en qué consistía. Moshé, que en otra ocasión ya le había hablado de la pólvora, le explicó que era un invento llegado de la lejana Catai, a través de la Ruta de la Seda, que llegó hasta nosotros precisamente a través de hombres de religión islámica, y era conocida desde hacía poco tiempo en otros lugares del Mediterráneo, aunque todavía no en al-Andalus. Vivamente interesado, Ismail formuló una retahíla de preguntas: qué

propiedades tenía, en qué se podía aplicar aquel fuego ardiente, qué bienes podría aportar a su pueblo... Moshé comenzó relatando que en los confines de Oriente era conocida la pólvora desde tiempos inmemoriales, y hacían uso de ella para muchos fines: en fiestas y fuegos de artificio, en la medicina, la guerra...; pero, lamentablemente, los pueblos que descubrían esta mezcla de color negro la usaban exclusivamente con este último fin; es decir, para destruir, para aniquilar a otros seres. El sultán quiso saber más sobre el tema aduciendo que Granada necesitaba la pólvora, pero no solo para defender sus fronteras de los innumerables enemigos que la acechaban, algunos nacidos en las mismas entrañas del reino, sino también para darle más brillantez, sonido y colorido a sus festejos populares, porque el pueblo tenía que sentirse feliz y participar en las tradiciones, y, sobre todo, para facilitar la difícil tarea cotidiana de los médicos, en las curaciones de los numerosos heridos que llegaban de los frentes de batalla.

—Ese razonamiento me parece muy acertado, Ozmán —dijo Esteve.

—El judío manifestó que todas aquellas explicaciones decían mucho y muy bien de la nobleza del sultán. Lamentó que su reino estuviera atravesando un período tan convulso como el que les había tocado vivir. Añadió que estaba seguro de que, en mejores circunstancias, su tarea al frente del trono de Granada habría revestido de un mayor realce la excelente labor que estaba desarrollando, y que, posiblemente, la historia haría justicia con su nombre. Ismail agradeció sus palabras y le confesó que los regentes, en ocasiones, tenían que dar órdenes que no agradaban al pueblo, y muchas veces erraban en sus valoraciones, porque también eran humanos. Expuso que su gran anhelo era que hasta el último y más modesto miembro de su reino fuera feliz, así como toda su familia. Pero a continuación pidió a Moshé que siguieran hablando de la pólvora. El judío pensó, mientras asentía con la cabeza ante la propuesta del sultán, que debía reconocer que aquel monarca era un hombre íntegro; además, su rostro no le engañaba; su mirada era limpia y transparente. Manifestó que a él también le apasionaba el tema, y como Ismail estaba tan interesado, y recordando la conversación que mantuvieron sobre la pólvora en su primer encuentro, había llevado un pergamino en el cual se reproducía la impresión que le causó al monarca castellano Alfonso X este fuego ardiente, cuando lo sufrió durante el largo y sangriento asedio que, durante nueve meses, sometió a la ciudad de Niebla, hacía unos ochenta años. En él se podía leer: «Tiraban [los árabes] muchas pellas [bolas] de hierro que las lanzaban con truenos, de los que los cristianos sentían un gran espanto, ya que cualquier miembro del hombre que fuese alcanzado, era cercenado como si lo cortasen con un cuchillo; y como quisiera que el hombre cayera herido moría después, pues no había cirugía alguna que lo pudiera curar, por un lado porque venían [las pellas] ardiendo como fuego, y por otro, porque los polvos con que las lanzaban eran de tal naturaleza que cualquier llaga que hicieran suponía la muerte del hombre...». Cuando acabó de leerlo, Ismail exclamó que eran razones suficientes para probar sin demora la utilidad de aquella poderosa arma contra los numerosos y

destruictivos enemigos que acosaban sus fronteras. Moshé se mostró de acuerdo, pero de nuevo le recordó al sultán, con mucha amabilidad aunque con voz segura, que debería considerar el fuego ardiente más en su sentido defensivo que como arma destructiva de ataque. Ismail, verdaderamente impresionado por la fuerza que podía alcanzar el fuego ardiente pensó, mientras escudriñaba con admiración y respeto al judío, que indudablemente era necesario en aquellos momentos en Granada, para tratar de defender sus fronteras y para asegurar la paz con más treguas con los reinos cristianos; después, ya habría tiempo para usarlo en los juegos de artificio. Contestó a Moshé que así lo haría, pero debían comenzar ya a fabricarlo, porque quería que su pueblo estuviera más protegido, y la mejor forma de conseguirlo era disponer de los medios adecuados, para responder con las mismas armas, si fuera preciso. Y poniendo una mano sobre el hombro del judío, impuso que sería él quien dirigiría la tarea de su elaboración. Moshé, asustado, exclamó que solo era un humilde servidor del reino, pero el monarca concluyó el tema diciéndole que él era la persona adecuada. Moshé le agradeció su confianza, pero le recordó que estaba alojado junto con su familia en los palacios de la Alhambra, y temía por sus vidas ante una posible amenaza del háchib. Ismail, con una sonrisa en su rostro, le comunicó a Moshé que podían descansar tranquilos, que Yusuf al-Amin había fallecido, hacía pocos días, en Vélez Blanco, en cuyo camposanto ya descansaban sus traidores restos. El judío manifestó entonces que Granada gozaría a partir de entonces de una mayor tranquilidad, y aunque nunca había que alegrarse por la muerte de nadie, por muy malvado y traidor que este hubiera sido en vida, deseaba que Yahvé le concediera el juicio que merecía su alma atormentada, por todo el mal que hizo. Al oír aquellas palabras, el sultán exclamó que consideraba a Moshé una persona íntegra, llena de valores, y que su visir no se equivocó en absoluto al recomendárselo. Le dijo que cuando deseara podía regresar a su carmen con toda su familia, desde donde podría coordinar los trabajos para fabricar el fuego ardiente. Pero antes de que se marchara, le pidió que le contara algo más sobre aquella sustancia. Moshé se dispuso a transmitirle todo cuanto conocía de aquel prodigioso invento, por el que tanto interés mostraba el sultán. Le explicó que el fuego ardiente, llamado pólvora negra, se obtenía mezclando tres elementos minerales: nitrato de potasio, carbono y azufre; el resultado obtenido era un polvo oscuro que, al situarse en el extremo cerrado de un tubo de hierro, o de bronce, y encendido por una mecha, impulsaba un proyectil a través del orificio abierto en el extremo opuesto, y en la dirección que se deseara. A la pregunta de si eran necesarios grandes artilugios para desarrollar estos fuegos, contestó que las piezas de artillería móviles podrían tener unos dos codos de largo, y un peso de 25 libras, y por lo tanto podían ser cargadas y utilizadas por un hombre de fuerza; añadió que había que mejorar la forma de la mecha, para facilitar al artillero apuntar el arma y dispararla al mismo tiempo, y evitar vibraciones; y concluyó que una cuestión fundamental, para el uso de aquel artificio, era que se mantuviera completamente seco, porque su peor enemigo era la humedad. Ismail le aseguró que

contaría con todos los medios que precisara, pero era necesario que su trabajo fuera llevado a cabo con el mayor secretismo. Por ello, consideró que, si fuera posible, sería mejor que lo desarrollara en los sótanos de la Alhambra. Ante aquella petición, Moshé decidió que permanecería allí con su familia hasta concluir su trabajo. El sultán le dijo que el visir le facilitaría todo lo que necesitara, pues, además de ellos dos, solo él conocería la actividad que iba a llevarse a cabo. Cuando el judío se marchó, el monarca reclamó a un servidor la presencia del visir. Este no tardó en presentarse ante Ismail.

CAPÍTULO 54

El cristiano

Quitadle el temor del infierno a un cristiano, y le habréis arrebatado su fe.

DENIS DIDEROT,
Pensées philosophiques, XVII



— **E**l monarca le comunicó al visir que Moshé se instalaría definitivamente en la Torre principal de la Alcazaba, dentro del recinto de la Alhambra, porque le había encomendado una importante tarea, relacionada con el fuego ardiente, que él iba a desarrollar con el mayor secretismo y discreción. Ordenó que se le facilitara todo cuanto pidiera, y que un pelotón de soldados lo acompañara a su residencia en la ciudad, con algunos servidores, para ayudarle a recoger las herramientas y materiales necesarios para su tarea, y que fueran transportadas con cuidado dentro de carros, y lejos de cualquier mirada indiscreta. Al-Yayyab asintió respetuosamente ante todo cuanto le había encomendado Ismail. Antes de retirarse, le informó de la llegada de un cristiano que solicitaba hablar con él. Intrigado, Ismail preguntó quién era aquel hombre, y el visir lo describió como un hombre algo mayor, de sereno aspecto, gran estatura y mirada noble, que portaba un salvoconducto firmado por el cadí de Málaga, y se expresaba en un árabe muy culto. Añadió que iba acompañado por dos servidores, que iban elegantemente vestidos y cubiertos con una capa blanca. Ismail, tras escuchar al visir, pensó que aquel podría ser el cristiano del que habló el judío al interpretar su sueño. Sin dejar de darle vueltas a la cabeza, mandó que lo hicieran pasar de inmediato, a él solo, que sus servidores permanecieran fuera vigilados por soldados. A los pocos instantes, se abrió la puerta de la sala del Mexuar, y el canciller del reino acompañó a aquel extraño visitante hasta el diván en el que se hallaba reclinado el monarca. Un silencio absoluto invadió aquella elegante y real estancia, mientras los ojos de Ismail se clavaban en el rostro del cristiano. La sala transmitía aromas a perfumes silvestres, cuyos efluvios emanaban del interior de unos cuencos de cerámica vidriada y calada, a través de cuyos huecos se evaporaban unos néctares divinos de ambrosía, que armonizaban

plenamente con el incienso de los cirios, igualmente bañados en aguas de azahar. En el centro de la sala, una alfombra de doble nudo, de vistosos colores y figuras que evocaban la riqueza botánica de los oasis de los desiertos africanos, cubría el suelo formado por losetas de adobe. Y sobre todo ello, como un firmamento de estrellas, la cúpula. El cristiano se dirigió al príncipe de los musulmanes rogándole que perdonara su intromisión, y seguidamente, hincando sus rodillas en el pavimento de aquella regia sala, manifestó que hacía tiempo que deseaba reunirse con él. Ismail pidió al recién llegado que se levantara y se interesó por el motivo de su visita. Aquel hombre le contó que era caballero templario, y que, como bien sabría el sultán, hacía ya dos años que su gran maestre, Jacques Bernard de Molay, había sido quemado en la hoguera, en la ciudad de París, por orden del pontífice Clemente V, con el respaldo del monarca francés, Felipe IV. Un sordo silencio se adueñó de aquella estancia, y las miradas del monarca y de su visir se cruzaron sin mediar palabra. Luego, el sultán, sin dejar de escrutar a aquel extraño personaje de cerca de cinco varas de altura, complexión fuerte, cabeza rasurada y pelo rojizo, habló y dijo que había tenido noticias de ello, pero que le explicara quién era y el motivo de aquella reunión. El templario, que dijo llamarse Esteve de Montpalau, les contó que había nacido en Argelaguer, pequeña población del condado de Girona, en la comarca de la Garrotxa, al sur del Pirineo catalán; que sus padres, nobles, se dedicaban a la explotación agraria y ganadera, pero que además regentaban unas parcelas de sal de montaña en una localidad de Pirineo de Lleida. Aclaró que aquel salobre y valioso producto les llegaba a su casa, y desde allí se distribuía por otros lugares de la geografía catalana. Continuó su relato explicando que, algunos años después de la muerte de sus progenitores, sus sepulturas fueron ultrajadas una noche, por sicarios del Santo Oficio, por haber albergado en su casa a algunas familias occitanas, que habían descendido hasta aquellos profundos valles huyendo de la Inquisición de Francia. Declaró que él se tomó la justicia por su mano y vengó aquel ultraje, matando a los cinco sicarios del Santo Oficio, y que por ello, y para proteger a su familia, se vio obligado a huir, decidiendo hacerlo hacia el sur, hacia Granada. Manifestó que en aquella decisión tuvo un peso importante la recomendación que le hizo, muchos años atrás, el maestro sufí, Alí-Yusuf, a quien tuvo el inmenso placer de conocer, en la Ciudad Condal, durante un encuentro cultural de sabios de las más variadas creencias y formas de pensamiento. Añadió que había estudiado medicina en Vic y que se había hecho caballero de la Orden del Temple en la encomienda de Barcelona.

»Tras escuchar aquel relato, Ismail comentó con gran sentimiento que había sido un buen amigo de Alí-Yusuf, un gran hombre, maestro sufí, consejero de Mohammad II Alfaquí, segundo monarca de su dinastía, y recordó que había sido conocido con el sobrenombre de el Sabio. Añadió que fue embajador de su reino ante el rey de Aragón; le comunicó al visitante que, lamentablemente, había fallecido hacía unos años, pero que había sabido llevar por el mundo el nombre de Granada, dejándolo en un alto lugar; y sin disimular su agrado al ver que el templario decía la

verdad, recordó entonces que le había hablado de aquellos encuentros culturales en la Ciudad Condal, en los que dijo haberle conocido. Esteve, tras unos instantes, iba a proseguir su relato, pero el monarca lo interrumpió para preguntarle por qué hablaba tan bien la lengua árabe. El visitante dijo que la aprendió en Tierra Santa, en la ciudad de Acre, donde permaneció hasta su caída ante los mamelucos del sultán Khalil al-Ashraf, hacía veinticinco años. Confesó que había vivido de cerca aquel infierno, del cual pocos cristianos habían logrado salir con vida; que después, como médico, siguió curando enfermos y heridos en combate en la isla de Chipre, y más tarde, después de una estancia en Otranto, al sur de Italia, llegó a la isla de Mallorca, donde tuvo ocasión de conocer al Doctor Iluminado, el humanista Ramón Llull, de quien aprendió muchísimo. También dijo haber aprendido mucho de otras personas, de diferentes credos religiosos y pensamientos filosóficos, y que a todas ellas debía agradecerles el haber tenido una vida llena de experiencias y conocimientos, ya que era una premisa fundamental de nuestra existencia respetar a nuestros semejantes por encima de cualquier interés social, cultural, religioso o político. Declaró haber sido testigo de aberrantes y sangrientos combates entre hermanos de fe, que fue uno de los pocos supervivientes en la horrenda caída de la fortaleza de Miravet, un castillo templario en tierras catalanas del Ebro, cuando tras un año de asedio los soldados del monarca Jaime II de Aragón, al mando del veguer de Tortosa, atacaron sus muros, provocando que los cristianos se mataran entre ellos. Manifestó que era poseedor de otros sobrecogedores testimonios, y que si Ismail se lo permitía, se los contaría en otro momento. El príncipe de los musulmanes se mostró de acuerdo en que el ser humano debía respetar a todos sus semejantes, pero la guerra nos obligaba a romper las leyes de ese respeto, y muchas veces no sabíamos por qué había sucedido algo de lo que luego nos avergonzábamos. Pero apartando aquellas reflexiones, dijo que seguía sin conocer la razón por la que quería verle. El cristiano declaró entonces que la fama de hombre justo, valiente y honesto del monarca había llegado hasta los confines de los reinos cristianos, y que había sido precisamente en Miravet donde, en la Navidad de 1308, momentos antes de caer la fortaleza en manos de los ejércitos cristianos, el maestre templario, herido de muerte, le entregó unos documentos secretos y una bolsa con dos mil libras jaquesas, para que los pusiera a buen recaudo, por su alta importancia. Continuó relatando el templario que luego, aprovechando la oscuridad, logró deslizarse por una galería subterránea que, desde el patio de armas, alcanzaba el lecho del río, cerca de las atarazanas, y que desde allí, en navegación de cabotaje con una pequeña embarcación de pesca, llegó hasta la Ciudad Condal y entregó aquellos documentos, así como la pesada bolsa con las monedas, al comendador templario de la ciudad. Después de un tiempo ejerciendo como médico en la capital del condado de Barcelona, dijo, se retiró de la vida activa, eligiendo la villa de Besalú; pero, durante su estancia allí, todo se complicó con el suceso del ultraje del que ya había hablado, y allí se encontraba, en compañía de otros dos hermanos del Temple, frey Sebastián y frey Lucas, compañeros en la vela de armas al

haber superado con pocos días de diferencia las pruebas de iniciación a la Orden. Terminó el relato explicando que hacía un par de semanas consiguieron embarcarse, en el puerto de Águilas, en una nave genovesa que comerciaba con los nazaríes, y que los llevó a Málaga, donde pidió audiencia con el cadí de aquella ciudad.

»Cuando acabó de escuchar aquel relato, se dirigió al cristiano y le dijo que, como él ya sabría, estaban atravesando unos momentos de gran incertidumbre. Le explicó que castellanos y leoneses no cesaban de atacar y destrozar las poblaciones nazaríes de todas las fronteras terrestres, quemando las casas, asesinando a los hombres y violando a las mujeres; además, le dijo, talaban los árboles, para que no diesen fruto y quemaban las cosechas, para condenar a la miseria a sus gentes. Se lamentó de haber soportado dos derrotas en poco tiempo, y de que los hospitales no podían asistir a más enfermos. Ante todo aquello, concluyó, no veía la forma de poder ayudarle; y, en tono de desconfianza, añadió que tampoco estaba seguro de que no fuera un espía de los cristianos. Con la intención de aclarar aquella justificada duda, Esteve se dirigió al monarca para confesarle sinceramente que a sus sesenta y seis años, cansado de tantas luchas y desengaños, solo quería vivir el tiempo que le concediera el Altísimo en paz. Manifestó que Granada, a pesar de estar pasando por los delicados momentos que le había dicho, tenía fama de ser una ciudad abierta, capaz de albergar a todas las comunidades de gentes, musulmanas, judías o cristianas, que pidieran albergue en la ciudad, lo cual no sucedía, lamentablemente, en las ciudades y pueblos de los reinos cristianos peninsulares, donde la religión imponía sus normas. Afirmó que el hecho de haber logrado mantenerse independiente durante cerca de un siglo de los reinos cristianos, del norte, y de los imperios africanos, del sur, hacía todavía más admirable su entereza y dotaba de más mérito a su reino. Pero, proclamó con el mayor respeto hacia el monarca nazarí, si dudaba de sus palabras, ponía en sus manos su vida, para que el verdugo lo ejecutara sin demora. Conmovido, el sultán negó aquella petición diciéndole que lo consideraba un buen hombre. Fue el visir quien habló entonces para pedirle a Esteve que les hablara de la mina de sal que sus padres tenían en el Pirineo catalán. Este, solícito, les explicó que eran las salinas de montaña de Cambrils, un pueblo situado a dos jornadas a caballo al norte de Solsona, en tierras del conde del Pallars, y que había visitado de pequeño, acompañado por su padre. Aunque, según dijo, el valioso producto lo tenían guardado en un almacén próximo a los establos. Y recordó que en los meses estivales, debido a que hacía más calor, las sales eran de mejor calidad, al evaporarse más el agua salobre con el sol.

»Las miradas del visir y del sultán se volvieron a cruzar en un gesto de pleno entendimiento, sin mediar palabra. Antes de que el primero continuase hablando, el monarca rompió aquella complicidad visual y manifestó al cristiano que tenía un lugar para él; residiría en La Malahá, a menos de una jornada a caballo de Granada. Le informó de que en aquella población también había salinas, además de unos célebres baños con aguas curativas. Le dijo que estaría, con sus acompañantes, bajo

las normas impuestas por el cadí, quien le mantendría informado de todo. Añadió que debería estar preparado para desplazarse a Granada cada vez que se requiriera su presencia. El cristiano le dio las gracias en su nombre y en el de las personas que le acompañaban. El visir le advirtió que, aunque el Santo Oficio no llegaba hasta aquel reino, por razones de religión, y porque sus soldados tenían órdenes de capturar a cualquier miembro de la Inquisición que osara traspasar sus fronteras, siendo asesinado en el acto si oponía cualquier resistencia, debía obrar con mucha cautela, porque podía haber informadores que facilitaran su paradero, y entonces su vida y la de sus compañeros correrían un grave peligro. Esteve ya estaba acostumbrado al peligro, pero en Granada sentía una infinita paz interior. El monarca le comunicó que partiría en unos días hacia La Malahá, en cuya población ordenaría que le preparasen una alquería, próxima a las salinas y a los baños; mientras tanto, dijo, se quedaría en Granada, en el arrabal próximo a la Alcaicería, donde se desarrollaba gran parte del comercio de la ciudad, y donde Ismail creía que sería de gran utilidad. El cristiano se retiró cortésmente de la elegante estancia sin dar la espalda al monarca.

CAPÍTULO 55

La muladí

La mujer escoge muchas veces al hombre que la ha de escoger a ella.

PAUL GÉRALDY



— **P**ara evitar los posibles asaltos que podríamos sufrir, bien por parte de los cristianos del Adelantado de Murcia, o por partidas de Nasr, desde Guadix, el camino de vuelta a la capital lo planifiqué a través de la Sierra de Almagrera, Vera, Cuevas, el curso del Almanzora, la plaza de Purchena y Baza, y desde allí, por Gorafe, seguir el mismo trayecto que el de ida. En Vélez Blanco mandé que se quedaran algunos hombres, para que permanecieran en esa plaza mientras íbamos a Totana, para asegurar la defensa en caso de un nuevo asedio cristiano, y con el valioso destacamento que llevábamos, además de los numerosos prisioneros, nuestra felicidad era notable, como puedes imaginarte, romí.

—Sí, me lo imagino, amigo Ozmán; ¿pero y Eloísa?

—La joven cristiana intentó escaparse en varias ocasiones, pese a que había dispuesto en torno a ella un séquito de criados para que no le faltase de nada en su carro; tengo que reconocer que la joven era bastante rebelde. Recuerdo que hacía un sol abrasador, lo que nos obligaba a hacer más paradas en el camino para refrescar a la tropa, a los prisioneros y a los sedientos caballos. Un paisaje de singular belleza nos envolvía, y las poderosas cumbres de Sierra Nevada, que podían contemplarse en dirección al mediodía, servían de telón de fondo; atravesamos espesos bosques, con algunas franjas de huerta, olivares y, sobre todo, profundos barrancos que abrigaban en su seno espectaculares saltos de agua y pequeños lagos.

—Los prisioneros hacen también más lenta la marcha —susurró Esteve.

—Sí, es cierto, pero la captura de prisioneros era, por otro lado, una cuestión de suma importancia, ya que representaba una valiosa baza a la hora de negociar con los reinos cristianos, al tiempo que una moneda de pago válida, según los acuerdos políticos del momento. Y si los reyes o príncipes cristianos no mostraban ningún interés por esas personas, se trataba siempre de una mano de obra útil y barata que podía emplearse en las grandes construcciones civiles y militares de la corte nazarí.

—Es cierto, pero es importante tratar a los presos como personas, con el mayor respeto —comentó el cristiano.

—Sabes, amigo, que eso no debes recordármelo. Pero deja que siga contándote el regreso de aquella memorable aceifa. Después de rebasar el Puerto de la Mora y tras siete largas jornadas de marcha, el destacamento divisó con la mayor alegría la ciudad de Granada, la bella capital de nuestro querido reino. La comitiva entró por la puerta de Fajalauza, al norte del barrio del Albayzín, no muy lejos de donde nos encontramos en estos momentos, y fuimos recibidos con vítores y alabanzas.

—Sí, ya me informaron de que entraste como un héroe, amigo Ozmán, y que el monarca Ismail ya estaba esperando tu entrada triunfal en el palacio de la Alhambra —exclamó Esteve.

—Mi entrada a la Alhambra, sin embargo, no se produjo hasta la jornada siguiente, porque debía organizar numerosos asuntos militares, ordenar los alojamientos de los presos y atender también a Eloísa, que estaba furiosa. Ordené que la alojaran en una de las mejores estancias de mi palacio y pusieran a su disposición una sirvienta a sus órdenes.

—¿Ella sabía que su padre había fallecido en el sitio de Totana?

—No, y tuve que decírselo por el camino de regreso a Granada, y desde entonces no quiso dirigirme la palabra, mirándome con odio.

—Me lo imagino, Ozmán, pero debías comprender su dolor.

—Lo sé, amigo cristiano; creo que soy perseverante cuando algo me interesa, y lucho por ello.

—Me consta —exclamó, sonriendo, Esteve.

—A la mañana siguiente, vestido con traje de gala y acompañado de mis oficiales más directos y con Eloísa, elegantemente vestida, subimos a la Alhambra. Recuerdo que, al pasar por el patio de los Arrayanes, aquella joven no pudo evitar extasiarse al respirar las exóticas fragancias de las aromáticas plantas silvestres y ver cómo las cincuenta y cuatro varas de altura de la monumental torre de Comares se duplicaban en la transparente y cristalina agua de la alberca. En ese momento fui consciente de la aguda sensibilidad para armonizar arquitectura y paisaje que se respiraba en toda la Alhambra, y que creaba en aquel patio una perfecta relación entre la arquitectura, el agua y la vegetación... En la sala de Embajadores de aquel suntuoso palacete, sede del sultanato granadino y lugar de recepción de los actos más suntuosos, nos aguardaba Ismail.

—Debió de ser algo impresionante; te lo merecías, amigo Ozmán —sentenció Esteve.

—Gracias, amigo cristiano. Seguidamente, y a petición del monarca, inicié la descripción de la operación militar llevada a cabo por las fronteras con el Reino de Murcia. Ismail me escuchaba con el mayor interés, no pudiendo evitar que unas lágrimas de alegría afloraran a sus ojos. Las joyas, del tesoro traído, siguiendo órdenes del monarca, se repartieron entre los valientes soldados, quienes estuvieron

varios días festejando el gesto del sultán. Los prisioneros fueron trasladados a las huertas de las alquerías de la Vega, donde colaborarían en los trabajos de regadío en las norias, aceñas, aljibes y canalizaciones; también participarían en la construcción de algunas albercas de irrigación, a las órdenes de ingenieros agrónomos.

—¿Y Eloísa? —se interesó el cristiano.

—La hermosa joven cristiana pasaría a formar parte del harén de palacio, embelleciéndolo con su presencia. Pero sucedió algo.

—¿Qué ocurrió, amigo Ozmán? —pregunto Esteve.

—El monarca advirtió en mis ojos un singular aprecio por aquella joven, y me la entregó como sirvienta. Muy agradecido, exclamé con mucho respeto que cuidaría de aquella mujer como si fuera de mi familia. Ya situada en mi palacio, rodeada de agradables jardines y numerosos servidores atendiéndola, Eloísa se veía más feliz cada día que pasaba. Recibíamos a embajadores del Adelantado de Murcia que nos ofrecían valiosas riquezas por recuperar a la hija del marqués de Totana. Pero fueron inútiles, porque el monarca no aceptaba ningún presente de los cristianos, sabiendo que yo me había enamorado de aquella hermosa joven, en la cual fue produciéndose un cambio de comportamiento a medida que pasaba el tiempo, al irse adaptando a su nueva vida palaciega; los encantos de Granada la habían cautivado. Yo pasaba horas conversando con ella, paseábamos por los jardines del palacete. Eloísa se interesó pronto por la música, el baile, la literatura, la poesía y todo lo relacionado con las Bellas Artes del Islam. Además, aprendió en poco tiempo la lengua árabe, en la que le hablaban sus compañeras servidoras, y gustaba de pasar largas horas al día en la biblioteca, donde descubrió los misterios de la ciencia y la belleza de la caligrafía de la escritura. Averroes, Avicena, Ibn Yubair, Ibn Dihya, Ibn Sahl, eran algunos de sus autores preferidos.

»Eloísa, al cabo del tiempo, se adaptó a la vida musulmana y quiso cambiar su nombre por el de Zoraida; recitaba versos en la corte de la Alhambra, deleitando al monarca y a todo su séquito. Había dos libros por los que sentía fascinación: *Calila y Dimna* y *El Collar de la Paloma*. Zoraida se había convertido en el centro de atención de todos cuantos la escuchaban, y, por supuesto, de mis sentimientos, pues me tenía completamente enamorado; aquellas placenteras y cálidas noches en los jardines de mi palacete, yo le hablaba de las hazañas épicas de los personajes de *Ali Babá y los Cuarenta Ladrones*, o bien le relataba cualquier otro cuento de *Las Mil y Una Noches*. No cabía la menor duda de que Zoraida ya pertenecía a otra cultura, muy diferente a la de su infancia. Yo no me cansaba de obsequiarla con magníficos regalos, comprados en diferentes lugares del reino. Zoraida disponía de un vestuario tan extenso, realizado con las mejores sedas, que no sabía qué traje ponerse de un día para otro; de Damasco le llegaban las más hermosas telas procedentes de Oriente; encajes y joyas de Persia y Egipto; los artesanos de la madera y el nácar de los talleres del Albayzín, le proporcionaban hermosos cofres para sus alhajas. Zoraida no salía de su asombro al contemplar tanta belleza. Entre nosotros había surgido un

profundo y puro amor.

—Veo, amigo Ozmán, que supiste elegir muy bien —exclamó Esteve.

—Sí, amigo mío, aquella joven me sorprendía cada día. Me dijo que, de pequeña, había oído hablar del encanto y belleza de las alhamas nazaríes, y el importante papel del agua domesticada en la salud y la higiene de las personas. Por ello, una tarde la llevé a la Alhambra, para que tuviese oportunidad de descubrir algunos de aquellos establecimientos balnearios; todos ellos, de enorme belleza arquitectónica, con sus correspondientes salas (de masajes, reposo, agua templada, agua caliente, agua fría...), cubiertas con bóvedas de piedra con pequeñas aberturas en forma de estrellas de ocho puntas, lo que daba la impresión de un firmamento cósmico, en medio de un ambiente íntimo y sensual. En los baños coincidían los cuatro elementos básicos: agua, tierra, aire y fuego, y su exacta combinación natural: lo frío con lo caliente y lo seco con lo húmedo.

»Pero, amigo mío, un aciago día ocurrió un desagradable imprevisto.

CAPÍTULO 56

El encuentro

Los remedios extremos son apropiados a los males extremos.

HIPÓCRATES, *Aforismos* 1



—¿Qué sucedió, amigo Ozmán?; ahora eres tú quien me tiene intranquilo a mí —preguntó, preocupado, Esteve.

—Zoraida comenzó a sentirse enferma, un extraño mal la aquejaba. Yo quise llamar a los médicos del hospital del Maristán, grandes profesionales de la medicina, como bien sabes, pero ella se aferraba a que quería que fuera un médico cristiano quien la asistiera. Entonces decidí ir a palacio, para transmitirle a Ismail aquel problema. El monarca, cuando me recibió y oyó lo que le decía, me respondió que creía tener la solución. Me habló de un cristiano, caballero templario y médico de profesión, que podría atender a Zoraida. Me dijo que fuera a verle de su parte. Le di las gracias y salí inmediatamente, fui a recoger a Zoraida en un carruaje y la llevé al médico cristiano.

—Y fue así como nos conocimos, amigo Ozmán —exclamó frey Esteve lleno de júbilo.

—Así fue, amigo cristiano. Y cuento las horas de vida que me ha dado mi Dios, para agradecerte lo que hiciste por Zoraida.

—No hice nada extraordinario, amigo. Simplemente advertí en ella unas manchas de color blanquecino que, a modo de escamas, estaban invadiendo sus articulaciones. Y también noté que se le estaba cayendo el pelo.

—Pero el diagnóstico que diste sin dudar fue del todo acertado, y eso te lo agradeceré siempre.

—Todavía recuerdo el remedio que le di: para las manchas en la piel, aconsejé aplicar hojas de lechuga fresca, humedecidas con miel de romero, y mantenerlas en la zona afectada durante un par de horas, así nueve días, en rotaciones constantes por todos los lugares afectados del cuerpo. Y para detener la caída del cabello, recomendé a Zoraida el consumo por las mañanas de piñones, y también en las comidas del mediodía, acompañando los guisos de salteados de verduras.

—Remedios que fueron del todo eficaces. ¿Pero qué es lo que produce esos males?

—Muchos se presentan desde nuestro interior, es decir, por una bajada de defensas en nuestro organismo. Probablemente, Zoraida, a pesar de que ya llevaba tiempo viviendo en Granada, recordaba su infancia en Totana, y ese forcejeo mental le generó una crisis, como una lucha interna en su cuerpo, que se manifiesta de forma diferente en cada persona. Ahora, lo importante es que se curó, y Zoraida es feliz.

—Gracias, amigo romí. Yo nunca la forcé a estar a mi lado, incluso le abrí la puerta para darle la posibilidad de que regresara a su mundo, pero Zoraida prefirió quedarse en Granada, y poco a poco fue enamorándose de mí. Yo lo estaba de ella desde el primer momento que la vi, en el torreón de la fortaleza de Totana, y nunca, bien lo sabe mi Dios, la obligué a algo que no deseara.

—Todo cuanto me dices lo sé muy bien, amigo Ozmán, y dice mucho de tu grandeza como persona.

—Después, una vez curada, Zoraida prosiguió con su interés por aprender, quiso conocer a fondo la lengua árabe, y yo le traje los mejores maestros de todas las ciencias, para que le enseñaran cualquier fuente del saber. La botánica era la asignatura predilecta de Zoraida; sin duda, la geometría espacial de la Alhambra, con el decorado de jardines, albercas y canales, habían contribuido poderosamente a ello. Leyendo a Ibn al-Baitar descubrió la esencia y los secretos del jardín islámico. Los paseos que dábamos durante el atardecer por el jardín de mi palacio, entre los parterres de macizos de geranios, madreselvas, adelfas y dalias, con la melodía celestial del agua que, a modo de rumor, servía de nota musical al paradisíaco lugar, era el ejercicio preferido de Zoraida. ¡Ay!, amigo cristiano, qué feliz soy, por haber encontrado a la mujer de mi vida. Además, he tenido oportunidad, en numerosas ocasiones, de valorar el inusitado interés por lo que Zoraida me enseñaba. Y tú también le enseñaste a Zoraida algunos de tus conocimientos en alquimia y en historia.

—Recuerdo que algunos días la acompañé por los jardines de la Alhambra y el Generalife, y se quedaba absorta admirando los grabados de los muros y dinteles de columnas, capiteles y frisos; y también que le gustaba conversar con el imán de la mezquita mayor sobre temas de religión.

—Pero lo que más cautivaba a Zoraida eran las noches y veladas que organizaba en mi palacete, a algunas de las cuales acudía el monarca con su séquito de gobierno; en ellas exhibía sus conocimientos y encantos, dando rienda suelta a su sensibilidad en el arte de la danza y la poesía.

—Yo también fui invitado a algunas de aquellas agradables veladas, y en esas noches exóticas, orientales, flotaba el embrujo de la Alhambra.

Inicios de la tragedia

Veo la lucha en Granada irrealizable con grandes contingentes de tropas, por ser país quebrado, de comunicaciones difíciles, erizado de fortalezas defendibles por sí solas, ocupado por gentes bien dispuestas y convertido en tiempo de guerra en desierto por sus propios pobladores.

JAIME II DE ARAGÓN;
agosto de 1318



— **P**ero la situación política en Granada no era tan fácil y placentera, Ismail atravesaba momentos de gran dificultad para su gobierno. En el marco exterior, los aragoneses habían puesto cerco al puerto de Almería; los castellanos y leoneses, a Gibraltar, y los meriníes no cesaban de entrometerse en el seno del Reino de Granada. En cuanto al marco interior, las rivalidades de poder en la cúpula del sultanato se hacían verdaderamente dramáticas. Ismail demostró entonces su enorme habilidad diplomática y ofreció treguas a los castellanos y leoneses, a modo de vasallaje, en las que se comprometió a pagar anualmente la suma de once mil doblas de oro en concepto de parias, y a devolver alguna de las numerosas plazas perdidas por los cristianos en los últimos decenios y que estaba en manos de los nazaríes. Se trataba de un acuerdo del todo humillante para Granada, pero el monarca nazarí no tenía otra salida. Por otro lado, para mayor desgracia, en el seno del reino nazarí había un bando, capitaneado por Nasr, pretendiente al trono de la Alhambra, apoyado por los meriníes, con posibilidades de ocupar el sultanato. De esta competencia de poderes, intereses, intrigas y rivalidades, los cristianos iban a sacar buena partida. Zoraida, consciente de los graves problemas que sacudían la estabilidad del reino, ayudó como pudo a resolverlos, apoyando a Ismail. Nasr falleció en Guadix; mientras tanto, el problema de Gibraltar se había resuelto, afortunadamente para los granadinos, gracias a la intervención del visir de Ceuta.

»En la primavera de 1319, acabada la tregua entre Castilla y Granada, el infante Pedro, hijo del monarca Fernando IV el Emplazado, preparó en Sevilla un numeroso ejército que, tras descansar en Córdoba, llegó a Úbeda, desde donde se dirigió contra la fortaleza de Tíscar, en la Sierra de Cazorla, en la misma frontera con el reino

nazarí. Las defensas militares del estratégico castillo, instaladas en la llamada “Peña Negra”, nada pudieron hacer ante el numerosísimo ejército castellano. Muhammad Handón tuvo que rendirse entregando la fortaleza. El objetivo primordial del infante Pedro, era unirse a las fuerzas de su tío, el infante Juan, quien desde Baena le había comunicado su deseo de devastar la Vega de Granada. Los dos poderosos ejércitos, tras pasar por la ciudad de Jaén, unieron sus fuerzas en Alcaudete, acompañados por el obispo de Córdoba, Fernando Gutiérrez, quien también participó en la campaña con un nutrido grupo de soldados, a fin de realizar la más ambiciosa empresa contra el reino de Granada. Ante esto, el monarca granadino llamó a toda su plana mayor de gobierno, entre los que me encontraba yo. Ismail, en tono de honda preocupación, nos comunicó que la situación era extrema, que estaba en juego el reino y la supervivencia de su pueblo, y teníamos que unir nuestras fuerzas para luchar en la defensa de nuestras fronteras, de nuestras gentes y el futuro de Granada. Cuando terminó de hablar, me dirigí a Ismail y le dije que me habían informado que Muhammad Handón había logrado llegar a Baza, con los supervivientes de Tíscar, y estábamos esperando su llegada para que nos informara de cuál era el contingente real de fuerzas de los cristianos. El monarca manifestó que esperaba que llegaran a tiempo, porque los ejércitos cristianos ya estaban próximos a Moclín, y no tardarían en llegar a Pinos Puente y a Atarfe, en el corazón del valle del Genil. Me acababan de comunicar que trece grandes galeras cristianas se encontraban a un par de millas de nuestro litoral controlando todos nuestros puertos, desde Almería a Algeciras, tras atravesar el estrecho de Gibraltar, y así se lo hice saber a Ismail. El monarca, que notó la extrema preocupación que reinaba en el ambiente, susurró que aquello complicaba aún más la situación, que estaba claro que querían estrangularnos, sin dejarnos una salida posible ni por tierra ni por el Mediterráneo. En ese momento, exclamé que se me había ocurrido algo que, aunque podía parecer descabellado, en aquellas circunstancias extremas podía sernos de gran utilidad. El sultán, expectante, esperaba mi explicación. Le recordé que teníamos entre nosotros a un caballero templario, que, además, era un renombrado médico, y hombre leal en el que se podía confiar, y añadí que él lo conocía bien. Al oír aquello, el monarca recordó el sueño que tuvo y la interpretación que le dio el judío, anunciándole que ese hombre, cristiano, llegado de tierras lejanas, iba a serle de gran ayuda. Ismail, después de unos instantes en silencio, exclamó que yo tenía razón, que podríamos hablar con él para que nos diera algunos consejos militares, puesto que él había sido caballero templario, y conocería mejor que nosotros las formas de luchar de los cristianos. Mandó que lo fueran a buscar y lo condujeran inmediatamente a la Alhambra para hablar con él. Cuando recibió la orden de presentarse en la corte de Ismail, el caballero cristiano salió a galope tendido hacia Granada, dado que le habían advertido de la urgencia de aquel importante encuentro. Esteve se presentó ante el sultán que, sin preámbulos, lo puso al corriente de la extrema gravedad del momento que atravesaban. Le reveló que los reinos cristianos, a excepción del reino de Aragón, los

estaban rodeando, tanto por tierra como por mar, y que desde Jaén asolaban todos los pueblos del reino, talaban los bosques, asesinaban a familias enteras, violaban a las mujeres y robaban cuanto encontraban de valor. Precisó que se trataba de un ejército muy numeroso, cuya dimensión no conocían todavía con exactitud.

»El templario, avergonzado, lamentó los desmanes provocados por sus hermanos cristianos; ya había podido advertir en el ánimo de las gentes, al recorrer el zoco de La Malahá, aquella profunda preocupación. Manifestó que, aunque no era militar de profesión, sino médico templario, podría ilustrarle sobre sus experiencias, aunque fueran pocas, vividas en la guerra, al haber tenido que resistir dos sangrientos asedios, uno en Acre, en Tierra Santa, y otro en Miravet, en tierras catalanas bañadas por el río Ebro. Se ofreció a ayudarle en todo cuanto pudiera serle útil, a pesar de su avanzada edad. Igualmente, creía que sus hermanos templarios, que lo acompañaron desde Barcelona, estarían dispuestos en secundar aquella difícil empresa, por la salvaguardia del reino granadino y de sus habitantes; además, dijo, ellos podían darle algunos consejos, porque fueron excelentes estrategas. Ismail, esperanzado tras oír aquellas propuestas, ordenó que se presentaran de inmediato en el palacio. Sebastián y Lucas, los caballeros templarios, que residían en la localidad de Albuñuelas, no tardaron en presentarse ante el monarca, que les puso al corriente de la extrema situación en la que se encontraba su reino. Ante los allí presentes, me nombró jeque de algaras de sus ejércitos y responsable máximo militar de la defensa del reino de Granada, y luego se retiró a sus aposentos y nos dejó solos para que discutiéramos sobre los planes a seguir.

»El 18 de junio, todos los bosques de las proximidades de Alcaudete fueron talados, llevándose a cabo, además, el saqueo de la población y el destrozo total de sus campos, deteniéndose los castellanos en Alcalá de Benzayde. El día 19 devastaron Moclín, llamado por los nazaríes “el escudo de Granada”, ocupando seguidamente el arrabal de Íllora, pero no lograron conquistar la fortaleza superior. El sábado, víspera de san Juan, detuvieron su devastadora marcha en el cerro de los Infantes, en la ladera nordeste de Sierra Elvira, a solo once leguas al oeste de la ciudad de Granada, donde acamparon a sus anchas. Y fue entonces cuando el monarca nazarí, a quien solo le quedaba la salida de una guerra abierta contra el invasor, ordenó la defensa de la capital del Reino.

CAPÍTULO 58

El Desastre de la Vega

Tan grande fue el pesar que ende tomó, que perdió luego el conocimiento et la fabla et tuviéronle así desde mediodía fasta ahora de vísperas, que nin moría nin vivía.

ALFONSO XI,
Crónica del muy alto... el onceano



— **F**rey Sebastián expuso que no era necesario un gran ejército, que era mucho más fácil de gobernar y dirigir un grupo de caballería que se moviera con agilidad, disciplina y valentía. Frey Lucas estuvo de acuerdo, y tú, frey Esteve, estableciste que unos cinco mil jinetes y varios miles de soldados de a pie, serían suficientes. Yo contaba con esos soldados, y pregunté cuál sería la maniobra que habría que realizar una vez en el campo de batalla. Frey Sebastián aconsejó la táctica de *tornafuye*, consistente en fingir una huida para confundir al enemigo, y cuando este se desordenara en la persecución, volverse contra ellos por el centro de la formación de combate y envolverles por los flancos, causándoles numerosas bajas, en medio de un caos general. Hubo un silencio general entre todos los allí presentes, que yo rompí ordenando que nos pusiéramos en marcha sin demora.

»Un ejército formado por los mejores cinco mil jinetes de la guardia del sultán, así como otros ocho mil peones, todos ellos adecuadamente preparados para combatir en campo abierto, iniciaba su salida desde la plaza de Bibarrambla en dirección a poniente, pasando en doble fila bajo la amplia arcada de herradura y apuntada de la Puerta de Elvira. Zoraida, mientras tanto, aguardaba en su palacete, consciente de la comprometida situación en la que se encontraba Granada; y vosotros, frey Sebastián, frey Lucas y tú, acompañabais al monarca, asomados a las almenas superiores de la torre de Comares de la Alhambra; al fondo, en la lejanía, la poderosa, oscura e inquietante silueta de Sierra Elvira, donde se hallaba instalado el poderoso ejército cristiano. Sobre mis hombros caía toda la responsabilidad, pues el monarca nazarí había depositado en mí todas las esperanzas del reino.

—Pero los detalles de aquella memorable victoria tienes que contármelos tú,

amigo Ozmán, que fuiste el verdadero artífice.

—Cerca de la población de Atarfe se planteó el combate. Los castellanos y leoneses no salían de su asombro al ver la agilidad y la destreza de nuestros jinetes, que se desplazaban a velocidad de vértigo, cabalgando a pelo, disparando certeras flechas y manejando al mismo tiempo la cimitarra. Tras una rapidísima maniobra envolvente, mientras la temible caballería africana cargaba con el mayor coraje y valentía sobre la hueste cristiana, deshaciendo su frente, mandado por el infante don Juan, el resto de nuestros jinetes cortaban la retaguardia del numeroso ejército castellano, dispersando la ordenación de la caballería del infante don Pedro, que mandaba la retaguardia; este, sin poder detener la desmoralización y el pavor que cundió en sus filas, cayó del caballo dentro del más completo desorden. La caballería castellana, lenta y pesada, con sus largas lanzas, no podía hacer frente a nuestros ágiles corceles nazaríes. El infante Juan, al recibir la noticia, perdió el conocimiento y se desmayó, por lo que sus propios soldados lo dieron por muerto.

—¿Y qué fue del resto del ejército cristiano? —pregunté.

—Los maestros de las órdenes militares de Calatrava, Alcántara, Santiago, los arzobispos de Sevilla y Toledo y el obispo de Córdoba, que iban en la retaguardia del ejército cristiano, así como numerosos miembros de la alta nobleza castellana, huyeron sin orden y con pavor de las proximidades de Sierra Elvira. El infante Juan, por su parte, había caído muerto, pero su cadáver fue atado a la silla de su montura para infundir ánimos a los acobardados soldados, más interesados en proteger el cuantioso botín que habían saqueado y llevaban consigo; debido al fragor de la batalla, y la oscuridad de la noche, el caballo se desorientó portando el cuerpo inerme del infante castellano, que encontramos a la mañana siguiente y llevamos a Granada.

—¿Y el infante don Pedro?, ¿qué fue de él?

—Los cristianos pudieron rescatar, sin embargo, el cadáver del infante Pedro, el cual fue trasladado por los escasos restos de un ejército en desbandada hasta Baena, desde donde sería llevado a Arjona y, finalmente, a Burgos, en cuya ciudad, según nos informaron desde la Corte castellana, recibió sepultura en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas. Contaba 29 años de edad.

—¿Y qué pasó con el cuerpo del infante don Juan, amigo Ozmán?

—El cadáver de Juan, conocido por los cristianos como «el de Tarifa», fue reclamado a Ismail por su hijo, Juan el Tuerto. Y nuestro monarca, con la mayor generosidad, no dudó en entregárselo a los castellanos, después de que hubiera permanecido suspendido varias jornadas del arco mayor de la puerta de la Explanada, más conocida por todos los granadinos como la Puerta de Justicia. El cortejo fúnebre estaba formado por caballeros nazaríes, quienes portaron el ataúd, cubierto con paños de oro, hasta los dominios del reino de Castilla y León, y, según me comunicaron también desde la corte cristiana, sus restos recibieron sepultura en la capilla del Evangelio, junto al altar mayor de la Catedral de Burgos.

—Tu entrada en Granada, amigo Ozmán, no pudo ser más apoteósica y brillante,

lo recuerdo como si fuese ahora, aunque haya pasado más de un año. El importante triunfo que alcanzaste en esa memorable batalla tendrá eco en todos los anales de la historia del Islam, hasta en las más remotas tierras musulmanas (Egipto, Anatolia, Arabia, Persia...). También el monarca nazarí ha alcanzado un notable prestigio, y ha propiciado la llegada de sabios, poetas, literatos, arquitectos y hombres de ciencia musulmanes a Granada.

—Gracias por tus elogios, amigo cristiano, pero pienso que lo más importante para nuestro monarca, además de los centenares de cautivos, la recuperación de las riquezas conseguidas en el real castellano y el control sobre todo el territorio nazarí, fue la consolidación de nuestro pequeño reino. Castilla, tras esta batalla, se vio obligada a firmar humillantes tratados y acuerdos de paz y a retroceder sus líneas.

—En efecto. La nota más desfavorable de la larga y cruenta contienda fueron los importantes destrozos y pérdidas materiales ocasionados por el avance del ejército castellano, con sus robos, incendios, talas, saqueos, asesinatos y violaciones.

—Y para que las siguientes generaciones de granadinos no se olviden de esta memorable victoria sobre los castellanos y leoneses en las laderas de la montaña de Sierra Elvira, que aparece en las crónicas cristianas como «El Desastre de la Vega», Ismail I mandó que se grabara esta inolvidable gesta en el pórtico de entrada al Generalife.

—Y muchos otros logros que has protagonizado en este tiempo, después de la batalla.

—Sí, amigo cristiano, y lamento que, por tu enfermedad y al encontrarte postrado en cama, no hayas podido disfrutar de los festejos que, a diario, durante un año, hemos vivido en Granada, y también en otras muchas ciudades del reino. Pero te diré, además, que Ismail, una vez reorganizó la situación, no dudó en programar nuevas y victoriosas aceifas sobre las plazas perdidas; gracias a estos ataques sorpresa hemos recuperado Huéscar, Orce, Galera y Martos; esta última, utilizando el temible fuego ardiente, que pudimos elaborar gracias a la fórmula del judío; en todas estas poblaciones ha vuelto a ondear nuestra bandera roja del reino nazarí.

»Al cabo de una semana, al volver a visitar a mi amigo Esteve, comprobé con profunda tristeza que su final ya estaba muy próximo. Y al acercarme al lecho, y cogerle la mano, advertí que el hilo de la vida de mi buen amigo se estaba rompiendo; entonces ordené que le vistieran con la túnica blanca del Temple, como él pidió en vida, y mandé llamar a sus hermanos frey Sebastián y frey Lucas; también avisé al monarca, para estar todos presentes en el momento final de su existencia. Estando todos reunidos en torno a su cama, con la ventana abierta y la Alhambra y el Generalife como fondo, Ismail, como máxima autoridad, dijo unas palabras: “Amigo cristiano, desde el primer momento en que te presentaste ante mí, vi en tus ojos a un hombre honesto y valiente, que transmitía sinceridad en un aura envolvente de luz azul. No me equivoqué al aceptar tu petición de venirte a vivir a mi reino, a Granada, en tus últimos años. Tú también has contribuido a la victoria sobre los castellanos y

leoneses en la Vega, en la cual estaba en juego nuestro futuro como reino, y por ello te quedo muy agradecido, y también a tus compañeros Sebastián y Lucas, aquí presentes, que, además de grandes hombres, han demostrado ser excelentes estrategas militares. Granada os queda muy agradecida”. Con gran pesar le cerré los ojos. Después ordené que mi amigo frey Esteve fuera enterrado en La Malahá, donde él pidió encontrarse con su Dios y la paz eterna. Sebastián y Lucas manifestaron que sería enterrado con honores de caballero templario; boca abajo y en contacto con la madre tierra, y que ellos se encargarían del sepelio.



La batalla de Sierra Elvira cambió por completo la situación politicomilitar en el sur peninsular, inaugurándose a partir de aquel momento un largo período de paz entre Castilla-León y el reino de Granada. El tratado de paz fue firmado en Baena, entre Granada y los concejos de la frontera, acuerdo en el que estaban incluidas las ciudades de Sevilla, Córdoba, Jaén, Gibraltar, Tarifa y las posesiones del arzobispado de Toledo y de las órdenes militares. Por su parte, el infante don Juan Manuel (autor del espléndido libro didacticomoral *El conde Lucanor*), ajustó una conveniente tregua con el reino nazarí en nombre de la corona de Castilla y León, al igual que hiciera Jaime II de Aragón.

AGRADECIMIENTOS

Arderiu, Maurici. Erudito de la historia medieval.

Clarós Blanch, Andrés (Dr.). Por sus sabios consejos sobre la medicina.

Coll Antonietti, Ricard. Comendador de la Encomienda de Barcelona, de la Orden Suprema y Militar del Templo de Salomón.

Corominas Esteve, Joaquín. Miembro de la Hermandad Monárquica Nacional.

Fernández-Cortés y Fonseca, Javier. Mariscal y Rey de Armas de la Orden Suprema y Militar del Templo de Jerusalén.

Folch, Liberto. Erudito de la historia antigua y medieval.

Giribets Martínez, Miguel. Historiador, investigador de la simbología de las culturas antiguas y medievales.

Gutiérrez González, Arturo. Amante de la historia medieval, director del Parador de Turismo de Vic-Sau (Barcelona).

Muñoz Genovés, Violant. Directora de Dédalo Ed., y de AGMediática, de Barcelona.

Pinyol i Lara, Isaac. Templario de la ciudad de Vic (Barcelona).

Quintanilla Paz-Soldán, Mario. Secretario de la Encomienda de Barcelona, de la Orden Suprema y Militar del Templo de Jerusalén.

Reverte Coma, José Manuel (Dr.). Profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid.

Romero, Jordi-Xavier. Secretario del Consell Pastoral de la Parroquia del Monasterio de Sant Pau del Camp, de Barcelona.

Serra Feliu, Josep. Erudito del mundo medieval.

Yzquierdo Muñoz, Mercedes. Licenciada en Historia del Arte, presidenta de la Red Aldaba.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁVILA GRANADOS, JESÚS. *La Granada Nazarita*. Bruño, Madrid, 1989.
- . *Rutas y paseos por la Garrotxa*. Sua Edizioak; Bilbao, 1993.
- . *Senderos históricos de Andalucía*. Aljaima, Málaga, 1997.
- . *Historia del Azafrán, la flor del amanecer*. Zendrera Zariquiey, Barcelona, 1999.
- . *Enclaves mágicos de España*. Planeta, Barcelona, 2002.
- . *Templarios en las tierras del Ebro*. Traza, Valls, 2009.
- . «“El desastre de la Vega” (cristianos contra musulmanes en la batalla de Sierra Elvira)», *Revista Historia de Iberia Vieja*, n.º 69, Madrid, 2012, págs. 32-37.
- . *La mitología templaria* (La obra más completa sobre la Orden del Temple). Diversa, Tarragona, 2013.
- . «Números malditos» (Simbología). *Revista Más Allá de la Ciencia*, n.º 283, Madrid, 2013, págs. 42-47.
- . *Cataluña cátara (Un recorrido por 50 enclaves heréticos)*. Traza, Barcelona, 2014.
- BORDONOVE, GEORGES. *La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII*. Temas de Hoy, Madrid, 1989.
- BOUÉ, WIFREDO. *Tratado popular de plantas medicinales*. Sintès, Barcelona, 1968.
- FRÍAS, GUSTAVO. *Paradigmas (Mitos, enigmas y leyendas contemporáneas)*. Nueva Lente, Madrid, 1987.
- GALA, ANTONIO. *Granada de los Nazaríes*. Planeta, Barcelona, 1993.
- GIL, LUIS. *Therapeia, la medicina popular en el mundo clásico*. Guadarrama, Madrid, 1969.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, FRANCISCO JOSÉ. «La medicina en la Edad Media (Teología, ciencia y superstición)». *Revista Medieval*, n.º 6, Barcelona, 2004, págs. 42-55.
- HEER, FRIEDRICH. *El mundo medieval*. Guadarrama, Madrid, 1963.
- IBÁÑEZ, JOSÉ MARÍA, Y RUIZ FERNÁNDEZ, JUAN MANUEL. *Templarios en Mallorca*. Dédalo, Barcelona, 2013.
- ISERN I MONNÉ, JOSEP MARÍA. *El cuadro mágico de la Orden del Temple. (La clave del enigma)*. Aache, Guadalajara, 2009.
- MARINO FERRO, XOSÉ RAMÓN. *Satán, sus siervas las brujas y la religión del Mal*.

Xerais, Vigo, 1984.

MATHIEU-ROSAY, JEAN. *Los papas, desde San Pedro a Juan Pablo II* Rialp, Madrid, 1990.

RUBIELA, MARÍA JESÚS. *Ibn al-Yayyab, el otro poeta de la Alhambra*. Patronato de La Alhambra, Granada, 1982.

TORRES DELGADO, CRISTÓBAL. *El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)*. Anel, Granada, 1974.

UPTON-WARD, J. M. *El Código Templario. (Texto íntegro de la Regla de la Orden del Temple)*. Martínez Roca, Madrid, 2000.

VÁZQUEZ ALONSO, MARIANO JOSÉ. *Enciclopedia del Esoterismo. Guía del ocultismo y el saber hermético*. Robinbook, Barcelona, 2001.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

- Abacote.** Báculo o bastón que llevaba el maestro y el mago del Templo en ciertas ceremonias secretas; solía llevar grabada en su pomo la cruz de las ocho beatitudes.
- Aceifa.** Campaña militar musulmana. Solían hacerse en la estación seca, durante los meses de la primavera y del verano.
- Aceña.** Molino harinero de agua situado en el cauce de un río, o de un arroyo.
- Acetre.** Recipiente de bronce fundido, grabado con suras coránicas, realizado en el siglo XIV, dorado al fuego: «La felicidad continuada»; «La felicidad y la prosperidad, la bendición y el cumplimiento de los deseos».
- Acto nefando.** Una acción indigna, repugnante, como la del hijo que pega a su madre.
- Adhan.** Llamada a la oración, de viva voz, por boca del muecín o almuédano.
- Adiafa (ad-diafaya).** Convite; regalo o refresco que se daba a los marineros o viajeros al regresar después de un viaje.
- Aisha.** Quinta llamada a la oración de los musulmanes; se realiza, con la aparición de las primeras estrellas, entre una y dos horas después de la anterior.
- Al Bahr al Muzlim.** Océano Atlántico.
- Alcázar Genil (Qasar al-Sayyid).** Es una almunia, convertida en marco de grandes recepciones, construida durante el reinado de Al-Muntasir (s. XIII), cerca del cauce del Genil, a extramuros del recinto amurallado de Granada.
- Alfaquí (al-faqih).** Docto. Doctor o sabio de la ley entre los árabes.
- Alfoz (al-hanz).** Arrabal; terreno equivalente a partido judicial.
- Alhama.** Establecimiento de baños en al-Andalus. Se corresponde con las antiguas termas romanas y los *hamman* del Islam oriental.
- Alhambra. (Qalat al-Amru).** «El castillo rojo».
- Aljibe.** Cisterna que abastecía de agua potable a las medinas. En el barrio granadino del Albayzín, precisamente en la calle del Agua, todavía se conservan algunas en uso.
- Alminar.** Minarete. Torre de la mezquita, desde donde el muecín, o almuédano, canta las cinco llamadas diarias a la oración.
- Almunia.** Centro de recaudación de impuestos; en una casa a extramuros de la ciudad.

Almostaçaf. Encargado de la *hisba* (gobierno del zoco).

Alodio. Heredad; relativo a los bienes libres de toda carga señorial.

Anfat. Así llamadas por los musulmanes las piezas de artillería que los nazaríes emplearon en el asedio de las plazas cristianas; algunas de ellas se conservan en parques y jardines de la ciudad de Baza (Granada).

Asafétida. Llamada en lenguaje popular «estiércol del diablo», que, al incendiarse, ahuyentaba por su mal olor a los demonios.

Asr. Tercera llamada a la oración, por el almuédano; se produce entre el cénit y el ocaso del astro rey, cuando la sombra dobla el tamaño del objeto.

Baraka. Bendición; virtud o don divino que se atribuye a los *jerijes* o *morabitos*, y que transmiten con su bendición.

Barragana. Mujeres que vivían maritalmente con los curas, aunque oficialmente eran sus criadas. Esta costumbre era absolutamente habitual en la Edad Media y ha pervivido hasta tiempos muy recientes.

Benimerines. Guardia africana, o cuerpo de voluntarios de la fe; eran los custodios de las fronteras del reino y participaban en las algaradas o incursiones (aceifas) por las fronteras cristianas.

Bib al G'udur. «Puerta de los Pozos»; así conocida por las terroríficas mazmorras que existían en sus entrañas, para confinar a los presos. Después llamada «Torre de los Siete Suelos», en el sector meridional de la Alhambra; era la entrada más importante al conjunto palaciego nazarí. Sobre el dintel de la puerta, podemos leer la siguiente frase: «Solo Dios es vencedor».

Cábala, La (hebreo, *Cabbalah*, tradición). Interpretación mística de la Sagrada Escritura entre los judíos y algunos cristianos medievales. Ciencia oculta, relacionada con esta interpretación. La Cábala utiliza medios más o menos arbitrarios para analizar los sentidos recónditos de *La Torá*; incluyendo a los poetas y a los hagiógrafos de las tradiciones orales, incorporadas posteriores a la *Mishna*.

Cadí. El cargo de cadí (*al-qadí*: alcalde), de antiguo abolengo en el Islam, gozó de respeto y prestigio en el reino nazarí. Los cadíes fueron, en general, íntegros, independientes, intrépidos e incluso sencillos, aunque alguno de ellos sostuvo que un cierto bienestar material era condición básica para las anteriores cualidades.

Cabar bag. Jardín cuadripartito, alimentado por los cuatro ríos sagrados del Paraíso islámico.

Camisote. Cota de malla con capucha que envolvía la cabeza y solo dejaba al descubierto el rostro.

Capucha. Pieza de vestir que, en el siglo XIII, se hizo independiente del camisote.

Carcaj. Caja rectangular de cuero abierta por la parte superior y sujeta al cuerpo; era utilizada por el arquero para colocar dentro las saetas.

Casal. Aldea o granja, dependiente de una encomienda, casa o castillo.

Casalier. Guardián del casal.

- Celada.** Casco para el combate; normalmente era de metal (hierro, bronce).
- Cimitarra.** Especie de sable utilizado en varias zonas del mundo musulmán y que también era común en los soldados del reino nazarí.
- Completas.** Las 21 horas (9 de la noche).
- Comunidor.** Esconjuradero; construcción de planta cuadrangular abierta en sus lados a los cuatro vientos, para exorcizar a los elementos, por parte del párroco local, y ahuyentar las tormentas de rayos, relámpagos y granizos.
- Condotiero (de condotta).** Término que designaba al contrato entre el capitán de mercenarios y el noble que alquilaba sus servicios. Era un mercenario al servicio de las ciudades-estado italianas, que la mayoría de las veces, buscaba riqueza, fama y tierras por su interés particular.
- Consistorial.** Capa gruesa con capucha que cubría todo el cuerpo y se cerraba mediante una cinta o gancho.
- Cora.** División administrativa, equivalente a provincia, en que se dividía el reino de Granada. En la época nazarí hubo cuatro *coras*: *Tacoronna*, *Rayya*, *Elbira* y *Peyyina*, que se corresponden en nuestros días, de izquierda a derecha en el mapa, con las actuales provincias de Cádiz, Málaga, Granada y Almería.
- Daga.** Antigua arma blanca, de hoja corta y con guarnición para cubrir el puño.
- Dobla.** Antigua moneda de oro.
- Dhuhr.** Segunda llamada a la oración; se produce cuando el sol está en su cénit.
- Elches.** Cristianos que reniegan de su fe y se convierten al Islam.
- Escarlata.** Tela de calidad superior con una amplia gama de colores.
- Fajamín.** Sabio y estudioso del Talmud judío.
- Fajr.** Primera llamada a la oración, por el almuédano, desde el minarete de la mezquita; se produce una hora y media antes, aproximadamente, de que salga el sol.
- Falo francés.** Así conocido el consolador en tiempos medievales, utilizado en numerosos conventos de monjas por las madres prioras.
- Funduq.** Albergue o posada destinado al alojamiento de comerciantes foráneos y de sus mercancías; especializado, en ocasiones, en un producto determinado. Edificio también conocido como «Corral del Carbón», en el centro urbano de la ciudad de Granada.
- Garnache.** Capa sin mangas.
- Generalife (Yannat al-Arif).** «Huerta del Arquitecto»; o «Huerta Principal». En el pórtico de entrada al Generalife aparece inscrita la leyenda evocadora de la batalla y victoria nazarí sobre los cristianos en la Vega de Granada (1319).
- Geniza.** Espacio o cámara en el interior de una sinagoga, destinado a guardar las Santas Escrituras.
- Gibraltar.** «La Montaña de la Conquista», para los musulmanes, y «Muro de los Árabes», para los cristianos.
- Guarelle.** Especie de bolsa.

Guemerá. Es el comentario y análisis que completa el texto base (*Mishná*) del Talmud. Los rabinos de la *Guemerá* son llamados *amoraim*.

Háchib. No fue un cargo de función permanente, pero sí de elevado rango; bisagra entre el sultán y los visires, y superior a estos.

Halajá. La *Mishná*, o ley oral, conjuntamente con la Tora, o ley escrita, conforman la *Halajá*, en la tradición judía.

Ifranya. Tierra de francos.

Ignis sacer. Fuego de San Antón, o Mal de los Ardientes; enfermedad vascular que se contrae al ingerir de manera habitual alimentos contaminados con toxinas producidas por hongos parásitos que se hallan fundamentalmente en el centeno.

Játib. Predicador que dirige la oración del viernes y pronuncia el sermón.

Jebel Solayr. Así llamada la Sierra Nevada por los musulmanes; de donde derivó la incorrecta designación castellana «montañas de Solaire».

Jefe de algaras. Así era llamado al general Ozmán ben Abi-l-Ulá, vencedor en la batalla de Sierra Elvira.

Kuv. Cubos de madera utilizados en los *hammam* para sacar el agua.

Laudes. Las 3 de la madrugada.

Lego. Iletrado.

Madhab (Malikismo). El sistema religioso-jurídico más intransigente; la existencia en Granada de un movimiento místico muy notable.

Maghrib. Cuarta llamada a la oración del mundo islámico; se produce después de la puesta del sol.

Maitines. Media noche.

Maqsura. Verja, de madera o de hierro, que, a modo de espacio místico, separa el reducido lugar ocupado por el imam y el emir del resto de la mezquita.

Margrawas. Fuerza militar selecta, formada por benimerines (guardia africana o cuerpo de voluntarios de la fe); eran los custodios de las fronteras del Reino de Granada.

Mar Sirio. Mar Mediterráneo.

Maristán. Hospital de la Granada nazarí, situado en la Carrera del Darro.

Marräkus. Marruecos.

Mastaba. Bancos de piedra de los *hammam*, entre las áreas de baños.

Medresa (Madrasa). Universidad coránica. En Granada, a finales del siglo xv, hubo siete de estos centros; en ellos no solo se estudiaba religión, sino todas las demás ciencias sociales y filosóficas.

Mezuzá. Rollo de pergamino con los salmos judíos del Antiguo Testamento que se guarda en un recipiente vertical, a modo de estuche de piel o metálico, y se coloca en la jamba derecha de las puertas de las viviendas judías, para consagrar los hogares y proteger a sus moradores.

Mihna. Prueba o desgracia grave.

Mihrab. Nicho abierto en la pared del interior de la mezquita, hacia donde se reza.

- Minbar.** Púlpito, desde donde el imán dirige las plegarias a los creyentes, dentro de la mezquita.
- Mishná.** Cuerpo exegético de las leyes judías compiladas, que recoge y consolida la tradición oral judía desarrollada a lo largo de los tiempos. La Mishná es la base de la ley judía oral o rabínica.
- Mizwé.** Establecimiento de baños rituales judíos; en Besalú se encuentra el mejor conservado de toda la Europa mediterránea.
- Morbo gálico.** Así conocida en España la enfermedad de la avariosis, búa, o buba, llamada más tarde sífilis, transmitida principalmente por contacto sexual.
- Muladí** (en árabe *muladí*. El que no es árabe puro). Cristiano español que durante la dominación andalusí abraza el islamismo; plural: *muladíes*.
- Murus.** Impuesto que gravaba la venta ilegal de vino a los musulmanes, cuyo consumo no estaba muy extendido y nunca supuso un problema para el equilibrio de la vida cotidiana.
- Muya'hidin.** Combatientes por la fe.
- Naýd.** Arrabal y loma de la Granada nazarí, situada sobre el río Genil.
- Nona.** Las 3 de la tarde.
- Odalisca.** Esclava de un harén.
- Ósculo.** Beso de afecto.
- Palacio de Contares (Qamriyya, o Qamariyya).** Lugar donde se hallaba el Salón del Trono, o de Embajadores, cuya techumbre de madera ha sido interpretada como los siete cielos del paraíso coránico. En esta sala, el monarca nazarí celebraba sus recepciones y actos solemnes.
- Pagus.** Distrito político y militar de origen carolingio (s. IX), que se mantuvo durante la Alta Edad Media.
- Preboste.** Persona que preside o gobierna una comunidad, o de gran influencia en un grupo.
- Prima.** La primera hora del día, después de la salida del sol (aproximadamente las 6 de la mañana).
- Psiscostasis.** Acción del pesaje de las almas; escena que vemos representada en numerosas esculturas, relieves y frescos. La mayoría de ellos están relacionados con el arcángel san Miguel, que porta una balanza, con un plato para pesar las almas del Bien (que irán al Paraíso), y otro para pesar las del Mal (que irán al Infierno); en muchos casos, un diablillo intenta descargar el peso de los buenos, para llevarlas al territorio del demonio.
- Qibla.** Lugar hacia donde se alzan los rezos de las cinco oraciones diarias, que no es otro que la ciudad de La Meca, y concretamente la *Kaaba* (piedra sagrada de color negro).
- Regla secreta.** Esencia más hermética de la gnosis templaria, la cual ningún iniciado debía romper, o se exponía a la muerte. La Regla secreta formaba parte de los mitos de la Orden, solamente alcanzable por los magos.

- Ratafía.** Licor aromático de raíces silvestres, tradicional de la ciudad de Vic y de su comarca.
- Romi.** Entre los musulmanes, cristiano.
- Sabika.** La colina sobre la que se alza el conjunto palaciego de la Alhambra.
- Sayal.** Tela rústica, generalmente de lana áspera, que servía de hábito a los religiosos en la época medieval.
- Sayj al guzat.** Maestro de los voluntarios de la fe; dignidad atribuida a un príncipe de la dinastía mariní; era el jefe de las milicias (*margrawas*).
- Salat.** Llamada pública a la oración ritual; una plegaria, rito o prescripción operativa inspirada por Dios (*Allah*).
- Schola.** Nombre que recibía la Escuela de formación del Talmud, en la Vila Comtal de Besalú (Girona).
- Sebka.** Un tipo de decoración basado en elementos decorativos con forma de retícula oblicua, a modo de entrelazado geométrico romboidal, que cubre muros, arcos, paredes, zócalos y otros paramentos; muy utilizado en los palacios de la Alhambra y el Generalife.
- Sexta.** Las 12 del mediodía. La hora del Ángelus en los monasterios.
- Síndone.** La sábana santa, el santo sudario, el lienzo que envolvió el cuerpo de Cristo tras su muerte en la cruz.
- Sobreveste.** Prenda que se llevaba sobre la ropa.
- Sodomía.** Práctica del sexo anal.
- Taca.** Nicho; alhacena, hueco en la pared.
- Taha.** Uno de los distritos que forman una *cora*; regido por una autoridad civil (*alcaide*) y por otra religiosa (*alfaquí*).
- Talmud.** Es la obra que recoge principalmente las discusiones rabínicas sobre las leyes judías, tradiciones, costumbres, narraciones y dichos, parábolas, historias y leyendas. La *Mishná* original y su exégesis o *Guemerá*, recibieron conjuntamente el nombre de Talmud.
- Teharot (purificación).** Preceptos referentes a la purificación ritual del cuerpo (*nidá*), en la tradición judía.
- Tercia.** La tercera hora después de salir el sol (las 9 de la mañana).
- Tora, La.** Es la tradición escrita del judaísmo. Texto sagrado de los judíos, a los que los cristianos denominan Pentateuco.
- Trabuquete.** Un tipo de catapulta, utilizado por los cristianos para el asedio de las plazas del Reino de Granada. Se trataba de un ingenio que lanzaba piedras por medio de un sistema de contrapesos; los proyectiles alcanzaban los 400 metros de longitud. Cuando escaseaba la munición, también utilizaban animales muertos y hasta cadáveres humanos, para enviar de ese modo enfermedades a los sitiados.
- Trullis.** Viviendas de piedra, tradicionales de la Puglia (Italia), que abundan en la localidad de Alberobello.
- Visir.** Cargo de primordial importancia en la Granada nazarí; con triple función:

militar, política y administrativa; redactor, al mismo tiempo, de los diplomas reales; era un ministro de Estado elegido por el sultán.

Vísperas. Las 6 de la tarde.

ÍNDICE DE NOMBRES

A) Personajes reales.

Abi-l-Ulá, Ozmán ben. General del ejército nazarí, y vencedor en la batalla de Sierra Elvira (23-06-1319), conocida en las crónicas cristianas como «El Desastre de la Vega». 14 *et passim* en toda la obra.

Ad-Din Toqsu, Ruk. Comandante del ejército mameluco de Damasco, en el sitio de la ciudadela de Acre (1291). 83.

Al-Ashraf, Khalil. Sultán mameluco, hijo de Qalawun Malik al-Mansur, protagonista de la conquista de la ciudadela de Acre, en la primavera de 1291. 83, 299.

Alfonso III de Aragón (1265-1291). Apodado el Liberal o el Franco. 136.

Al-Zahrawi (936-1013). Médico andalusí, nacido en Medina Azahara (Córdoba), considerado el padre de la cirugía. 149.

Anjou, Carlos de (1227-1285). Rey de Sicilia, hijo de Blanca de Castilla y hermano de Luis IX, San Luis. 96, 97.

Arimatea, José de. Personaje judío, quien cedió la tumba y el sudario para enterrar y amortajar a Jesucristo. 115, 166.

Aristóteles (384 a. C.-322 a. C.). Filósofo de la Antigua Grecia 172.

Averroes (1126-1198). Médico y científico árabe, nacido en Córdoba y fallecido en Marrakesh. 131, 306.

Avicena (980-1037). Médico, filósofo y científico persa, autor de cerca de trescientos libros. 206,306.

Batet, Pere de. Obispo de la ciudad de Tortosa, a quien se debe el inicio de la construcción de su catedral. 204.

Beaujeu, Guillaume de. Gran Maestre del Temple, fallecido en el sitio de la ciudad de Acre (primavera de 1291). 83, 84, 88, 89, 167, 171, 226.

Ben-Ziri, Zawi. Arquitecto nazarí que trabajó en la Alhambra, a quien debemos la Alcazaba Cadima. 263.

- Bérard, Guillén de.** Primer comendador templario de la encomienda de Santa María Magdalena, en Palau-Solità i Plegamans. 191.
- Berguedà, Guillem de** (1138-1196). Trovador. 62,158.
- Bernardo de Claraval, san** (1081-1153). Mentor del Cister y del Temple. 144, 145, 149, 154.
- Bernat I** (+1020). Apodado «Taliaferro»; conde de Besalú (Girona). 221,222.
- Bernat III** (1065-1111). Conde de Besalú. A su muerte, sus dominios pasarían al condado de Barcelona. 222.
- Bonanat de Vilaseca, fra Abbot.** Uno de los más grandes abades de Santes Creus, quien coincidió con el monarca Jaime II «el Justo» (1291-1337). 140, 145, 147, 148.
- Bonifacio VIII** (1235-1303). Pontífice nacido en el seno de una familia española establecida en Italia. 136.
- Bonsenyor, Jafudà** (1250-1331). Escribano, médico y traductor; nacido en Barcelona, miembro de una importante familia judía relacionada con la corte. 140, 141, 143, 144, 147-149, 239.
- Çaguàrdia, Roger de.** Comendador templario de la *Ciutat* (Palma de Mallorca). 121, 122, 137.
- Cardona, Berenguer de.** Maestre provincial templario, defensor del castillo de Miravet, en diciembre de 1308, ante las tropas de Jaime II, mandadas por el veguer de Tortosa. 180, 186, 187, 205.
- Carlomagno** (742-814). Rey de los francos y emperador de Occidente. 124.
- Castlar, Abraham des.** Médico judío de la Vila Comtal de Besalú (Girona). 218.
- Celso, Aulo Cornelio** (25 a. C. - 50 d. C.). Enciclopedista y médico romano. 129.
- Clari, Robert de.** Cruzado que trasladó a Otranto, en 1204, la síndone desde la ciudad de Constantinopla. 116.
- Clemente V** (1264-1314). Pontífice francés, el primero que residió de forma permanente en la sede de Aviñón. 207, 209, 212, 249, 298.
- Clermont, Mateo de.** Mariscal hospitalario en la defensa de la ciudad de Acre (1291). 84.
- Cloquer, Arnaldo de.** Influyente familia de la ciudad de Vic, que costeó la fundación del hospital de Sant Bartomeu, dedicado a la atención de los peregrinos. 29.
- Craon, Robert de.** Segundo gran maestre del Temple (1137-1149). 187.
- Cremona, Gérard de** (1114-1187). Uno de los traductores más prolíficos del mundo medieval, que participó activamente en la Escuela de Toledo (s. XII), con cerca de 70 obras traducidas del árabe al griego y al latín. Su tratado de medicina es célebre en la cultura literaria del medioevo. 189.
- Federico II de Sicilia** 110.
- Felipe IV** (126-1314). Monarca francés, llamado «el Hermoso», nacido y fallecido en Fontainebleau. 206, 249, 298.
- Fernando IV** (1295-1312). Monarca castellano de la casa de Borgoña; llamado «el

Emplazado». 312.

Feuchtwangen, Conrado. Maestre de los caballeros teutónicos durante la defensa de la ciudad de Acre (1291). 84.

Flor, Roger de (1267-1305). Caballero templario y caudillo mercenario al servicio de la Corona de Aragón; ejerció como uno de los capitanes de los almogávares; tenía el título de Megaduque (Comandante de la flota). 109-113, 114, 230.

Frugardi, Ruggero. Médico italiano del siglo XII. 140.

Galahad, Perceval y Bors. Caballeros legendarios relacionados con la búsqueda del Santo Grial. 166.

Gaudin, Thibaud (1291-1292). Gran Maestre del Temple, sucesor en Acre de Guillaume de Beaujeu, y portador del tesoro templario a Sidón. 84, 85.

Grailly, Jean de. Comandante de las fuerzas francas en Acre, en 1291. 84.

Grandson, Otón de. Comandante de las tropas inglesas en la defensa de Acre (1291). 84.

Gregorio IX. Pontífice (1227-1241). Dio estatuto jurídico a la Inquisición, nombrando a los dominicos como inquisidores y estableciendo que los herejes fueran entregados al brazo secular para su castigo. 39.

Guifré II (870-897). Conocido como «el Velloso». Conde de Urgell, Barcelona, La Cerdaña, Barcelona, Girona y Osona. 222.

Guillem de Montrodón. Maestre provincial del Temple de Aragón y Provenza (1214-1218); mentor del futuro monarca Jaime I, en Monzón. 22.

Gutiérrez de los Ríos, Fernando. Obispo de Córdoba (1300-1325). 312.

Handón, Muhammad. Gobernador nazarí de la plaza de Tíscar, en la Sierra de Cazorla (Jaén). 312, 312.

Hipócrates (460-370 a. C.). Médico griego, padre de la ciencia médica moderna, natural de la isla de Cos. 32, 65, 121, 129, 253, 308.

Hohenstaufen, Conradino de, Duque de Suabia (1252-1268). Intervino en los asuntos del reino de Sicilia y fue excomulgado por el pontífice Clemente IV. 96.

Ismail I (Abu-l-Walid Ismail I ibn Faradj). Quinto monarca de la dinastía nazarí (1313-1324). 256-259, 261-263, 266-272, 277-279, 282-283, 292-305, 308,311-314,317-318.

Jaime I el Conquistador. Monarca aragonés, hijo de Pedro II el Católico, en la ciudad de Montpellier, y formado en el castillo de Monzón (Huesca) por el maestre provincial templario Guillém de Montrodón. 18, 22, 39, 119, 120, 134.

Jaime II de Mallorca (1243-1311). Llamado «el Prudente»; segundo hijo de Jaime I el Conquistador. 120, 121, 127, 131, 133-135.

Jaime II el Justo. Monarca aragonés, a quien le tocó vivir el período de la condena de la Orden del Temple. 96, 137, 140, 150, 151, 207, 223,270, 300, 311,319.

Jardí, Arnau de. Obispo de la ciudad de Tortosa, a comienzos del s. XIV. 200, 218.

Jesús de Nazaret (Jesucristo, Cristo) 89, 114-116, 134, 166, 180, 201.

Juan XXI (1215-1277). Más conocido como «Pedro Hispano»; único papa portugués

de la historia. 134.

Lenda, Ximen de. Último maestre provincial templario del Reino de Aragón (1307-1312); arrestado por orden del monarca Jaime II en la ciudad de Valencia, por lo cual no pudo ayudar en la defensa de la plaza de Miravet con sus caballeros, ante el asalto de las tropas mandadas por el veguer de Tortosa. 206.

Llull, Ramón (1235-1315). Llamado «Doctor Iluminado»: fue una de las figuras más notables de nuestra Edad Media; filósofo, hermetista, humanista, teólogo...; beato, patrón de los ingenieros informáticos; atribuido con hábito franciscano, con barba y con libro; su festividad se celebra el día 27 de noviembre. 121-136, 212, 299.

Logar, Bendit des. Médico judío de la *Vila Cornial* de Besalú (Girona). 218.

Maimónides (1138-1204). Médico, rabino y teólogo judío de al-Ándalus 82.

Magno, Alberto (c. 1206-1280). Proclamado Doctor de la Iglesia por el papa Pío XI. 169, 172.

Manía, Guccio di. Maestro orfebre, autor del cáliz, realizado entre 1288 y 1292, y conservado en la encomienda templaria de Otranto; donado por el pontífice Nicolás IV (1227-1292) al Tesoro de San Francisco de Asís. 117.

María Magdalena, santa 180 **Mevlana.** Místico y pensador sufí del siglo XIII, nacido en Konya. 126.

Miró III de Cerdaña, Il de Besalú, Bonfill (v920-984), conde de Cerdaña y conde de Besalú (968-984). 222.

Molay, Jacques Bernard de. Último gran maestre del Temple (1294-1314). 190, 212, 249, 298.

Montoliu, Dalmau de (1306). Obispo de la ciudad de Tortosa. 194,198, 200.

Muhammad II al-Faqid ibn Muhammad, Abu-Abdallah (1272-1301). Segundo monarca de la dinastía nazarí. 140, 150,151, 258.

Muntaner, Ramón (1265-1336). Caballero y escritor catalán, autor de la *Crónica Muntaner*, que se inicia con el nacimiento de Jaime I el Conquistador (1207). Perteneció a la Gran Compañía Catalana, ejército de infantería formado por mercenarios aragoneses y catalanes, llamados almogávares. 109-114.

Nasr. Pretendiente al trono de la Alhambra, instalado en Guadix. 257-259, 270, 276, 280, 281,303, 311,312.

Nogaret, Guillaume de. Inquisidor general del reino de Francia, perseguidor de templarios a comienzos del siglo XIV. 249.

Oliba, Abad (971-1046). Abad benedictino, obispo y conde de Berga, Vic y Ripoll. 22.

Paris, Matthew. Célebre cartógrafo inglés, autor en 1240, de un mapa de navegación por el Mediterráneo oriental. 95, 97, 106.

Prisciliano. Obispo cristiano de la ciudad de Ávila, pero caído en desgracia por la Iglesia, y mandado a ejecutar en la ciudad alemana de Tréveris, en el año 385. 124.

- Radulf**, primer conde privativo de Besalú. 222.
- Ramón Berenguer IV** (1113-1162). Llamado «el Santo»; Conde Barcelona, casado con Petronila de Aragón. 191.
- Riu, Berenguer de**. Prior del monasterio benedictino de Sant Pau del Camp (de 1285 a 1298). 139, 140, 143-145, 147-148, 152-155.
- Rovira, Pere de**. Primer maestre provincial del Temple de Aragón y Provenza (1141-1158), natural de Santa Perpetua de Mogoda. 160, 191.
- Sabbatier, Arnaut**. Caballero templario francés encargado de trasladar desde Otranto a la casa matriz del Temple en París, en 1293, la síndone. 117.
- Saguàrdia, Ramón de**. Lugarteniente templario en la defensa de la plaza de Miravet (12/1308). 207.
- Sevry, Pierre de**. Mariscal templario, responsable de la defensa de la ciudadela de Acre, en 1291. 84.
- Solicrup, Berenguer de**. Prior del monasterio benedictino de Sant Pau del Camp (Barcelona), de 1262 a 1276; fallecido en 1293. 139, 140, 154, 155.
- Tibón, Moshe ibn**. Científico nazarí, de religión judía, patriarca de una renombrada estirpe de médicos y hombres de ciencia. 264-271, 278, 292-297.
- Tibón, Yehudá ibn**. Sabio judío de la ciudad de Granada (s. XIII-XIV). 264, 265.
- Vilanova, Arnau de** (1238-1311). Médico, teólogo, embajador y alquimista español, nacido en Villanueva de Jiloca (Zaragoza). 140.
- Villiers, Jean de**. Gran Maestre de la Orden del Hospital, fallecido en la isla de Chipre, tras la caída de la ciudad de Acre (1291). 83.
- Zaratustra (Zoroastro)**. En griego, «el de la luz dorada». Fundador del mazdeísmo, la primera religión monoteísta de la humanidad. 78, 124.

ÍNDICE DE NOMBRES

B) Personajes de ficción.

Abi-l-Ulá. Ali. Padre de Ozmán ben Abi-l-Ulá. 184.

Alamanda. Madre de Esteve de Montpalau, y esposa del barón Roger de Montpalau. 18.

Alamanda de Sales. Abuela de Esteve de Montpalau, a quien se debe la construcción de la fortaleza de la baronía de Montpalau, en Argelaguer. 175.

Al-Amin, Yusuf. Háchib del reino nazarí, visir del monarca Ismail I. 271, 272, 275, 281, 285, 286, 295.

Al-Bahr, Efraín. Segundo al mando del destacamento nazarí que atacó la frontera oriental del reino en tiempos de Ismail I. 283,284,286,288.

Al-Halep, Omar. Cadí nazarí de la plaza de Vélez Blanco. 281, 282, 285-287.

Ali. Servidor de Yusuf al-Amin, háchib del reino de Granada. 272, 275-278.

Alí-Yusuf. Delegado del monarca granadino Muhammad II en la corte del rey de Aragón, Jaime II «el Justo». 140, 147, 150-152,299.

Al-Yayyab. Canciller del reino nazarí, en tiempos del monarca Ismail I. 262, 278, 297.

Andreu, frey. Responsable de la doma de los caballos del picadero de La Mogoda 159, 161.

Bertrán, Hugo. Sargento templario, compañero de frey Esteve en el viaje a Miravet; natural de Bellprat. 180-183.

Campreciós, Lázaro. Padre; regente y médico del hospital de Sant Juliá, de Besalú. 225, 247.

Castany, Jaume. Compañero de Esteve de Montpalau, en el hospital de la Santa Creu, de Barcelona. 66, 67.

Castell, Pierre. Contrabandista, noble francés. 108.

Castellbó, Guillem de. Médico templario en la isla de Chipre. 211,212.

Castelo, Giovanni di. Comendador templario de la ciudad de Otranto. 115.

Clara. Responsable del burdel de Vic. 55,56,58.

Cornelia, Armand. Noble de Besalú, propietario de un palacete gótico en el centro urbano. 227,247.

Cresques, Moshé. Miembro de la comunidad judía (chuetas) de la ciudad de Palma (Mallorca). 119,120,122.

Descals, Joan. Casalier, jefe de la guardia del castillo de Argelaguer. 230-235, 237-244.

Eleonor. Novia de Esteve de Montpalau; hija de los barones de Rupit. 50-54, 63.

Eloísa. Joven cristiana, hija del conde de Sotomayor, raptada en Totana, que luego se convertiría al Islam, cambiando su nombre por el de Zoraida. 290, 303-306, 308-310, 312, 315.

Ermengol y Núria. Padres de Bertomeu Gros. 36-38.

Estevadeordal, Sebastián. Freire del Temple, que acompañó, junto a Lucas Serarols, a frey Esteve en su viaje a Granada. 248-254, 301, 314-316, 318, 319.

Ezra, Moshé ben. Rabino de la comunidad judía de la Vila Comtal de Besalú. 216, 218, 219, 247.

Felip y Susana. Padres del bebé abandonado en un convento de monjas de la Ciudad Condal, y recogido por Esteve y Jaume Castany. 66-68.

Fenollosa, Ferran. Batlle de la Vila Comtal de Besalú. 215,247.

Ginebrosa, Manel. Sargento del castillo de Santa Pau. 238-244.

Gros, Bertomeu. Enfermero del hospital de leprosos de Vic. 35-45.

Guillem, frey. Mago templario de la fortaleza de Miravet. 188, 205, 206.

Jaume y Mercè. Señores de Rocabertí, padres de Bernat. 87, 88, 118, 167, 170-174, 222.

Laia. Prostituta del burdel de Vic. 56-58.

Limoux, Bertrand de. Perfecto cátaro de Occitania, residente en Barcelona. 140, 141.

Llàtzer. Sirviente de Armengol, hermando de frey Esteve. 228.

Llompart, frey Nicolau. Abad del monasterio benedictino de Sant Pere, de Besalú. 224, 225.

Lorenzo, frey. Mago templario de la encomienda de Miravet. 206, 208.

Lucca, Adriano. Enfermero templario, compañero de frey Esteve, en Creta. 90-92, 98-103, 107.

Mahir, Yehudá ben. Hijo de Seforah. 226-228,245.

Manfred. Poderoso señor de la ciudad de Otranto. 98.

Manya, Joan. Hijo del barón de Rupit. 48,49,51.

Marcos. Monje franciscano en el santuario de Cura (Randa). 130.

Mateu, Joaquim. Comendador de la encomienda de Aiguaviva (Girones). 174, 233.

Matías. Sicario del Santo Oficio, en Santa Pau. 240.

Maurici. Seglar, responsable de la granja de La Mogoda, de Santa Perpetua. 159.

Montpalau, Armengol de. Hermano mayor de Esteve de Montpalau. 18, 162-165,

167, 169, 176-178, 228-230, 244, 245.

Montpalau, Esteve de. Caballero y médico templario; protagonista de la presente obra literaria. 17 *et passim* en toda la obra.

Montpalau, Roger de. Barón de Montpalau, en la población de Argelaguer (Girona); padre de Esteve (protagonista del presente libro). 18-20, 25, 162, 235.

Morell, Francesc. Médico templario de Miravet; asesinado por sicarios de la familia Enteca, de Mora d'Ebre. 186.

Narbona, Pedro de. Maestro alquimista, alumno de Arnau de Vilanova. 140, 141, 144, 147, 149.

Oms, Guillem. Señor de Santa Pau y Finestras. 234-236, 238.

Pons, Martí. Enfermero de frey Esteve, en el hospital de Sant Bartomeu, de Vic. 54-56, 58-63, 65.

Puig, Anna. Sirvienta de la familia de Rocabertí, en la localidad de Maçanet de Cabrenys. 172, 173.

Queralt, Conrad. Ayudante de cámara del obispo de Tortosa. 198-204.

Raurell, Gérard. Trovador. 60-64.

Roberto, frey. Tutor de frey Esteve, en la ceremonia de iniciación al Temple. 70, 77, 107, 108.

Rocabertí, Bernat de. Escudero del maestre templario Guillaume de Beaujeu, portador de una reliquia. 87-89, 118, 167, 170-172, 226.

Rocabruna, Ramón. Sicario del Santo Oficio, en Santa Pau 235, 241, 243, 249.

Roger y Elisenda. Barones de la villa de Rupit. 48-51.

Roig, Jaume. Comendador de la encomienda templaria de Santa María Magdalena, de Palau-Solità i Plegamans (Barcelona). 158, 161.

Romeu, Miquel. Erudito de la *Vila Cornial* de Besalú; que había sido profesor de las universidades de Vic y Barcelona. 220-222.

Rosanda. Prostituta del burdel de Vic. 56.

Rosell, Nicolau. Pintor de cámara de la Casa Cardona. 60, 61, 64.

Salerno, Frey. Comendador templario de la encomienda de Otranto (Puglia, Italia). 92, 96-98, 105, 106, 110, 112-117, 121.

Scala, frey Ruperto. Caballero templario de la encomienda de Otranto (Puglia, Italia). 93, 95-100, 105-107, 110-112, 114-117.

Seforah. Mujer de la judería de Besalú; ama de llaves de la casa de frey Esteve, con la que vivió un romance. 219, 220, 223, 224, 226, 227, 245-247.

Serarols, Lucas. Freire del Temple, que acompañó, junto a Sebastián Estevadeordal, a frey Esteve en su viaje a Granada. 248-254, 301, 314-316, 318, 319.

Serra, Ferran. Conductor del carruaje de Ramón Lull. 122, 126, 127, 132.

Simón. Molinero de la familia de Esteve de Montpalau, en Argelaguer. 176-178.

Sotomayor, Álvaro de. Marqués de Totana; su hija, Eloísa, fue raptada en una *razzia* por el ejército nazarí. 289.

Zoraida. Véase Eloísa.



JESÚS ÁVILA GRANADOS (Granada, 1950). Periodista y escritor, lleva más de 40 años investigando las claves ocultas de la historia, y en especial todo aquello relacionado con las culturas marginales y olvidadas. Durante todo este tiempo, sus estudios e investigaciones le han llevado a recorrer más de 50 países y, fruto de sus viajes, ha publicado numerosos libros y reportajes. Además, es conferenciante, coordinador y director de congresos y simposios relacionados con temas esotéricos, autor de guiones tanto para televisiones españolas como francesas y dinamizador de proyectos culturales.

En dos ocasiones ha sido condecorado por el Consejo de Europa como mejor periodista del continente y ha recibido un centenar de premios, nacionales e internacionales, en reconocimiento por su labor en la proyección de los valores de los pueblos y las gentes.

En su labor de periodista, Jesús Ávila Granados colabora de forma habitual en revistas como *Historia* (National Geographic), *Más Allá*, *Año/Cero*, *Enigmas*, *Historia de Iberia Vieja*, *Fomento* o *Escuela*, así como en otros muchos medios de difusión nacional. En su labor de escritor, es autor de un total de 93 libros, entre los que destacan títulos como *Mazmorras que han hecho historia*, *La mitología templaria*, *La mitología cátara*, *La mitología celta*, *El libro negro de la historia de España*, *A través de la España oculta*, *Rutas de España*, *Templarios en las Tierras del Ebro*, *Matarraña insólito*, *El último hereje*, *La otra historia de España*, *La Andalucía de los viajeros* o *La España inédita*.

Notas

[1] Así se expresaba el monarca francés Luis VII, en carta dirigida a Suger, en relación con la presencia cristiana en Tierra Santa. <<

[2] Con estas palabras se refirió el monarca Jaime I a la Ciutat de Mallorca, tras la conquista. <<

[3] Con estos versos describió Besalú, en una de sus célebres jarchas, el poeta judío granadino Yehudá Ha-leví, cuando, a mediados del siglo XIII, la visitó, quedándose extasiado al contemplar la grandiosidad espacial del puente. También le debemos a este autor los versos siguientes, que escribió, mientras recorría la ciudad, ensimismado por el profundo silencio y embrujo de las calles de la judería. <<